

World of Darkness - Mundo de Tinieblas:

SEÑALES

Bruce Baugh

(Grupo: "Vampiro". Trilogía: "Lasombra", vol.1)

Traducción: Marta García

PRÓLOGO

**Lunes, 1 de noviembre de 1999, 6:40 a.m.
Hotel Vista del Castillo, Zaragoza, España**

Pronto amanecería y los fantasmas empezaban a marchar antes de que la noche de Difuntos se convirtiera en el Día de Todos los Santos. Lucita volvía la cabeza de vez en cuando para verlos desvanecerse de las tierras de los vivos pero su atención estaba concentrada en los chapiteles de la Aljafería, la capital de Aragón cuando era un reino y no una simple región española. Su hotel estaba a unos dieciocho kilómetros al oeste del palacio, en una franja muy poco interesante de una calle comercial. El único rasgo que lo redimía era su altura, la suficiente para que los pisos superiores prevalecieran sobre la masa de la Zaragoza moderna y ofrecieran una vista despejada de la cima de la colina coronada por el palacio. Su suite ocupaba la mitad del último piso y ella había colocado la silla de madera más inmensa de la habitación justo delante de la ventana. No le daría la luz directa del sol pero el albor ya reverberaba en las ventanas de las oficinas y de los coches que atrapaban los primeros rayos del amanecer.

La silueta del palacio había cambiado durante los novecientos años transcurridos desde que hubiera exhalado allí su último aliento. Caían sombras desconocidas sobre los muros del palacio. No había grandes torres civiles, por no hablar ya de rascacielos, en el Aragón que había conocido ella y los nuevos edificios que rodeaban la

Aljafería se cernían sobre ella como soldados conquistadores de un imperio mas poderoso.

Pero aún así... allí estaba la ventana desde la que había contemplado a su padre discutir con su tío sobre el abad del tío Ramiro. Allí estaba la almena por la que había paseado y recitado las plegarias que su confesor (*Ojalá se pudra en el infierno*, se entrometió un pensamiento) le asignaba. Allí estaba el pequeño santuario levantado en memoria de su abuelo, un monumento embellecido por la influencia morisca en honor del guerrero que murió luchando contra los moros.

Todavía era su hogar.

Sintió el escozor que le producía en la piel el reflejo de la luz del sol. Todavía no se estaba quemando pero sólo era cuestión de tiempo.

Necesitó de todas sus fuerzas para quedarse en la silla. La maldición que albergaba en su interior la dejaba agotada. La cama la atraía tanto... ya no estaba en su elemento durante el día. Como el antiguo Jacob luchaba contra un ángel del Señor, pero no habría bendiciones para ella, no habría un momento en el que su atormentador diría "*Bien hecho, mi buena y fiel servidora*" y se iría. Unos cuantos jirones de humo se abrían paso entre las capas de la manta hacia el detector de humos que había inutilizado durante la noche.

Los fantasmas nunca habían sido algo habitual en la experiencia de Lucita, pero hasta los acontecimientos más extraños ocurren durante aquellos lentos siglos de oscuridad. Lucita conocía unas cuantas normas de cortesía apropiadas para dirigirse a muertos sin reposo, formas de preguntar que con toda probabilidad sonsacarían respuestas útiles, y formas de dirigirse a alguien que, con toda seguridad, no provocarían ataques, (o, peor aún, una venganza posterior). Sabía que había momentos en los que los fantasmas eran frecuentes en las tierras de los vivos, aunque no sabía por qué y por tanto no le sorprendió en demasía verse rodeada de ellos aquella noche de Difuntos. Sí le sorprendió encontrarse con un fantasma que le resultaba conocido y que además era capaz de convertirse en un ente tangible el tiempo suficiente para sostener una conversación significativa.

Había sido criado de su familia sólo dos generaciones después de la época de Lucita y recordaba las historias que se contaban sobre "*la pobrecita perdida*", aquella dama tan joven y prometedora que se había consumido de una forma tan trágica. Recordaron las viejas

costumbres, nada importante, sólo la rutina de aquella edad perdida. Entonces él se acercó a ella, con mucho cuidado de no taparle la vista y señaló las manos y el rostro desnudo de la joven.

–Mi señora, ¿no creéis que es un poco presuntuoso cortejar los estigmas de esa manera? No es decoroso que mostréis vuestra piel de forma que la marca de Caín se convierta en la imagen de las heridas de Cristo, y eso es lo que ocurrirá si no las cubre.

Lucita no se giró para mirarlo.

–Estas manos han derramado más sangre de la que puedo imaginar en un solo lugar. Estos ojos han contemplado pecados incontables. Estos colmillos han consumido el don de la vida una y otra vez. Durante mil años me dije a mí misma que yo era todo aquello que no era mi sire. Pero era igual que él, he atacado a otros para mis propios fines. Dios no va a quitarme esta maldición, pero debo expiar mis pecados como pueda. Es un bautizo, si quieres llamarlo así. Voy a dejar que el fuego se lleve lo que el agua no puede.

El fantasma no parecía muy convencido.

–Mi señora, os educaron a la manera clásica y es mi obligación como tutor señalar que estáis hablando sin autoridad. ¿Qué padre sagrado os dice que cocinaros quita el pecado? Estáis confundiendo un accidente de vuestra condición con su esencia. Esto es un golpe de efecto, no auténtica penitencia.

Esta vez sí que se volvió para mirarlo durante un instante.

–¿Olvidas cuál es tu lugar? Eras un criado y ahora no eres más que un fantasma. ¿Exactamente, quién eres tú para juzgarme?

–Soy un sirviente, mi señora. Salvé a mis amos de la vergüenza con sabias palabras dichas en privado. ¿Debería dejar de hacerlo ahora que una hija de la familia real las necesita una vez más? Os disfrazáis de mártir pero es por vuestro propio sentimiento de culpa más que por la gloria de Dios o por ser testigo de su fe. No debéis burlaros de Dios.

6:44 a.m. El despertador de Lucita repicó un segundo antes de que la luz directa del sol se estrellara contra la torre más alta de la Aljafería. Sus manos empezaron a humear y sintió que la piel de la cara se le empezaba a arrugar y agrietar. Los rayos del sol se arrastraron por los muros rojos del palacio. Con ojos que no eran humanos, Lucita vio con claridad los dibujos de las sombras que cambiaban constantemente en el patio cuando los haces de luz atravesaban las capas de celosías geométricas que se construyeron cuando ella era una niña.

Las capas exteriores de su piel flotaban a su alrededor como una ceniza fina. El humo (algunas columnas negras de vitae, otras blancas de carne de vampiro) iba llenando la habitación del hotel cada vez más y su bruma obscurecía la parte superior de las ventanas. El dolor era insoportable y seguía perdiendo fuerzas. Temió derrumbarse pronto en un frenesí de miedo y huir como cualquier neonato cobarde a la seguridad de una esquina oscura. Se echó a llorar pero paró en cuanto sintió las lágrimas ensangrentadas que chispeaban y ardían en sus mejillas.

Lucita había visto la luz del sol menos de una docena de veces durante los últimos novecientos años y la luminosidad reflejada hacía que le resultara casi imposible ver. Consiguió que la sangre le bañara la cara, reforzara los tejidos que se quemaban y restaurara parte de la claridad sobrenatural de su visión. Después de unos rápidos parpadeos pudo distinguir unas cuantas personas que caminaban delante del palacio. La memoria pobló aquel paisaje de sirvientes, mensajeros, granjeros que les traían comida, soldados de camino a la batalla. Pero los hombres y las mujeres que se movían en realidad por aquellas calles conocidas no eran nada de eso. No eran sirvientes. Eran *empleados*, atados a sus superiores por un contrato y unas condiciones económicas en lugar de por un juramento y la fe.

Se dio cuenta de la verdad con un dolor casi físico; de hecho, se concentró por un momento en las ventanas para ver si se habían roto. El palacio que había conocido estaba tan muerto como su familia, tan muerto ahora como aquel sacerdote, retoño de las tinieblas, que la había convertido en vampiro. El caparazón permanecía, pero su alma se había ido a donde se fueran las almas. Recordó un árbol hueco muy concreto en el que ella y el fallecido y desaparecido Anatole se habían refugiado durante sus paseos por la carretera del Danubio. Así era el palacio. Los mortales que lo rodeaban y lo atravesaban eran tan irrelevantes para aquel viejo palacio como ella y su mentor lo habían sido para aquel árbol. Les servía, porque ya no vivía la vida para la que había sido creado.

El fantasma estaba en lo cierto, no había razón para todo aquello. Su dolor no le iba a devolver su Aragón perdido. Podría interpretar el papel de dama pero nadie la serviría como la habían servido entonces. No era más que una ilusión.

Cuando se le empezaron a agrietar los ojos, la visión de Lucita se fue deteriorando cada vez más. En apenas unos segundos no era mejor que la de cualquier persona viva y en pocos más estaba casi

ciega. Su mundo estaba ahora compuesto por la ventana, un rectángulo brillante y la oscuridad más absoluta que la rodeaba. Sus manos ya no eran firmes y le temblaba el cuerpo en la silla, y si tuviera toda su fuerza, los brazos de la silla se habrían convertido en astillas. No podía verse las manos pero podía oír el repiqueteo de los dedos huesudos sobre la madera.

Por fin le falló la resolución. Consiguió evitar una huida absoluta y aterrorizada pero tuvo que ponerse en pie y caminar con toda la dignidad que pudo reunir hacia la cama y la oscuridad. El último paso terminó en un tropiezo, no había recordado bien los pasos que había y chocó contra el estribo de la cama. El espejo que había sobre la cama se hizo pedazos con la fuerza del choque y sintió que los trozos de cristal se hundían en su piel ardiente y tintineaban sobre la colcha y el suelo. Se envolvió con las mantas y la colcha y sintió que el poder que albergaba en su interior le curaba las heridas, sabía bien que en apenas unas noches ya no quedaría ninguna señal de su acto de auto-mortificación.

El fantasma habló desde algún lugar cerca de la ventana.

–Me voy, mi señora. Os habéis herido, ¿y con qué fin? No sois más sabia ni mejor de lo que erais. Seguíis siendo la misma. Como dijo el profeta Jeremías: *"La cosecha ha pasado, el verano ha terminado, y no estamos salvados"*.

El fantasma desapareció con el susurro de un torbellino de aire. Lucita se quedó dormida.

PRIMERA PARTE: ACUSACIONES

Lunes, 1 de noviembre de 1999, 11:30 p.m.
En algún lugar bajo la Ciudad de Méjico

Trasaric contempló cómo se paseaban los cardenales por su cámara y una vez más admiró las proporciones inhumanas que albergaban sus varios atavíos. Siempre había algo nuevo que ver al servicio de los reyes que llegaban.

La habitación no era la ideal para el placer visual de Trasaric. Era un templo convertido, construido por los devotos de los antiguos dioses después de que los señores europeos aplastaran en la superficie las expresiones de fe no cristianas, algún tiempo después habían tomado posesión de él los sacerdotes vampiros. La cámara estaba tallada como el interior de una pirámide escalonada, con una base de trescientos metros cuadrados y una inclinación de noventa centímetros en cada escalón. El escalón más bajo estaba a casi tres metros del suelo y hasta el Tzimisce más alto podía pasar por debajo; después de eso, los muros se inclinaban cada noventa centímetros. El techo plano y rojo era casi la mitad de ancho que el suelo. La iluminación procedía de los faroles que colgaban de cadenas acopladas a la parte inferior de los escalones escogidos, y casi, por lo que Trasaric veía, puramente al azar. Había un caos de sombras bajo aquella luz tenue así que tenía que completar los detalles a base de imaginación.

Trasaric mismo permanecía tan inmóvil como podía en una esquina, junto con unos cuantos criados escogidos. Trasaric no conocía a ninguno de los demás, había oído que se referían al que se encogía a su lado llamándolo "Niccolo" y contempló desdeñoso el sobretodo cubierto de manchas de grasa que llevaba el infeliz. Estaba claro que era el miedo el que evitaba que esta patética figura se quitara el atuendo robado de marinero que llevaba. Los cardenales podían moverse con libertad alrededor del altar de obsidiana que había en el centro de la sala. (Ningún sacrificio adornaba esta noche el altar. Esta noche, discusión, no acción). La única puerta de piedra que había estaba cerrada, aunque no bloqueada y Trasaric podía oír las garras de los exóticos guardianes ghouls repiqueteando en el pasillo que había detrás.

Mientras el Tzimisce de mayor categoría que había presente seguía soltando su discurso, a Trasaric le pareció que era una pena que las tensiones existentes le impidieran encontrarse con más

frecuencia con aquella maravillosa figura. ¡Qué reto supondría vestir a una forma tan sujeta a los cambios! No es que los antiguos Lasombra que solía vestir no le ofrecieran *posibilidades* suficientes para demostrar su *arte*. Hace falta un auténtico artista para crear un traje o un vestido con todas las aberturas necesarias para los tentáculos ocultos que quisiera conjurar un vampiro sin que la prenda terminara pareciéndose al chaleco de un zapatero remendón o a algo hecho de recosidos. Así mismo, es también todo un arte el que permite diseñar un modelo entero que se derrumba con elegancia cuando su usuario se convierte en una sombra intangible (y decide dejar su ropa atrás en lugar de llevársela con él) y que se pueda reunir y volver a poner cuando se recupera la materia sólida. Pero su trabajo consistía sobre todo en cumplir con su oficio de sastre, ponerle la ropa adecuada a una forma que en general permanecía fija. Algo muy diferente de las oportunidades que ofrecían los Demonios.

Aquella velada en concreto, era obvio que el cardenal Vykos deseaba subrayar las diferencias que lo separaban del Lasombra con el que discutía. Los rasgos que solía lucir habían desaparecido bajo elaboradas crestas de huesos y cartílagos con protuberancias erizadas de púas que se giraban al mismo tiempo que sus ojos. El cuerpo era alto, con los miembros adaptados a la velocidad, como si esperara un conflicto. Las manos tenían cada una un dedo extra con una garra de tres púas que ahora sujetaban las mangas de una túnica que a Trasaric le recordaba a las vestiduras bizantinas.

La voz aguda del cardenal tenía un timbre que recordaba a un metal muy pulido en lugar de a una garganta hecha de carne.

–Me parece peculiar que se nieguen a discutir este asunto. Esa perra de Lucita le costó a *usted* su posición y su influencia. Si yo fuera a proceder únicamente según mi propio interés, diría: "*Que siga libre*". ¿Qué le impide a usted actuar?

El antiguo Lasombra presente era un hombrecito austero que a Trasaric nunca le había caído demasiado bien. Aquel hombre parecía tan contento arrastrándose por ahí con cualquier cosa, desde la túnica de un ermitaño a los desechos arrebatados a la presa de la noche anterior. No tenía ningún sentido de la moda por culpa de la confianza inquebrantable que depositaba en el poder de la manipulación. Trasaric hasta le había oído decir al Amo Timofiev: "*Mi voluntad me viste*".

¿Qué se iba a hacer con aquella actitud? Se entendía entonces por qué los vampiros preocupados por su lugar en el mundo se habían

levantado en masa en otro tiempo contra sus antiguos y los habían asesinado.

Timofiev hablaba con un redoble profundo de bajo que no encajaba con su constitución.

–Con el debido respeto, cardenal, los asuntos del clan Lasombra no son asunto suyo. El Cardenal Monçada era uno de los nuestros, al igual que su destructora. Su castigo se desvelará cuando lo consideremos apropiado. Estoy seguro de que usted respetará nuestros deseos de la misma forma que desearía que respetáramos los suyos si algún Tzimisce presuntuoso fuera por el mal camino.

Vykos gruñó. Un acto cautivador que incluía la permuta de huesos a cada lado del pecho y la tensión de los músculos que parecían recorrer el trecho que separaba el cuello de los dos esternones. Luego se oyó de nuevo la voz, tranquila e imperturbable.

–Cardenal, usted conoce el poder del precedente tan bien como yo. ¿De veras siente la necesidad de librar una batalla por el Código de Milán, otra vez? Ya establecimos en una ocasión que la "libertad" de la que les hablamos a las masas debe estar limitada por las necesidades de la secta, que es lo mismo que decir por *nuestras* necesidades. Usted escuchó el mismo informe que yo –Vykos señaló a Niccolo–. Un solo incidente en el que uno de nuestros seguidores glorifique a su chiquilla problemática ya es demasiado. ¿Le preguntamos a la Regente lo que piensa?

La ayudante de Timofiev, una figura majestuosa y andrógina que compartía la pasión de Trasaric por la elegancia, hizo un pequeño gesto para llamar la atención de su amo. Timofiev se detuvo, escuchó y sonrió.

–Gracias –dijo con gran suavidad. Luego señaló hacia una de las terrazas, donde la sangre antigua representaba una breve escena con pictogramas de estilo azteca–. Cardenal, la paladín me ha recordado esa historia. ¿La ve o quiere que le refresque la memoria?

El Tzimisce levantó la vista. Le recorrieron los brazos pequeñas oleadas.

–Gracias, y dele las gracias a su paladín. Recuerdo el incidente.

–Entonces también se acordará de que en ese momento acordamos que un rebelde entre los de su clan, cuyas acciones sólo afectaban a los miembros de ese mismo clan, era en realidad asunto de su clan. Así se hizo en 1762, cuando uno de los suyos intentó formar una prole en los bosques de Pennsylvania, y así también debería hacerse ahora. Estoy seguro que desea que respetemos ese

precedente.

Vykos volvió la cabeza para mirar a la paladín. Unas espinas afiladas como navajas surgieron del caparazón que rodeaba el ojo izquierdo de Vykos, y la paladín sabía muy bien que eso significaba que le estaba lanzando una mirada literalmente "asesina" en una situación en la que la violencia directa no era posible. La paladín haría bien en estar en otro sitio la próxima vez que el cardenal Timofiev se encontrara con Vykos. Con un solo gesto, Vykos salió de la cámara y los otros Tzimisce lo siguieron de cerca.

Cuando ya sólo quedaban allí Lasombra. Timofiev y la paladín hablaron en voz baja con Niccolo. La paladín lo mantuvo alejado con una mano y dos brazos de sombra mientras Timofiev utilizaba sólo los dedos para arrancar largas tiras de piel de las piernas de Niccolo.

–No recuerdas nada más, ¿estás bien seguro?

Trasaric escuchó con gran curiosidad la historia que Niccolo jadeaba entre sollozos. Por lo que oía el sastre, Niccolo era el más joven de los cuatro chiquillos que viajaban con su sire, un ambicioso Lasombra italiano al que Trasaric recordaba de forma vaga de los Grandes Bailes del año anterior. Los otros tres habían comentado, como muchos de los grandes Lasombra, el significado de la destrucción de Monçada y el destino que posiblemente aguardaba a Lucita. Rosa, la chiquilla mayor, creía que no iban a llegar a ningún sitio interesante como chiquillos criados que eran. Propuso la destrucción de su sire y luego ir a buscar a Lucita y convertirla en la auténtica líder de una especie de Segundo Sabbat, para revitalizar las raíces de la diablerie abandonadas por la secta y promover la revuelta de los jóvenes. Teodor, Matteo y Niccolo se sumaron a la idea.

Niccolo se achantó (una de las frases modernas favoritas de Trasaric) en el último momento, aunque aquel andrajoso chiquillo no quisiera admitirlo. Se limitó a decir que cada vez se había sentido menos convencido de los méritos de la causa de Rosa durante la travesía que habían hecho con su sire desde Portugal a los Estados Unidos. No tomó parte en el acto de destrucción más de lo estrictamente necesario y en cuanto el barco atracó en Miami, había robado un uniforme de marinero y se había abierto camino hacia el sur, en busca de los enclaves del Sabbat. Una manada de la costa lo había encontrado en algún lugar del Golfo de México y lo había traído a Ciudad de Méjico.

–Ya ves los problemas que has provocado --dijo Timofiev con tranquilidad. *Ras. Ras--*. No cabe duda de que podemos salir con bien

de un enfrentamiento con los Tzimisce, pero cuánto mejor hubiera sido evitar todo este jaleo. –*Ras. Ras*–. No fuiste lo bastante listo para detener a los chiquillos desobedientes, ni lo bastante listo para asegurarte al menos que sólo oyeran la historia los Lasombra –*Ras. Ras*–. Paladín, explícale el castigo.

Timofiev dio un paso atrás cuando la paladín lanzó a Niccolo por el aire. La paladín se aseguró de coger a Niccolo con las uñas afiladas justo por donde Timofiev había provocado los cortes más profundos.

–No has gritado. Te has ganado el derecho a sobrevivir. Por ahora. Te condeno a encontrar a tus hermanos rebeldes y volver para informarnos. Te asignaremos varios compañeros. Si les sobrevives y vuelves, entonces puedes considerar que has recuperado tu crédito en el clan.

La paladín dejó caer a Niccolo al suelo y le pasó una bota por los nervios expuestos.

–Te encantaría asesinarlos a los dos, pero tienes el sentido suficiente para mantener esa idea oculta. Quizá aún llegues a algo.

Niccolo levantó la vista entre los jirones de vitae que le chorreaban del pelo y guardó silencio.

Timofiev permaneció unos pasos más atrás mientras los otros Lasombra se reunían a su alrededor para mirar a Niccolo.

Trasaric reconoció a la cardenal Mysancta por su falta de materia sólida. Mysancta era una estudiante devota de los misterios del Abismo y con tendencia a soltar tediosas arengas en las que afirmaba que el dominio de la oscuridad sólo es posible para aquellos que se olvidan de la carne. Esta mujer (Trasaric recordaba al menos que la cardenal había sido en otro tiempo una mujer de mediana edad) se pasaba todo el tiempo posible en forma de sombra; sacaba unas zarpas medio tangibles con las que empujaba un bastidor de plata alrededor del que los sirvientes envolvía las túnicas de cardenal. De vez en cuando, Trasaric entraba para adaptar las túnicas y que se ajustaran a Mysancta y a sus nuevas ideas sobre lo más apropiado estilística o dramáticamente hablando. Los cables helicoidales que soportaban la corona de cristal de la cardenal repiqueteaban con suavidad mientras una zarpa de sombra empujaba el tocado hacia delante para imitar la mirada inclinada de un ser humano.

La cardenal Mysancta sólo trabajaba con su ayudante de siempre. Skiapena continuaba siendo un varón inconfundible pero estaba en el proceso de hacer que le tatuaran el cuerpo totalmente de negro. Para esta ocasión había adoptado la forma de sombra; Trasaric sabía por

encuentros privados que el Skiapena de carne y hueso tenía un Árbol de la Vida invertido extendido por la cara. Trasaric había copiado el diseño para las túnicas de ceremonias del gran baile del año pasado. El sastre sospechaba que alguna noche Skiapena iba a desaparecer en un "lamentable accidente" por la ropa que elegía, que terminaba en acabados espejados. El ayudante sentía un placer perverso al enfrentar a sus compañeros de clan con la maldición de su linaje y ver quién se estremecía, aunque sólo fuera una vez, después de contemplar durante demasiado tiempo la falta de reflejo. Los que mostraban debilidad siempre terminaban sentenciados por algún delito en una de las Cortes de Sangre de Ciudad de Méjico. El sastre esperaba con devoción que alguna de las víctimas sobreviviese y sometiese al ayudante a ese mismo tratamiento, pero todavía no había ocurrido.

Ahora el cardenal Menuven. Trasaric no estaba muy seguro de que existiese una identidad concreta a la que se le pudiese colgar el título de "cardenal Menuven". Había media docena de templarios y sacerdotes de manada designados entre los súbditos del cardenal para atenderle a él, o a ella, o a lo que fuera. Se trepanaba el cerebro de cada uno de ellos al comienzo de su año de servicio y se insertaban en los cerebros expuestos unos cetros de carbono creados de forma taumatúrgica. Unos tentáculos de sombra fluían de forma constante entre los cetros. Los seis ayudantes hablaban con la misma voz, un susurro de tenor, durante el tiempo que duraba su servicio; también mostraban los mismos manierismos además de su propio comportamiento distintivo. Mostraban un dominio de la manipulación de sombras que no tenían antes ni tendrían después. Trasaric sospechaba que la historia que se contaba, que Menuven era una criatura con un intelecto puramente abisal, era una fachada para otra cosa, pero nunca había tenido la oportunidad de investigarlo a fondo.

Lord Greyhound era algo totalmente diferente. Trasaric encontraba al lord casi tan frustrante como al propio cardenal Timofiev, aunque por razones distintas. Greyhound defendía un acercamiento al vampirismo basado en lo que él llamaba "existencia racional". No era tonto y desde luego no negaba los elementos sobrenaturales de su condición, sencillamente no le importaban. En lo que a Lord Greyhound y sus seguidores se refería, lo que importaba era la existencia tangible. Se enorgullecía de no tener ningún talento para la manipulación de las sombras; pretendía ser el mejor del clan en cuanto a fuerza, tanto física como mental. Para asegurarse de que los

demás no se olvidaran jamás de su valor, solía ir desnudo, sólo llevaba joyas decorativas arrancadas a los enemigos caídos e incrustadas en la carne, donde se quedaban hasta que el sopor curativo las expulsaba. Animaba a sus discípulos a que estudiaran las disciplinas de cambio de forma y hacía que le reformaran por completo la carne para subrayar un rasgo u otro.

Como siembre, una pequeña multitud de sicofantes se apiñaban alrededor de Lord Greyhound. La mitad iban desnudos como su amo, los otros combinaban prendas atléticas modernas con piezas de armaduras antiguas en varias mezclas que Trasaric encontraba espantosamente vulgares. Contemplaban con un desdén muy practicado la forma delgada y desastrada de Niccolo y murmuraban comentarios condescendientes entre sí.

Trasaric no conocía a muchos vampiros que se sintieran cómodos cerca de la paladín de Timofiev y de su apariencia suave e incomprensible. Uno de los pocos que lo conseguía era Heydar el Bajo, un chico árabe Abrazado mil cien años atrás. Por lo que Trasaric sabía, a Heydar le resultaba físicamente imposible encontrar nada perturbador. Lo único que había eran datos, datos que él examinaba en busca de pautas que pudiera comparar con su experiencia personal y los estudios históricos. Heydar rechazaba los rangos y los títulos pero solía haber al menos un cardenal con el sentido común suficiente para apreciar su opinión. En aquellos momentos lo apoyaba Timofiev, que además cubría los gastos de las investigaciones del muchacho. Heydar no contribuía mucho a ninguna discusión, pero después informaba a su patrón de cualquier señal que indicara una posible insurrección entre los jóvenes: Heydar había ayudado con gran solemnidad a asesinar a varios antiguos en otro tiempo, durante la creación del Sabbat, y no tenía ninguna intención de perecer del mismo modo.

La multitud reunida hablaba en voz baja. A Timofiev le desagradaban los ruidos altos en las discusiones preliminares y a ninguno de los presentes le apetecía incurrir en su ira. Quizá este miembro de una manada, responsable de un descuido que alertó a un policía de una emboscada que le habían tendido. Había un líder de manada caído en desgracia en un barrio de Chicago después de que ningún miembro de su manada consiguiera superar una simple danza del fuego. Aquel obispo había engendrado una prole fracasada y estos dos últimos estaban buscando algún modo de demostrar su valía. Aquella aspirante a templaría había demostrado ser demasiado débil

para ese trabajo pero era bastante veloz. Este sabía de un refugiado de la Camarilla, en el que, claro está, no se podía confiar en el medio del Sabbat pero que podría servir para este tipo de misión periférica. Mientras continuaba el debate, aquellos que podían conjurar imágenes o grabarlas en las mentes de otros, añadían sus hazañas a las descripciones verbales.

Los participantes más inhumanos, los que mejor habían dominado las sendas establecidas de la moralidad del Sabbat, eran los que más sufrían los efectos del sol, y algunos tenían que retirarse a dormir una hora o más antes del amanecer. Presionaron para que se tomara una decisión antes de que ellos tuvieran que irse y para ello interrumpieron las digresiones y las repeticiones. Niccolo permanecía en el suelo, hacía todo lo que podía para curarse sin que nadie se diera cuenta. Poco antes de las cuatro de la mañana, la paladín lo volvió a coger. Tembló entre aquellas manos fuertes que lo sacudieron una o dos veces.

–¿Estás prestando atención? –preguntó aquella voz fría. Niccolo asintió con tanto vigor como pudo; intentó hablar pero con las cuchilladas que tenía en el cuello le resultaba difícil formar sonidos—. Bien. Ya hemos elegido a tus compañeros. Ahora duerme aquí. Empezarás después del atardecer.

La multitud se dispersó poco a poco. Lo último que Niccolo vio antes de que la maldición le obligara a dormir, fue a la propia paladín, todavía inclinada sobre él.

_____ 2 _____

**Lunes, 8 de noviembre de 1999, 10:15 p.m.
Hotel Sheraton, Seattle, Washington**

Lucita se sentó bien mientras marcaba. Había enviado el fax que debía y era el momento de atar el último cabo suelto de su negocio. El cliente no podía verla (a menos que supiera más sobre temas psíquicos de lo que ella pensaba) pero ella prefería comportarse como si pudiera. Así que se puso uno de los trajes que se había comprado en el aeropuerto de Seattle y ordenó sus notas con pulcritud en el escritorio de la habitación. El orden de los papeles se reflejó con brillantez en el espejo y Lucita se aseguró de manejarlos con todo

cuidado para que pareciera que se levantaban y caían con cierto orden y no como si sólo los llevara el viento.

El teléfono sonó tres veces, luego respondió un hombre que hablaba un alemán con acento aburrido.

–Bine.

–Herr Wiscz, por favor.

El hombre cambió a un inglés de clase media con un acento suave y genérico.

–El señor Wiscz no puede atender llamadas en este momento. Puede dejar un mensaje y si se refiere a un asunto de negocios que requiera su atención, le devolverá la llamada en cuanto le sea posible.

–Soy Katherine Scott, --le dio el nombre con el que había aceptado aquel contrato--. Informe al señor Wiscz que es necesario invocar la cláusula de anulación de nuestro acuerdo. Puede verificar la devolución de los fondos con este número --Lucita recitó el código de acceso a su cuenta de Hamburgo--. Si tuviera alguna pregunta más, puede...

–Disculpe, por favor, --la interrumpió el hombre. La calma había desaparecido de su voz--. Quizá el señor Wiscz pueda atenderla después de todo. Por favor, espere un momento mientras lo confirmo.

Lucita esperó. Había tenido la esperanza de que el ghoul se hubiera limitado a colocar el auricular en la mesa para que ella pudiera escuchar los sonidos de fondo, pero el tipo había conservado la suficiente presencia de ánimo para ponerla en espera. Así que se puso a revisar sus notas sobre el cliente y a contemplar el ferry nocturno que cruzaba la bahía rumbo al norte de Puget Sound.

Dos minutos y veinte segundos más tarde, el cliente respondió al teléfono. Sonaba perfectamente tranquilo, con la arrogancia del antiguo que lleva cuatrocientos años acostumbrado a la obediencia de los demás.

–Señorita Scott, mi criado me informa de que ha cancelado nuestro contrato. Es una gran decepción.

–Señor Wiscz, el mundo está lleno de decepciones. Estoy segura de que sabrá enfrentarse al dolor de esta pérdida.

–Señorita Scott, no le pago por sus esfuerzos en el mundo de la comedia. Le pago para que recupere a mi chiquillo perdido. ¿Está admitiendo que es incapaz de hacerlo?

–Estoy declarando que la cláusula de anulación ha entrado en vigor. Eso significa que no he terminado el encargo y que no seguiré adelante con este tema.

–Exijo saber...

–Nuestro contrato no incluye provisión alguna que le permita exigir conocimiento ninguno. Hay una disposición que me obliga a notificárselo con pruebas una vez terminado el trabajo, y está la cláusula de anulación. Revise el documento que firmó.

–Esto es *extremadamente* decepcionante. Me encargaré...

–¿De presentar una queja ante mi sire? Buena suerte si pretende encontrarlo. ¿Quejarse a sus superiores en la orden? Estoy segura de que se mostrarán muy receptivos ante su penosa situación. Los dos sabemos lo mucho que les gusta que se contrate a agentes independientes. Lleve la queja al Sabbat, quizá, o al Monitor de Praga.

–Lucita sonrió al oír el silencio del otro lado de la línea—. Si acaso, señor Wiscz, debería mandarle la factura por la información que ha recibido.

–¿Qué? –Levantó la voz por primera vez.

–Ahora conoce cuatro alias sospechosos que su chiquillo no está usando. Esa información tiene su valor, ya que su próximo agente podrá proceder con mucha más rapidez. Agradézcame que no le cobre el servicio prestado.

Wiscz farfulló algo incoherente.

–Gracias, señor Wiscz, eso es todo. Por favor, no dude en llevar sus proposiciones a otra persona en el futuro.

Lucita colgó el teléfono y suplió con rapidez el decodificador del enchufe del teléfono por otro. No es que creyera las historias que se contaban sobre que la magia de la sangre podía recoger la resonancia empática de un circuito cerrado aparato-usuario pero sí que creía en no correr ningún riesgo. Sólo para estar segura, desenchufó el auricular y lo colocó al otro lado de la habitación mientras tomaba nota de que tenía que coger un repuesto de algún otro teléfono del hotel.

Lucita contempló las calles salpicadas por la lluvia y pensó en dar un paseo por ellas en su forma corpórea pero algo en su interior le advirtió que podría haber problemas. Se puso un abrigo y cogió un paraguas nuevo por si acaso, luego apagó las luces de la habitación y entró en una sombra de la esquina.

El paso por el Abismo, el reino que hay más allá de las sombras, estaba tan desprovisto de sensaciones como siempre. No había temperatura, ni viento, ni movimiento, nada que estimulara alguno de sus sentidos. La *conciencia* inundó su mente bien entrenada: era consciente del lugar en el que estaba en relación al mundo material, y también de las fuerzas inhumanas que habitaban las profundidades.

Nunca se había encontrado con ninguna de las criaturas de sombra independientes de las que hablaba el folclore Lasombra, sólo las entidades irreflexivas conjuradas por la fuerza de voluntad de algún vampiro. O al menos hasta aquel último encuentro en Madrid, cuando *algo* había surgido en la guarida de su sire y casi los había destruido a todos.

Lucita sí que estaba bastante segura de que su sire había desaparecido por completo. No quedaba ningún rastro de su influencia ni en su mente ni en su alma. Quizá pudiera haber algún mandato hincado en su interior, pero no lo creía. Se había demostrado a plena satisfacción que su voluntad era suya nada más, al menos de momento. La mano no muerta de su sire no evitaba que peregrinara a casa ni que se sumergiera en su vocación.

Siguió su impulso y salió de las sombras sobre el tejado de un edificio de apartamentos en algún lugar al norte del centro de la ciudad. Las nubes se levantaron por un instante y le mostraron las aguas oscuras de Puget Sound y unas cuantas luces a lo lejos. El barrio que la rodeaba olía un poco a sangre, Lucita sospechó que algún vampiro se había alimentado por allí cerca. ¿Sabbat? ¿Camarilla? ¿Algún independiente? No estaba demasiado segura de cómo estaban las cosas en Seattle y decidió no arriesgarse a tener un encuentro molesto. Otro paso la devolvió a las sombras.

Mientras cambiaba, se planteó sus últimas acciones como si fuera otra persona y se trató como si fuera el objetivo de una de sus operaciones. Debía prevalecer la razón.

El objetivo había perdido hacía poco a su sire, con el que había tenido una relación extremadamente hostil. El objetivo había intentado volver entonces a sus años de juventud regresando a su hogar mortal. Después de un acto de masoquismo muy poco productivo y una discusión con algún fantasma residente, el objetivo se había sumergido en un frenesí de actividades muy poco mortales y había aceptado un encargo de rutina de un cliente desagradable que en condiciones normales habría rechazado. Menos de una semana después de eso, había anulado de forma brusca el contrato y había suspendido de momento su punto de contacto principal.

La pauta era obvia. El objetivo está aterrorizado, sufre una confusión de identidad obvia. Es muy probable que si no encuentra una base estable se implique en actividades cada vez más auto destructivas hasta que se encuentre con la muerte de verdad. Es la historia de siempre, la que aquella observadora había explotado con

frecuencia para hacer que el asesinato fuera más fácil.
¿Pero dónde se encontraba ahora la estabilidad?

Martes, 9 de noviembre de 1999, 3:15 a.m.
Museum der Arbeit, Hamburgo, Alemania

Willa Gebenstaler examinó el fax que tenía encima de la mesa en busca de señales de falsificación. Si bien sus formas de comunicación con Madame Scott eran tan fiables como era posible, no había nada material que pudiera estar a salvo de la manipulación sobrenatural. Si aquello era una falsificación, sería la... hizo una pausa para contar. Sí, sería la cuarta desde que Willa asumió este cargo, y la segunda este siglo.

El fax en sí era claro y sencillo. Tenía instrucciones para pagar la cancelación del reciente contrato con Wiscz en Praga y el más largo con Kamedov en Estambul, y un párrafo aparte que decía: "No acepte más contratos. No coja mensajes. Informe a todos los clientes que no estoy disponible. Utilice el Fondo de Reserva B hasta nuevo aviso". La última parte preocupó a Willa: El Fondo de Reserva B se había establecido al principio de su relación laboral para que se utilizara en el caso de que su patrona fuera destruida o quedara incapacitada de forma permanente. Si el fax era genuino, entonces Willa era libre de sumergirse en tres siglos y medio de interés acumulado y fondos separados; podía instalarse con toda comodidad hasta que Madame Scott decidiera reanudar su relación. Willa, inquieta, sostuvo el fax por ambos lados sobre el escritorio de cristal, como si esperara ver un mensaje secreto reflejado allí.

Oficialmente, Willa no sabía nada de la identidad de su patrona, y lo cierto es que Madame Scott jamás había dejado escapar nada que pudiera dar pistas sobre su identidad. Siempre había hablado con Willa en un alemán puro, libre de acentos y evitaba discutir sobre cosas concretas del pasado excepto para hacer referencia al encargo de ese momento. Sin embargo, con el tiempo, el observador cuidadoso nota ciertas cosas y una ayudante inteligente reúne las piezas del rompecabezas.

Para empezar, el nombre era falso, al igual que los rasgos

faciales. Willa sabía que la costumbre del disfraz era bastante universal entre los antiguos que no mantenían residencias permanentes afiliadas a una de las grandes sectas. (En 1642 no lo sabía pero es que tampoco sabía mucho sobre la sociedad de los vástagos en aquellos tiempos). Pero el apellido no era especialmente inteligente. "Scott" significaba "Sombra" si lo remontabas al griego y eso sugería de forma inmediata una Lasombra o alguien muy interesado en la oscuridad. No había tantos antiguos Lasombra a los que no se les conociese un refugio permanente. "Katherine" sugería, entre otras cosas, una de las reinas de Aragón y eso sólo confirmaba la especulación de Willa.

Sospechaba que Madame Scott *quería* que la gente lo averiguara con un pequeño esfuerzo y que luego sintiera ese toque extra de asombro al darse cuenta de con quién estaban tratando. Nunca se lo había preguntado a Madame Scott, claro está, y tampoco le había mencionado su suposición a nadie más, estaba bastante segura de que Madame Scott sería capaz de leer los pensamientos o emociones asociados con tal traición y, en cualquier caso, disfrutaba de su cargo y quería mantenerlo.

Desde aquellos lejanos días de la revolución protestante, Willa había mantenido una oficina en algún lugar de Hamburgo y había hecho saber de forma discreta que ella era el contacto con una vampiro experimentada, sin compromisos con ninguna secta y dispuesta a realizar operaciones potencialmente sucias a cambio de unos honorarios adecuados. La mayor parte del tiempo, la corte de la Camarilla de Hamburgo reconocía en Willa a una persona discreta, erudita, por desgracia sin clan (cómo odiaba el término preferido de la secta, Caitiff) que sin embargo se ganaba el derecho a sobrevivir a través de oportunas investigaciones y otros servicios administrativos. De forma no oficial, por supuesto, el príncipe casi siempre sabía lo que hacía en realidad y de vez en cuando Willa incluso arreglaba un contrato (totalmente negable) en nombre de la corte. Siempre que sus visitantes no crearan problemas, a la corte no le importaba.

Treinta años antes, Willa se había mudado a una esquina del sótano del Museo de Trabajo y Tecnología. Madame Scott la ayudaba de vez en cuando a aplicar una cierta influencia mental al personal del museo y nadie había notado jamás la presencia de Willa ni de su oficina. Aprovechaba el sistema de comunicaciones del museo, que ahora incluía conexiones permanentes y de alta velocidad a Internet, para recuperar los mensajes de las coberturas multi-capas y los

sistemas redireccionales. Había llegado a varios tratos con los Tremere de Hamburgo para asegurar su red contra la mayor parte de las intrusiones pero ahí fuera siempre había alguien con más poder puro, más habilidad, o ambos y que además estaba en posición de intentar algo que tanto ella como sus asesores no podían anticipar.

La mayor parte del tiempo el trabajo de Willa era muy rutinario. Los individuos realizaban un intento de contacto, tras seguir varias pistas que sugerían formas de conseguir un asesino o mediador. Al parecer existían buzones abandonados en Berlín, formatos de anuncios de periódico en Viena o Zurich, números de teléfono en Bruselas que se desviaban a través de sistemas de satélite codificados; toda una constelación de vías para acercarse y cuyo centro geográfico aparente era algún lugar de Renania en la frontera occidental de Alemania, sólo otra pista falsa más. Willa mandaba entonces la información a través de canales anónimos más seguros y a partir de ahí procedían las negociaciones. Madame Scott aceptaba el caso (o no) y se movían los fondos, se realizaba el trabajo y Willa entregaba las pruebas de su conclusión.

Muy de vez en cuando las cosas se animaban un poco. Madame Scott se recluía en ciertas ocasiones, o se dedicaba a una actividad frenética. Tenía algunos proyectos favoritos a los que se dedicaba en detrimento de los encargos habituales, lo que provocaba trabajo extra para Willa y extendía rumores que podían ensombrecer el negocio durante décadas enteras.

Aquellos últimos meses habían sido extraños, hasta para Madame Scott. Estuvo el verano de actividad furiosa en el que Willa apenas podía hablar con su patrona. (Willa sabía perfectamente bien que Madame Scott mantenía otros puntos de contacto bajo otros alias pero prefería no pensar en ello. Tenía celos de la atención dividida de su patrona y tenía la sensación de que no confiaba en ella cuando no se ponía en contacto con ella). De repente Willa se había enterado de que Madame Scott estaba en España y viajaba sin ponerse en contacto con casi nadie. Luego llegó aquella llamada de teléfono, casi frenética, desde Zaragoza a principios de noviembre. Madame suplicaba un trabajo, *ahora*. Willa encontró la solicitud de Wiscz encima de toda la pila y Madame la aceptó sin casi mostrar su precaución habitual. ¡Al Nuevo Mundo, a cazar a un chiquillo perdido!

Y ahora esto.

A Willa ya le había preocupado con anterioridad que Madame podría estar muy cerca del punto de no retorno, en el que o bien se

suicidaría o bien seguiría hundiéndose en encargos demasiado peligrosos hasta que la destruyeran. En el pasado, Madame había conseguido calmarse con la ayuda de colegas y conocidos, a los que Willa no sabía cómo llegar. Madame estaba ahí fuera, entre los bárbaros del oeste, (para Willa, el Nuevo Mundo seguía siendo un refugio de salvajes y descontentos, muchos de los cuales sin duda iban por la vida con pinturas tribales y tatuajes) y sin ponerse en contacto con ella. El castigo que sufriría Willa por ponerse en contacto con ella en ese momento sería extremo, quizá incluso definitivo. La Reserva B dejaba a Willa libre de vivir su noche.

Esperaba volver a saber algo de su ama alguna noche, pero temía que su asociación hubiera llegado a su fin. Su paso, mientras caminaba hacia la cámara que tenía en un gran fichero convertido y que era donde dormía, era lento y triste.

Jueves, 30 de diciembre de 1999, 10:10 p.m.
Taberna del Diablo Amarillo, Bahía de los Ángeles, Baja California, Méjico

La taberna era un oasis de luz y ruido entre media docena de bloques de oscuridad. Dos incendios producidos con una semana de diferencia habían acabado con toda una serie de transformadores. El Diablo Amarillo seguía iluminado porque su constructor había sido un paranoico de la supervivencia que aspiraba a la autosuficiencia. Más de treinta años más tarde, el gerente actual continuaba con la tradición y hoy cosechaban la recompensa una vez más con aquel negocio caído del cielo. Allí había *mucha* gente que emitía olores y ruidos a la noche.

Desde el lugar estratégico del tejado en el que se había colocado, Andrew Emory podía oír los ecos de las conversaciones que se filtraban por las ventanas que estaban al nivel de la calle, los respiraderos de la cocina, las salidas de aire acondicionado y una docena de vericuetos más a través de las paredes o el techo de la taberna. Con un poco de concentración podía triangular un nudo de conversación concreto. Cada pocos minutos cambiaba ligeramente de posición para concentrarse mejor en una parte diferente de la sala

principal que tenía debajo. Algunos de los intercambios sonaban prometedores.

–Bueno, Jerry, ¿a quién le has robado esta vez?

–Nada de robos, compadres, esta fue una clienta cargada de pasta.

–Oh, Dios, allá vamos otra vez. "Querido Foro de Alquiler de Barcos: Nunca me creí que vuestras historias fueran verdad..."

–Podéis reiros todo lo que queráis. De verdad. Pero tenía un montón de dinero y unas necesidades muy especiales.

Andrew se estiró sobre el respiradero más cercano. Aquello parecía el clásico truco de los vampiros.

–Esta llegó como la típica perra en celo, toda maqueada. Empezó a acicalarse delante del espejo...

Andrew dejó de escuchar. Iba a la caza de Lasombra experimentados, que nunca expondrían su carencia de reflejo de una forma tan descuidada y, dadas las circunstancias, tampoco harían un uso casual de la dominación mental para conseguir que sus objetivos mortales pensasen que había reflejo. A otras conversaciones.

–Joder, tío, cuando desperté esta mañana me sentía como una mierda, como consumido.

–No me extraña. Es como si llevaras toda la noche soñando con fantasmas. Joder, si es que si te *lavases* alguna vez, estarías hasta pálido.

–Bah, cállate. Hablo en serio, tío. Tres días seguidos que llevo fuera de combate todo el día. Me levanto sintiéndome como una mierda, y no mejoro, no duermo bien. Qué putada.

Andrew se concentró otra vez. A él personalmente no le apetecería alimentarse de alguien que estaba claro que era un yonqui, pero a algunos vampiros les ponían ese tipo de cosas. El quejica y... dos, pon tres... amigos sentados en uno de los reservados del lado del puerto, y Andrew podía inclinarse con toda facilidad contra la fachada y oírlos claramente.

–Enséñame los brazos, Mike.

–¿Eh?

–No me digas "eh", capullo. Estás enganchado otra vez. Se te nota. Enséñame los malditos brazos.

–Eres un gilipollas, tío.

–Enséñalos o voy a sacártelos yo y cargarme el jueguito de billar de bolsillo.

–¡Joder, déjame en paz! ¡Estoy enfermo!

–Ya te daré paz yo a ti. Enséñalos.

Hubo un momento de silencio y Andrew se imaginó a los cuatro mirando fijamente los dos brazos estirados.

–Vale, Mike, lo siento. –Hubo otro momento de silencio--. Espera un momento. Quizá te lo estés metiendo por *otra* parte.

–¡Que te jodan! Me trajiste aquí fuera para poder hacer la prueba del yonqui delante de toda esta gente, para arruinarme la reputación, coño, que llevo mucho tiempo trabajando para arreglarla, joder, macho y *¿ahora qué?* No me pienso agachar para que metas las narices en ningún sitio más.

–Cierra el pico. Me acuerdo del año pasado, con el truco de las piernas. Eso fue lo que te metió en aquel trabajo de recuperación de objetos, ¿te acuerdas? El jefe no pensó en mirar en ningún sitio y si hubieras sido lo bastante listo para dejarte puesto el maldito traje de neopreno, no te habría visto las marcas de aguja en el tobillo.

Andrew pensó que ojalá pudiera echarle un vistazo a la escena, por muy claras que fueran las descripciones.

–Mike, dame la pierna, joder, o voy a arrancártela por la cadera. Si estás limpio de verdad entonces tienes alguna mierda rara y vamos a ayudarte. Pero si nos estás tomando el pelo otra vez, te vas a arrepentir.

–Te lo juro por Dios, tío, no hice na' pa' ponerme así de malo.

–Quítate ese calcetín, Mike, o no va durar toda la noche.

–Por Dios, tío, si quisiera liarme con algún fetichista, iría...

–Mike.

Hubo otro silencio.

–Mike, te voy a matar. ¿Qué *carajo* es esto? No parecen marcas de agujas pero tú estás metido en alguna mierda. Habla. Ahora.

–¿Sabes las ancianas del sitio de recuperación de objetos?

–Sí –Andrew notó la ira controlada que transmitía aquella voz.

Tomó nota para que alguien lo comprobara; si seguía así, podría convertirse en un buen vampiro alguna noche, o como mínimo en un pienso muy útil.

–¿Sabes la que está calva por un lado?

–Sí.

–Bueno, pues una noche la vi tirada en el muelle. Fue hace un par de semanas, cuando bajé allí para... bueno, ya sabes...

–Robar cualquier cosa que no estuviera clavada para pagarte el pico de turno.

–Joder, macho, si lo pones así.

–Habla.

–Vale, pues está tirada en el muelle y tiene araña; arrastrándose por los tobillos. Se arrastraban sobre esos montoncitos de cristal roto con algo blanco espolvoreado por encima. Y yo voy a quitárselas y ella dice, no, no, déjalas. Yo le pregunto que para qué y ella dice, verás y enseguida me pone una en la muñeca. Esta picadura de aquí y luego guau.

–Guau.

–Sí, guau.

–¿Qué cojones significa eso?

–Que me sentí bien. Bueno, vi esa especie de anillo doble como ahí abajo pero tuve como dos segundos de estar de verdad a punto de potar y luego un éxtasis puro y blanco.

–Una araña.

–Sí.

–Una jodida araña. Serás capullo, ¿llevas dos semanas dejando que te piquen una mierda de bichos?

–Bueno, sí, pero no es como si...

Andrew dejó de escuchar también el resto de esa conversación.

Bahía de Los Ángeles no era la idea que tenía Andrew de un buen lugar para pasar el rato. No le gustaba el desierto ni el ambiente industrial del puerto. Si por él fuera, no estaría en Méjico, su manada operaba a las afueras de Pórtland, Oregon, y él se pasaba la mayor parte del tiempo allí. Pero durante los últimos meses se había producido un flujo constante de refugiados de los enclaves del Sabbat situados en América Central y del Sur que contaban historias de asesinatos en masa y depredadores misteriosos. El cardenal de su región había decidido que el nuevo obispo, Andrew, sería la persona indicada para dirigir la investigación.

Y aquí estaba, con tres miembros de su manada repartidos por el puerto. Habían bajado por la ruta principal que seguían los aterrorizados vampiros, a través del Valle Central de California (con un desvío para evitar el Desierto del Mojave). Habían entrado y salido del lío de Los Ángeles hasta llegar a la Baja California. Al parecer los refugiados llegaban a prácticamente todos los puertos del Golfo de California. Andrew sospechaba que había alguien por allí que estaba coordinando de una forma bastante sofisticada las coberturas y el transporte. Andrew tenía muchas ganas de encontrar a esa persona y tener una larga charla con ella sobre la conveniencia de soltar grandes números de vampiros disgustados y asustados en un país que todavía

se estaba recuperando de un importante conflicto entre el Sabbat y la Camarilla así como de otros desórdenes.

Andrew tenía muchos deseos de ver destruido al que estuviera coordinando todo aquello, de forma dolorosa a ser posible. Luego podría...

Le llamó la atención una mujer de mediana edad que vestía ropas caras de "veraneo" y sus compañeros varones, más jóvenes y con trajes obviamente nuevos, que se encontraban cerca de un poste de amarre a media manzana de distancia. No parecían estar de jarana. Andrew no podía estar del todo seguro a aquella distancia pero pensó que en realidad ni siquiera respiraban. Un minuto después confirmó sus sospechas, cuando las puertas del Demonio Amarillo se abrieron de golpe. Una ráfaga de luz ahumada iluminó la bahía, que rilaba ligeramente, y todo se reflejó con brusquedad en el agua.

El trío no se reflejó.

Andrew apretó el botón del transmisor y envió dos explosiones de energía estática a sus compañeros. El mensaje quería decir. "*Reuníos. Seguidme*". Saltó del tejado de la taberna, enroscó las piernas inútiles bajo él con la ayuda de un tentáculo de sombra mientras una masa esponjosa de oscuridad conjurada ralentizaba su caída. Giró y se detuvo con dos molinetes alrededor de un poste que sostenía una señal de stop bilingüe y que estaba situada en el callejón que había detrás de la taberna.

La silla de ruedas normal que tenía lo habría traicionado de inmediato pero había ocultado la carretilla con la que se había desplazado un mendigo hasta que Andrew lo había dejado seco la noche antes, por si tenía razones para parecer mortal. Andrew había perdido el uso de las piernas en un accidente de coche, un accidente provocado por su sire, según se enteró más tarde, para probar su carácter, quince años antes de que lo Abrazara. Veintinueve años y un mes haría el 31. Gracias a una fuerza sobrehumana y al don de los Lasombra para controlar las sombras, nunca llegó a necesitar las piernas y la mayor parte del tiempo las mantenía atadas y apartadas siempre que le era posible. Como cobertura, sin embargo, no había nada mejor. Dado que era cierto que no podían sentir nada, no tenía que preocuparse por revelar de forma accidental que estaba en forma y era capaz de moverse sin la silla.

Con unos movimientos suaves y muy practicados se colocó en la carretilla y se envolvió las piernas con una manta andrajosa, luego se salpicó la boca con tequila barato. Al igual que la mayor parte de los

vampiros no podía beber, pero si la presa merecía la pena, lo olería y supondría que estaba bebiendo. Se inclinó hacia delante y salió empujándose del callejón, cruzó la calle de la playa y se acercó al trío. Estaba claro que no eran hispanos, aunque eran un poco más morenos que el típico turista americano.

–¿Una limosna, señores y señora? ¿Un donativo para una desgraciada víctima de la industria?

Los tres se volvieron con una sincronización casi perfecta. Andrew diagnosticó de inmediato un Vinculum muy alto, ese peculiar lazo de dependencia mutua creado por los rituales del Sabbat en los que se comparte la sangre. Estos tres llevaban juntos bastante tiempo, era probable que desde antes de que Andrew se convirtiera en vampiro, para estar tan unidos. No importaba si se caían bien o si se odiaban, tendrían que defenderse entre sí, y era posible que aún a costa de sufrir algún daño. (Fuera quien hubiera sido aquel desconocido inventor de rituales de finales de la Edad Media, él, o ella, o lo que fuera, se había tropezado con algo impresionante). Eso ponía las cosas más difíciles. Andrew esperaba una coalición lo bastante nueva como para que no hubieran tenido tiempo de formar un Vínculo tan fuerte. Maldita sea. Otros dos graznidos por el transmisor; un código sencillo para decir: "*Cuidado. Mirad antes de moveros*".

Estaba claro que era la mujer la que estaba al mando. Los hombres la miraban constantemente, a pesar de dejar vagar los ojos por otros sitios, y permanecían medio paso detrás de ella. Quizá ellos no fueran conscientes de aquella deferencia, aunque Andrew apostaría que *la mujer* sí lo era y además la incitaba. Miró a Andrew de arriba abajo y cuando habló, lo hizo con un acento que Andrew no consiguió localizar.

–¿De qué valdría recompensarte a ti? ¿No ayudaría con ese dinero a mantener a otro perdedor más? Debería dárselo al que te hirió, puesto que quedó por delante de ti.

–¿No hay compasión en su corazón, señora? ¿No querría que alguien la ayudara si le acaeciera algún infortunio, allá donde reposa su cabeza cuando no adorna nuestra bella ciudad?

–Querría que alguien me metiera una bala en mi podrido cerebro. ¿Por qué te aferras a la vida en ese estado? ¿Qué puedes esperar o intentar lograr?

Andrew fingió encogerse horrorizado mientras por dentro aplaudía su franqueza.

–La señora quizá tenga una definición demasiado estrecha de lo

que hace que merezca la pena vivir.

–Quizá la señora entienda mejor que tú lo que hace que la vida merezca la pena y lo que no. Quizá la señora debería demostrártelo.

Andrew se dio cuenta de repente que la mujer llevaba puesta una tez ilusoria. Al mirarlo furiosa, sus rasgos resplandecieron y revelaron debajo un rostro muy diferente. La máscara era la de una matrona, suave y coqueta. La realidad era más joven y distorsionada por una rabia apenas controlada. Andrew reconoció las señales de la Bestia, la voz autodestructiva que gruñía en el interior de todos los vampiros, bajo un control casi absoluto. Bajo aquella luz era asombroso que no se hubiera limitado a atacarlo directamente, o que no se hubiera desbocado por el paseo horas antes.

La mujer siguió mirándolo furioso. Andrew sintió las punzadas de sondeo cuando intentó manipular su humor, pero él era mejor jugador que ella. Mientras repelía el ataque, empezó a inundar su cuerpo de sangre extra y a reforzar sus músculos. La mujer lo notó sorprendida.

–¿Qué eres?

Andrew no se molestó en contestar. Le dio otro empujón al transmisor, "*Atacad*" y saltó sobre ella. Apuntó hacia un lugar que estaba justo sobre su hombro y acertó. Hundió el puño izquierdo en la mandíbula de la mujer y se la partió por dos sitios, mientras el derecho le aplastaba una costilla por el centro del torso. Rodó y le pasó por encima para caer luego al suelo con un golpe seco (tendría que ocuparse del daño más tarde), luego se retorció para colocarse en posición y atacar una segunda vez.

Y entonces se fueron todas las luces. Era uno de los trucos más rudimentarios de la manipulación de sombras, una masa completamente amorfa de sombras espesas. Andrew sabía que ninguno de los suyos sería tan idiota como para hacerlo y no creía que ninguno de sus objetivos hubiera tenido tiempo de prepararlo. Una voz desconocida con un acento parecido al de la mujer gritó algo y los ecos quedaron aplastados por la nube oscura.

–¡Ríndete, Rosa! ¡Ni tú ni tus aliados podéis oponeros a la voluntad del Sabbat en este asunto!

¿*Qué coño?* Andrew se encogió todo lo que pudo y se deslizó un poco para rodear el lugar donde se encontraban sus objetivos. ¿Quién era el recién llegado? ¿Y era un gilipollas tan grande como parecía?

La mujer, Rosa, según parecía, hizo un sonido discreto con la garganta y luego levantó la voz.

–Ni lo sueñes, Niccolo. Todavía puedo cogerte a ciegas,

recuérdalo. Apunta lo mejor que puedas porque no vas a tener una segunda oportunidad.

El hombre que gritaba no respondió de forma directa.

–¡Hablo con la autoridad de los cardenales reunidos! ¡Esta mujer y estos hombres son mis prisioneros, a los que debo llevar para ser juzgados en Ciudad de Méjico! ¡Interfiere conmigo y te arriesgas a incurrir en la ira del Sabbat!

Andrew se preguntó si habían mandado a aquel infeliz al equivalente de una caza de francotiradores, si algún antiguo se había vuelto loco y había empezado a darle encargos a los incompetentes terminales o qué. Mientras lo pensaba, siguió deslizándose hasta situarse justo detrás de uno de los hombres que acompañaban a Rosa, (el muy estúpido estaba dando pataditas con el pie, con lo que era fácil encontrar el blanco).

Con un solo movimiento continuo, Andrew sacó un cuchillo de la vaina de los pantalones, desjarretó al hombre y volvió a envainar el cuchillo. Uno de los brazos de sombra de Andrew le cubrió la boca y frenó la caída. Los colmillos de Andrew arrancaron varias venas mientras caía el hombre y empezó a alimentarse antes de que los restos llegaran al suelo. Andrew lo vigiló el tiempo suficiente para ver que la herida era lo bastante desigual para seguir sangrando durante un rato y que el objetivo se quedaría en el suelo mientras se curaba y luego volvió al resto de la lucha.

Había esperado que Rosa continuara gritando, pero no tuvo tanta suerte. Oyó cómo le crujía la chaqueta cuando le dio al otro hombre en el hombro y el susurro.

–Quédate aquí, Leonardo. Niccolo va a convertirse en objetivo.

--Luego el torso de la mujer se giró hacia donde debía estar la víctima de Andrew--. ¿Teodor? ¿Teodor? --La mujer se calló. *Mierda*. Andrew estaba bastante seguro de que se había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Silencio.

Andrew sondeó la oscuridad con un trío de tentáculos mientras Niccolo lanzaba unas cuantas bravatas más. El muy tonto estaba más cerca.

–¡Ríndete, Rosa! ¡Sométete y sobrevive! ¡Resiste y perece!

La idea de inmovilizar a aquel idiota y darle unas lecciones de retórica durante unos cuantos años tenía su encanto, pero Andrew decidió que lo mejor era una solución rápida. Seguía sin saber a dónde había ido Rosa; esperaba haberla oído moverse pero sólo rozaba puntos espesos dentro de la oscuridad, ni carne ni vitae.

Rosa solucionó la incertidumbre cayéndole sobre la espalda, una masa de protuberancias de sombra erizadas de púas que le perforaban la piel en media docena de sitios. Andrew se maldijo por no darse cuenta de lo que había hecho aquella mujer: después de todo, él había utilizado el mismo truco. Levántate del suelo con la ayuda de muchos tentáculos diminutos y muévelos sin parar, desaparece sobre los nuevos y deja que los viejos se disuelvan, y así no dejarás ninguna presencia constante sobre el suelo. Por fortuna para Andrew, la mujer no había apuntado lo bastante bien para inmovilizarlo. Andrew dio un giro rápido sobre un costado, le agarró los brazos y tiró. En una fracción de segundos le había dislocado los dos hombros y el dolor la distrajo.

Su intención había sido seguir girando sin parar para salir de la oscuridad, con lo que a su manada le gustaba llamar la "curva sigilosa del break-dance" pero se lo impidieron sus heridas. Tuvo que arrastrarse físicamente hacia donde pensó que estaba el borde la oscuridad... y no estaba allí. Debieron girarlo sin que él se diera cuenta. Oyó los chasquidos que indicaban que Rosa estaba llevando más sangre a sus brazos para acelerar la curación. El otro hombre, Leonardo, estaba muy callado; Andrew temía que le volvieran a caer encima.

Niccolo *todavía* seguía gritando allí fuera.

–Debéis reconocer mi autoridad, o tendré... –Emitió un murmullo ahogado y se calló. La oscuridad también desapareció.

Andrew se quedó inmóvil y examinó la situación. Los más cercanos eran dos vampiros varones, uno arrodillado y agarrándose la garganta gravemente herida y el otro a horcajadas sobre el primero y con las garras extendidas. No era difícil suponer que el que estaba de pie debía ser Leonardo y el arrodillado, Niccolo. Detrás de Andrew, continuaban los sonidos de la curación acelerada de Rosa. Más o menos media docena de vampiros se agazapaban en el callejón de al lado, muchos de ellos tentando los alrededores como si estuvieran ciegos. Los compañeros de manada de Andrew los contemplaban con tranquilidad, y de vez en cuando pinchaban a alguno con una garra o un clavo oxidado. Una de las guardianas, Milly, miró a Andrew y sonrió, él le devolvió la sonrisa. El linaje de la chica se remontaba a la *antitribu* Ravnos y estaba claro que su oscuro talento para crear ilusiones había vuelto a resultarle muy útil.

Rosa dio un paso, luego otro. Andrew no miró a su espalda, se limitó a soltar un puñetazo bien amplio y sólido de sombra

concentrada. Para su satisfacción, la mujer chilló cuando el golpe impactó contra su mandíbula no del todo recompuesta y luego otra vez contra sus brazos, que se volvieron a dislocar y Andrew creyó oír también que se le partía una cadera. Cuando la mujer cayó, Andrew se levantó y *entonces* sí que se giró para mirarla. Aquella dama no iba a ninguna parte.

Leonardo oyó que Rosa se derrumbaba y también empezó a girarse mientras aún agarraba a Niccolo. Pero no era ni remotamente lo bastante rápido. Andrew se lanzó hacia delante y realizó dos giros, el segundo terminó con las botas de punta de acero alineadas con precisión con los ojos de Leonardo. En unos instantes, aquellas orbes grises y acuosas se llenaron de vitae. Esta vez Andrew completó la maniobra como estaba planeado, con un ángulo hacia la izquierda y rozando oblicuamente la pierna más cercana de Leonardo. Bastó un tirón para derribar al objetivo mientras Niccolo seguía atrapado debajo por el momento.

Dos de los compañeros de manada de Andrew se adelantaron para esposar a Niccolo y Leonardo. Rosa iba a estar inconsciente un buen rato e inmóvil por culpa de sus heridas después. La plebe todavía estaba ciega y si empezaban a recuperarse, había granadas de rayos de sobra para lanzar.

Como Andrew temía, los gritos de Niccolo no habían pasado desapercibidos. Unos cuantos espectadores casuales (la mayor parte compradores de droga en potencia, por el aspecto que tenían) se habían acercado desde el exterior de la zona oscurecida y había una pequeña multitud saliendo del bar. Andrew reunió todas sus reservas para unos cuantos actos de dominación de voluntad. Dolía. Ya había quemado una gran cantidad de sangre y tendría que volver a alimentarse pronto, justo cuando menos necesitaba dar la impresión de ser un vampiro. Se subió a tirones a la carretilla y se obligó a adoptar una expresión parecida a la calma.

–Aquí no pasa nada –le hizo un gesto a los espectadores para que se fueran–. Sólo unos cuantos borrachos más del norte. Mis amigos los agentes los tienen controlados –Señaló a sus compañeros de manada y se alegró de verlos muy tiesos, igual que cualquier policía. Miró con atención a cada espectador y metió una sensación de aburrimiento y un ligero temor a las autoridades en cada una de aquellas frágiles mentes mortales–. Deberíamos dejar que los agentes hicieran su trabajo. Desde luego no querríamos que la policía pensara que deberían pasar más tiempo aquí para ocuparse de los asuntos

que requirieran su atención, ¿verdad?

La multitud se dispersó a una velocidad gratificante. Era tan fácil manipular a los seres humanos. (Andrew en ocasiones sentía un toque de remordimiento al recordar su vida mortal, y esperaba al menos no haber sido tan sumiso). Los vampiros volvían a tener las calles para ellos solos.

Andrew bajó los ojos para mirar a Niccolo, que seguía atado. Le dio dos patadas en la cara. Un tentáculo de sombra hizo rodar al cautivo para que se enfrentara a la furia de Andrew.

–¿Qué estás haciendo con tanto grito? No pretenderás decirme que un señor del Sabbat te ordenó que te comportaras como un auténtico idiota sólo porque hayas aprendido el control de sombras más básico.

Niccolo balbuceó indefenso durante un momento. Luego contempló a Andrew con más atención. Las cicatrices de batalla (casi curadas por completo pero todavía visibles para alguien que sabía buscar las formas de combate del Sabbat), el dominio obvio de disciplinas que estaban muy lejos del alcance de Niccolo... Niccolo se había cruzado en el camino del vampiro equivocado.

–Bueno. Sí que vengo de Ciudad de Méjico. En el bolsillo tengo una orden de arresto para la puta y sus hombres.

–Quédate ahí –Andrew metió la mano en los pantalones de Niccolo, encontró la orden y la sacó. Ahí estaba, era una orden de juicio contra tres miembros de manada fugitivos, con los tecnicismos necesarios para garantizar la ayuda de los obispos y arzobispos locales mientras el portador perseguía a los bellacos. Varias frases codificadas sugerían la invocación de viejas deudas y recordatorios de quién ostentaba el poder allí.

–¿Y con esto también te hicieron una lobotomía?

–Estaba nervioso –Niccolo se lamió los labios. Andrew notó las cicatrices mal curadas y se preguntó cuánto había sufrido aquel idiota--. Llevo semanas detrás de ellos y de repente se desvían del puerto de San Diego y bajan aquí. Creo que planeaban encontrarse con alguien. Entonces pensé que usted era ese alguien así que pensé que los atraparía a todos.

–¿Quiénes son?

–Mis hermanos de sangre.

–¿Y?

–Devoraron a nuestro sire.

–Y tú corriste a por los niños grandes para que te ayudaran.

–¿Cómo te atreves a hablar de ese modo sobre nuestros líderes?
Adrián gruñó.

–A los tontos y a los perdedores les hablo como me place. Y tú háblales a los ganadores con respeto o vas a perder más dientes. No me gusta repetir las cosas.

–Sí, –pausa–. Sí, escapé de ellos en Miami y conseguí que un hombre me llevara a Ciudad de Méjico, donde me encontré con los líderes de nuestro clan y unos cuantos más. Me dieron esta misión.

–¿Tienes alguna idea de lo que has hecho con ese golpe absurdo?

–¡Entiendo que usted ha evitado que capturara a la presa que me correspondía!

Andrew dio un salto y se puso a hacer el pino, una de las posiciones más cómodas que tenía para pensar y se quedó mirando a Niccolo.

–La has cagado como el perfecto estúpido que eres, has corrido el riesgo de alertar a todo el puerto de nuestra presencia y has destrozado por completo cualquier oportunidad que tenía de completar una investigación que es mucho más importante que tu caza de bellacos.

Andrew se equilibró sobre una mano el tiempo suficiente para arrancar una astilla del paseo que luego clavó en el corazón de Niccolo.

–Que te lleve tu grupo a casa y puedes explicarle a tus antiguos que al Obispo de Pórtland no le agrada su elección.

_____ 5 _____

Martes, 11 de enero del 2000, 9:00 p.m.
Sobre las montañas de Sierra Madre, Estado de Sonora,
Méjico

El jet podía llevar hasta quince pasajeros pero este vuelo sólo llevaba dos, al menos dos que fueran capaces de pensar o hablar. Varios cadáveres ocupaban los otros asientos. Al piloto no le importaba, le habían cauterizado los nervios olfativos años antes.

Andrew ocupaba un asiento de ventanilla, tenía las piernas levantadas y colocadas contra el borde de una mesa baja. La silla de ruedas estaba plegada y la habían colocado al otro lado del avión,

para que no estorbara. Cuando quena moverse, que no era muy a menudo, invocaba un pequeño tentáculo de sombras y le daba parte de su fuerza. En general se contentaba con contemplar las luces que pasaban debajo del avión, pequeños oasis de vida en una extensión prácticamente deshabitada, y con reflexionar sobre todos los modos en los que un pueblo podía perecer a manos de unos cuantos vampiros dedicados.

De vez en cuando levantaba la vista para mirar a la mujer que se sentaba en frente de él. A ella le gustaba el nombre de "Conrad" y cuando se la presionaba se limitaba a decir que su nombre original era tan impronunciable para la mayoría de los occidentales como irrelevante. Como siempre, llevaba un traje de chaqueta de seda granate, confeccionado con el estilo de mediados de siglo y unos accesorios que habrían podido llevar Lauren Bacall o Greta Garbo.

--Es un mundo occidental --decía cuando le preguntaban--. Así que yo utilizo las herramientas que me proporciona ese mundo --Su porte no insinuaba en ningún momento la furia que Andrew la había visto desatar.

Esta noche la mujer se encontraba con su mirada con una expresión de calma perfecta. Andrew sabía que no podía intentar leer sus emociones: lo cierto es que ella le había enseñado todo lo que él sabía sobre aquel arte y le había inculcado que la profesora siempre debía permanecer por delante del alumno. Por fin reunió el valor para preguntar.

--Tengo una pregunta de procedimiento.

--¿Sí? --La voz de Conrad era ligeramente ronca, imitaba de forma consciente a las cantantes de salón con las que había disfrutado. Andrew la había oído gritar en ocasiones con un tono agudo y puro que podría parecerse o no a la voz que había tenido en su vida mortal--. Qué formal. Andrew.

--¿Me van a ejecutar?

La expresión de Conrad no cambió.

--Antes de responder, déjame hacerte una pregunta. ¿Por qué lo preguntas?

--Dos cosas --Andrew levantó los dedos y fue descontándolos--. En primer lugar está el asunto de Niccolo en la Baja California. Supuse que era una víctima aleatoria de un ataque de ínfulas. Luego me he enterado de que lo cierto es que lo trasladaron a Ciudad de Méjico y que parece estar bajo la protección de uno o más de los antiguos del clan. Trasaric no le hace trajes a cualquiera --Esperó por si había

alguna reacción en el rostro de Conrad pero no creyó que se produjera ninguna. La dama no le sorprendió—. En segundo lugar, está el viaje de esta noche. Un vuelo privado con uno de los pilotos personales del cardenal, en compañía de los cuerpos elegidos para unos experimentos taumatúrgicos de los que oficialmente yo no sé nada.

»Y tú, claro está.

Conrad ladeó la cabeza ligeramente y lo examinó desde un ángulo diferente.

—¿Y, en todo esto, qué es lo que te sugiere una ejecución?

—¿Hablas en serio?

—Me has visto muy jovial. Saca tus propias conclusiones.

Lo hizo. Decidió que era casi con toda seguridad algún tipo de una prueba. Lo más probable seguía siendo que se convirtiera en cenizas al viento en unas pocas noches, pero por si no era el caso, lo mejor era demostrar su tan cacareada inteligencia, tanta como pudiera reunir.

—*Todo* sugiere un viaje de ejecución, mi querida sire. Yo también he ayudado a organizar bastantes de estos viajes. Recuerda aquel asunto con la Otra Cuchilla, ese que formaba parte de mi propia manada y trabajaba contra el Vinculum todo el rato. Sé que se puede hacer y cómo se hace. Y sé que forma parte de ello una cierta imparcialidad reforzada por un pequeño ritual. Tú me creaste pero no pienso ni por un momento que eso signifique que no fueras a destruirme si lo creyeras necesario.

»Aquí se está llevando a cabo un trabajo psicológico. Es para casos en los que se necesita sacarle información a la víctima antes de quemarla, enterrarla, hundirla, o lo que sea. Por supuesto, podrías limitarte a clavarme y arrancarme directamente la cabeza pero en algunos casos eso no es tan efectivo como conseguir una confesión que sea en cierto sentido "voluntaria".

»Tú eres mi autoridad definitiva. Quizá sepa cuantos niveles de autoridad hay por encima de ti, pero fueron tu sangre y tus colmillos los que me arrancaron la vida. Lo que indica tu presencia me tranquiliza, lo que indica tu actitud, menos.

»El entorno —dijo Andrew señalando la cabina con un gesto—. También está calculado para surtir un efecto. Tiene lujo, al que sabes que respondo de forma favorable. Los cadáveres, como es lógico, me recuerdan las alternativas que hay si no coopero contigo y con quien te respalde en esto. "*Recuerdas los hornos, creo*". —Para la última frase puso una voz cascada y profunda.

»Y luego está el momento --Andrew pensó por un instante cómo enfocar el siguiente punto.

Conrad levantó una mano.

--Gracias, Andrew, ya es suficiente. Ya veo que has pensado atentamente en tus circunstancias.

--¿Y?

--Mis instrucciones no incluyen trasladarte hacia tu inminente fallecimiento.

--¿Entonces, qué?

Conrad cerró los ojos durante un segundo, Andrew conocía las señales que indicaban que un mensaje se dirigía directamente de una mente a otra.

--Levanta los ojos, Andrew --La mujer señaló la pantalla de televisión que había en la parte delantera de la cabina. Apretó un botón en el brazo del sillón y la encendió. Un rugido de energía estática dio paso a un zumbido apagado y a unas ondulaciones que cada vez evocaban más una cabeza humana.

Había muy pocas cosas que Andrew odiara tanto como este tipo de comunicación. Estaba garantizado que el simbolismo que agradaba o divertía a un vampiro lo bastante poderoso en las artes mentales como para enviar pensamientos a largas distancias, no iba a ser demasiado agradable para el receptor. También sabía que no debía hacer otra cosa que no fuera contemplarlo con atención.

En apenas un momento la cabeza era plenamente reconocible: el cardenal Timofiev, que había presidido los ritos que habían confirmado el ascenso de Andrew al rango de obispo.

--Salve, soldado y comandante del ejército de Caín.

Andrew esperó.

--Tu nombre y hazañas son bien conocidos para tus antiguos, que han luchado en esta guerra desde el principio.

Andrew habló con suavidad y tanta tranquilidad como pudo.

--Gracias, Eminencia.

--Temes por tu vida.

--Así es. --No merecía la pena mentir.

--¿Sabes quién soy?

--Sí, Eminencia. Le conocí a usted y a su prole en el Gran Baile de hace dos años.

--Tu mente permanece atenta. ¿Sabes quién es este? --La estática resplandeció y dio lugar a un contorno nuevo. Andrew reconoció al idiota que había empalado en Bahía de Los Ángeles.

–Sí, Eminencia.

–Descríbelo.

Andrew empezó a responder incluso antes de darse cuenta de lo que pretendía. Hablaba enfadado y aprovechó el simbolismo alquímico que sabía que Timofiev entendería. Presentó una de las configuraciones más clásicas del alma condenada: demasiada impaciencia, la atención de los superiores, falta de visión, ambición que no iba unida al adecuado impulso egoísta de sobrevivir. Ciego y caído.

Durante lo que parecieron muchos minutos no hubo respuesta. Andrew intentó aislar y enterrar su miedo a pesar de conocer bien la futilidad de ese esfuerzo y el posible factor redentor de su determinación. Por fin volvió a aparecer la cabeza del cardenal.

–¿Crees que hay un destino escrito en las estrellas?

–Sí, Eminencia. –Andrew conservaba la mayor parte de su escepticismo sobre los asuntos místicos pero cuando se ve funcionar la magia de la sangre y los oráculos, la resistencia parece consumirse—. Creo que el mundo nos ofrece señales, aunque somos nosotros los que debemos darle significado.

–¿Crees en la Gehena que se aproxima?

Andrew lo pensó por un momento. En el sentido al que se refería el cardenal Timofiev, no, no creía en eso. No le servían de mucho más los libros sagrados y sus profecías de un Apocalipsis nocturno sólo porque los autores fueran muertos vivientes de lo que le habían servido en vida. Por otro lado, desde que pertenecía a la Sangre, había visto que la curva de intensidad del conflicto iba aumentando de forma regular. Ahora había cosas activas ahí fuera que dormían cuando Conrad lo perseguía. Los rumores ocasionales habían dado lugar a algo mucho más parecido a una guerra real. Ahora el mundo era un sitio mucho más hostil y cada vez más.

–Sí, Eminencia. Creo que se están acercando las batallas para las que usted y sus iguales crearon a nuestra secta.

–¿Qué sabes de la chiquilla de Monçada, Lucita?

Esa pregunta confundió a Andrew. ¿Qué tenía que ver aquella puta? Sin embargo se concentró y dibujó otro diagrama astrológico en su mente. Un punto de poder, sumisión a los grandes, rebelión, la pérdida de dirección, inmovilidad, destrucción inminente.

–Ya veo. Dime, ¿cuándo se autoriza la destrucción del sire de uno?

Una trampa. En teoría, el Sabbat estaba dedicado a la noción de

libertad absoluta y a la perfección de la naturaleza del vampiro. En teoría, claro está; el Sabbat estaba dedicado de igual forma a la destrucción de todos los enemigos y a librar una guerra disciplinada y organizada contra ellos. En la práctica, el propio Timofiev era uno de los grandes rebeldes y diabolistas y no querría que sus acciones se retrataran como ilegítimas. En la práctica, cualquiera que destruyera ahora a un sire sin sufrir una sanción estaría arriesgándose a meterse en problemas muy graves.

–La destrucción de un sire está justificada siempre y sólo con una condición: cuando tenga éxito.

Un sonido duro, como la risa de un cristal roto, resonó en la mente de Andrew.

–Explícate, chiquillo de Conrad.

–Gratiano destruyó a nuestro Antediluviano porque pudo. El universo no intervino para detenerle, igual que no intervino cuando los Tremere encontraron a otro al que agotar o cuando Lugo y su manada acabaron con el progenitor Tzimisce. Otros rebeldes demostraron que eran indignos al fracasar.

–¿Cómo explicas entonces las sentencias emitidas por las Cortes de Sangre o por los tribunales del Sabbat?

–El éxito y el fracaso no ocurren al mismo tiempo. Si así fuera, las guerras se terminarían siempre después de la primera batalla y los asedios no tendrían sentido. El éxito se da con el tiempo. Si yo destruyera a Conrad y me cogieran dentro de diez años y me entregaran a mi captor para someterme a la destrucción aprobada, sería un fracasado.

–Así que si algún Matusalén se levanta de su tumba y asesina a los fundadores, ¿el Sabbat es un fracaso?

–Si eso ocurriera, sí. Hasta entonces, sois un éxito. Habéis sobrevivido durante siglos a todos los rivales y contrincantes. Vosotros permanecéis y ellos no. Demostráis con vuestra continuada existencia que merecéis seguir existiendo.

–Lucita y sus ratas de arena destruyeron a Monçada. Siguen existiendo. ¿Han demostrado que son dignos?

–No.

–Qué confianza. Explícate.

–Lucita sobrevive porque no se enfrenta a un rival digno --Andrew no era consciente de que sus frases se hacían cada vez más coloquiales; por razones que sólo él sabía, el cardenal decidió no hacer ningún comentario--. Ninguno de nosotros sabrá si Lucita

merece el éxito hasta que lo demuestre contra un enemigo creíble.

–¿Conoces el encuentro que tuvo el obispo Talley con ella en la guerra americana del año pasado?

Andrew se quedó inmóvil. Talley era uno de los tipos más duros que había conocido jamás y no le apetecía demasiado provocar su hostilidad, bajo ninguna circunstancia.

–Eminencia, no sé lo suficiente sobre ese encuentro para valorarlo. Supongo que, dado que mi antiguo todavía ostenta una posición de honor, nuestros superiores mutuos creen que su conducta es satisfactoria y por tanto hay circunstancias que desconozco que impidieron que fuera un reto suficiente.

La risa de cristales rotos estalló de nuevo.

–Muy listo.

–No sería muy útil si fuera un zoquete, Eminencia.

–Cierto. –Ya no quedaba ningún rastro de humor en su voz y Andrew era muy consciente de que había un vampiro que le doblaba la edad a los Estados Unidos que estaba haciendo dibujos mentales—. ¿Te consideras un rival digno de ella?

–Solo no, desde luego.

–¿Qué te hace indigno? ¿Es que Conrad fracasó en sus obligaciones o fracasaste tú en las tuyas?

–Ni uno ni otro, Eminencia. No hay profesor que pueda darle a un vampiro mil años de experiencia en sólo quince.

–Cierto. Hasta donde puedas, dime cuáles son tus debilidades y cómo podrían repararse.

A partir de entonces, todo fueron tecnicismos.

**Jueves, 13 de enero del 2000, 11:30 p.m.
En algún lugar bajo la Ciudad de Méjico**

Barry Morn esperaba en la oscuridad mientras intentaba contener los estremecimientos. Le aterrizzaba la oscuridad, por eso la abrazaba. Después de los horrores de los dos últimos años, había decidido que dominaría la oscuridad, se fundiría con ella o perecería en el intento.

Incluso haciendo uso de la concentración y de los mejores

esfuerzos de intensificación sensorial, era incapaz de distinguir las palabras que se pronunciaban al otro lado de la pesada puerta de roble en la que se apoyaba.

Ya sabía quién estaba allí, o todos excepto uno: el cardenal Timofiev, la paladín favorita del cardenal, el obispo de Pórtland y el antiguo ghoul Trasaric. Barry los había visto a todos al menos una vez y conocía al obispo Andrew bastante bien. Había alguien más con ellos. Una sola persona, pensó Barry por las voces y los pasos.

El pasillo en el que esperaba Barry era un sitio bastante sencillo, piedra basta y pulida. La mitad inferior estaba tallada directamente en la roca y la mitad superior consistía sobre todo en grandes losas de roca sujetas contra tierra apisonada y escombros sueltos. El agua se filtraba por... Barry hizo una pausa para contar... sí, por tres sitios. El viejo Lago de Texcoco quizá hubiera desaparecido siglos antes pero todavía quedaban muchos arroyos subterráneos dispuestos a filtrarse por las construcciones menos logradas. Barry ladeó la cabeza para percibir las pequeñas corrientes del aire e identificó media docena de disolventes y otros contaminantes, presumiblemente arrastrados desde algún basurero enterrado. Había un solo banco clavado o quizá incrustado en el muro, allí donde las losas se encontraban con la pared de roca.

No había luces. Aquello era territorio Lasombra y las manadas de Ciudad de Méjico del clan se enorgullecían de prosperar en la oscuridad. Jamás se mostrarían vulnerables delante de los Tzimisce y la plebe. Así que Barry luchó en silencio contra su Bestia y convirtió cada ansia de escapar o de al menos encender una cerilla en el marcador de venganzas que les debía a los bastardos arrogantes responsables de su sufrimiento. Sabía lo suficiente sobre la historia del Sabbat para saber que es difícil sobrevivir mucho tiempo cerca del trono a menos que estés justo al lado. Con el tiempo podría coger a los culpables, de un modo u otro, y demostrarles a sus atormentadas sombras cómo se hacía.

Empezó a repetir algunas de sus lecciones, en ocasiones murmuraba casi en silencio ("sin respirar" no significaba mucho para un vampiro), a veces sólo las pensaba y tamborileaba los dedos de una mano contra la otra al ritmo de sus pensamientos. *"El practicante de la Senda de la Noche es el sujeto, no el objeto. Tú actúas. Los otros reaccionan. Todo lo que seas capaz de hacer, lo puedes hacer. Eres la vasija que contiene a la noche. Deja que fluya a través de ti y entre en el mundo. Cualquiera que caiga ante ti, lo merece y es tu*

presa por derecho. No existe más ley que la obligación de actuar en la oscuridad y como la oscuridad".

Mientras repasaba las frases, Barry sentía que menguaba el miedo que albergaba en su interior. Ya no era Barry el Novato, Barry el último superviviente de una de aquellas pobres manadas destrozadas durante la gran "invasión" del Sabbat de la Costa Este. Ahora era un estudiante de la noche, agente de los grandes señores de su clan y sin duda un maestro de la oscuridad seguro de sí mismo.

Al menos eso esperaba.

Justo a media noche, unas campanas apagadas repicaron por las catacumbas. Cuando murió la última campanada, se abrió la puerta. El obispo Andrew permanecía, o más bien flotaba, ante la puerta.

–Vamos, Barry, entra. Es hora de informarte.

Barry caminó detrás de Andrew. En apariencia el obispo era un hombre joven. Abrazado cuando sólo contaba veintitantos años. Un accidente de coche ocurrido durante su época mortal le había destrozado las piernas y se las había convertido en astillas inútiles; al obispo le encantaba utilizar varias combinaciones de fuerza y control, innatas y de vampiro, sobre las sombras para moverse de formas exóticas. Esta noche el truco era un racimo contorsionado de tentáculos de sombra que se parecían a un pulpo y oscilaban en respuesta a unas ligeras corrientes de aire y que transportaban el torso del obispo de una forma perfectamente nivelada. A Barry le caía bien el obispo y respetaba su destreza pero en ocasiones preferiría que Andrew fuera un poco más prosaico o al menos monótono en el modo de andar.

La cámara de reuniones era un cubo irregular de uno veinte de lado, lleno de rebordes y grietas por todas sus superficies. El cardenal estaba sentado en un saliente a tres metros del suelo, justo sobre la paladín. Ésta (al menos Barry pensó que era una "ella") sostenía a un vampiro de edad parecida a la de Barry en una mano. El ghoul Trasaric se paseaba por un semicírculo, agitando unas túnicas que quizá hubieran sido la última moda algún tiempo antes de la fundación del Sabbat.

El cardenal se dirigió a Barry con un asentimiento y trazó un símbolo en el que Barry reconoció una evocación de la Senda de la Noche. Barry inclinó la cabeza con solemnidad e hizo una contra señal antes de inclinarse a su vez ante la paladín y el obispo. Saludó con la cabeza a Trasaric y luego miró con curiosidad al otro vampiro.

–Buenas noches –dijo el cardenal con su voz tranquila de

siempre—. ¿Entra el nuevo año con buenos presagios?

Barry se lo pensó durante un momento.

—Sí, Su Eminencia. —La experiencia había petrificado a Barry. Siembre había sabido de una forma abstracta que las señales y los portentos golpeaban en ocasiones a los cainitas pero a él nunca le había pasado con tanta intensidad. Odiaba hablar de ello y odiaba ocultarlo.

—Comparte con nosotros tus presagios.

—Hace dos noches luché contra un hombre detrás de la catedral de la ciudad. Era guardaespaldas y pretendía evitar que me alimentara de la mujer que tenía a su cargo. Lo lancé contra un muro. Le chocó la cabeza contra una lanza y se partió. Cuando se derrumbó el cuerpo, vi que las salpicaduras de sangre habían formado una imagen perfecta de nuestra corona, la corona de los Guardianes. Ya tenía nuestro poder en su interior, pero todavía no lo sabía.

—Déjame verlo. —Barry hubiera preferido negarse pero sabía que no podía elegir entre conservar la mente y dejar entrar al cardenal, sólo si le iba a doler y cuánto le dejaría intacto el cardenal. Barry inclinó la cabeza y sintió el no toque de la voluntad del cardenal. El recuerdo resplandeció en los ojos y los oídos de Barry—. Es bueno. Me traes una buena señal. —El cardenal sonrió, una grieta retorcida que le cruzaba la parte inferior del rostro, parecía más que se le estaba descomponiendo la cara que una muestra de buen humor—. Ahora, fortalecido por esa señal, debo encargarte una tarea.

El cardenal le hizo un gesto a la paladín, que apartó al otro vampiro aún más del suelo.

—Éste —dijo el cardenal— es Niccolo. El último retoño superviviente de un Guardián que ya no guarda nada. Los otros chiquillos del sire se volvieron contra él con el engañoso deseo de recrear nuestro gran acto de rebelión, o eso dice éste. Vino a nosotros en busca de refugio. —El cardenal giró sin moverse para mirar directamente a Niccolo—. Pero no nos dedicamos al negocio de acoger a idiotas de forma indefinida.

Barry recordó la segunda lección de la Senda de la Noche: no aceptes la superioridad de otro. Así que habló.

—¿Quiere que le siga, entonces?

—No exactamente. No, tengo otra tarea para ti. —El cardenal contempló la lucha de Barry por contener el pánico—. Tu obispo habla muy bien de tu devoción a tu nueva Senda. Dice que te has ido deshaciendo de tu control mortal con cada vuelta de la luna y que eres

un orgullo para tus instructores. ¿Estás de acuerdo?

Lección número dos otra vez. Seguridad en ti mismo.

–Sí, Su Eminencia. Me alegro de dejar atrás a mi antiguo yo. En ocasiones me parece que la Senda es dura pero estoy trabajando en ello y creo que me está convirtiendo en un miembro mejor y más útil de la Espada de Caín.

–Bien. Entonces te ofrezco un gran reto. ¿Sabes algo de la chiquilla Lucita?

Pues claro que Barry sabía algo de ella. Era el ejemplo perfecto de cómo ser un mal Lasombra, un rebelde, un problemático y una figura patética.

–Sí, Su Eminencia.

–Bien. Te llevarás a Niccolo y a otros compañeros que te asignaremos. Formaréis una manada nueva, que consagrará el obispo Andrew. Y encontraréis a la chiquilla por nosotros.

No había tiempo para pensar. Actúa.

–Su Eminencia, ¿es un castigo? ¿Cree que he hecho algo por lo que debo pagar con mi piel?

–En absoluto. Es un reto. No hay muchas probabilidades de que encuentres a la chiquilla y vuelvas con noticias sobre su refugio pero no es una tarea imposible. Los presagios hablan de tu triunfo este año y de una reunión de fragmentos. Vi con mis propios ojos cómo se reformaban al final del sermón las jarras adoseladas rotas. Ya es hora de que la chiquilla vuelva con nosotros, sea juzgada como uno de nosotros y sea castigada por sus pecados como uno de nosotros. Y tú, con tu presagio de poder interior portador de victorias, eres el que guiará a los buscadores. Tendrás éxito y los elegidos para traerla te seguirán.

La imaginación de Barry conjuró interminables escenas de su fallecimiento: en combate, bajo la luz del sol, a manos de alguna manada rival y de incontables formas a manos de Lucita. En su mente, aquella mujer era un demonio que se cernía sobre él, sus rasgos formaban una máscara de obsidiana sin costuras que no traicionaba ninguna emoción. Aquel era el principio del fin para él y todo lo que podía hacer era asentir, por ahora.

–Su Eminencia, es un honor. Espero mostrarme digno de su confianza.

–El presagio lo confirma. Confía en las señales que nos da el mundo en el idioma del destino.

–Por supuesto, Su Eminencia.

–Ahora vete con el obispo Andrew para recibir más instrucciones.

**Domingo, 16 de enero del 2000, 3:20 a.m.
Biblioteca del Instituto de Investigaciones Filosóficas,
Universidad Nacional Autónoma de Méjico**

En plena noche la biblioteca de investigación filosófica estaba más tranquila que la mayor parte de las tumbas que conocía Simon Peter. Las tumbas pocas veces estaban en completo silencio. El suelo cambiaba y había pequeños seres vivos que no dejaban de excavarlo. Este lugar, por el contrario, ocupaba un ala de la biblioteca departamental de la universidad y se había construido específicamente con un suelo inestable en mente. Bajo el sótano, unos muelles y tirantes amortiguaban los posibles movimientos del suelo, y se había aislado cada una de las unidades de la biblioteca de investigación para permitirles a los ocupantes la libertad de hacer ruido sin molestar a los que estaban en las otras. Algún estudiante imprudente había inutilizado por descuido el sistema de calefacción de aquel ala varios días antes, así que nadie perturbaba el aire, a excepción del propio Simon Peter y su... colega.

Simon Peter tenía todo el aspecto del empollón que había sido en vida: delgado, brazos y piernas demasiado largos para el torso, unos ojos todavía lo bastante débiles como para necesitar gruesas lentes correctivas a pesar de varios tratamientos de moldeo de carne. Roxana parecía una luchadora, a pesar de que en vida había sido un bicho tan raro como él. Era quince centímetros más alta que Simon Peter y por lo menos cuarenta kilos más pesada y la mayor parte de aquel volumen era puro músculo. Cuando empezaron a estudiar en la universidad, los bromistas a veces les tomaban el pelo por el estereotipo: el típico listo americano que busca una mujer más real de lo que podría conseguir en su país, con esas chicas enamoradas de la anorexia; y la gran chica mejicana que busca un visado para los Estados Unidos. Un poco de intimidación prudente acallaba a los bromistas, aunque tanto Simon Peter como Roxana podían leer los pensamientos apenas suprimidos que los rodeaban.

–Vale, ahora aprieta –dijo Simon Peter. Ante sus encantados ojos

el flujo de electricidad que lo rodeaba resplandeció como gotas de lluvia que entraban y salían de los estrechos haces de luz. La mezcla de sangre y barro que se había pintado en la cara tres horas antes le impedía el paso a las cosas materiales y dejaba que resplandeciera la energía. En concreto, las líneas de 220 voltios que Roxana y él habían tendido por la sala de lectura principal relucían con cascadas continuas.

Roxana carecía de su facilidad para la percepción tecnológica, pero ella tenía un talento excepcional cuando se trataba del control de sombras. Sacó una negrura más activa de la simple ausencia de luz y la envolvió alrededor de los cables. Simon Peter vio que la esencia del Abismo comprimía los cables. Oía algún gruñido ocasional proveniente de Roxana, el esfuerzo físico subconsciente igualaba la labor espiritual. El aislamiento de los cables empezó a deshilacharse y luego se rompió por una docena de sitios en los que el Abismo presionaba. Estallaron chispas pero no duró mucho: chocaron contra el Abismo y huyeron a otros reinos. La corriente misma siguió fluyendo con casi la misma fuerza hasta que ya no pudo fluir más, cuando los cables quedaron mutilados de forma irremediable.

–¿Hecho? –preguntó Roxana–. Creo que ya no queda mucho de los cables.

–Gracias. De sobra –respondió Simon Peter. Escucharon el suave susurro del viento cuando la abertura del Abismo se cerró. Roxana se levantó para estirarse mientras Simon Peter tomaba unas cuantas notas.

–Bueno, ¿y qué viste? –La voz de Roxana sonó inesperadamente cerca detrás de Simon Peter. Estaba mejorando mucho en el arte de moverse en silencio. Todavía recordaba los primeros tiempos, cuando parecía que no podía caminar por un pasillo sin encontrar algo con lo que chocar. Claro que eso fue casi una década atrás, se tuvo que recordar, y la no vida los había cambiado a todos.

–Lo mismo que la última vez. La corriente fluye sin demasiada interrupción hasta que le resulta físicamente imposible seguir.

–Mmm. –La chica dio unos cuantos pasos, esta vez más ruidosos, y luego se detuvo para hurgar en los restos humeantes con los pies desnudos–. Entonces hay algo que no entiendo. La energía y la materia se convierten la una en la otra, ¿no? ¿En el fondo son casi la misma cosa?

–Exacto.

–¿Por qué entonces la energía escapa a las constricciones?

Debería ahogarse igual que la materia. Desde el punto de vista del Abismo apenas se distinguen. El alma tiene muchas más diferencias con las dos, pero sufre como la materia. No lo entiendo --Roxana suspiró, un gesto cuidadosamente cultivado que había aprendido de los amigos que tenía en el séquito de Lord Greyhound.

--Ni idea --dijo Simon Peter con toda honestidad--. Siempre es posible que haya algo que mi ritual no muestre, claro está. --Odiaba admitirlo pero Roxana no abusaría de su confianza. Lo cierto era que aquella hechicería tecnológica era un tema muy basto, sin refinar. El sire de Simon Peter había recogido una gran cantidad de información. Parte la había arrancado de mentes todavía vivas, de una pequeña cabala de mortales que practicaban algo que llamaban "la Senda del Control" y lo había adaptado a las exigencias de la magia de la sangre de los vampiros. Simon Peter había trabajado con su sire hasta que el anciano pereció en una lucha absurda contra cazadores de brujas mortales. Pero todavía no estaba más cerca de abordar una innovación fundamental y era muy consciente de los huecos que debían existir en sus conocimientos.

El ensueño contemplativo terminó cuando sonaron los dos móviles al mismo tiempo. Respondieron los dos y oyeron un breve mensaje grabado: *"El obispo Andrew Emory solicita su presencia en la Cámara del Arrepentimiento antes de una hora"*. Lo había grabado una persona viva, presumiblemente uno de los ghouls que empleaba el Sabbat para aquellos propósitos.

Simon Peter miró hacia el lugar donde había visto a Roxana por última vez y dijo con una pizca de frustración.

--Bueno, ¿vamos?

Estaba claro que Roxana se sentía tan frustrada como él.

--Sí, y dejaremos que Su Santidad haga la limpieza.

* * *

Como siempre, Simon Peter lanzó una pequeña risita cuando entraron en la Avenida Insurgentes. Roxana no apartó la mirada de la carretera. Le encantaba el gran sedán que se habían llevado después de asesinar a una banda de secuestradores y a sus rehenes ingleses unas semanas antes, pero hacía falta mucha concentración para conducirlo bien.

--¿El chiste de siempre? --preguntó ella.

--El de siempre --asintió él. No quería aburrirla con repeticiones,

era sólo que no dejaba de pensar que los planificadores urbanos no tenían ni idea de lo que podía ser la verdadera insurgencia. Esperaba poder mostrárselo alguna noche y una vez más se recordó que tenía que averiguar quiénes habían sido los responsables de darle nombre a aquellas calles y si todavía seguían vivos--. Continúa.

Se dirigían al sur, hacia San Ángel. Detrás de las tiendecillas pintorescas y las calles empedradas que les encantan a los turistas había miseria de sobra, muy útil para ocultar las entradas a las alcantarillas y las catacumbas que había debajo. Cualquiera nativo que estuviese por allí a las cuatro menos cuarto de la mañana pensaría que el coche era un vehículo oficial o propiedad de algún criminal lo bastante seguro de sí mismo para ser casi lo mismo.

Nadie se les cruzó en el camino cuando Roxana guió el vehículo por lina madriguera de callejones cada vez más estrechos hasta llegar al garaje. Todavía lucía algunos restos del piso bajo que había sido antes de que se eliminaran todos los muros interiores y se sustituyeran por varias vigas reforzadas. Simon Peter ya no le prestaba demasiada atención a las manchas de sangre que quedaban, pero sabía que estaban allí. Estaba bien recordar que su especie progresaba a costa de la humanidad; los depredadores que se creían productores primarios podían meterse en un montón de líos estúpidos.

Bajaron un tramo de escalones ya existentes hasta llegar al sótano y luego por una escalera de mano, a través de un agujero abierto en el suelo, hasta el sumidero que recorría la calle. Recorrieron un par de manzanas por él y luego bajaron por un túnel que conectaba con el conducto más grande que servía a todo el barrio. Lo siguieron durante media docena de manzanas más y luego bajaron por un túnel extraoficial hasta el túnel de acceso al suministro eléctrico que había sobre la extensión de la línea de metro 3. Volvieron por donde habían venido, pero ahora a más profundidad y luego entraron en la parte superior de una de la pequeña red de cuevas. Bajaron una cuesta limpia y suave, pasaron varias antecámaras vacías y entraron en la Cámara del Arrepentimiento.

La Cámara en sí era un cubo perfecto de doce metros de lado. Una vez Roxana le dijo a Simon Peter que uno de sus contactos había dicho que era un acto de contrición de un antiguo líder bélico (varón, hembra o lo que fuera) que la jodió en los cálculos tácticos e hizo que un puñado de gruñones potencialmente útiles terminaran asesinados. La Cámara era desde luego un monumento a la precisión matemática, desde las dimensiones globales a los adornos que envolvían todas las

superficies: verdaderas ecuaciones, espirales perfectas construidas según varios sistemas y obras de arte basadas en la matemática esotérica.

El obispo Andrew los esperaba sobre una piernas nacidas de las sombras al lado de su silla de ruedas. Simon Peter sólo había visto al obispo en persona una vez pero lo conocía por su reputación. Andrew era a su manera tan aficionado a los experimentos tecnológicos como Simon Peter y eso los incluía a los dos dentro de una especie de subcultura compartida dentro del Sabbat. Las sombras que proyectaban las lámparas de aceite del pasillo le dijeron a Simon Peter que al menos otras dos personas más esperaban en una de las cámaras más pequeñas que había más abajo, lo bastante cerca para oír cualquier ruido que se produjera en la Cámara del Arrepentimiento pero nada concreto de la conversación que se sostuviese aquí.

–Excelencia. –El mago y la mística hablaron al unísono.

El obispo era dado, o eso había oído Simon Peter, a sufrir ataques de amargura. Lo cierto es que era uno de los lazos que seguían uniéndolo a la mortalidad, y aunque él lo negaba nadie podía molestarse de aquella manera por la injusticia a menos que todavía creyera en la justicia. Desde luego aquella noche estaba de un humor bastante desabrido, su expresión habitualmente austera era incluso más pronunciada que la última vez que había hablado con Simon Peter.

–He estado hablando con, entre otros, el obispo Francisco de la Ciudad Vieja –empezó.

–Oh, mierda –Simon Peter pareció asombrarse. Se preguntaba si lo había soltado él, luego se dio cuenta de que había sido Roxana la que le había hecho el trabajo. La sangre le bañó las mejillas y el mago la vio balancearse apenas hacia delante y hacia atrás, temblaba y estaba a punto de delirar.

La expresión del obispo no cambió.

–¿No crees que fuera una buena idea? Explica el porqué, por favor, Roxana.

–Él... –La chica se detuvo. Simon Peter vio que le temblaban los brazos y las piernas mientras contenía el impulso de atacar, de huir o de hacer cualquier cosa en lugar de responder—. Nosotros... –Hizo otra pausa y un descuido mortal la hizo abrir la boca en busca de aire. El mago hizo una mueca en su nombre. Se dio cuenta de que al negar el frenesí que la embargaba, la chica estaba pecando contra la versión de la Senda de la Noche que practicaba—. Fue nuestro ductus, de

1989 a 1993.

–Sí –La voz del obispo perdió más expresión todavía–. Y...

Ni siquiera era una pregunta.

–Nosotros... –Otra pausa–. No tenía ningún talento para la magia y tampoco le interesaba. Así que intentamos enseñarle un poco y compartir la experiencia con él a través del Vinculum.

–Sí. Y.

–Y después de unos años, él pensó y nosotros estuvimos de acuerdo, que parecía haberle cogido el tranquillo. Así que decidió que lo que necesitaba era más material de investigación. Él...

–Sí. Y –Los rasgos del obispo fueron hundiéndose poco a poco en una sombra uniforme. Los ojos permanecían bien visibles y chispeaban sin parar. Simon Peter se dio cuenta de que el obispo veía en la lucha de Roxana tanto o más que el mago mismo.

–Le sugerimos que atacara un barco Tremere que venía de Europa a los Estados Unidos y que traía varios lacayos y una copia de seguridad de uno de sus grandes archivos. Hicimos que un desertor nos lo contara un poco antes y por lo que sabíamos era verdad. Así que...

Esta vez el obispo no dijo nada. Su cabeza, envuelta en sombra, se limitó a asentir.

»Unimos nuestra manada a otra, arriba, en Miami y planeamos un gran ataque pirata. Lanzamos el asalto. Era... –Luchó una vez más por mantener el control–. Era una trampa.

–¿Oh? –Una pregunta por una vez.

–No estaban esperando con fuego y protecciones. Sólo nosotros tres, Simon Peter, Francisco y yo, conseguimos escapar, y los tres resultamos gravemente heridos. Nos llevó tres noches volver a la costa, pasamos los días en las profundidades y nadando lo mejor que podíamos.

–¿Y?

–Y Simon Peter y yo cargamos con la culpa por no haber examinado al desertor a conciencia. Lo habían condicionado con esa historia y en cuanto se enteró de que el ataque había fracasado, una especie de bomba mental lo destruyó. Así que ni siquiera pudimos examinarlo para averiguar quién lo había hecho. Nuestro interrogatorio había distorsionado los rastros psíquicos y también nos echaron la culpa de eso.

–Ya veo.

–Pero el obispo debe haberle contado todo eso él mismo, si sabe

lo suficiente para preguntar, Su Excelencia. --Ale, ya había conseguido superar lo peor. Si pudiera evitar la arrogancia compensatoria sobreviviría para ver la noche siguiente.

--Pues sí, lo cierto es que lo hizo. Me han asignado un proyecto y el cardenal Timofiev sugirió que hablara con él. Me hizo un relato completo, pero quería ver si seríais honestos con ese tema.

Simon Peter alzó la voz.

--¿Qué tipo de proyecto. Excelencia?

--Voy... vamos a ir a la caza de alguien y quería que viniera conmigo al menos un mago, ya que esa es una de las debilidades del blanco.

--¿Alguien importante se ha convertido en bellaco? --Demasiado tarde, Simon Peter se dio cuenta de lo mal que podía sonar aquello.

A Andrew no parecieron importarle las implicaciones, para alivio de Simon Peter.

--Sí, bueno, más bien alguien importante se *convirtió* en bellaco, alrededor del 1200.

--1200 --Simon Peter hizo una pausa--. ¿Quiere que le ayudemos a cazar a un Matusalén? ¿No es eso trabajo para las Cortes de Sangre, o la Mano Negra, o alguien *entrenado* para eso?

--Bueno, ya se ha probado con eso. Pero en este caso...

--Mierda --Simon Peter hizo de repente las conexiones necesarias--. Disculpe, Excelencia, ¿pero va a llevar a un puñado de críos contra *Lucita*?

Andrew sonrió.

--Así es, y usted también viene.

--Bueno, ¿suponga que me niego?

--Entonces le empalamos en algún sitio que tenga una bonita vista del amanecer.

--Vaya, ya veo.

Andrew dio varios paseos.

--Seré honesto con vosotros. Esto es un encargo de castigo. Los dos lleváis esperando esto desde 1993. No podéis haber pasado por alto que ninguno de los dos está llegando a ninguna parte a pesar de vuestro obvio talento y dedicación. --Señaló a Roxana con un gesto--. Ahora mismo lo has hecho muy bien. Una pizca menos de control y habría tenido que destrozarte ahí mismo. Está claro que has aprendido la lección, pero la verdad, nadie que pudiera patrocinaros para papeles más importantes termina de confiar en vosotros.

»Esta es vuestra oportunidad para limpiar vuestra ficha. --Vio que

Simon Peter empezaba a hablar otra vez y levantó una mano para advertirle—. No, déjame terminar.

»A mí también me están castigando, por esto. Tengo que ir con vosotros y creo que no se espera especialmente que sobrevivamos, a pesar de unas cuantas señales favorables de los oráculos. Ya os hablaré de eso más adelante. Este es el trato. Creo que podemos sobrevivir, si lo hacemos bien. Y yo pretendo volver cubierto de gloria y estoy dispuesto a compartirla. Trabajad conmigo y podemos sacar algo de todo esto.

»Y ahora, permitidme presentaros a los otros miembros de nuestra pequeña familia.

_____ 8 _____

Lunes, 14 de febrero del 2000, 11:48 p.m.
Algún lugar bajo la Ciudad de Méjico

Rosa estaba colgada y sentía un dolor agonizante, el brazo que le quedaba estaba clavado a una cruz de hierro forjado que pendía de unas cuerdas de cuero sujetas al techo escarpado y lejano. El ojo que le quedaba se asomaba a una cámara estrecha, que habían dejado casi en su totalidad en su estado tosco original. Ardían en el suelo unas velas apenas lo bastante brillantes para llenar el espacio de sombras en lugar de una oscuridad pura; si dejaba que los pies le colgaran en el sitio exacto, las llamas le lamerían las suelas cocidas y reabrirían las heridas del último mes.

Al principio la habían interrogado, luego la habían dejado allí y pasaban una o dos veces a la semana con la sangre justa para que pudiera ir tirando y un cuchillo o herramienta para destrozarla otro poco. Estaba empezando a preguntarse cuánto tiempo podría durar aquello y a considerar cuántos trozos tenía en realidad el cuerpo de un vampiro.

—Rosa —La voz provenía de algún lugar cercano. Y era...

Se obligó a llevar sangre a la garganta para curar las dañadas cuerdas vocales.

—Niccolo, pequeño hijo de puta. Deberíamos haberte matado junto con el querido papá.

—Seguramente —Permanecía ante ella rodeado de vampiros que

no conocía. Tres varones y una hembra, un grupo muy poco ortodoxo—. Pero no lo hicisteis y ahora no estoy aquí para matarte.

—Gusano patético. Ni siquiera estarías aquí para hablar conmigo, a pesar de mi desventaja, si no fuera por esos amigos tan especiales.

El vampiro hizo una mueca apenas perceptible pero ella se dio cuenta de que los otros la habían notado.

—Quizá no, pero eso no importa, lo cierto es que aquí están. Sólo he venido a hacerte una pregunta.

—Sí.

—¿Sí, qué? —parecía genuinamente confundido.

—Sí, todavía te desprecio.

—Ah. —Se echó a reír—. Está bien. Sigue así. Mi pregunta es, ¿por qué Bahía de Los Ángeles? ¿Qué os hizo ir allí?

—Eres un mierda. ¿Qué te hace pensar que voy a decírtelo?

—Estos amigos tan especiales. —Asintió y dio un paso atrás.

La mujer levantó los brazos, cogió a Rosa por la cintura y la izó un poco. Era fuerte, probablemente había sido luchadora o algo así en vida, pensó Rosa. El tipo de aspecto retorcido agarró la pierna izquierda de Rosa y soltó la cadera y la rodilla de las articulaciones sin rasgar la piel, luego volvió a meter el desastre resultante detrás de Rosa. La mujer la soltó otra vez y los otros dos hombres presionaron a Rosa con firmeza contra la cruz.

Fue el dolor más intenso que había sentido Rosa jamás. Ni siquiera podía compararlo al de las quemaduras. Su cuerpo, por puro reflejo, vertió sangre en un esfuerzo por curarse, pero no funcionó. Era imposible que el miembro pudiera sanar mientras permanecía en aquella posición. Así que antes de que pudiera ejercer un control consciente, los reflejos extrajeron toda la sangre disponible del miembro dañado y bloquearon las sensaciones. Ahora la pierna pendía flácida, lista para la amputación.

Rosa casi se desmaya pero el hombre que le había tirado de la pierna le ofreció en un cáliz la sangre justa para impedirlo. Se agitó sobre la cruz, intentaba encontrar una posición que le causara un poco menos de dolor pero aquellos dos la sujetaron con firmeza y el dolor continuó y siguió. Intentó hablar pero no pudo.

—Ya basta, creo —dijo el rompe-piernas. Aquellos dos la soltaron. La pierna, que ahora era un tercio más delgada gracias a la pérdida de sangre, volvió a colgar en su posición original—. Como dijo Niccolo, ¿por qué Bahía de Los Ángeles? —Hablaban con aquel acento plano y molesto que Rosa sabía que era habitual en el oeste de los Estados

Unidos. La pronunciación era buena, pero no tenía alma. Lo despreció a pesar de temerlo.

–Lucita, por supuesto. –Se sorprendió al oírse decir eso pero había algo en ella que ya estaba listo para hablar. ¿Quizá podría terminar todo aquello?

–¿Qué pasa con ella? ¿Qué tiene que ver con ese pueblo concreto? –La presionó el rompe-piernas.

–No sé *por qué* –dijo Rosa y luego tuvo que interrumpirse para sanarse las cuerdas vocales otra vez. El absurdo intento que había hecho su cuerpo para arreglarse la pierna había extraído demasiada sangre al resto del cuerpo–. No sé *por qué* –repitió–. Sólo sé que estuvo allí al menos una vez.

–Cuéntanos.

–Estuvo allí en 1983, seguro.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo leí en un libro –Rosa hizo una pausa para concentrarse lo mejor que pudo–. Un libro sobre buceo. Estaba leyendo sobre lugares en los que podríamos escondernos después de destruir a Rudesi, ni siquiera sabía que me iba a poner a buscar a Lucita todavía. El libro se abrió por una página en la que un hombre hablaba de cómo se había metido en el negocio de alquiler de barcos, ella fue su primera cliente. La descripción encajaba y sentí algo al leerlo.

–Sentiste algo –El escepticismo del rompe-piernas era obvio.

–Sentí algo –repitió la mujer–. Era... una especie de certeza. Tenía que ir allí, pero antes de hacer lo nuestro leí sobre la historia del lugar, para ver si había estado allí antes.

–Y dime –dijo él con un tono abiertamente burlón–, ¿qué reveló tanta erudición?

–Nada.

–Ya veo.

–Creo que pudo haber estado allí en 1822, en un barco que llevaba a varios nobles españoles que iban a visitar a unos parientes lejanos de California. Pero no hay datos suficientes para saberlo y no tuve esa sensación de certeza.

–Gracias, entonces, eso será todo. –El rompe-piernas ladeó la cabeza y las sombras amordazaron a Rosa. Se volvió hacia los otros–. Creo que ya es hora de consagrar el vínculo. Barry, el cáliz, ¿por favor?

Uno de los dos que habían sujetado a Rosa sacó un segundo cáliz, más elaborado que el que le habían dado a ella unos minutos

antes. También tenía un cuchillo de carnicero decorado con los escudos de la primera nobleza del Sabbat. Se lo ofreció todo al rompe-piernas con una ligera reverencia.

–Gracias, Barry. Yo ocuparé el cargo de ductus de esta reunión. Elijo a nuestro hermano de sangre Barry Morn para que ocupe el cargo de sacerdote. Barry, por favor, proceda.

Barry tragó saliva.

–Esto, como desee, Excelencia.

–Para esto, Barry, soy tu hermano de sangre, Andrew.

–Sí, Andrew, muy bien –Barry sujetó el cáliz con más firmeza y le dio el cuchillo a Andrew, como al parecer se llamaba el rompe-piernas.

»Hermanos y hermanas, como la sangre es la vida para las cosas que respiran, así es la sangre la no vida para aquellos que estamos muertos y sin embargo vivimos. Nuestra sangre es nuestro ser. A través de la sangre podemos formar un vínculo. A través de la sangre medimos nuestras fuerzas. A través de la sangre transmitimos nuestro legado de una generación a la siguiente. La Vaulderie nos llama para que entreguemos nuestra sangre y nos convirtamos en algo nuevo, seremos a la vez nosotros mismos y otro, la combinación de nuestro ser en un único propósito. Con la unión resultante, el Vinculum, compartimos nuestra fuerza y nuestra debilidad. Hacemos ventanas en las paredes de nuestro ser y vemos los lugares que otros mantienen ocultos.

»Es un gran compromiso pero también es momento de alegría. Pues es en este acto en el que nos mostramos realmente como somos. No somos seres vivos, ni somos los que envidian o temen a los vivos. Llevamos a cabo este acto que es inconfundiblemente nuestro. Nuestros enemigos no tienen ni pueden tener el vínculo que formamos. Están atrapados dentro de sí mismos y ante la unión de nuestra fuerza se dispersan como el rocío ante el fuego. Con este vínculo nos forjamos y convertimos en armas, cuerpos y mentes unidos para las tareas que nos aguardan.

»Hermano Andrew, entrega una parte de ti mismo. Andrew cogió el cuchillo y se hizo un largo corte sesgado en el antebrazo. La sangre salió a chorro y cayó al cáliz. Un golpecito rápido del brazo permitió que Andrew la dejara seguir fluyendo sin derramarla ni salpicar. Cuando fue evidente que el brazo se había quedado pálido, lo flexionó otra vez y cerró la herida.

Barry se llevó el cáliz y el cuchillo a su propio brazo y luego a cada uno de los otros. A través de la bruma de la semiinconsciencia,

Rosa lo oyó nombrar a los demás: Simon Peter y Roxana. Niccolo fue el último, o más bien el penúltimo. Barry puso la copa en el suelo, bajo los pies de Rosa, abrió una de las ampollas más grandes y sacó la sangre suficiente para terminar de llenar el cáliz.

Esta vez se desmayó de verdad y los otros no se dieron cuenta. Así que no vio a Barry levantar el cáliz y decir:

–Esta es nuestra sangre, mezclada en un solo lugar. En el Vinculum no hay Yo y no existe el Tú, sólo existe el Nosotros. De la copa yo tomo la unidad.

Ni tampoco vio que cada uno de ellos daba un largo trago.

Lo siguiente que supo fue de que Andrew flotaba delante de ella y vertía las últimas gotas de la sangre del ritual en su boca. Bajó la vista y vio que unas piernas de sombra lo sujetaban como si fueran zancos. El hombre la contempló recuperar la conciencia con imparcialidad.

–¿Entiendes lo que hemos hecho? –preguntó.

–Yo... –Rosa hizo una pausa para pensar–. ¡Que te jodan!

–Lo tomaré como un "sí".

–Me habéis incluido en vuestra maldita manada.

–Sí, así es. Ahora podemos seguir pinchándote incluso desde lejos y cuando encontremos a tu querida heroína, estarás allí para ver cómo acabamos con ella. ¡Qué divertido, verdad!

Miércoles, 1 de marzo del 2000, 9:00 p.m.
Castillo de San Rafael Arcángel, Sicilia, Italia.

Una única vela parpadeaba en medio de la capilla oscurecida, su humo se entrelazaba con zarcillos de sombra animada antes de desvanecerse hacia los arcos ennegrecidos que coronaban la cripta. Nueve columnas del tamaño de un hombre hechas de la más profunda oscuridad formaban un círculo a su alrededor, cuatro en los puntos cardinales y cinco en los puntos de un pentagrama orientado al noroeste. La sangre fresca brillaba en las incrustaciones de obsidiana que marcaban la rosa de los vientos y el pentagrama.

Los cuatro cantaban en un idioma hecho de monosílabos, ensartados según una gramática que ya había dejado de utilizar la humanidad durante la larga guerra que libraron unos homo sapiens

apenas conscientes de su existencia contra las especies rivales. Las palabras invocaban a la oscuridad en todas sus formas: la noche, la cueva, la ceguera, la profundidad del agua, el humo, la muerte. Las sombras que revoloteaban sobre sus cabezas se hundían y subían al ritmo del cántico, las criaturas hechas de sombra adquirían fuerza del poder que fluía de la oscuridad definitiva del Abismo a través de sus creadores. Cuando el cántico entró en su segunda hora, las sombras adquirieron una mayor definición, los jirones y las hebras se fueron entrelazando para formar animales totémicos de la noche.

Los cinco cantaban en una forma modificada del proto-indo-europeo, con la pronunciación que había prevalecido en las primeras ciudades de Asia Menor. Su ritual estaba formado casi en su totalidad de verbos: acciones para cegar, desordenar, confundir, intimidar, derrotar y destruir. El coro que despleaban ganaba en complejidad con cada repetición, invocaban un sufrimiento aún mayor para sus enemigos y glorificaban al Abismo por los poderes que les concedía. Los cuatrocientos nombres del fundador del clan Lasombra desfilaron por el cántico, uno más en cada ciclo. Los nombres armonizaron a los cinco con los cuatro, los nombres del fundador despertaron ecos de antiguas palabras para nombrar la oscuridad. La sangre hirvió poco a poco en las incrustaciones y la oscuridad salió reptando de la obsidiana para extenderse por el mármol que la rodeaba.

Al final de la segunda hora, una oscuridad plana cubrió todo el suelo de la capilla. Las sombras que sobrevolaban el techo orbitaban sobre los recitadores, cuatro pasos rápidos y cinco lentos. Marchaban en nueve anillos concéntricos a dos metros y medio del suelo oscurecido. La única vela existente relució con más fulgor cuando la mecha superior dio paso a una encantada que había debajo; aquel sebo cuidadosamente tratado por humanos emitía una luz intensa de un color amarillo rojizo. Las columnas de sombra que eran los cuerpos transformados de los participantes adquirieron una mayor definición, formas humanas más obvias, si bien sus rasgos siguieron sin precisarse.

Cuando se encendió la segunda mecha, los cinco dieron un paso hacia el centro. Durante la tercera hora del cántico, empezaron a marchar lentamente en el sentido contrario a las agujas del reloj, un paso con cada ciclo del cántico. Cuando el celebrante que permanecía en la cumbre del pentagrama se alineaba con el celebrante que estaba en el norte de la rosa de los vientos, interrumpían el cántico para

recitar un único tono gutural originado antes de que apareciera el lenguaje humano. Significaba "*¡Ven!*". Cuando comenzaba el siguiente ciclo y los celebrantes del pentagrama echaban de nuevo a andar, cada miembro del par volvía a reunirse con sus compañeros. Los dos cánticos se fueron haciendo cada vez más disonantes al hacerse más larga la lista de nombres del fundador. Al final de la tercera hora, se levantaron en la oscuridad que rodeaba a la vela ráfagas de un viento que carecía de olor.

Durante la cuarta hora, la vela se apagó de vez en cuando pero siempre volvía a encenderse cuando comenzaba el siguiente ciclo de la rosa de los vientos. El viento que provenía del Abismo se hizo más firme, luego más fuerte, hasta que se convirtió en un vendaval vertical que llenaba el espacio del pentagrama. El paso de las criaturas de sombra se aceleró hasta que no fueron más que una línea borrosa de oscuridad que bailaba y empezaron a lanzar chillidos leves, como los últimos gritos torturados de los animales que representaban. Al final de la cuarta hora, las criaturas de sombra se volvieron a hacer pedazos y retornaron los componentes de jirones y zarcillos, que el viento del Abismo estrelló contra el techo. El viento destrozó las capas exteriores de oscuridad que rodeaban a cada celebrante y las redujo poco a poco a formas más individualizadas.

Cambió la dirección del viento abisal. Sopló en vertical durante unos minutos y luego hacia un ángulo u otro, golpeaba como un látigo sin orden ni concierto. Una ráfaga se llevó la vela, que se encajó en la intersección de dos arcos y quedó colgada al revés; todavía relucía y emitía su fulgor encantado. Allí donde había estado la vela se elevó algo nuevo del Abismo.

El recién llegado era más oscuro que cualquier sombra que pudieran crear los celebrantes. Provenía de un reino donde la luz nunca había existido y nunca podría existir, donde nada parecido a la materia o la energía terrestre interactuaba de forma que pudiera producir una luz. La única vela necesaria para su invocación hacía sufrir al recién llegado pero éste comprendía que cuando la vela se terminase, también se ponía fin a su estancia en este complejo reino de materia ignorada. El recién llegado se retorció más allá de los límites de la percepción de los celebrantes, se movía por sus mentes así como por sus cuerpos. Después de sondear a los nueve, eligió su sacrificio. Durante un instante, todas las capas de sombra que había conjurado el celebrante estallaron a la vez y expusieron la carne, luego el músculo, más tarde el hueso, hasta que toda la materia se convirtió

en polvo y las sombras se cerraron de nuevo alrededor de su nuevo amo, el recién llegado.

Fueron muchas las dudas que invadieron a los ocho restantes. Comprendieron que aquello era lo más que se podían acercar los habitantes del Abismo a una comunicación comprensible. El celebrante principal señaló hacia arriba.

–Arriba. La presa espera, preparada de acuerdo con los grandes ritos.

El recién llegado siguió enroscándose dentro del pentagrama y la rosa de los vientos. De repente soltó otro latigazo, esta vez contra el celebrante principal. Aquel cuerpo también pereció en un instante. El recién llegado se volvió a hundir entonces en el Abismo y cerró la entrada tras él. La oscuridad que cubría el suelo se retiró y reveló una vez más las formas naturales de la capilla profanada.

Los siete dejaron de cantar. El viento se calmó y el polvo y la basura del aire se fueron posando de forma gradual. Trocitos retorcidos de metal y vidrio era todo lo que quedaba de los viejos adornos y protecciones utilizados por los magos desaparecidos. Los miembros más jóvenes de la cabala golpearon varios fragmentos de obsidiana para conseguir chispas que encendieran las lámparas de ceremonia, no tanto por la luz como por la seguridad que daba un entorno lleno de cosas conocidas.

El ayudante, convertido ahora en celebrante principal, dijo con voz temblorosa.

–Estamos pasando algo por alto.

_____ 10 _____

**Miércoles, 8 de marzo del 2000, 10:20 p.m.
En algún lugar bajo la Ciudad de Méjico.**

–¿Nada?

–Nada.

–Maldita sea, Barry, tiene que haber algo. No puede desaparecer así como así.

–Creo que no, por lo menos.

–Es una expresión, por supuesto que puede desaparecer, pero sólo durante un tiempo. Lo que quiero decir es que tiene que ponerse

en contacto con alguien antes o después. La gente como ella no se mueve por el mundo sin dejar alguna huella.

–Ya...

–¿Pero qué tenemos? Nadie la ha visto, ningún empleo. Cuando intentamos contratarla, "*no está disponible*", incluso cuando trabajamos a través de esclavos recién hechos sólo con este propósito. Hasta he intentado un acercamiento directo y recibí un "*no disponible*" en lugar de "*Nuestra principal agente no está interesada en encargos para el Sabbat en estos momentos*". Tenemos una puta mierda.

Andrew empezó a darse paseos por la pequeña cámara de supervisión construida para poder introducirse en las líneas telefónicas principales. Se sujetaba con los brazos contra una pared mientras las piernas de sombra rebotaban contra la contraria, así que se paseaba sobre la cabeza de Barry. De vez en cuando, Barry levantaba la vista del ordenador portátil con una expresión triste en el rostro, pero sabía muy bien que no debía interrumpir al obispo cuando se ponía así.

–Es un maldito Sitzkreig, Barry.

–¿Un qué?

–Sitzkreig. Una guerra falsa. Los primeros movimientos se han terminado y ahora tenemos que esperar a que se produzca el próximo paso.

–Ah, sí. Bueno al menos para los otros no es una pérdida de tiempo completa.

–Eso es verdad. --Andrew se animó por un momento--. La manada está combinando sus tácticas cada vez mejor. Hasta Niccolo vale para algo, si le metes Vinculum suficiente y le das una paliza de vez en cuando. Si alguna vez nos metemos en una pelea de verdad, algo mejor que los desertores que encontramos por ahí, lo haremos bastante bien, creo. Sí.

–Ya. Sí.

–¿Nada más de Rosa?

–Lo siento, no. He intentado todo lo que se me ocurre, pero lo más que sacamos son esos enlaces oníricos ocasionales. Indican que el objetivo sigue ahí fuera y se mueve pero nada sobre su ubicación. Y no tengo la sensación de que experimente algo de otro modo, por mucho que le arreemos a Rosa para la ocasión.

–Mierda. Bueno, sigue escuchando.

–Sí, jefe.

Sábado, 11 de marzo del 2000, 9:23 p.m.
Alquileres Deluxe de Jerry, Bahía de Los Ángeles, Baja California, Méjico

A Jerry Staler le gustaba pensar que era un hombre de mundo. Sus diecisiete años de experiencia manejando barcos para clientes ricos le decían que cuando una maravillosa mujer llegaba bastante después del atardecer con una cierta prisa por conseguir un barco, lo más probable es que fuera a encontrarse con una persona concreta. Esta era un poco más joven que la busca-citas habitual: la mayor parte eran mujeres casadas, cercanas ya a la mediana edad, que se escapaban de la fiesta del complejo de veraneo del marido para enrollarse con algún joven semental. Pero Jerry también había visto lo contrario. Ésta no podía tener más de treinta años. Probablemente una esposa trofeo que se había bajado del pedestal para divertirse un poco.

El jaleo que hubo en los muelles justo antes de Nochevieja (rivalidad de unos aspirantes a señores del narcotráfico, coligió Jerry) no había tocado la chabola de Jerry, pero eso no quería decir que él no hubiera limpiado su parte de los sitios que se habían quemado o destrozado. A los clientes no les gustaba venir a lugares que parecían zonas de guerra. Ahora ya no parecía siquiera que había habido algún problema, el muelle entero estaba fresco y limpio, aunque no brillara del todo.

Su oficina era, según esperaba Jerry, un tributo a la decoración inteligente con poco presupuesto. Intercambiaba servicios con los artesanos locales y frecuentaba las subastas de propiedades, así que tenía algunas alfombras tejidas a mano francamente hermosas mezcladas con estatuas de Art Deco provenientes de viejos almacenes. La puerta de su despacho particular estaba flanqueada por unas falsificaciones muy buenas de pinturas impresionistas vendidas a unos narcotraficantes de la cosecha del sesenta que pretendían aparentar clase. La mayor parte del mobiliario había formado parte de decorados de películas de antes de la Segunda Guerra Mundial, una época en la que las cosas que no hacía falta romper en alguna escena se construían con verdadera solidez. Hacía

falta mucha cera para mantener el brillo de todo aquello pero compensaba en forma de clientes impresionados. No regateaban en los muchos gastos secundarios si pensaban que les estaban dando un auténtico tratamiento de lujo.

La mujer de esta noche apenas se fijó en el entorno. Evitó que la puerta se columpiara justo antes de que chocara contra la esquinera, colocada en un ángulo extraño, que Jerry había comprado poco después de abrir esta oficina. Buena vista, pensó Jerry. La mesa se veía por el espejo de la otra esquina pero eran muy pocos los clientes que la veían. (El hombre volvió la vista hacia el espejo, pero se detuvo antes de llegar a mirar. Era más interesante mirarla a ella directamente). Una vez dentro, la mujer se volvió en el momento justo para evitar la única tabla que crujía. ¿Había estado allí antes? A Jerry le gustaba pensar que no se habría olvidado de alguien como ella: suave, pálida, asombrosamente alerta.

Se sentó con un movimiento cansado y refinado. Fuera hacía frío y ella llevaba una cazadora encima de una sencilla blusa gris y unos pantalones. Cuando se sentó, ningún pliegue ni arruga aleatoria perturbó las costuras del modelo. Jerry se preguntó si, por alguna razón, era posible que se hubiera cambiado de ropa justo antes de entrar. Olía a dinero, a un montón de dinero, hacía falta mucho para que una mujer tuviera el tiempo de dedicarse a ese tipo de perfección estilística.

—¿El señor Staler, supongo?

—Sí, señora, Jerry Staler, propietario y piloto principal.

—Necesito un barco lo bastante grande para dos personas, con alojamiento interior completo, para tres días.

A Jerry le encantaba aquella voz, con aquel tono perfectamente controlado. Recordó la primera vez que se había acercado a una chica que había recorrido toda la Costa Este de escuela en escuela... pero ya habría tiempo para eso más tarde. Esta mujer miraba a Jerry casi sin parpadear. Aquí no había un intento de seducción, pensó, o al menos él no iba a tener esa suerte esta vez. Quizá se había equivocado con ella. ¿Contrabandista, quizá?

—Desde luego, señora. ¿Cuánto espacio de carga necesita?

Tengo un par de cruceros pequeños que podrían servir para dos personas y los suministros pero si quiere auténtica capacidad de carga, también puedo proporcionárselo. No tan lujoso, siento decirlo, pero desde luego es igual de cómodo. —¿Estaba farfullando? Jerry odiaba la sensación de estar perdiendo el control. Aquella tía le estaba

afectando.

–Gracias, señor Staler, pero sólo necesito más o menos un metro cúbico. Uno de esos cruceros pequeños debería ser suficiente.

¿Podemos echarle un vistazo ahora? –Se levantó con tanta elegancia como se había sentado. Equilibraba el peso de una forma perfecta y permanecía completamente quieta. Ni un sola indicación de inquietud. Jerry tuvo la sensación de que no quería intentar pelearse con ella—. Es decir, si están disponibles en estos momentos.

–Claro. –Jerry cerró con llave el escritorio y lo rodeó para abrirle la puerta.

Aquel cielo nocturno era tan maravilloso como siempre. Había cosas que Jerry echaba de menos de Los Ángeles pero nunca se cansaba de pasar un momento bajo el universo abierto. Unas cuantas nubes se apiñaban a unas millas de la costa, alrededor de las colinas de la isla del Ángel de la Guarda. Había unas cuantas más hacia el este, en dirección al Golfo de California. El resto era de una claridad cristalina, crujiente y fresca. La Vía Láctea se extendía por el cielo en una cinta casi continua de luz, con las constelaciones invernales colocadas a su alrededor como guardianes. (Jerry había oído aquella frase en boca de un astrónomo que lo había visitado allá por el 92 y la había conservado. Le gustaba como sonaba). Las luces del puerto alcanzaban los puntos más lejanos de la bahía, apenas perturbadas por las suaves olas del mar.

La mujer permanecía a la sombra de la oficina de Jerry, sobre la acera de cemento, mientras Jerry señalaba el muelle de la derecha.

–Por aquí, señora. Utilizamos todo este lado de estribor. –Un jet privado los sobrevoló. Jerry se dio cuenta de que estaba estirando mucho los límites del pasillo aéreo que llevaba al aeropuerto de Bahía, al sur de la ciudad, y murmuró una breve obscenidad. Desde el cielo, la gran C de la bahía era demasiado tentadora para muchos pilotos que salían a impresionar a sus clientes. Parecía algo muy artístico, ir de la tierra oscura a la ciudad brillante pasando por la bahía llena de reflejos para volver luego a la tierra oscura, y qué importa el ruido que tienen que sufrir los pobres mortales que están abajo. La mujer levantó los ojos durante un instante, con un movimiento que podría haber parecido apresurado si hubiera perturbado el pelo o la ropa, y volvió a bajarla de la misma forma suave y rápida. Jerry se encogió de hombros.

–Turistas con más dinero que sentido común.

Ella sonrió.

–Lo entiendo. Yo también era así en otro tiempo, en casa. –Volvió a ponerse seria—. Dígame, señor Staler, ¿tiene mucho trabajo por la noche? La mayor parte de sus competidores hace horas que han cerrado.

El hombre empezó a subir al muelle, dudó, oyó las botas de la mujer en las tablas que tenía detrás y continuó.

–Bueno, no tengo muchos clientes, pero para mí es una especie de amuleto de la buena suerte.

–¿Sí?

Pasó al lado de los veleros para excursiones y del yate grande, agradecido porque con la oscuridad la mujer seguramente no podría ver las manchas y los puntos desgastados del casco. El último grupo que lo había alquilado había tenido que encallarlo mientras contemplaba ballenas. La mayor parte del daño ya había desaparecido pero todavía tendrían que pasar semanas antes de que Jerry pudieran dejarlo en un estado que le garantizara los precios de antes.

–Sí. Fue en 1983. Llevaba un par de años viviendo en Baja pero se acabó el dinero con el que había empezado. Más bien huyó. Mi novia se largó una mañana con mi dinero, mi hierba y hasta las llaves del coche. Todo lo que me quedaba era el barco y unos cuantos trastos que había rescatado de una subasta de bienes unas semanas antes. Un tío rico que vivía costa arriba la espichó y nosotros escogimos unas cuantas piezas que pensamos que encajarían bien en una oficina.

»Así que enceré el barco y llegué a un acuerdo con un amigo mío que empaquetaba cosas para que pasaran la aduana. Yo usaría la oficina por las noches y los fines de semana y a cambio se la mantendría limpia. Coloqué algunas de las mejores antigüedades y fabriqué un cartel lo más pulcro que pude. El primer mes no pasó mucho. Pasé un poco de droga un par de veces e hice dos excursiones de un día, pero nada más. Creí que iba a perderlo todo.

--Jerry no entró en detalles. Los gorilas que solían pasarse por allí para darle alguna paliza ya hacía mucho tiempo que habían desaparecido, dos habían muerto y otro estaba en la policía del estado, en la capital, con un trabajo de oficina.

Miró hacia atrás. Lo seguía paso por paso, a pesar de que él era unos centímetros más alto. Vio un pequeño brillo en la parte superior de cada zancada cada vez que levantaba el pie derecho. ¿Un cuchillo en la bota? Sospechaba que lo hacía de forma deliberada, que quería que él quedara intrigado. Desde luego no era una esposa trofeo más.

Tras pasar el yate magullado ya casi estaban al lado de los barcos que quería enseñarle.

–Bueno, así que allí estaba yo, a punto de quedar borrado del mapa cuando llega esta hermosa dama. Venía a por el mismo tipo de vehículo que usted. Me dijo que tenía varias "transacciones regulares" que llevar a cabo y que volvería una vez al mes durante los seis meses siguientes. Yo regateé un poco y ella accedió a poner algo por adelantado. Eso me mantuvo hasta la gran demanda del otoño y con eso me metí en la oficina a tiempo completo en cuanto pude...

Habían llegado a los pequeños cruceros.

–Bueno, aquí estamos. –Interrumpió entonces su relato–. Éste aguanta mejor el mal tiempo pero chupa más. Si no le preocupa una posible tormenta... –La mujer sacudió la cabeza una vez–. Entonces creo que le compensará más éste. –Acarició el casco del *Rumbo arriba*–. Lleva en mi flota casi desde el comienzo y todavía no le ha dado problemas a ningún cliente. ¿Va a pilotarlo usted?

–Sí, así es. Ya he manejado antes barcos como éste y no espero ningún problema.

–Bien, muy bien. Entonces podemos sacar los papeles. –Hubo un relámpago repentino de luz (los fuegos artificiales de algún aficionado) y el muelle entero destacó como un vasto relieve. En el pequeño hueco de agua tranquila que había entre el barco y el muelle, Jerry vio su reflejo.

Pero no el de ella.

Dio dos pasos hacia atrás. Cuando levantó la vista, la mujer estaba justo donde había estado hasta entonces, con la insinuación de una sonrisa en los labios.

–Señora, ¿quién es usted?

Esta vez la sonrisa era genuina. Los rasgos femeninos rilaron y fluyeron. Allí estaba, la mujer de 1983. No podía olvidar el ángulo de las cejas ni el moreno un tanto pálido de su tez.

–Me recuerdas, Jerry.

–Bueno, sí.

–Yo también recuerdo el *Rumbo Arriba*. Lo compraste después de mi tercer viaje. Servirá perfectamente. Vamos a rellenar los papeles.

–Bueno, de acuerdo. Con una condición más.

La mujer frunció el ceño, sólo un instante, Jerry sintió que se le helaba la sangre durante ese mismo instante. Se preguntó si sería capaz de matarlo con una mirada y esperó no tener que averiguarlo.

–¿Qué clase de condición, Jerry? Estoy seguro de que tus

honorarios han subido pero mi dinero sirve igual que antes.

–No, nada de eso. Sólo esto. No quiero saberlo.

–¿No quieres saber qué? Preferiría no convertirte en un vegetal hasta haber terminado este trabajo.

–Quiero decir que no quiero saber lo que hace. Conozco a tíos que se metieron en líos con la magia de la zona y nunca funcionó, jamás. Así que a mí no me implique. Me limitaré a fingir que usted es una vieja clienta que ha vuelto y a alejarme de todas esas mierdas raras. No va conmigo.

–De acuerdo, Jerry. No te lo contaré. Alquílame un barco y dentro de tres días me voy, y puedes olvidarte de lo demás.

_____ 12 _____

Domingo, 12 de marzo del 2000, 8:49 p.m.

A 260 metros bajo la superficie del Golfo de California

Lucita no necesitaba en realidad el traje de neopreno. No respiraba, no le molestaba el frío y no creía que hubiera nada vivo en el Golfo de California que pudiera hacerle mucho daño. Pero Jerry lo había incluido junto con el resto del equipo y quién sabía, podría resultarle útil. Desde luego ofrecía más bolsillos que la piel desnuda. También era una buena cobertura: a alguien que la persiguiera en serio podría ocurrírsele comprobarlo y le iría bien llevar un equipo de rutina.

Había soñado que era una vampiro joven, todavía casi mortal, y que visitaba aquel lugar, que buscaba a una diosa de la sabiduría enterrada. Le llevó algún tiempo recordar el sitio físico concreto y el simbolismo de la reversión a la infancia la inquietó.

Ojalá hubiera pensado en aquel escondite tres meses antes. Desde que había cancelado los contratos actuales y le había dado instrucciones a su secretaria para que hiciera correr la voz de que ya no estaba disponible, Lucita había vagado sin rumbo. Había recorrido las carreteras de sus primeras noches como vampiro, había vuelto a visitar los campos de batalla de la guerra sectaria librada el año anterior en los Estados Unidos y había pasado mucho tiempo en el mar. Nada de eso le había proporcionado ninguna idea, ni siquiera una sensación de paz temporal. Estaba bastante segura de que la fábrica de rumores de la secta debía estar diciendo que había empezado su

declive, ese que terminaba en unas cenizas bajo la luz del sol.

El reconocimiento de que los rumores, después de todo, quizá tuvieran razón empezó a envolverla poco a poco a lo largo de varias semanas, perforó las paredes de su edificio mental como una planta de invernadero a la que se le permite crecer más allá de su maceta, llenar luego todo el espacio, y abrirse paso por fin a través de las capas de cristal protector que la separan del mundo exterior. Su disciplina mental se había debilitado de una forma espantosa pero no se decidía a imponer el rigor porque sí, por temor a encerrarse en una pauta autodestructiva definitiva. Aquella franqueza tentativa podría llevarla a la ruina, pero la alternativa la arruinaría con certeza. Así que se perdió entre las ruinas de su jardín mental, pensando en la noción renacentista de los palacios de la memoria y deseando tener al menos una respuesta clara. Y ahora buscaba esa respuesta. Se había pagado o rechazado de algún otro modo al último de sus clientes del momento y ahora disponía de todo su tiempo. Y desde luego tenía los recursos necesarios para proseguir con aquella búsqueda durante bastante tiempo, si hacía falta.

Recordó que había buceado en el Danubio, en el siglo XIII y en el mar Báltico medio siglo después. Este equipo moderno no dejaba de ser una mejora con respecto a la protección improvisada que ella y los otros habían utilizado en aquel tiempo. Pocas veces era cómodo ir con los tiempos, sólo merecía la pena en casos como este. Tan ligero, el material, pero mucho más robusto que la carne mortal y sus prendas.

Sentía tener que utilizar un tenue hilo de luz. Habría sido más puro experimentar las profundidades utilizando todos los sentidos excepto la vista.

Quizá alguna noche podría volver y hacerlo así pero este era un viaje de negocios, nada más. Había cosas que quería del escondrijo que tenía allí y no tenía tiempo para flotar, escuchar las arenas cambiantes y saborear el sabor picante de las concentraciones de arena que la guiarían a la cueva que había utilizado diecisiete años antes. La lámpara más pequeña que había en el armario del *Rumbo Arriba* fue suficiente. Con el sentido de la vista intensificado por un chorro constante de sangre, podía ver igual aquí que en lo que recordaba del mundo diurno de su vida mortal.

Ahí estaba.

Diecisiete años atrás había traído varias cajas llenas de documentos a aquel lugar y las había enterrado en una de las pequeñas aberturas por las que los ríos subterráneos del continente

mejicano desembocaban en el fondo del Golfo de California. Una corriente minúscula marcaba el lugar, una corriente que sacaba sal y cobre de las venas que había bajo el lecho del golfo. Ya podía ver el mojón de piedras con aspecto de corona que había construido entonces para marcar aquella abertura concreta.

Desde la última vez que había buceado allí, la arena había cubierto media entrada, lo que no era sorprendente. La geología era allí muy activa y había venido preparada para excavar más de lo que parecía necesario. Unos cuantos capirotaos de la pala extensible que traía movieron la arena suficiente para dejarla entrar. El agua que subía era más fresca que la del mar y ella se dejó llevar por un momento, flotó entre el mar y la corriente antes de bajar con un ligero empujón. Bajo un borde estrecho (y peligrosamente puntiagudo para alguien con una piel viva y vulnerable) había una cámara casi esférica de tres metros de diámetro. Unas piedras colocadas en forma de ángulo marcaban la ubicación de cada una de las cajas.

La que ella quería estaba cerca de la entrada. La sacó de un tirón y volvió de inmediato a la superficie con unas cuantas patadas. No estaba muy segura de lo que una exposición prolongada a semejantes profundidades podría hacerle al traje y no le apetecía arriesgarse en ese momento.

Mientras subía sentía cómo se expandían y ajustaban al cambio de presión los órganos muertos de su cuerpo. Unos pocos minutos de enérgicas brazadas la devolvieron a la superficie. Una vez había arrastrado a un hombre al fondo y luego lo había vuelto a subir, sólo para ver las "curvas" de las que hablaban los marineros. Fue una visión fascinante; había necesitado muy poco esfuerzo para sentir el sufrimiento terminal de aquel hombre al volver a la superficie y la angustia que sintió aquel hombre al morir fue una agonía impresionante. Durante sus momentos de melancolía, ella casi lo envidiaba. Pero nada de aquello perturbó su ascenso.

Lanzó la caja a la cubierta del barco con una mano mientras se izaba con la otra. Después de una breve reflexión, se quitó el traje de neopreno, se secó y se volvió a poner la ropa que llevaba en el muelle, luego se dedicó a la caja.

Los documentos que había dentro no habrían tenido mucho sentido para nadie salvo para (¿cómo lo llamaban ahora?) un medievalista. Estaban escritos con bolígrafo en cuadernos de notas legales, todo muy siglo XX, con el texto escrito en el dialecto aragonés del español tal y como era novecientos años antes; y los nombres y

verbos claves estaban enmascarados por un código mnemónico. Dado que lo había escrito ella misma no le llevó mucho recordar las asociaciones. Tenía en la mente un modelo del templo romano que había a los pies de la colina de Zaragoza, y cada una de sus salas y pasillos se correspondían con uno de sus contactos norteamericanos. Las notas le proporcionaron las refrendas y otros detalles que necesitaría para restablecer su identidad.

Extendió las carpetas que tenía encima y empezó a planear posibles rutas.

_____ 13 _____

Martes, 14 de marzo del 2000, 8:10 p.m.
Alquileres Deluxe de Jerry Bahía de Los Ángeles

–Jerry. No, no te levantes, sólo escúchame un momento.

»Fuiste muy amable conmigo en otro tiempo y has sido muy bueno este año. No lo necesitaba pero tienes buenas intenciones así que te voy a hacer un favor.

»Olvida.

»Recuerda a la mujer que fue la primera cliente que te pagó bien en aquel tiempo y a la mujer de ahora que te dejó que le cobraras más de lo estrictamente necesario. Gente normal, con la que hablarás en los bares muy pronto.

»Quizá volvamos a encontrarnos. Cuando mueras, que descanses en paz en tu tumba.

_____ 14 _____

Martes, 14 de marzo del 2000, 11:00 p.m.
Ruta 1, Baja California

Lucita conducía su coche nuevo con una mano mientras sostenía las direcciones recuperadas con la otra. El coche no era nada especial, un sedán normal. Lo escogió en Bahía de Los Ángeles porque algún propietario anterior lo había salpicado de clips y ganchos

por todas partes y así podía extender sus notas y mapas.

Coronó las últimas colinas y descendió para conducir por la costa del Pacífico. Los archivos desparramados a su alrededor le trajeron recuerdos, como siempre. Por alguna razón sentía de una forma especialmente viva la inconveniencia de su legado. Ella jamás podría, al contrario que algunos de sus conocidos dentro del mundo de los vampiros, verse reflejada en unos ojos que la adoraran o la temieran. No tenía recuerdos de alguna escena de pasión exaltada que incluyeran una visión de sí misma en un espejo o en una vajilla de plata pulida. Dolía ser un agujero en el mundo que recordaba.

Con quién podría ponerse en contacto primero...

Lezinski estaría bien pero Lucita había oído que el estado de cosas entre los cainitas de Los Ángeles no era del todo bueno. En concreto había historias sobre un influjo de vampiros de Asia, linajes y talentos exóticos e incluso más caos del habitual en el "Estado Libre Anarquista" que había prevalecido en la sociedad nocturna de California desde la Segunda Guerra Mundial. Lezinski era uno de los negociantes arquetípicos, el independiente sin sire ni antecedentes que se había ganado el respeto de los demás a través de los excelentes servicios que proporcionaba a la hora de conseguir cosas. Si había algo parecido a la lucha de poder sobre la que había oído hablar, él estaría en el medio de todo, proporcionándoles recursos a todos los bandos. Ya lo había hecho antes, durante cada una de las guerras civiles del Sabbat y en varios conflictos locales y a Lucita seguía sorprendiéndola y divirtiéndola que hubiera conseguido sobrevivir a todos los ataques subsiguientes de los perdedores disgustados que lo culpaban a él de sus fracasos.

Mucho mejor evitar los problemas si no eran necesarios. Tomó nota de que debía reunir más información fiable sobre la situación de Los Ángeles e intentar ponerse en contacto con Lezinski más tarde.

Ramón... ¿qué había hecho Ramón desde la última guerra? Lo último que sabía de él es que estaba implicado en una intriga ocultista que intentaba dirigir la fabricación de la bomba atómica estadounidense según una visión templaria del Apocalipsis. Sabía que había sobrevivido a eso y pensó que lo más probable era que todavía estuviese por San Francisco, seguramente bajo una nueva identidad, pero justo ahora no le apetecía llevar a cabo la investigación cuidadosa y extensa requerida para encontrarlo. Además, por lo que ella sabía, el desorden de Los Ángeles se había extendido hacia el norte, o lo haría mientras ella buscaba.

Konstantin, entonces. Ese serviría. Cogió el móvil para hacer una llamada y en ese momento la inundó el dolor de una puñalada. Tuvo una visión breve pero muy intensa, unas manos invisibles torturaban a una vampiro. En su tormento, la víctima gritaba el nombre de Lucita.

La visión pasó. Lucita se echó a temblar cuando se desvaneció. Como los fantasmas, los presagios formaban parte de su experiencia, pero eran incluso más escasos y menos bienvenidos que los muertos sin reposo. Se preguntó qué podría ser para ella aquella vampiro desconocida, o qué podría ser Lucita para la víctima, para que sus almas se enlazaran de aquella forma. ¿Qué significaba? ¿O no era más que una extensión del sueño de cuando era joven? No lo creía. Encajaba demasiado bien con los tiempos. Los oráculos sólo medran cuando el mundo tiene problemas, creía Lucita con firmeza, y el hecho de que hubiera tantos presagios rodeándola sólo reforzaba su temor de que esta vez realmente llegaba la Gehena. ¿Quién era aquella mujer? ¿Una aliada que Lucita no conseguía reconocer? ¿Qué conexión había allí?

Condujo inquieta hacia el norte, a través de la oscuridad.

**Miércoles, 15 de marzo del 2000, 2:00 a.m.
En algún lugar bajo Ciudad de Méjico**

--¡Tenemos algo! --El grito de Barry resonó por los pasillos. Andrew y los otros dejaron las fintas de inmediato y vinieron corriendo.

--¿Qué pasa? --exigió saber Andrew.

Barry señaló a Rosa, que todavía estaba esposada y ahora le faltaba la pierna que le habían doblado un mes antes.

--Escúchela.

Rosa gemía con una voz más profunda que la suya. Mientras escuchaba, Andrew se dio cuenta de que estaba diciendo algo, sílaba por sílaba.

--San-Quin-tín--1--5--k-m-San-Vi-cen-te--1--4--5--k-m...

Andrew miró a Barry.

--¿Es lo que creo que es?

--Si cree que son las direcciones de una autopista, sí, jefe, lo es. Son pueblos de la Ruta 1 de Baja California, dirección norte, hacia los

Estados Unidos.

–Así que Rosa en realidad tenía una pista de que iba a venir a Bahía de Los Ángeles, sólo que llegó demasiado pronto.

–Eso parece.

Andrew sonrió. Para entonces los otros ya se habían apiñado alrededor de Rosa y la escuchaban recitar las señales de tráfico. En algún lugar más al oeste, Lucita miraba esas señales y las imágenes se formaban en la mente casi destrozada de Rosa.

–Muy bien, banda –dijo Andrew–. Creo que es hora de echarnos a la carretera.

Martes, 21 de marzo del 2000, 3:58 a.m.
En algún lugar de Nelson Range, Parque Nacional Death Valley, California

Lucita recordó la primera vez que había oído hablar de los árboles Joshua. Fue la Nochevieja de 1490 y ella estaba sentada con su mentor, Anatole, en una cámara de un palacio castellano.

En la sala principal, un piso más abajo, el marinerito italiano, Colón, predicaba otra vez las glorias que esperaban al otro lado del mundo. Lucita y Anatole habían estado escuchando en silencio hasta que Anatole tuvo uno de sus ataques; Lucita lo había acompañado a un sitio tranquilo y había esperado a que se le pasara. Cuando se recuperó, habló de plantas y animales peculiares. Dos siglos y medio después, mientras caminaba por el desierto californiano por primera vez, se dio cuenta de que él había visto aquellas montañas estériles y aquellos oasis de cañones y había intentado contárselo.

Incluso ahora aquellos árboles le parecían más una visión que algo real. Se elevaban como cosas muertas, de repente coronados por unas hojas verdes y afiladas, como si Dios se hubiera puesto a hacer plantas para el Nuevo Mundo mientras estaba loco o se hubiera olvidado de lo que estaba haciendo en ese momento. Alrededor de la base crecían arbustos con unas hojas casi tan duras como un hueso y unas flores diminutas que permanecían abiertas durante toda la noche para cosechar la humedad de las brisas que pasaban. El paisaje entero absorbía vitalidad como una sanguijuela.

Esta noche atravesaba los cañones a paso cómodo; seguía a su

anfitrión, el vampiro solitario Konstantin. Al igual que él, llevaba a un mortal colgado de un hombro, inconsciente y bien sujeto. Tenía tiempo de sobra para contemplar el paisaje mientras caminaban hacia la cabaña de Konstantin. Unas nubes altas enmarcaban las montañas distantes. Muy cerca, incontables criaturas tanto de sangre caliente como fría se escabullían sobre las rocas y la vida vegetal atrofiada, todos en busca de alimentos antes de que el sol acabara con todos. (En este gran desierto, casi todo podía sufrir como si estuvieran bajo la maldición de Caín). Konstantin la llevó por una senda secreta definida por unos sutiles montículos de rocas aquí, lo que parecían escalones excavados por una inundación allí, nada que fuera a notar un investigador. Lucita disfrutaba de la sensación que le producían las losas de basalto que se movían bajo sus pies mientras su anfitrión y ella daban suaves saltos, no más de metro y medio cada uno, por el borde del barranco de un arroyo estacional. Su comida se agitaba de vez en cuando pero no se deslizaba de su percha.

El coche esperaba una hora más atrás, enterrado bajo un montón de arena y piedras colocadas con maña. Hasta ahora se había conformado con viajar en silencio, pero la necesidad de información se elevó en su pecho como un pozo seco que volviera a la vida.

–¿Konstantin?

–Sí. –Tenía la voz plana, carente de afecto o emoción. Era lo que quedaba después de que desaparecieran todas las preocupaciones mortales.

–¿Quiénes son estas personas?

–Eso depende de a quién se lo preguntes.

–Te lo estoy preguntando a ti, ya que estás aquí y me pediste que los recogiera al cruzar Barstow.

Konstantin siguió caminando durante casi un minuto entero antes de continuar.

–Son ghouls que pertenecen a una aspirante a príncipe de las urbanizaciones del este de LA. A las manadas del Sabbat de la zona les patearon el culo en un aborto de guerra hace dos años y ahora están intentando ser astutos. Esto forma parte de un plan para desestabilizar a la príncipe y que sea más fácil derrocarla.

–¿Desde cuando te alquilas al Sabbat local?

Konstantin giró en redondo y siguió caminando hacia atrás sin perder el paso.

–Desde que la mitad de los bienes que tenía en LA desaparecieron en medio de una batalla entre los jefazos anarquistas

y un puñado de chinos aspirantes a príncipes. Tengo gastos y este empleo me paga con fondos verificables. Cuando vuelva a disponer de una cierta estabilidad, entonces les diré a todos que se vayan al infierno, me mudaré de estaca y sentaré la cabeza otra vez. ¿Desde cuándo te *importa* a quién me alquilo? --Volvió a girarse y siguió caminando.

Ahora le tocaba a Lucita reflexionar sobre lo que iba a decir. Subieron por la cresta de la torrentera para meterse por una serie de colinas escarpadas que iban subiendo poco a poco hasta convertirse en verdaderas montañas. Las losas de basalto dieron paso a afloramientos de granito espolvoreados con arena de mil años de los volcanes extintos y cenicientos que había al otro lado de aquella sierra.

--Examen de conciencia, supongo. Me pregunto cuál es el resultado final de este tipo de trabajo. ¿Es que sólo estamos revolviendo el estofado?

--Dios sabrá. Déjalo que tenga su propia opinión. A mí me preocupa mi pellejo.

--¿Te vas a meter en algún culto a la Gehena? --Quería hacer una broma y luego se dio cuenta con una sensación terrible, vital, terminal, que quizá así era.

--Yo no. Si está llegando el fin de los tiempos, el que yo rece no va a mejorar las cosas. A mí lo que me importa es estar en un sitio seguro. Si quieres ir a por los peces gordos, hazlo en algún lugar que yo no esté.

--No gracias, de todos modos sólo era una idea. ¿Crees que deshacerse de este par va a ayudar en algo a tus clientes?

--No, están condenados en cuanto entre en escena algún arconte competente --Konstantin cruzó la última colina paralela de la sierra y medio se deslizó hacia un estrecho valle. La oscura pared frontal de su casa yacía casi pareja contra la pared posterior--. O algún templario competente. La operación entera es el truco clásico de los novatos. ¿Te pone las cosas mejor o peor?

--No estoy segura.

Lucita reflexionó sobre el tema mientras llegaban al hogar de Konstantin. El acercamiento incluía dos saltos verticales de más de tres metros y columpiarse dos veces con una sola mano para salvar unas profundas grietas, un problema menor para cualquiera que Konstantin quisiera como invitado. Estaba claro que la pared delantera era artificial, pero muy gastada. (Lucita recordó que había ayudado a

Konstantin con aquello una vez que terminó el armazón de la casa. Habían lanzado puñado tras puñado de gravilla contra el muro con una fuerza intensificada por la sangre para producir aquel efecto). Parecía una mina agotada o un basurero militar, sin nada de interés para los buscadores de tesoros ni cualquier otra persona.

La puerta apoyaba aquella imagen. Era un enorme bloque de acero oxidado de casi cinco metros de altura. Konstantin le dio un empujón por la base y lo hizo girar en vertical alrededor de un eje que recorría el centro del armazón. Una vez que entraron Lucita y él, volvió a darle otro empujón para poner la puerta en su lugar y recubrió los bordes con una lona de plástico negro.

La ilusión de abandono terminó con la lona. La cámara que había en el interior estaba cómodamente amueblada, con estanterías y sofás que Konstantin había rescatado durante las incursiones de la época de la Prohibición. Las lámparas eran de la Segunda Guerra Mundial y pertenecían a la Marina, Konstantin las había tomado de un barco que estaban desguazando en una playa de la India mientras enterraba cuerpos costa arriba. Unas puertas de acero cubrían los pasillos de paredes pulidas, las otras cámaras estaban incrustadas más lejos de la superficie. Una enorme chimenea, situada en una de las paredes, daba salida a un elaborado sistema de filtros y tubos de salida ocultos. Enfrente colgaba la colección de armas preferidas de Konstantin, desde cuchillos tan pequeños como sus uñas hasta metralletas que no podría llevar ningún ser humano.

Konstantin colgó a los prisioneros de unos ganchos que flanqueaban la chimenea.

–Hora de descansar. Hablaremos después de dormir.

Lucita se estiró en el sofá y confió en que sus reflejos la avisarían si había algún problema.

Martes, 21 de marzo del 2000, 10:22 p.m.
En algún lugar de Nelson Range, Parque Nacional Death Valley, California

Lucita se levantó mucho antes que Konstantin, así que le echó un vistazo a los dos prisioneros, sus futuras comidas. Todavía estaban inconscientes. Se acercó más y se dio cuenta de que los había

aporreado varias veces alguien que conocía la fisiología humana bastante bien. Tenían los cráneos ligeramente aplastados en lugares muy concretos. Incluso aunque recuperaran la conciencia, cosa que no harían, perderían una parte significativa del cerebro.

A la luz parpadeante de la chimenea de la sala principal. Lucita se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y contempló las auras de los prisioneros. Las auras mortales eran mucho más vivas que las de los vampiros. La Bestia nos convierte en seres simples, pensó. No tenemos tiempo para pasatiempos de camino a nuestras obsesiones. Esta gente todavía tiene opciones, podrían ser casi cualquiera si no los absorbiéramos en nuestra guerra, siguieron divagando sus cansados pensamientos. De niña le habían dicho que Dios concedía visiones sagradas y especiales del corazón humano. Desde luego ella no era ninguna criatura sagrada... no a menos que absolutamente todo lo que había aprendido hasta entonces fuera mentira y no estaba preparada todavía para dar ese salto.

Lucita había conocido a vampiros que afirmaban ser elegidos de Dios. Algunos hasta actuaban como si lo fueran. Su querido Anatole, ya perdido, había hecho todo lo que había podido para llevarle la misericordia y justicia de Dios a la sociedad de la noche. Otros afirmaban que al ser los elegidos estaban dispensados de las obligaciones morales que tan importantes eran para Anatole, que el frenesí y el poder era el objetivo mismo. ¿Era ella un ángel o una santa sin saberlo? La idea parecía risible... salvo que todo aquel asunto era en cierto sentido ridículo, ¿o no?

Konstantin salió de la puerta que había al otro lado de la habitación. Lucita recordó la melena de cabello indomable que rozaba aquellos bajos dinteles en otro tiempo. Ahora se afeitaba la cabeza nada más despertar y salvaba el marco de la puerta con varios milímetros de sobra.

--¿Estás esperando una invitación formal? --Emitió una tos seca al intentar echar una carcajada--. Hince el diente.

Descolgó al ghoul que tenía más cerca con una mano y lo sostuvo para examinarlo mejor. Cuarenta y tantos, ojos brillantes, aire de desesperación. El típico idiota dispuesto a beber sangre muerta a cambio de pequeños favores. Konstantin le partió el cuello con un movimiento seco y preciso de la muñeca, uso dos dedos para abrir la piel que rodea a la yugular y colocó la boca sobre el chorro resultante. Cada latido moribundo iba bombeando un poco menos de sangre. Cuando cesó por completo, Konstantin sujetó al hombre boca abajo

para chuparle todo el flujo secundario que produjera la gravedad. Luego bajó al hombre ya completamente desangrado.

Lucita prefería no jugar con la comida cuando estaba en visitas de negocios como aquella. Dejó al hombre vivo y se limitó a desangrarlo donde yacía, lo levantaba sólo lo justo para no tener que agacharse sobre él. La sangre tenía aquel hedor distintivo del ghoul y sabía que si se encontraba con la dueña de aquel hombre, reconocería a la principito de inmediato.

Una vez saciado, Konstantin se sentó a su lado.

–Bueno, dime. ¿Qué te trae al desierto?

–No espero que me creas si te digo que sólo quería volver a verte.

–No. Querría saber el *porqué*.

Lucita se encogió de hombros.

–¿Te enteraste de lo que pasó en Madrid? ¿Al cardenal? –No tenía que decir qué cardenal. Porque sólo había habido un cardenal que importara.

–Sí.

–Llevo moviéndome desde entonces. Fui a casa, a Zaragoza, para una breve visita...

–Como una auténtica idiota. –La interrumpió Konstantin–. Me lo enseñaste tú: que la vida se ha acabado, déjala atrás, si intentas recuperarla lo único que vas a hacer es acercarte más al final.

–Las generalizaciones tienen excepciones, también te enseñé eso.

Lucita recordó los tiempos en los que Konstantin era un vampiro joven que todavía se abría camino por las calles de Vladivostok, el chiquillo menor de un *antitribu* Lasombra que dominaba el puerto y el ferrocarril, el joven luchaba por encontrarle sentido a todo aquello.

Recordó que lo había encontrado inesperadamente en las calles de Los Ángeles cuarenta años más tarde y que le había sonsacado la historia de su diablerie y posterior huida. Estaba claro que esperaba que ella lo destruyese allí mismo pero ella se había limitado a encogerse de hombros y a decirle que era él el que tenía que sobrevivir con el recuerdo de lo que había hecho. Veinte años después de eso era un miembro entusiasta del Sabbat y veinte años después de eso se había hecho independiente. Cuando le contó esa historia (esta vez de forma voluntaria), ella asintió y le volvió a decir que tendría que sobrellevar los recuerdos.

No se veían con mucha frecuencia (cada veinte o treinta años)

pero se daban cuenta de que cuando se encontraban, podían hablar. Él sabía que podía criticarla de formas que pocos antiguos tolerarían y ella, a su vez, le dejaba caer alguna que otra insinuación que esperaba que mejorara su esperanza de no muerte. Konstantin cambiaba de identidades y puntos de contacto cada pocos años; a aquellas alturas ya hacía mucho tiempo que se habían ido todos sus compañeros de manada, lo que lo liberaba de las obligaciones creadas por el Vinculum. Unos rumores cuidadosamente elaborados llevaban a los Sabbat curiosos de California a creer que Konstantin era un observador de algún antiguo Lasombra del Viejo Mundo..., lo cual, suponía Lucita, no estaba tan lejos de la verdad, después de todo.

Esta vez Konstantin le había pedido que parara y recogiera a los dos cautivos, para ahorrarle el viaje desde el desierto. Se preguntó si no habría canalizado aquella hostilidad llena de cinismo para alejarla de él y de su propia sensación de culpa.

–Así es. Pero esta vez tú no eres la excepción. Eres una idiota. ¿Por qué no clavarte una estaca al sol y terminar con todo?

Lucita recordó la escena en la habitación del hotel.

–Algo así. Luego cogí un caso muy aburrido y lo dejé. Entonces me di cuenta de que alguien iba a convocar una Corte de Sangre e iban a venir a por mí. Así que estoy haciendo la ronda de viejos refugios y aliados sólo para ver si alguien ha tenido problemas.

–Yo no. Sólo buenas comilonas como esta.

–Bien. Me alegro de oírlo.

Konstantin se levantó.

–Vamos fuera.

Esta noche no había nubes. La tierra permanecía envuelta en la perfecta oscuridad de la sombra nocturna y las estrellas ardían sobre sus cabezas. Konstantin miró a Lucita, luego al cielo, luego volvió a mirarla a ella, una y otra vez.

–¿Te estás preparando para morir de verdad?

–Creo que no.

–Crees que no. ¿Qué coño de respuesta es esa?

–Una respuesta honesta.

–Una respuesta honesta --dijo él imitando su voz con una exactitud aterradora--. Es una respuesta de mierda. Si no te estás preparando para sobrevivir entonces estás dejando que alguien prepare tu muerte. ¿Te pudo la culpa?

Lucita hizo una mueca.

–Vaya, vaya, eso pensé --continuó Konstantin--. Mira, el muy hijo

de puta se lo tenía merecido. Tú lo sabes, yo lo sé. Todo el mundo lo sabe. Seguro que sus antiguos lacayos se están peleando ahora mismo por los muebles que hayan quedado, y los peces gordos deben estar encantados de tener un chiflado cristianoide menos por ahí. ¿A quién le importa?

–A cada antiguo que piensa que las amenazas a la nobleza no pueden quedar sin castigo. A cada neonato que quiere ganarse las espuelas cargándose al gran *antitribu* malo. Y también a todos los del medio.

–Eso es una mierda. Eso no es nada *nuevo*. Llevas haciéndolo más tiempo del que tienen de vida media docena de neonatos juntos. Te has cargado a algunos de los mejores que había por ahí. Esto va de la maldita actitud que adoptas.

–Quizá sí.

–Seguro que sí. Escúchame. Si alguna vez te has tomado a tu clan en serio, no puedes dejarlo ahora. No creo que lo que pase es que llegue la Gehena pero ya he visto lo suficiente para saber que se están moviendo muchas cosas. Solías hablar de que había que sabotear los planes del viejo hijo de puta sustituyéndolos en parte por otros mejores. Y ahora tienes la oportunidad, si la aprovechas. No te atrevas a asustarte ahora.

–¿Asustarme?

–Asustarte. –Y con eso Konstantin volvió a quedarse callado.

Martes, 28 de marzo del 2000, 11:00 p.m.
Castillo de San Rafael Arcángel, Sicilia, Italia

Una vez más sólo una vela iluminaba la cripta. Siete sombras sin fuente se apoyaban contra las paredes: cuatro en la pared del norte, una en el centro de cada uno de los otros muros. Sólo se movían los límites de las cabezas cuando susurraban con suavidad entre sí.

Dos mujeres y un hombre se encontraban en las puntas de un triángulo de casi dos metros de lado, un triángulo grabado con la sangre de los tres mientras la vela descansaba sobre un pie de ébano en el centro del triángulo. Tenían los ojos vidriados y sus movimientos eran perezosos pero precisos. Los brazos y las piernas presentaban incontables cortes ya cicatrizados; los magos que les habían robado la

voluntad no pretendían que sobrevivieran toda la noche y no pensaban desperdiciar sangre ni tiempo para arreglar el daño a menos que fuera lo bastante grave como para poner en peligro el ritual.

El hombre era mortal. Empezó su cántico en el idioma ritual monosilábico, puntuaba cada ciclo clavándose una aguja de hierro. Fue construyendo de forma gradual runas capeadas, cada herida rezumaba una sangre que fluía en líneas rectas muy poco naturales que luego cubrían los huecos. Con el paso de las horas le temblaba la voz. Las sombras que rodeaban el muro susurraban entre sí, calibraban con cuidado las posibilidades que había de que muriese de forma prematura. Pero hasta ahora el hombre había soportado bastante para esta prueba.

Las mujeres eran zombis, más o menos: cuerpos muertos en los que los celebrantes habían instalado las almas de magos mortales torturados hasta morir en la capilla que había dos pisos más arriba. Cantaban el cántico proto-indo-europeo en perfecta armonía, como si hubieran realizado rituales juntas a lo largo de sus doscientos años de vida. También se apuñalaban con agujas al final de cada ciclo, pero no fluía la sangre. En algún momento de la segunda hora, un líquido blanco grisáceo empezó a rezumar de los tejidos que rodeaban cada agujero, un líquido que cambiaba poco a poco y pasaba de manchas irregulares a líneas y curvas suaves que igualaban a las del hombre.

Las sombras siguieron susurrando entre sí. La invocación de esta noche se había abreviado de forma deliberada. No podría sacar un gran poder del Abismo ni mantenerlo en el mundo material una vez invocado. Era el momento de comprobar cada paso...

Ahí estaba. La oscuridad irrumpió como la sombra de una fuente, salió desordenada del humo de la vela y se vertió sobre los celebrantes y su entorno. A los pocos segundos todo era de una negrura pura y homogénea y empezó a soplar el viento del Abismo. Se elevó un único cilindro negro y gigantesco. Cambió el viento para entrar en él y los celebrantes que había envuelto cayeron en el interior en completo desorden. El cilindro se hundió, las sombras se retiraron y la vela siguió brillando.

Los observadores asintieron. Un paso superado, ahora había que intentarlo otra vez con el siguiente.

SEGUNDA PARTE: *PREGUNTAS*

_____ 19 _____

**Sábado, 1 de abril del 2000, 3:23 a.m.
Brentwood, Los Ángeles, California**

--¿Te tiró la cabeza? ¿Cómo coño puede tirarte la cabeza?

Andrew creía que Simon Peter no podía terminar totalmente colgado en tres minutos, pero estaba empezando a dudarlo.

--¡No lo sé! ¡Sólo sé que me echó un buen vistazo y el muy cabrón se arrancó la cabeza y me la tiró! La muy capulla me estuvo mordiendo todo el camino, hasta que pude alcanzar una velocidad decente. --Simon Peter se bajó el cuello del abrigo y Andrew tuvo que admitir que había unas marcas de colmillos muy plausibles por todo el cuello y los hombros del mago.

Todo aquello estaba empezando a adquirir un aspecto bastante jodido y además de una forma muy misteriosa. A Andrew no le gustaban los misterios en medio de situaciones de combate.

--Vale. Agarra a alguien y cúrate eso. Voy a comprobar las cosas en persona. --Hizo una pausa--. ¿Dónde está Roxana?

--No lo sé, la cabeza esa se volvió contra mí y me abrí.

Andrew contuvo el impulso de soltarle una contestación acida. No ayudaría mucho. Esto tenía una pinta *muy* jodida.

--De acuerdo. Barry, Niccolo, id con Simon Peter. Esperad. Mejor aún, uno de vosotros agarrad a alguien y traedlo aquí para Simon Peter. Yo iré a mirar --Barry asintió, le hizo un gesto a Niccolo para que "*no asomara la cabeza*" y trotó hasta la calle principal. Andrew se envolvió en sombras y se dirigió todo lo deprisa que pudo a la casa.

Dos semanas de trabajo detectivesco los habían llevado hasta allí. Según la última información que tenían, de unos cuatro años antes, la finca en cuestión pertenecía a un comerciante de joyas

retirado llamado Tadeuszco. Identidad que era una fachada para un tal Wijkold Lezinski, un Lasombra casi anarquista que traficaba con armas y otros artículos de contrabando. Se había pasado todo el siglo XX en Los Ángeles bajo uno u otro alias y era uno de los aliados más conocidos de Lucita.

La investigación de los títulos de propiedad confirmaba que Lezinski, o más bien Tadeuszco, seguía siendo el dueño de la escritura y pagando las facturas. Pero jamás habían dicho de Lezinski que anduviera por ahí tirando la cabeza, así que ya era hora de que Andrew fuera a demostrar un poco de liderato. Comprobó que llevaba la radio portátil encendida y lista para la faena.

La finca se encontraba al final de un camino de entrada como pero sinuoso cercado por setos de tres metros de altura. Al otro lado, según los archivos oficiales, descansaba una extensión majestuosa de césped delante de la casa con varios jardines y estanques de peces en la parte de atrás. También había un coche, el Ferrari matriculado a nombre de Lezinski, en el camino de entrada. Estaban también las huellas que había dejado Simon Peter en su apresurada huida junto con unos cuantos borrones que seguramente habían hecho Roxana y él al acercarse.

El plan original sólo exigía que los dos llamaran a la puerta y presentaran las credenciales que les habían arrebatado a los refugiados del Sabbat que la manada había encontrado y destruido en San Diego la semana anterior. Lezinski estaba esperando que apareciera alguien con las cartas apropiadas y reclamaran un envío de equipo militar robado para utilizarlo en una trifulca territorial en el sur. Harían negocios, le echarían un buen vistazo al sitio y se irían para luego preparar un asalto complementario una vez que Andrew asimilara la información. Ahora iba a tener que hacer otra cosa.

Andrew dobló la última curva y le echó un buen vistazo a la casa. Le resultaba conocida, como muchas de las casas de Brentwood. Estaba bastante seguro de haberla visto en películas o programas de televisión antes de su Abrazo. Estaba a oscuras salvo por una única luz en el porche y las luces de seguridad en la esquina. No se movía nada dentro, que él viera. Suponiendo que la persona que le había tirado la cabeza (*¿tirado la cabeza?*) a Simon Peter estuviera todavía allí dentro, el acto siguiente exigiría una acción rápida. Andrew hizo una pausa para alegrarse de haberles obligado a todos a cazar justo después de la puesta de sol, tenía casi tanta sangre como podía llevar su cuerpo.

Hizo que su corazón muerto empezara a bombear y sacó todo su poder por los poros en forma de sombras retorcidas que le envolvieron las piernas y convirtieron las piernas de sombra habituales en unos pilares gigantescos, capaces de dar patadas con toda la fuerza que permitiera su voluntad. Tembló al borde de la Metamorfosis Negra, sintió que su yo sombrío estaba listo para surgir en cualquier momento y convertirlo en un demonio negro. Extendió un tentáculo de sombras para llamar al timbre mientras él permanecía media docena de pasos más atrás.

Después de un momento de silencio la puerta se abrió de golpe. De pie, al otro lado, había... un demonio. Parecía una criatura sacada de una película de monstruos: casi tres metros de altura, cubierto por una armadura plateada que se movía sin apenas un susurro y con un hacha en las dos manos que brillaba con un fuego interior. La cosa salió al porche y examinó rápidamente los terrenos. Cuando llegó a Andrew dejó de mover la cabeza y preparó el hacha para cargar.

¡Mierda! ¡Podía ver a través de la oscuridad! Iba a haber problemas.

–¡Sube aquí! –exclamó tanto de forma física como a través del Vinculum mientras desataba dentro de sí la metamorfosis. Para cuando la cosa aquella se lanzó contra él, estaba listo para recibirla en algo parecido a la igualdad de términos. Unos tentáculos de sombra le surgieron del pecho en una masa retorcida y unos relámpagos negros le recorrieron los brazos. Levantó los dos brazos y todos los tentáculos y desvió el primer golpe. Pero su contra golpe, por desgracia, no le hizo nada a la criatura; la patada se estrelló contra la armadura de mala manera y resbaló.

¿Qué coño era aquella cosa? Andrew intentó solucionar el enigma lo mejor que pudo en plena pelea. Oyó unos pasos pesados que subían el camino de entrada pero aún tardarían unos minutos en llegar. Andrew dio un salto hacia atrás mientras extendía los tentáculos para agarrar el hacha y arrancársela de las manos a aquella cosa. Consiguió engancharla bastante bien pero la cosa la tenía bien sujeta y el hacha permaneció donde estaba. Y ahora el sonido: el fuego del interior del hacha crujió y envió un escalofrío a través de los tentáculos hasta el pecho de Andrew. El demonio dio un giro y le arrancó el hacha al tiempo que se llevaba dos tentáculos en el proceso. (En un abrir y cerrar de ojos, Andrew había cerrado las heridas con un par de golpes de sangre rápidos, pero todavía le dolían los muñones). Luego volvió a colocarse en las alturas, listo para otra

carga.

--¡Ya voy! --Aquel era Barry, el bueno de Barry, pero si sentía la necesidad de decirlo, eso significaba que todavía no estaba allí. Hora de cambiar un poco el campo. Andrew alargó las cuerdas que le rodeaban las piernas y dio un paso enorme para rodear al demonio por un lado. Ahora aquella cosa estaba entre él y los otros y al parecer no se terminaba de dar cuenta de que se estaba arriesgando a que le tendieran... aunque quizá no le importaba. Tiró el hacha y... Andrew no terminaba de creerse lo que veía. Sacudió los brazos y éstos se soltaron y se lanzaron aleteando contra él para estrangularlo. No conseguían aferrarse a la esencia de pesadilla resbaladiza que le cubría el cuello y los hombros pero no era porque no lo intentara. Se vio obligado a concentrarse en mantenerlos a raya mientras el demonio se iba acercando con paso majestuoso. El yelmo blindado se levantó y reveló un bocado de colmillos anormalmente grandes hasta para un vampiro.

No había tiempo para sutilezas y al parecer Barry, Simon Peter y hasta Niccolo se habían dado cuenta. El sacerdote saltó para aferrarse al yelmo del demonio mientras Simon Peter y Niccolo se agachaban para arrancarle las piernas. Aquel triple ataque tuvo éxito, en general. El demonio sí que cayó hacia atrás pero el yelmo permaneció en su sitio, aunque Barry consiguió cerrarlo de golpe sobre aquellos horrendos dientes. Andrew se las arregló para envolver los brazos de aquella cosa con los tentáculos que le quedaban y los obligó a bajar al camino de entrada.

Los tres miembros de la manada se limitaron a aporrear al demonio hasta que dejó de moverse. Cuando el cuerpo principal se desmayó, los brazos también perdieron fuerza. Andrew arrancó dos de las lámparas apagadas del camino de entrada y empaló cada brazo en un pincho corto. No los sujetaría para siempre pero los ralentizaría. Volvió la vista atrás y vio que la armadura del demonio se encogía. Andrew se dio cuenta poco después de que el cuerpo también se le encogía. Todo aquello debía ser un equivalente de la Metamorfosis Negra. Lo que quedaba, un par de parpadeos después, era un chino de mediana edad vestido con un traje blanco inmaculado y manchado de una sangre que olía a Roxana. Los brazos arrancados también parecían brazos aparentemente humanos, pero por alguna razón Andrew no sentía ningún deseo de intentar reunirlos con el cuerpo todavía.

--¿Qué coño es eso? --preguntó Barry.

--No tengo ni puta idea --respondió Andrew--. He oído a los viejos hablar sobre los "catayanos" pero siempre parecían a un puñado de aspirantes a Tremere o algo así. Jamás he oído hablar de nada como esto a nadie que no estuviera obviamente trastornado. Oye, tíos, aseguraos de que no va a ningún sitio mientras yo voy a ver si encuentro a Roxana. --Los tres asintieron y desde luego no le quitaron ojo al cuerpo. Uno de ellos le daba otro golpe de vez en cuando. Sólo para asegurarse, sin duda.

Andrew encendía luces según iba avanzando por la casa. No era del todo necesario pero era un pequeño toque de desafío, una señal más de que aquel era ahora un entorno controlado por los Lasombra en lugar de por hombrecitos que se convertían en grandes demonios. Roxana yacía en el suelo de la segunda habitación que comprobó. La habían envuelto en colgaduras que habían tirado con aquel propósito. Estaba inconsciente pero no le llevó mucho tiempo revivirla, sólo necesitó unas cuantas gotas de sangre. No lo suficiente para correr el riesgo de crear un vínculo de sangre. Andrew tenía mucho cuidado con eso. Una vez que comprobó que se estaba recuperando, reanudó el registro.

Lo cierto es que el cuerpo de Lezinski no estaba en ningún sitio de la casa pero las cenizas y el ataúd que había en una esquina del sótano eran bastante sugerentes. Andrew tuvo la sensación de que alguien había empalado a Lezinski y había empujado el ataúd hacia la ventana para que percibiera los primeros rayos de la mañana. ¿Estaba orientado hacia el este? Sí, así era. Justo.

La oficina del segundo piso estaba atestada de papeles. Andrew hizo que Barry trajera el sedán y puso todos los documentos que le parecieron interesantes en el maletero. Tendrían que estudiar las cosas más tarde, cuando volvieran a tener un refugio de trabajo apropiado.

--¿Qué hacemos con él? --preguntó Niccolo cuando pasó al lado de Andrew con la última brazada de facturas y órdenes de compra mientras señalaba al demonio con un gesto.

Andrew se lo pensó un momento.

--No tenemos ningún sitio donde ponerlo, ¿verdad? Creo que deberíamos destruirlo. Veremos todo lo que puede aguantar antes de derrumbarse por completo.

La respuesta resultó ser "bastante". Pero al final se dejó ir igual que cualquier vampiro occidental, el cadáver se deshizo en polvo y se desvaneció. La manada se alejó en el coche mientras la primera de las

hogueras que había encendido Niccolo al salir empezaba a brillar a través de las ventanas del piso de arriba. Era hora de refugiarse para pasar el día.

Sábado, 1 de abril del 2000, 4:12 p.m.
Motel 6, Gunnison, Colorado

Tiene dieciséis años. Es una noche de verano y las estrellas brillan gráciles sobre su cabeza a través del humo de incontables chimeneas. La ciudad que hay más abajo apesta pero su padre se ocupa de que el palacio se barra, se limpie y se adorne con incienso. En el patio, los mozos de cuadra se ocupan de los caballos después de la llegada de los últimos mensajeros del día y las cocineras y los mozos de cocina empiezan a reunir los ingredientes de las comidas de mañana para irlos cocinando poco a poco.

Ella camina por uno de los pasillos superiores rumbo a la capilla familiar, donde el arzobispo la espera a ella y su confesión. No le cae bien el arzobispo Monçada y nunca le ha caído bien. Desde el momento en que empezó a formarse una impresión de la gente, pensaba en él como en un agujero de donde había desaparecido el alma. Su llegada al poder no lo había cambiado. Cuando empezó a estudiar retórica y poesía, aprendió sobre los místicos que se consideran vasijas a través de las que se vierte la luz divina. Monçada es así, salvo que en su interior no hay luz. A los ojos del arzobispo, él no es nada, pero en el mundo tampoco hay nada excepto su persona, y ella sospecha que su visión del cielo es él mismo, repetido hasta la saciedad.

Aunque la mayor parte de la gente no se da cuenta, el arzobispo es más reservado que cualquier otro clérigo. No sale durante el día y cita extrañas mezclas de textos del Antiguo Testamento sobre el mal que habita bajo el sol. Se reúne con los demás sólo por la noche y casi siempre en la oscuridad. Lucita ha intentado advertir a su padre que el confesor de la familia no es trigo limpio pero su padre sigue entusiasmado por tener a un clérigo tan importante pendiente de él. Quizá también se esté tramando algo más siniestro; ella sospecha muchas cosas pero todavía no puede demostrarlas.

Entra en la capilla. La decoración ha cambiado. La tela del altar es ahora de un negro puro. Las vidrieras son de un rojo puro y parecen húmedas, como si alguna fuerza mantuviera el líquido en su sitio. Las paredes brillan con reflejos de escenas que Lucita no reconoce, aunque su yo más viejo sabe que son momentos de fe y duda de años posteriores. El arzobispo no espera en el confesionario sino que está de pie, como si fuera a dar un sermón. Cuando ella entra, le hace un gesto para que cierre la puerta.

–Niña –dice con aquel tono áspero–. ¿Cuáles son los grandes mandamientos?

–Amar al Señor, mi Dios, con todo mi corazón y amar a mi prójimo como a mí misma.

Habla con veneración de los mandamientos, aunque desprecia el uso que hace el arzobispo de la palabra "niña". No es ninguna niña y le demostrará que tiene el entendimiento de una mujer.

Las velas empiezan a parpadear mientras la sermonea.

–¿Cuál es la obligación de la hija para con sus padres?

–Honrarlos, que sus días sean largos en la tierra que el Señor les ha concedido.

Un fulgor rojo se enciende en algún lugar cerca del techo. Ella ve que la rojez de las ventanas en realidad fluye y sale como un vapor al abandonar los marcos de las ventanas. Monçada sigue hablando con tono monótono.

–¿Y cuál es la obligación de la prometida?

–Renunciar a su hogar y abrirse para su prometido, para convertirse en una sola carne.

–Correcto. –Cada vez está más claro que el fulgor rojo proviene de un agujero en el techo, una única luz en la oscuridad. La capilla huele a tierra removida y mohosa. El arzobispo parece cernirse delante de ella, cada vez más grande–. Tú has renunciado a tus padres. Yo te he sacado de ese mundo. Yo soy tu padre y sin embargo no te abres ante mí, ni me respetas. ¿Cuál es el pago del pecado?

Está echada en un ataúd. Hay cosas que escarban a su alrededor. Siente que se le agrieta la carne y huele a corrupción en su interior.

–La muerte.

–Correcto. El pago del pecado es la muerte. Tú has desobedecido al plan sagrado de Dios.

Ella apenas consigue recuperar el aliento y susurrar.

–¿Cómo lo sé?

–Nunca has visto a Dios y nunca lo harás. Ves a los ministros que Él ha escogido sobre la Tierra, de los que yo soy uno. Yo te digo cuál es la voluntad de Dios y tú obedeces. Si yo me apartara del camino. Dios me juzgaría y tú lo sabrías, pero como ves, ha coronado mi trabajo con el éxito --El ataúd se abre y ella se encuentra en el sótano de la gran catedral de Madrid. La luna pasa por una ventana abierta... y otra vez... y una vez más, cada vez más rápido. Se acumulan los trofeos. Los enemigos derrotados vienen a postrarse a los pies del arzobispo, que cada vez es más gordo y mezquino--. Dios agradece que haya pagado el precio definitivo.

Ella lucha por contestar pero no encuentra aire.

–¿Lo ves? Tu propio cuerpo conoce tu pecado. Ven, déjame enseñarte lo que debería haber sido. --Ella se aleja otra vez del ataúd, pero esta vez se pone al lado del hombre. El tributo es para ella tanto como para él. Siente que el poder de los enemigos elegidos para la destrucción recorre sus venas y le proporciona más poder. Cuando crece el poder de su sire, ella crece con él. Con el tiempo, recorre el Nuevo Mundo convertida en su reina de la oscuridad, recogiendo una cosecha interminable desangre y dolor mientras sirve a su sire, cuya misión es castigar todo pecado y crear la Nueva Jerusalén sobre la Tierra.

Siente que está en el interior de su otro ser, pero es mentira. Intenta arrancarse la máscara, pero no puede. Poco a poco se obliga a salir a través de los poros de la mentira, una gota cada vez. Al final, después de incontables años de esfuerzo, se levanta de un charco negro y contempla cómo se derrumba el caparazón estéril de la mentira.

–Te rechazo.

Todo (tanto las personas como el edificio) rezuma y se derrumba igual que su mentira. Muy pronto, su sire y ella se encuentran sobre una planicie sin rasgos, hundidos en polvo hasta los tobillos.

–¿Ah, sí? Dime, hija de mi sangre, ¿qué es lo que rechazas?

–A ti. Tus ardides. Todo lo que hay en ti. Seas lo que sea, yo no soy igual. Hagas lo que hagas, te detendré. --Es tan joven, lo sabe en el sueño, y no tiene ni idea de lo que está prometiendo. Pero sabe, en el sueño, que se pasará novecientos años intentando llegar a la altura de esas palabras.

–Háblame de esos ardides.

–Yo... tú... el trono... los barcos... las colonias. --Los

pensamientos se entremezclan. No logra expresar ninguno por completo. Tartamudea por la frustración y la ira.

–¿Ves? Te rebelas no contra mí, sino contra la imagen que tienes de mí. No te das cuenta de que eres hija mía en la verdad, la imagen de mi alma. Tú haces mi voluntad como yo hago la voluntad de Dios. Eres igual que yo. –Le sonrío–. Todo lo que has hecho hasta ahora ha sido a mi servicio. Todo lo que eres es para servirme. Cuando llegue el gran juicio, serás confirmada como digna heredera mía.

Monçada viola la gran maldición y aparece de repente reflejado en todos los espejos que habían surgido sin que nadie los advirtiera. La fuente de los reflejos estira la mano para tocarla, sus manos trazan las líneas de la cara horrorizada de la chica. En los espejos, las manos del hombre dejan una leve huella, que va adquiriendo claridad y definición: es su propia imagen.

* * *

Lucita despertó con un grito. Las palabras "*hija mía en la verdad*" salieron como un eco de debajo de la cama. Se levantó de un salto y corrió al baño, presionó las manos ensangrentadas de sudor contra el espejo, que, claro está, no mostró nada. La sangre goteó hasta el lavabo y fue formando letra tras letra mientras se desvanecía en un torbellino por el desagüe. "Hija en la verdad". Poco a poco fue despertando por completo y las manifestaciones se disiparon. Se dio cuenta de que toda aquella actividad había estado aguijoneando a la Bestia así que tomó medidas lentas y tranquilas para someterla de nuevo.

Sintió la presión del día en el exterior. Temerosa de que la atacaran, se calmó y realizó un sondeo prolongado de su psique. Al final no encontró ninguna huella de una posible manipulación, pero aunque se quedó echada casi sin conocimiento debido a la agonía de la vigilia diurna, no pudo volver a dormirse ese día.

Sábado, 1 de abril del 2000, 10:22 p.m.
Motel 6, Gunnison, Colorado

Lucita estaba sentada en una camioneta en el aparcamiento del

motel. El propietario de la camioneta estaba todavía en el asiento del conductor, incapaz de moverse gracias a unas palabras bien escogidas. Lucita tenía hambre pero presentía que había alguien tras ella así que no quería arriesgarse a dejar ninguna prueba permanente. Mientras el conductor seguía sentado, Lucita utilizó el móvil que se había llevado de la habitación de al lado para realizar una serie de llamadas: aun buzón de voz de Chicago para recuperar un código de acceso con el que llamar a un número de Boise que, una vez dado el código de acceso, la llevaba a través de dos redes privadas a otro buzón de voz de las Bermudas para recuperar un segundo código, y luego por fin a otro número de Los Ángeles que, tras proporcionar ese mismo código de acceso, la transfería a un buzón de voz de Berlín.

–Señorita Gebenstaler, soy Madame de España. El Fondo B de Reserva permanece activo. Sin embargo, por favor emita una autorización para un paquete de Clase 2, con destino a Londres, haga la transferencia en cuanto sea posible dentro de los límites habituales. Sólo un objeto. Mande la confirmación a la cuenta papal. No habrá ningún contacto directo en estos momentos. Gracias por su atención.

Hora de moverse.

Salió de la camioneta y le dijo al conductor.

–Despierte dentro de 200 latidos –Los labios del hombre empezaron a contar. Lucita colocó el equipaje que había traído de California en el contenedor, debajo de una capa de periódicos. Sólo le llevó un momento completar las diligencias en la oficina del motel: firmó la salida y le ordenó al recepcionista que no se diera cuenta hasta la media noche. Y luego se fue. Caminaba al doble de velocidad que cualquier humano por el arcén de la autopista, envuelta en sombras que no podría penetrar ningún faro. Para cuando el recepcionista completara los trámites de salida, ella ya estaría a medio camino de su destino.

Mientras caminaba intentaba explicarse sus actos. Ya había tenido dos visiones de la mujer Lasombra a la que torturaban y que la llamaba. No era suficiente para explicar su inquietud. Después de todo, ella era el símbolo preeminente de la rebelión dentro de su clan. Era inevitable que hubiera aspirantes a seguidores que vinieran en busca de su sabiduría (imaginada) y posibles vengadores que vinieran a castigar sus pecados (también imaginados). Ocurría varias veces al siglo y si bien sentía el modo en que casi siempre terminaban sus perseguidores, no solía reconcomerla de aquella forma.

Había algo oscuro en todo aquello. Tampoco es que careciera de

precedentes. Aunque Monçada había prohibido todo intento de destruirla sin su sanción, no era una sola voz la que le dictaba órdenes al resto del clan. (El Gran Diabolist. Gratiano, podría haberlo hecho, si quisiera. Pero no lo hizo y no había nadie más que tuviera la categoría necesaria). Las Cortes de Sangre la condenaban de forma periódica y mandaban a varios asesinos, en ocasiones formidables. Había estado muy, muy cerca de la destrucción durante el caos de 1848 y otra vez después de la Primera Guerra Mundial. Encuentros menores la habían sacado de sus refugios, le habían costado camaradas y habían destrozado sus escasos esfuerzos por construir una influencia sistemática en la sociedad mortal. Tenía la impresión de que de nuevo había un cazador tras ella, pero había algo más. Algo que la atormentaba.

También la acosaba aquel sueño, y con más fuerza. No podía quitarse de encima aquella última imagen, la de su sire creándose a partir de ella. Quería decirse:

–Pues claro que no es verdad. No eres su imagen. Eres... –Pero le fallaban las palabras. ¿Qué era?

Era su chiquilla, claro está. No había nada que pudiera cambiar eso. La sangre de Monçada estaba en sus venas; cuando se despertaba de su sopor, a veces hasta podía saborearla, como aquel primer momento en el que él se había abierto una vena para dejar caer doce gotas en la garganta rendida de ella. Había pasado mucho tiempo desde aquel tiempo en el que ella creía que la sangre era la vida en el sentido al que se refería el Antiguo Testamento. Fuera lo que fuera el alma, no residía solamente en las gotas de sangre y su alma seguía siendo solo suya, aún manchada como estaba por un milenio de oscuridad.

Excepto, claro está, que las cosas no eran así.

Recordó con una claridad demoledora cómo le había dado órdenes, aquella última vez en Madrid. Había pasado por encima de todas sus defensas, como si no hubiera nada, y la había obligado a obedecerle. Sabía que tampoco era capaz de recordar toda aquella última semana. Sobre todo por el trauma de la batalla y la huida. ¿Pero podía estar segura de que no había dejado órdenes para convertirla en su instrumento incluso después de que el viento esparciera sus cenizas? Y si a eso iba, ¿podía estar segura de no tener el alma de él en su interior? No había aprendido todo lo que su sire podía enseñarle al comienzo de su relación y él apenas había dejado de investigar la magia durante los siglos posteriores.

Monçada había desaparecido, aparte del legado que pudiera haber escondido en el interior de Lucita. La gran tarea de su no vida, la frustración y destrucción de todas las tretas de Monçada, había llegado a su fin, para bien o para mal. Oh, aún tendría que investigar y limpiar mucho durante varias décadas, quizá siglos. Pero ahora los acontecimientos se desplegaban sin que la mano de él los guiara. Nada nuevo saldría de él y ninguno de sus lacayos podía acercarse siquiera a su atrevimiento ni a sus innovaciones. Podía hacer prevalecer sus ideas, sus maniobras y si era necesario hasta podía vencerlos en batalla frontal a casi todos ellos.

¿Entonces qué? ¿Qué iba a hacer consigo misma?

Se le había ocurrido la idea mientras yacía temblando en la cama con la luz del día a sólo unos milímetros, tras las gruesas colgaduras. *Conoce a los tuyos*. Sabía quién y lo que era ella, por supuesto, así que al principio le pareció una tontería. Entonces se dio cuenta de que sabía muy poco sobre cómo se comportaban la mayor parte de los otros Lasombra. Más allá de las masas del Sabbat había media docena de variedades de independientes, además de los solitarios y para ella la mayoría no eran más que clientes u objetivos ocasionales.

Después del Gran Incendio del siglo XVII, Lucita se había dado cuenta de que Londres tenía una población cainita más grande y diversa que la mayor parte de las ciudades de su tamaño. Ya entonces había decidido que si alguna vez necesitaba fingir que era un miembro leal de la Camarilla, Londres era un buen lugar, pues la corte estaba más acostumbrada a los miembros inusuales. Tras una hora pasando lista a sus opciones, ahora, en el 2000, algo le sugirió que seguía siendo un buen lugar para ver qué tal era eso de ser Lasombra y Camarilla. ¿Qué se sentía al tener compromisos de ese tipo? En realidad no lo sabía y decidió que sería su primer paso.

El paquete de Clase 2 que le había pedido a su ayudante alemana la llevaría desde cualquier aeropuerto americano hasta Nueva York y desde allí hasta Londres en cajas selladas con varias capas de protección, para evitar la huella de olores y los residuos químicos de cualquier tipo. Los contenedores habían pasado varias inspecciones cargados con drogas y aromas fuertes, y ninguno de ellos había alertado a los perros, a los sensores olfativos ni a ningún otro tipo de inspección. Tenía la opción de transportar hasta media docena de vampiros, aunque esta vez iría sola.

La cuenta papal era un buzón de voz de Aviñón, Francia, cuyo dueño aparente era un viñedo pequeño y esforzado. Los agentes de

campo utilizaban códigos de palabras no excesivamente sofisticados para informar de los tratos pendientes. La mayor parte de los mensajes los generaban al azar unos ghouls entrenados para esa tarea. (La señorita Gebenstaler sabía por experiencia que había pocas cosas tan fiables para las faenas monótonas como los mortales adictos a la sangre de vampiro. Se rebajaban hasta extremos encantadores por un sorbito más y se podía contar con que seguirían realizando las tareas más aburridas durante años si se les atendía de la forma adecuada). Podía insertar unos cuantos mensajes propios sin llamar la atención. En menos de una semana Lucita tendría la información necesaria para organizar un vuelo privado que conectase con la línea transoceánica. Un toque de inteligencia a la hora de utilizar los teléfonos adecuados y Lucita debería estar a salvo de cualquier tipo de vigilancia. Ojalá no tuviera esa molesta sensación de que un observador invisible la estaba vigilando.

*Domingo, 17 de mayo de 1198. Justo después de medianoche
En el Camino de Salzburgo, Ducado de Austria*

Lucita sabía bien, a un nivel intelectual, que no había temperatura normal que pudiera hacerla pasar frío. Su sire el obispo le había explicado que la esencia sutil de la vitae penetra en los órganos del cuerpo y los deja insensibles a las influencias exteriores salvo en casos extremos. (También le mostró como el poder elemental del fuego provoca una reacción especialmente intensa en la vitae). A pesar de todo, aquel bosque húmedo le parecía frío. Se envolvió con el manto y deseó de nuevo un carruaje que reemplazara al que habían perdido después de que se le rompiera el eje cuatro noches antes.

A su compañero no parecía molestarle. Cabalgaba con la confianza natural de un profeta, el cabello largo y rubio le brillaba por un instante cuando la luz de la luna apuñalaba las sombras. En la oscuridad sus ojos relucían con un brillo suave, con un rojo que recordaba menos a la sangre que a las velas encendidas del altar. La túnica raída de lana y los pantalones no ocultaban los movimientos tensos del cuerpo que cubrían. Hasta los movimientos más casuales parecían tener un propósito, la mente los controlaba para que

respondieran a realidades que Lucita era incapaz de percibir. Continuó su discurso con un flujo de palabras serenas pero llenas de vigor, deslizándose al parecer sin querer del francés al latín y luego a lenguas que Lucita sólo conocía de oídas.

–Verás –le decía–. Es el colmo del orgullo presumir que se está alguna vez más allá del alcance o de la gracia de Dios. Considera...

–Pero Anatole –lo interrumpió ella–. La Iglesia nos dice con toda claridad cuales son los pecados capitales. No es ninguna suposición, son conocimientos. Es un hecho que algunas acciones, algunos estados, nos ponen fuera del alcance de la gracia.

Él sonrió.

–¿Es el asesinato un pecado mortal? Lo es. ¿Y la traición? Lo es. Y sin embargo, mira: Dios eligió a Pedro, que traicionó a nuestro Salvador encarnado al negarlo tres veces, y lo convirtió en el primer Papa. Muéstrame cualquier pecado, el pecado que quieras, y yo te mostraré un hombre o una mujer para el que ese pecado se convirtió en un instrumento para alcanzar la gracia.

Ella lo pensó durante un momento.

–Monçada dice que está condenado y está claro que es muy sabio en cuestiones de fe.

–Pero sólo es un hombre. ¿Dios sólo le habla a él?

Lucita sacudió la cabeza. Por lo que ella sabía, su sire jamás había afirmado haber recibido una palabra directa de Dios. Éste llegaba a su entendimiento a través del análisis razonado de la revelación general.

–¿Lo ves? Ninguno de nosotros tiene jamás la última palabra. Dios es Omega y también Alfa. Dios no me cuenta a mí algunas cosas que les cuenta a otros, pero tampoco les cuenta a otros cosas que me cuenta a mí. Y te digo que ninguno de nosotros está más allá de Él.

Lucita sacudió la cabeza otra vez.

–Eso es fácil de decir. Sí, tú puedes señalar a Pedro y yo puedo señalar a David, el sirviente favorito de Dios a pesar del asesinato y todo lo demás. Podemos multiplicar los ejemplos. Pero... en ningún sitio de las Escrituras ni de la tradición puedo encontrar el perdón para alguien cuya misma existencia depende del asesinato, uno tras otro. –Llevaba ocho años no muerta y el peso de la conciencia la oprimía con fuerza.

Anatole se echó a reír, una risa suntuosa que atravesó los mechones enmarañados de su melena rubia. Lucita pensó que era como el amanecer sobre un mar de tormenta. Al menos ella recordaba

la salida del sol así.

–¿Recuerdas lo que Dios le mostró a Pedro?

Lucita no se acordaba.

–Pedro tuvo una visión mientras vivía en Joppa. Dios desplegó un gran pergamino y en él estaban escritos los nombres de todas las clases de animales, peces y pájaros, puros o impuros. Dios le dijo: "*Levántate, Pedro, mata y come*". Pedro protestó diciendo que nunca había comido nada que no fuera puro. Dios respondió: "*Lo que Dios ha declarado puro, no lo llames tú impuro*".

–Pero, Anatole, es que ninguno de nosotros estamos intentando existir según la tradición kosher de los judíos. ¿Entonces para qué?

–¿Es que no lo ves? Los Padres Sagrados nos dicen que la lista incluía *todo* tipo de animales. Sin excepciones. ¿Entonces por qué asumes que Dios no incluyó al animal humano? ¿No crees que si te exige algo, no convertirá en lícito que hagas lo que te encomienda hacer?

–Pero... ¿acaso no honramos a los mártires que eligieron la muerte por encima de lo que se verían obligados a hacer? ¿No es cierto que el valor para morir es uno de los dones más valiosos que tenemos?

–¿Sientes que Dios te llama, que quiere que mueras?

–Bueno, no.

–No, claro que no. Sientes las punzadas de la condenación y esa es la voz del Adversario. Dios nos llama hacia el arrepentimiento y las buenas obras, no hacia la desesperación. El suicidio, recuerda, es un pecado mortal, porque no hay arrepentimiento una vez hecho. Si tu corazón te inquieta, renuévalo con los actos apropiados. Los que llevamos la maldición de Caín no nos podemos permitir el lujo de los excesos. Los pecados del mundo son muchos, nosotros muy pocos, y se nos ha asignado una gran tarea.

Lucita siguió cabalgando en silencio.

Lunes, 3 de abril del 2000, 3:15 p.m.

Aeropuerto del condado de Gunnison, Gunnison, Colorado

La llamada llegó cuando Angélica Tranh tenía la cabeza y los

hombros metidos en las profundidades del motor del Cessna. Al principio no hizo caso del móvil, pensó que ya comprobaría el mensaje más tarde. Dejó que el teléfono cogiera también el segundo mensaje, un minuto después. Pero cuando sonó la tercera vez, menos de dos minutos después, la combinación de curiosidad e irritación la obligó a contestar.

El identificador de llamada mostraba un número de Denver y Redes Cardinales en el espacio del nombre. Ah, sí, un vuelo privado. Le habían mandado a un abogado de aspecto siniestro allá por febrero, el tipo había ido hablando con todos los pilotos disponibles en busca de gente dispuesta a llevar contenedores sellados y siempre a muy corto plazo. Dependiendo de los detalles, podría resultar un poco incómodo. Pero aún así el dinero estaba muy bien y les había ofrecido una muy buena indemnización por cualquier inconveniente que les produjera el transporte de sustancias restringidas.

–Tranh.

Al otro lado había una mujer con acento alemán.

–Señorita Tranh, soy de Redes Cardinales. ¿Dispone de un momento para comentar algo?

Angélica contestó irritada.

–Señora y sí.

–Señora --La mujer subrayó la "s" con un lento siseo--. Tenemos un cliente que desea transportar varios objetos de interés personal desde su aeropuerto hasta Londres, a través del Aeropuerto Internacional Logan. ¿Conserva un certificado válido que le permita el uso de un reactor?

¿Dónde había aprendido inglés aquella mujer?

–Sí. ¿De qué horario está hablando?

–La mercancía estará lista para embarcar dentro de 40 a 48 horas. Preferiríamos que un solo piloto se encargara de todos los aspectos del transporte, desde la recepción en su aeropuerto hasta la entrega a los agentes que se encargarán de su custodia en Londres. Sin embargo, si las circunstancias le impiden realizar un viaje transoceánico en estos momentos, podemos disponerlo para que transfiera la mercancía a un segundo piloto en el Aeropuerto Internacional Logan. Se realizará la reducción porcentual habitual de los honorarios por los costes incurridos al disponer el servicio secundario.

Angélica pensó en las disposiciones contractuales y en su horario. Perdería dos viajes turísticos si lo hacía todo. Pero uno era con un

cerdo sexista que presumía de ser un as del esquí, Angélica no iba a echar de menos sus intentos de meterle mano otra vez; y el otro era con una pareja muy agradable que no tendrían problemas para encontrar sustituto. Angélica podía mandárselos a unos amigos suyos.

–Estoy disponible, pero no tengo un reactor, que es lo que usted necesita para ir de Boston a Londres y...

La mujer la interrumpió.

–Redes Cardinales suele disponer de un Bombardier Challenger 604SP. No la estamos contratando como corredor de aviones sino como piloto y no pretendemos que se ocupe de ese tema. ¿Es el Challenger una aeronave aceptable entre las que está usted cualificada para manejar?

Guau. Angélica conocía aquel avión; había salido bastante aunque nunca del todo en serio con un tío que pilotaba una de las primeras unidades que hacía el trayecto entre LA y Denver. Tenía clase.

–Es aceptable, sí --dijo con un tono que esperaba que sonara controlado--. Entonces vuelo hasta...

–Si desea utilizar nuestro avión según las disposiciones de nuestro contrato de pilotaje, haremos que un mediador se lo entregue al mismo tiempo que o antes de la entrega de la mercancía que debe embarcar.

–Me parece muy aceptable.

–Bien. Parece entusiasmada.

–Bueno, lo estoy. Para mí es una gran oportunidad.

–Bien. Eso es lo que deseamos para nuestros clientes y socios en Redes Cardinales --Se produjo un breve silencio y una serie de tres pitidos--. ¿Tiene algún número concreto en el que recibir documentos facsímiles?

–Esto...

–Si no tiene acceso personal a un aparato facsímil, podemos transmitirle la información necesaria por otros medios.

–Sí, por favor. Un correo electrónico normal a... --Angélica dio una cuenta comercial--... funcionará igual de bien. Me lo retransmiten a mi teléfono y lo puedo leer aquí.

–Muy bien. Transmitiré la información de contacto. ¿Tiene alguna pregunta en este momento?

–Esto... sí --Angélica intentaba pensarían rápido como se movía aquella mujer y no era nada fácil.

–¿Qué información desea en este momento?

–¿Qué es lo que voy a transportar?

La mujer tecleó algo durante un instante.

–El objeto físico, llevará un contenedor de 2'8 metros de largo, 1'2 metros de alto y 1'2 metros de ancho. Pesa aproximadamente 275 kilogramos: en sus honorarios se incluyen los suplementos adecuados de carga y descarga. Lleva etiquetas de seguridad...

Angélica la interrumpió.

–¿Pero qué es?

No se dudó al otro lado de la línea.

–No necesita saberlo y su contrato no incluye ninguna cláusula que le permita exigir esa información. Recibirá una indemnización por todos y cada uno de los gastos en los que pudiera incurrir por una violación de la ley, regulación o procedimiento en cualquier destino o lugar de tránsito de su contrato. Se le asegura también, si bien no hay ninguna cláusula sobre ello en su contrato, que no transporta nada ilegal ni restringido por el comercio internacional. ¿Le parece una respuesta satisfactoria?

–Las he oído mejores. Pero si hablan en serio sobre la indemnización...

–Desde luego que sí.

–Entonces lo haré.

–Muy bien. Gracias por sus servicios. Señora Trinh. Revise la información que hemos transmitido para consultar todos los detalles

–Y luego sólo oyó el tono de llamada.

Lunes, 3 de abril del 2000, 11:30 p.m. (3:30 p.m. hora de Gunnison)

Museum der Arbeit, Hamburgo, Alemania

Willa Gebenstaler colgó el teléfono con un gesto lánguido y cansado. No le gustaba demasiado hablar con mortales, bajo ninguna circunstancia, y nunca le gustaba hablar con americanos. Y lo que menos le gustaba era hablar de negocios con mortales americanos. No pensaban con orden ni concierto y sus prioridades pocas veces eran coherentes.

El sistema de comunicaciones había hecho el trabajo impecable

de costumbre. Las comprobaciones realizadas antes de la llamada a la señorita Tranh indicaron que mostraba la identidad falsa de forma correcta y la señorita Tranh no había comentado ni directa ni indirectamente nada que le pareciera inusitado. A Willa le gustaba meter algún error lingüístico en su discurso, como la mezcla de anacronismos y las construcciones ligeramente erróneas que le acababa de ofrecer a la piloto.

Casi con toda certeza la chica tendría que irse de su pueblo después de terminar el encargo. No enseguida, claro, eso sería una invitación para que surgieran problemas. Willa ya lo había hecho antes: establecer en su vida al menos dos fuentes plausibles de distracción, elevar el nivel de tensión muesca a muesca durante un periodo de tiempo de entre seis y doce meses y luego llevar a cabo la eliminación. No habría nada que pudiera relacionar la desaparición de la chica con Redes Cardinales; sería una estadística más en medio de la inquietud del milenio, la irresponsabilidad de los inmigrantes y demás. Unos cuantos rumores bien extendidos harían que la desaparición de la señorita Tranh pareciera una especie de alivio y el resto era manipulación pura y dura de los datos manejados por las fuerzas de la ley.

¡Madame! ¡Madame estaba ahí fuera y necesitaba la ayuda de Willa! Eso era lo importante. Willa casi no se lo podía creer. Había comprobado la forma de contacto. Era de la querida mentora de Willa. ¿Qué demonios podía estar tramando en un lugar tan remoto del mundo? Incluso en América, el Colorado rural era inusualmente, bueno, rural. No urbano. Lejos del modo de vida preferido de Madame. Hasta inseguro. Willa había oído que los hombres lobo corrían con más libertad por el Nuevo Mundo, gracias a la falta de métodos adecuados y organizados para acabar con ellos.

Willa decidió correr un pequeño riesgo. No intentaría ponerse en contacto directo con Madame, pero ese caso soportaría que le enviara una pequeña nota. No podía hacer ningún mal... Y ya era hora de conseguir el reactor...

La manada no solía molestarse en conseguir alojamiento mediante humanos pero esta vez necesitaban espacio para extender el botín que habían sacado de la oficina de Lezinski. No representaba ningún problema especial conseguir algo de dinero y alquilar unas cuantas suites agradables en un hotel que atendía a hombres de negocios, muchos de ellos metidos en el comercio internacional, y que por tanto acostumbraban a aparecer a cualquier hora. Las cajas de facturas, correspondencia y documentación de todo tipo yacían esparcidas por las mesas y las camas de tres suites contiguas. Cada miembro de la manada empezó con temas sobre los que sabían algo y poco a poco fueron convergiendo hacia lo que todos ignoraban.

Cuando el reloj de la repisa de su suite dio las dos, Andrew se levantó y se estiró.

--Muy bien, hora de hacer un recuento. --Los otros levantaron la vista.

--En primer lugar, ¿cuál es el último documento que tenemos que se originó de forma definitiva con Lezinski? --Revolvieron entre las cajas durante unos minutos. Niccolo sacó un recibo de una caja que había llegado de Long Beach el 26 de febrero. Todo lo que había después de esa fecha tenía iniciales o unos garabatos que podría haberlos hecho cualquiera.

--De acuerdo. Bueno, ¿tenemos algún nombre para este otro tipo? --Revolvieron un poco más. Había varias cartas en chino, idioma que no hablaba nadie en la manada--. Genial. Así que tenemos que cederle estos papeles a alguien. Muy bien, que alguien intente la reconstrucción.

Habló Simon Peter.

--A mí me parece que dos o más catayanos han decidido instalar el negocio en Los Ángeles. Fueron a por Lezinski por su red de contactos y recursos.

--Muy bien. ¿Por qué "*dos o más*"?

--Porque nuestro tipo estaba escribiéndole a alguien y recibía correo en chino desde al menos dos puntos de origen.

--De acuerdo --Andrew sabía que en momentos así Simon Peter se veía a sí mismo como un maestro de detectives, como el "Satán rubio" de las historias de Sam Spade de Hammet. (La prosa, claro, no la película de Humphrey Bogart). Pero si al mago le ayudaba realizar un análisis táctico genuinamente útil, Andrew estaba dispuesto a consentirlo--. Bien, dado que no estamos equipados para ocuparnos

de esto, ¿qué sugieres?

–Bueno, tenemos dos opciones. En primer lugar... –Simon Peter levantó el puño y utilizó la otra mano para sacar el índice extendido. Andrew se preguntó de dónde demonios había sacado el mago tanto amaneramiento—. En primer lugar, empaquetamos todo esto y se lo mandamos a nuestros leales hermanos, a algún lugar donde estén equipados para traducir el chino y analizar todos estos documentos empresariales. Pórtland o Seattle, probablemente. Seguimos con nuestra misión y dejamos que otros recojan los beneficios que proporcionará la limpieza de catayanos.

»En segundo lugar... –Simon Peter hizo una pausa justo después de levantar el pulgar doblado—. Esto... –Adoptó una actitud mas seria—. Ductus, propongo que discutamos los asuntos referidos al bienestar de nuestra manada. Yo sigo siendo un miembro leal y confirmado de la Espada de Caín, a quien usted conoce a través de la sangre y sabe que soy devoto y estoy dedicado a la lucha.

–Estás a punto de sugerir algo carente de dignidad, ¿verdad?

Andrew no pudo reprimir la sonrisa.

–Así es y preferiría que no se me castigara por mencionarlo.

–Hermano Simon Peter –dijo Andrew con su tono más formal—. Reconozco que es un camarada leal y digno en la lucha y escucharé sus palabras, de forma que puede hablar con honestidad y sin miedo a las represalias. Ahora, proceda.

–Podríamos enviar todo este material a una agencia de traducción mortal –explicó Simon Peter—. Seguramente tendríamos que matarlos después pero así es la vida. Podríamos averiguar nosotros de qué va esto y luego hacer la limpieza una vez que terminemos con la caza de Lucita, de un modo u otro.

Andrew vio que los otros asentían y decidió que lo más probable es que pasara una de dos cosas. Podría funcionar, en cuyo caso todos recogerían los beneficios de la iniciativa independiente. O quizá no funcionase, en cuyo caso él podría hacerse aun lado y dejar que los otros aprendieran una gran lección. En cualquier caso, no era muy probable que él sufriese si se cubría el culo con unas cuantas cartas aparte.

–Me gusta como piensas –dijo y el mago esbozó una gran sonrisa—. Encuéntrame a alguien al que podamos enviarle todo esto y nos ocuparemos de ello.

»Y ahora al otro asunto. ¿Alguien tiene alguna idea sobre la caza, que, después de todo, es lo que de verdad nos ocupa en estos

momentos?

Niccolo levantó una libreta en la que estaba claro que Lezinski había ido escribiendo a lo largo de varios meses o incluso años. La letra variaba de lo riguroso y preciso a lo prácticamente ilegible.

–Esto... sí --Hizo una pausa.

–Adelante --dijo Andrew con tanta paciencia como pudo.

–Esto es una lista de suministros, una mezcla de armas y provisiones para hacer camping, para "K", enviado a un apartado de correos de Death Valley. ¿Y no estaba "Konstantin" en esa lista de contactos que teníamos?

–Así es. --Por una vez, Andrew sintió una oleada de genuino respeto por Niccolo, y lo demostró--. Buen trabajo. Lo cierto es que yo mismo revisé esa pila hace una hora y no lo vi. Parece que nos vamos al desierto.

Miércoles, 5 de abril del 2000, 9:00 p.m.

Aeropuerto del condado de Gunnison Gunnison, Colorado

Angélica se paseó alrededor del reactor y lo admiró desde todos los lados. Era una maravilla. Algo menos de veintidós metros de longitud, estaba pintado de un negro suave y tenía "Redes Cardinales" destacado en rojo con un efecto de relieve muy poco habitual. Aquel avión parecía una criatura salida de un mundo muy diferente al de Gunnison. Francamente, parecía salido de una película.

Sus colegas estaban muertos de envidia por todo aquel asunto y a Angélica le encantaba. Se abstuvo de negar directamente cualquiera de sus suposiciones, que iban desde narcotraficantes de la Triada hasta fetichistas de Silicon Valley. Ben, un caso dudoso de esquizofrenia, se entregó encantado a varias especulaciones sobre aquellos "Cardenales" con una historia sobre unos libros de ocultismo que volvían al Vaticano para que los cardenales pudieran realizar los rituales necesarios para elegir bien al siguiente Papa. Angélica casi consiguió mantener la compostura incluso con aquello.

Y además el tipo que lo había traído aquella tarde también formaba parte del montaje: un afro-americano fornido, de unos cincuenta años, con tatuajes de dos guerras y (si Angélica no se

equivocaba con los símbolos) al menos dos etapas de voluntario en las guerras de otra gente. Si se quitara aquel elegante traje de vuelo y se pusiera unos vaqueros o un peto, podría desvanecerse entre la multitud del bar más cercano y nadie lo volvería a encontrar. Salvo, quizá, por la altura. Angélica estaba acostumbrada a que los pilotos fueran más altos que ella, con su metro y medio normalmente se encontraba en el fondo de cualquier conversación. Pero aquel tipo *era grande*, le sacaba bastante más de treinta centímetros. Se preguntó si había sido jugador de baloncesto.

Era una pena que fuera tan taciturno. ¿Había estado antes en Gunnison?

–Sí.

¿Le gustaba el campo, el pueblo?

–Está bien.

¿Había volado muchas veces para Redes Cardinales?

–Algunas.

¿Cómo eran? ¿Cómo trataban a los pilotos?

–Bien.

La pandilla habitual lo dejó por imposible antes de quince minutos; Angélica le concedió casi una hora más antes de admitir la derrota y dirigirse a la estación meteorológica. Él siguió enredando alrededor del reactor y haciendo ajustes sin importancia mientras ella recogía las cartas de vuelo y examinaba los informes.

Había que acostumbrarse un poco a las horas de vuelo. El trayecto de Gunnison a Boston en su avión de siempre le llevaría algo así como catorce horas en el aire, más tres puntos de reabastecimiento. Londres no habría sido un punto accesible, pero todo cambiaba con el Challenger. Tres horas y media a Boston, si contaba con un poco de viento de cola; no más de una hora en Logan para reabastecerse y aprovisionarse. El contrato de Cardinal autorizaba de forma explícita el pago de una cantidad extra por pronto servicio; siete horas y cincuenta minutos hasta Londres y Heathrow.

Una línea aérea comercial no le permitiría a un piloto realizar un trayecto tan largo sin descansar, pero lo cierto es que no era peligroso con descanso y preparación. Angélica había estado descansando y haría una buena comida en Boston.

Una vez que tuvo los gráficos en la mano, Angélica hizo el segundo recorrido por el avión. El primero había sido un paseo asombrado y bastante apresurado. Esta vez se tomó su tiempo. La cabina de pasajeros incluía nueve asientos y dos sofás. Se podía

acceder al espacio para la carga a través de una elegante puerta de roble situada en la parte posterior de la cabina. Angélica sabía por experiencia que eso no era demasiado frecuente y le hizo apreciar aún más la cláusula de indemnización. (La gente que necesitaba o quería pasar mucho tiempo con la carga durante el vuelo seguramente no tramaba nada demasiado bueno). La moqueta y la tapicería eran de un suntuoso terciopelo de color negro, el acabado de secoya. No había ningún material sintético a la vista: los interruptores y los mandos de los controles eran todos de metal y níquel pulido, con placas de secoya para cubrir los accesorios de goma.

De repente a Angélica se le ocurrió algo. La mujer alemana había dicho que *alquilaban* el Challenger. Era imposible que hubieran podido hacer una adaptación completa como aquella en sólo dos días, aparte del tiempo que les hubiera costado conseguirlo. Tenía que formar parte de la flota permanente de Cardinal. Tomó nota y se preparó para encontrar más mentiras.

La carlinga no era tan lujosa como la cabina de pasajeros, pero era igual de cara a su manera. El Challenger 604 exigía normalmente dos pilotos; la serie SR estaba adaptada para que la pilotara una sola persona, pero aquella carlinga lo llevaba mucho más lejos. El asiento tenía un diseño ergonómico especial, Angélica había visto una reseña en una revista de pilotos el año anterior, con unos paneles muy raros de quince centímetros que se suponía que distribuían la tensión de la espalda y las piernas de una forma más eficiente. Los controles estaban situados en una serie de paneles extensibles para que pudiera colocar todo el banco de instrumentos al alcance de la mano; en unos momentos encontró los mandos de los brazos del asiento que movían los paneles. Había seis ranuras paralelas en la parte interior de las ventanillas y con unos cuantos experimentos más encontró los mandos para subir y bajar seis paneles tintados de una finura casi invisible, cada uno orientado en una dirección diferente. Si se bajaban los seis se eliminaba casi por completo el brillo cegador de la luz y el coste en visibilidad era mínimo.

Y así todo. Alguien había puesto tanto dinero como energía en aquel aparato. Le estaban confiando mucho a Angélica. Bueno, pensó mientras recordaba el engaño, estaban poniendo mucho bajo su control temporal, no es que confiaran exactamente en ella.

Para cuando terminó con la revisión ya estaba a punto de anochecer y todavía no había señales de la carga. El memorando que había recibido decía que se garantizaba la entrega antes de la

medianoche pero esperaba que no llevara tanto tiempo. No le apetecía nada tener que volar toda la noche. Para cenar se había atiborrado de ensalada y bocadillos en la cafetería del aeropuerto mientras se defendía alegremente de las especulaciones llenas de envidia de los otros pilotos. No, no iba a dejarles visitar el avión, su seguro no cubría eso. Sí, por supuesto que eso significaba que les estaba ocultando la mejor parte. Vaya, el bueno del señor Hoffa... pero ya había dicho demasiado. (Eso arrancó varias carcajadas). Sólo sus confidentes más cercanos pudieron percibir una pequeña parte de la inseguridad que sentía.

El grandullón que había traído el avión entró a tomarse un café y luego volvió a salir para manosear algo alrededor de las cubiertas de las ruedas. No habló con nadie.

Por fin, a las 9 de la noche llegó una furgoneta de mudanzas. Dos chavales, los dos con la típica mirada vidriada de los hombres que preferirían volver con sus arbitros en lugar de hacer el trabajo que les proporcionaría unas pelás, salieron de la cabina y rodearon la furgoneta para descargar el paquete. Era una sola caja, como la que le habían descrito a Angélica por teléfono. Estaba hecha de plástico negro, resistente a los golpes y cerrada con media docena de tiras de acero, cada una cerrada a su vez con una cerradura a presión. A Angélica le recordó a las fundas de los instrumentos y amplificadores de los músicos; parecía una cosa muy práctica.

La ladearon para ponerla en un palenque con ruedas. Una vez preparada, el tipo negro se adelantó, hizo un gesto con la cabeza y empujó el palenque hasta un pequeño montacargas que había en la parte posterior del reactor. Una cadena transportadora lo subió a él, al palenque y al contenedor al interior. Un minuto después salieron él y el palenque. Les dio a los chavales un puñado de billetes y contempló cómo se alejaban en la furgoneta.

--Lámeme a un taxi --le dijo a Angélica.

--¿Qué?

--Lámeme a un taxi. El paquete está listo. El avión está listo. Usted está lista. Yo tengo que irme.

--Ah, bueno, claro. --Angélica llamó a la primera compañía de taxis que recordó y pidió uno--. Dicen que quince minutos.

--Usted váyase.

--¿Quiere que espere hasta que lo recojan?

--No, estoy bien.

--Muy bien, entonces. Esto... ya nos veremos. --El hombre no

respondió así que Angélica volvió a subir a la carlinga y empezó a hacer las comprobaciones rutinarias previas a cualquier vuelo. Diez minutos después despegó con suavidad. Lo último que vio en la pista de despegue fue al tipo aquel, que contemplaba cómo se iba.

**Jueves, 6 de abril del 2000, 12:45 a.m.
Sobre Pennsylvania**

Lucita yacía en su "ataúd de viaje", como le gustaba llamarlo algunas veces, y escuchaba los pensamientos de su piloto. Una ligera punzada de hambre deslucía el aplomo de Lucita, pero había comido bien antes de ordenarles a aquellos dos chavales que la empaquetaran y sabía que en realidad no le haría falta alimentarse hasta varias noches después de llegar a Londres.

La formal Willa, tan eficiente como siempre. Esta Angélica era una elección excelente, con la suficiente inteligencia y curiosidad para encontrar atractivas las tentaciones pero no estaba llena del orgullo ni las pasiones destructivas que la convertirían en alguien capaz de volverse contra sus jefes. Siempre que Lucita y sus agentes la trataran bien, Angélica seguiría sirviéndoles. No le quedaba duda de que Willa quería deshacerse de la chica una vez completado este encargo, pero Lucita tenía la molesta sensación de que le esperaban más viajes así que le ordenaría a Willa que se abstuviera de llevar a cabo cualquier plan de eliminación.

El placer que sentía Angélica al pilotar aquel avión despertaba suaves ecos en la mente de Lucita, que disfrutaba de aquella experiencia de felicidad mortal, tan unida al hecho de ser un alma dentro de un cuerpo vivo. Angélica ni se lo plantearía, pero Lucita se daba cuenta de cuánto contribuían los datos sensoriales básicos, como el pulso, el sudor y la temperatura de la piel, a la sensación de satisfacción intelectual y emocional de volar. El sistema de climatización de la carlinga y sus constantes ajustes producían cambios en Angélica de los que ésta no era consciente. Hasta las imperfecciones tenían su encanto: Lucita nunca podía ser tan torpe de vez en cuando como Angélica, en quien las hormonas y los procesos digestivos todavía podían perturbar una cadena de reacciones

nerviosas y musculares. Estar vivo era algo tan *complejo*.

Dos golpecitos en la pantalla del ordenador montado en la tapa de la caja le permitió ver a Lucita los planes de vuelo. No le gustaba la idea de aterrizar en Londres durante el día y consideró la conveniencia de organizar algún retraso para evitar que Angélica despegara hasta una hora que garantizara una llegada nocturna... pero no. Eso requeriría más complicaciones de las que Lucita quería. Ya estaba haciéndole un favor un viejo conocido de Boston que tenía intereses en el campo del transporte. Él se ocuparía de que la inspección de aduanas fuera lo más rápida posible y le proporcionaría la cobertura necesaria si algún vampiro de la zona detectaba de alguna forma la presencia de Lucita. (Ni él ni ella esperaban ese tipo de problemas, los vampiros tienen mejores cosas que hacer con su tiempo que examinar cada noche miles de contenedores, pero nunca hacía daño estar preparado para un golpe de mala suerte). Estaría dispuesto, como parte del favor, a hacer lo necesario para mantener a Angélica en tierra durante seis u ocho horas, pero cada retraso añadido incrementaba el riesgo de que alguna tercera persona se diera cuenta y sospechara que había algo fuera de lo habitual.

Por lo tanto un aterrizaje diurno era más seguro.

Una vez revisada aquella decisión, Lucita empezó a considerar los retos que la aguardaban en Londres. No iba a ser fácil, aunque ella confiaba en sus posibilidades. Londres era una ciudad única tanto en la sociedad nocturna como en los reinos que conocían los mortales. La política de los vampiros era algo convulso y extraño. Si no hubiera sido por un hecho clave, Lucita habría preferido irse a cualquier otro lugar, pero en el medio de todas aquellas luchas internas, la corte de Londres se mostraba inusualmente acogedora o al menos tolerante con los vampiros que se acercaban a la Camarilla provenientes de existencias independientes. Tenía varios miembros establecidos dispuestos a instruir a los recién llegados, a guiarlos por las sendas de la sabiduría de la secta y a defenderlos de las amenazas a las que se enfrentan los vampiros que viven solos. Era mucho más fácil hacerse pasar allí por uno de esos recién llegados que en cualquier otro sitio que conociese, desde luego más fácil que en cualquier otra ciudad de tamaño parecido, y además, ella quería ver a la Camarilla en su terreno, una ciudad cosmopolita como aquella, en lugar de la banda desarraigada de jóvenes insignificantes que se ocultaban en algún pueblo remoto.

**Jueves, 6 de abril del 2000, 10:05 p.m.
Hotel Grand Court, Earls Court, Londres**

Por fin era hora de salir. Lucita escuchó cómo se abrían los cierres uno por uno y fue consciente de que habían colocado la caja de pie. Abrieron la tapa con suavidad y Lucita salió a su alojamiento londinense.

Tal y como había esperado, su viejo camarada Stephen era el que la estaba esperando. Como es natural los rasgos del joven no habían cambiado durante los siglos transcurridos desde su último encuentro, si bien ahora ocultaba la cabeza, llena de cicatrices, bajo una peluca con una permanente muy moderna. Como siempre, Stephen estaba a la última moda con un traje blanco realzado por un hilo plateado. Sonrió con una mueca apretada, sin abrir la boca mientras ella lo examinaba.

–Hola, querida. ¿Todavía te sientan bien los viajes?

–Como siempre, Stephen. "*El mejor refugio es el movimiento*", como creo que me has dicho alguna vez.

Él asintió con un breve movimiento de la cabeza.

–Así es.

–Y sin embargo, aquí estás tú, con un aspecto inconfundiblemente inmóvil.

–Ah, pero mi *mente* es muy activa y recorre el mundo en mi nombre.

Lucita se echó a reír.

–Muy bien. Bueno, dime cómo ha ido todo.

–Oh, ni un problema. –Sacó un ordenador de bolsillo y lo consultó—. No hubo ningún problema con la descarga. Producciones Historia Viva se hizo cargo de una caja llena de equipo de video enviada por Redes Cardinales y hay una agente de aduanas que está bastante segura de haberle dado un repaso concienzudo. Fui a un espectáculo del oficio hace sólo dos noches para refrescarme la memoria, así que lo tiene todo muy claro y muy presente. Tu piloto está en la habitación de al lado, dormida. Cree que estuvo de juerga por la ciudad y que luego eligió este hotel porque era donde estaba cuando la vencieron el agotamiento y el desfase horario. Esperará ahí

de momento y desarrollará un trastorno estomacal leve pero molesto si se levanta antes de que decidamos qué vamos a hacer con ella.

Lucita volvió a sonreír.

–Todo eso suena muy bien. Me ocuparé de la piloto más tarde. Ha hecho un buen trabajo y me gusta el ritmo que lleva su mente. Preferiría mantenerla por aquí si no es demasiada molestia.

Stephen tomó nota en una tarjeta de color blanco cremoso.

–Muy bien. Bueno, hablemos ahora de la corte. ¿Cuánto sabes sobre el estado de cosas actual?

Lucita hizo una pausa.

–Cada vez que he venido a Londres el príncipe era Mithras. No me lo preguntarías si todavía lo fuera. ¿Quién ha ocupado su lugar?

–Anne.

–¿La pequeña Anne Bowesley? ¿La pequeña trepa obsesionada por la Restauración?

–Sí.

–Qué sorpresa. ¿Qué le pasó a Mithras?

–Lo cierto es que... nunca quedó del todo claro.

–¿Desde cuándo no está "del todo claro" lo que le pasó a uno de los príncipes supervivientes más antiguos?

–La última vez que le vimos fue en 1941, durante los bombardeos alemanes. Se contaron historias contradictorias. Todos los que dijeron haber visto sus restos eran aduladores de Anne así que la pregunta siguió sin respuesta. Anne se hizo con el poder y reunió el apoyo suficiente para aferrarse a él. Hace un par de años se filtró la noticia, con varias pruebas definitivas que la confirmaban, que Mithras había estado encarcelado, se había escapado y lo habían destruido después de que lo debilitara otro enemigo diferente. Esta vez nos lo confirmó gente que no pertenecía al círculo de Anne. Después de eso hubo algunos juegos de poder que terminaron con Anne en una posición mucho más segura y sus rivales más serios caídos en desgracia.

–Así que Anne por fin es príncipe.

–Reina.

Lucita parpadeó, una señal de ignorancia deliberada.

–¿La reina Anne?

–Así prefiere que la llamen –dijo Stephen con sequedad.

–Ya veo. ¿Y qué piensa la reina Anne de Stephen, el Lasombra? Stephen se estiró y se alisó el traje.

–Señora, soy uno de los valedores más devotos de la reina Anne. Soy prueba no viva de que es cierto lo que afirma la Camarilla, que

representa a todos los vástagos. Mi clan quizá sea lamentablemente infiel, pero yo, como individuo, soy irreprochable. Gozo de fama en toda la sociedad de los vástagos británicos por el inteligente servicio que presto en asuntos relacionados con el comercio y las artes. Si bien el público no me ve jamás, ejerzo una presión constante y digna para desviar los ojos de los mortales de los asuntos de los Vástagos, a través de mis diferentes valedores y aliados. Soy el modelo perfecto del *antitribu* honrado.

Lucita se echó a reír.

La expresión de Stephen permaneció sombría.

–Esa risa hiere mis sentimientos, querida. Después de todo, es cierto. La esencia de la Camarilla es que todos los vampiros entregan una cierta medida de independencia y sumisión a las Tradiciones tal y como fueron formuladas por nuestros elevados fundadores a cambio de protección y unión. Yo demuestro con mi persona que aunque son seis los clanes que forman *la mayor parte* de los miembros de la Camarilla, se acoge a todos los linajes y que la elección personal es siempre superior a un legado de actos poco afortunados realizados por los predecesores de uno.

–Oh, desde luego, desde luego. Y ni siquiera pienso mencionar a tus aliados menos honorables.

–Oh, vamos. Lo cierto es que ayudo a la mayoría. Me has enviado, a cuántos, seis...

–Siete.

–... siete pequeños Lasombra a lo largo de los siglos y les he ayudado a todos a encontrar algún refugio apropiado. Dos están aquí, en Londres, son mis chiquillos adoptivos; tres residen en otras ciudades de la Camarilla y dos decidieron llevar existencias ermitañas y yo les proporciono libros y suministros. Y tampoco eres la única que me remite vampiros. Estuve bastante ocupado tras aquel sórdido asunto de la costa atlántica americana, con todos aquellos asedios y contraataques que salieron tan mal. ¿Crees que los líderes del Sabbat tienen idea de cuántos de los suyos los abandonaron de forma discreta para recurrir al santuario que les proporcionaba la Camarilla? Presumo que no, o estarían actuando con mucho más vigor de lo que lo están haciendo. De todos modos y como decía, me pasé medio año descuidando mis asuntos, tan grande era el flujo de nuevos miembros que se unían a esta feliz banda.

–Y si resulta que acoges a algún que otro espía, ¿quién se iba a quejar?

–Querida –dijo él con una seriedad más real que fingida–. Tú no querías que terminara con mis asuntos secretos justo ahora. Después de todo, no me iría mal que me conocieran como el que le tendió una trampa a la infame asesina y se la entregó a la justicia de la Camarilla.

–¿Piensas hacerlo? –Lucita creyó ver una chispa de auténtica locura en sus ojos y se preguntó si la tensión acumulada de tantos engaños no estaría rompiendo en mil pedazos la personalidad de Stephen, como si fuera un delicado jarrón en medio de un terremoto. Sería una pena tener que destruir a un viejo aliado para protegerse, aunque ya lo había hecho antes y sabía que podría hacerlo de nuevo si fuera necesario.

–Lee y verás –Stephen se quedó allí con los ojos cerrados tras eliminar todas las defensas psíquicas. Lucita cerró también los ojos y se sumergió en el turbulento océano de los ardides interminables de Stephen. Había asuntos infranqueables para ella, pero todos parecían tener que ver con las identidades de sus otros contactos y las ocupaciones de sus protegidos. No había ninguna señal de una posible traición contra ella y no creía que fuera lo bastante bueno para ocultarlo todo.

–Gracias.

–Por favor, no pongas en duda tan a menudo mi integridad. Un siglo de estos quizá decida tomarte en serio.

–Lo siento, Stephen. Son momentos difíciles.

–Sí, bueno, hablemos un poco de ti para variar.

Le puso delante un pasaporte y un amplio surtido de papeles así como unos costosos accesorios, tan chillones que parecían imitaciones baratas. Lucita los cogió con una imparcialidad que sólo un viejo conocido como Stephen podría haber reconocido el desdén que ocultaba.

–¿Entonces, quién voy a ser?

Lucita adoptó una actitud profesional. Esto era un trabajo; sólo que esta vez el cliente era una tal Lucita de Aragón, que buscaba información sobre el estado de los Lasombra de la Camarilla de Londres. Al igual que su predecesor, Anne podría ser (era) una paranoica pero la corte de Londres seguía relativamente dispuesta a aceptar individuos que no formaran parte declarada de los siete (ahora seis, se recordó) clanes habituales de la Camarilla. Lucita sería una joven vampiro americana, a la que habían arrastrado hacia el Sabbat de forma trágica, pero era lo bastante valiente para huir una vez que supo de la bienvenida que podría aguardarla en Londres si conseguía

llegar allí.

Lucita se tomó un momento para dirigir los "oídos" mentales hacia la habitación de al lado. No tardó demasiado tiempo en poder concentrarse en los pensamientos de Angélica.

Flotar. Una fiesta agradable, y el hombre alto, Stephen, con aquellos ojos tan brillantes. Volar muy alto, por encima de la atmósfera, sin presión, en medio del vacío interminable de la noche, libre de las ataduras del mundo. Descansar. Una noche muy ocupada. Una fiesta agradable. Flotar. El paquete a salvo. El regreso pronto. Flotar. Hacia el vacío.

Todo bien por ese lado, pensó Lucita; Angélica estaba a salvo de momento. Dejó de pensar en la piloto y empezó a construirse un papel a la medida.

Una vida americana muy joven, una oportunidad desperdiciada con frivolidad. Comerciantes que viven como nunca soñaron los reyes, la prole educada para esperar la perfección. Llena de rabia ante cualquier limitación. Atraída por la imagen de la perfección, esa sensación innata de lo intocable, artera y natural. El horror de la verdad que se descubre demasiado tarde, la perfección está ahora más lejos que nunca. Cuatro... no, ocho años metida en las entrañas del Sabbat, evitando apenas la destrucción una y otra vez. Contemplar a los posibles amigos quemarse en una huida fracasada, el miedo sufrido noche tras noche tras noche, el rumor del santuario. Darse cuenta, cada vez más, de que su ser se derrama hacia los otros a través del Vinculum. Se le acaba el tiempo. Viaja de polizón en un crucero de segunda clase mientras lucha por no perder el control. Y entonces...

Ya totalmente metida en su papel, enterrada Lucita, la joven vampiro le preguntó a Stephen.

—¿Cómo te conocí?

—Pues a la vuelta de la esquina, mira tú. Vagabas por allí y arrastrabas sombras en público. Tus defensas mentales se habían derrumbado y yo leí toda la historia. Eso fue hace tres noches. Te alojé aquí y te enseñé unos cuantos modales, algo rudimentario. Y ya es hora de presentarte... ¿cómo decías que te llamabas?

—Els. Mamá y papá me llamaron Elspeth, que nunca me gustó, pero la primera parte suena guay.

—Guay --Stephen parecía glacialmente divertido.

—Sí, ya sabes, guay.

—Qué americano.

La verdadera Lucita volvió a surgir en ese momento. Las vocales marcadas y uniformes de Els se sometieron al tono del español arcaico de Lucita.

–Gracias, Stephen. ¿Hay algo más que tengas que contarme?

Al terminar la pregunta, la expresión confundida y el miedo de Els regresaron a la superficie.

–Bastante, por supuesto –Stephen volvió a la página anterior de su libreta.

**Viernes, 7 de abril del 2000, 1:00 a.m.
Exhibition Centre de Earls Court, Earls Court, Londres**

Els levantó los ojos hacia el Exhibition Centre con expresión incierta. Aquella fachada tan descaradamente moderna chocaba con el entorno. Ya lo había visto antes: Earls Court había sido el barrio de moda en otro tiempo pero luego había ido decayendo y se había convertido en el refugio de oleadas sucesivas de inmigrantes. Muchas de las personas blancas que tenía a su alrededor tenían acento australiano y algo así como la mitad de la gente que había en la calle (por lo menos a altas horas de la noche) parecían proceder de algún lugar de Oriente Medio. Els no sabía mucho de ese tipo de cosas. (Lucita sí, pero esos conocimientos yacían a cierta distancia de los sentidos) así que no sabía con exactitud de dónde eran. De todos modos, los nativos de las islas británicas parecían bastante escasos.

No había mucha vida nocturna por aquí. Los pubs se apiñaban alrededor de la estación de metro y unas cuantas intersecciones afortunadas; la oscuridad dominaba el espacio entre ellas. La gente se movía con una mezcla de ansiedad, confusión y desesperación. Nadie, por lo que Els veía, iba pegando saltos en plena jarana por Earls Court después de media noche. Oía fragmentos de conversaciones sobre trabajos perdidos, la lucha por mantener un trabajo no demasiado nuevo, la búsqueda de otro trabajo, la traición de un amigo o un amante, los tumultos en el país de origen.

El Centro tenía los tres pisos iluminados. Las ventanas estaban ligeramente escarchadas (o algo así; Els no sabía el término y Lucita sólo conocía la técnica por sus resultados), así que no se veía ningún

detalle pero Els veía las figuras que se movían dentro. Dos fornidos árabes vigilaban las puertas. Los abrigos de un color blanco inmaculado no conseguían ocultar del todo las pistolerías en las que guardaban unas armas bastante grandes. (Lucita tomó nota para examinarlo más tarde. Dado que procedía de un barrio del medio oeste americano, Els no pensaría en un régimen de control de armas demasiado estricto, pero aquello podría tener posibilidades si Lucita o sus aliados necesitaban alguna ventaja en el futuro). Els estaba incómoda con este vestido de color rojo vino que Stephen le había recomendado que comprara y habría huido sin duda si no fuera por la presencia de Stephen a su lado. Stephen se movía con la confianza tranquila del hombre que es dueño de todo aquello, o que podría serlo sí quisiera.

Ni una sola duda le estropeó el paso cuando saludó a los matones.

–Buenas noches, Hakim. Buenas noches, Aloun. ¿Está la reina presente esta noche?

No le abrieron la puerta.

–Señor, sabe que debemos verificar su identidad. Su invitación, por favor.

Stephen sonrió y levantó una pequeña tarjeta con los bordes dorados. Era roja, del mismo tono que la sangre.

–Gracias, señor. ¿Y su invitada?

–La dama es nueva en estos bellos dominios y está bajo mi protección.

El tío de la derecha, Hakim, si Els había entendido bien el nombre, dobló las rodillas para clavar los ojos en Els.

–Tiene el aura limpia, señorita. ¿Está usted con el caballero?

–Bueno, sí –respondió Els–. Quiero decir, sí. Stephen me dijo que me iba a traer a conocer la corte y eso.

Hakim echó una risita, un sonido de tenor sorprendentemente agudo que contrastaba bastante con la voz de barítono que tenía al hablar.

–"Y eso". Apuesto a que sí. ¿Y le ha explicado las reglas?

–Sí, señor. Me dijo que me quedara con él, que obedeciera sus indicaciones, que no molestara a la gente y que obedeciera a cualquiera que él me diga que me puede dar órdenes. Dijo que si me portaba bien y hacía lo que me mandaban, todo irá bien.

Hakim asintió.

–Un poco informal pero creo que lo ha entendido. –Se incorporó

para dirigirse a Stephen—. Su invitada y usted pueden pasar, señor. Por favor, no nos creen ningún problema y disfruten de la velada. Cerraremos de forma oficial a las cuatro y los que se queden después de esa hora deben tener la autorización de la reina.

—Gracias, Hakim. —Stephen esperó. Los matones abrieron las puertas y Stephen entró, luego se volvió para extender la mano hacia Els—. Entra con libertad y por propia voluntad. —Ella no entendió el chiste y él se encogió de hombros por un segundo.

El recibidor estaba desierto salvo por Stephen y Els. Las escaleras mecánicas subían hasta el segundo piso y bajaban los sonidos de gente que estaba de visita y un leve aroma a sangre. Stephen se detuvo ante la escalera mecánica más cercana. No miró a Els al decir.

—Sé clara y honesta.

La chica murmuró algo y lo siguió al piso de arriba.

La mitad del segundo piso era un gran espacio abierto. Estaba lleno de gente... vampiros, como pronto comprendió Els. No respiraba ni uno solo de ellos. Hasta los criados eran vampiros, en lugar de ghouls o algo así. Había al menos dos docenas de vampiros en la habitación. Els contó cuatro hombres y una mujer vestidos de criados, trajes negros con botones brillantes de latón y camisas de color escarlata.

Por la edad que aparentaban, los presentes variaban desde personas incluso más jóvenes que la propia Els a vampiros tan decrepitos que ella se preguntó cómo podían moverse siquiera, aunque la mayoría ya habían alcanzado una edad adulta indeterminada. Los atavíos cubrían desde la última moda de este año, la misma que se veía en las revistas más caras de moda, hasta trajes que a Els le recordaban vagamente a la Edad Media, o al menos eran muy viejos. Parecía haber una división equitativa entre hombres y mujeres, con unos cuantos de género ambiguo o simplemente extraño; casi todos eran blancos aunque vio un par de personas negras y uno o dos asiáticos.

La sala tenía alfombras de color azul pastel y paredes y techos de color blanco brillante. Alguien había colgado telas sobre las luces fluorescentes: metros y metros de un material tejido con motivos heráldicos, de tal modo que había una luz pura y blanca entre las imágenes y un efecto casi de vidriera por todas partes. Unas mesas de madera oscura recorrían el centro de la sala, con un estrecho pasillo entre ellas. Una plataforma elevada al otro lado de las escaleras

mecánicas sostenía cuatro sillas primorosamente talladas, ninguna ocupada en aquellos momentos. Los percheros que había a cada lado de las escaleras mecánicas sostenían abrigos y chaquetas, la mayor parte muy caros. Ni Els ni la callada mente que albergaba en su interior conocían los detalles de las prendas colgadas pero las dos sabían reconocer los diseños individualizados que se popularizarían en cuanto los que dictan la moda levantarán la voz.

La primera persona que habló con ellos fue un hombre que parecía cortado por el mismo patrón que Stephen: muy solemne, un poco más alto que la media, vestido con un traje que encajaría en cualquier década después del frac. Miró a Els con algo mucho peor que la hostilidad: con indiferencia, como si no tuviera más importancia que los abrigos. Els prefería la rabia destructiva, al menos parecería importarle a su atacante. El hombre le echó una mirada y luego dedicó toda su atención a Stephen.

–Buenas noches, señor Lenoir. ¿Cómo van las cosas en el campo de la recuperación de objetos? –Els tuvo la sensación de que aquel acento pertenecía a algún documental de la BBC. Se cuidaba mucho de exagerar todas las diferencias que lo separaban del inglés americano.

–Gracias, Lawrence, estoy bien. –Respondió Stephen. Su voz, siempre fría, era ahora puro hielo—. Mis negocios florecen y he traído a una paria para presentarla. ¿Está la reina presente esta noche?

Lawrence no hizo nada tan obvio como burlarse.

–Lamentablemente, no, señor Lenoir. La reina acudió temprano para abrir la reunión de la forma adecuada, pero ha tenido que irse hace más de una hora para ocuparse de otro asunto. En su ausencia, Sir Harold y yo nos ocupamos de las presentaciones.

–Muy bien. Hablaré entonces con Sir Harold. Estoy seguro de que tienes que ocuparte de asuntos importantes entre los desagües.

Stephen tampoco hizo el menor gesto de burla. Els no los veía moverse pero sentía a su alrededor grandes tensiones. En el Sabbath, un reto a la monomacia, el duelo ritual, podía ocurrir en cualquier momento. Al parecer la Camarilla hacía las cosas de una forma algo diferente, aunque la dinámica subyacente, por lo que ella veía, era la misma. Lawrence, quien quiera que fuese, se quedó completamente inmóvil durante lo que habrían sido dos largos minutos mortales y luego se fue con paso vivo.

Stephen se volvió hacia Els con suavidad.

–Me imagino que lo habrás encontrado entretenido. Poner a mis

inferiores en su sitio es divertido a su manera. Pero esta amenaza es muy real. Lawrence Dickell se encarga de muchos de los contactos que tiene la reina en la sociedad mortal y con unas cuantas palabras bien escogidas podría arruinar buena parte de mi red, quizá incluso consiguiera que me destruyeran inventándose alguna acusación. Compenso la sumisión a sus caprichos con el riesgo de provocar su ira explícita. Por favor, contén cualquier impulso que puedas tener de hacer gala de tu ingenio hasta que entiendas cómo funciona la dinámica social, cosa que debería llevar entre cinco años y un siglo o así.

Els se limitó a asentir.

Al principio Els pensó que aquella multitud era una gran masa enmarañada pero cuando recorrió la sala con Stephen, empezó a ver las pautas. Aquellos tres, dos hombres y una mujer (o eso le pareció a Els), vestidos de blanco, se cuidaban mucho de terminaren el mismo nudo de conversación al mismo tiempo. Cada pocos minutos y sin mirarse, todos ellos asentían con un gesto sincronizado de la cabeza; Els reconoció los poderes mentales que se ejercían en aquella habitación. Luego había un conjunto de cuatro hombres y dos mujeres cuya ropa y aspecto no tenía nada en común entre sí pero todos llevaban el mismo colgante, un cuadrado metido en un círculo con un triángulo que se extendía hacia uno de los lados. (Una marca de clan, supuso Els. Había oído que la Camarilla se preocupaba mucho más por los clanes que el Sabbat, ya que la Camarilla no tenía el Vinculum para unir a los vampiros y necesitaba unas estructuras sociales que ocuparan ese lugar). Se dio cuenta que Stephen estaba siendo muy generoso con aquel cálculo de cinco años.

Una de las pocas personas realmente ancianas que había presentes era al parecer Sir Harold. Stephen levantó una mano durante un momento y el hombre le devolvió el saludo con la cabeza. Debieron Abrazarle cuando tenía más de setenta años, mucho más tarde que los vampiros a los que estaba acostumbrada Els. A los ojos poco preparados de Els, también tenía el aspecto de alguien recién salido de una serie de la BBC, con un traje pasado de moda y un bastón de plata coronado por una masa retorcida que quizá en otro tiempo había sido un escudo de armas. Els pensó que tenía un rostro antipático; le recordaba a algunos de los profesores más desagradables que había tenido. Las arrugas eran lo bastante profundas para terminar en oscuras sombras que podían ocultar cualquier mezcla de arrogancia, perversidad o simple ira. Lo encontró

interesante precisamente porque era tan directo y apasionado, contrastaba con los cuidados modales y la calma afectada que lo rodeaba por todas partes.

–Señor Lenoir --dijo el hombre--. Ya veo que nos ha traído otra extraviada. Como deduzco que ya le habrá dicho Lawrence, Anne ha dejado la escena, así que me puedo encargar yo de las formalidades, si le parece aceptable.

–Desde luego, Sir Harold.

–Entonces pasemos a algún lugar más privado. --Sir Harold se volvió hacia Els con una expresión fría y valorativa--. Veremos si tienes modales. Al menos no pareces lo peor que ha rescatado el señor Lenoir.

Los siguientes minutos sólo confirmaron la impresión que le había dado a Els de ser algo parecido a un director de escuela. En una de las pequeñas oficinas que había al lado de la sala principal, Sir Harold la interrogó sobre las "Tradiciones" que le había explicado Stephen: entre la ley y la costumbre, mucho más parecido al estilo de vida con el que había crecido en un barrio de la época posterior al Rust Beit que al obvio fervor religioso del Sabbat. Els aprobó el examen, al parecer. Sin aviso previo, Sir Harold dijo:

–Muy bien, se te confía a la autoridad de Stephen Lenoir, situación que se revisará durante el próximo solsticio. --Y tras eso volvió con paso vigoroso a la sala principal.

Stephen le dirigió una sonrisa.

–Sí, querida, todo un éxito.

Viernes, 7 de abril del 2000, 4:42 a.m.

Exhibition Centre de Earls Court, Earls Court, Londres

El amanecer aún quedaba lejos pero tanto Stephen como Els sintieron que la necesidad de dormir era cada vez más fuerte. Se quedaron en la calle a media manzana de la entrada principal contemplando la despedida que le dirigían los matones a cada invitado que se iba.

–Bueno --dijo Stephen-- ¿Qué has aprendido esta noche?

–No estoy muy segura --respondió Els--. No es lo que yo

pensaba...

--¿Sí? ¿Y cómo es eso? --Els se sobresaltó (un poco, pero fue un salto de verdad) al oír aquella voz inesperada que sonaba a sus espaldas. Se giró de golpe y se encontró con que Sir Harold estaba en el borde de la luz que emitía la farola con una sonrisa tensa en los labios.

--¿Cómo hace eso? --Quiso saber ella--. Stephen es viejo y tiene experiencia y yo aprendí un montón de cosas sobre emboscadas en mis tiempos.

Sir Harold echó una risita, un sonido seco y áspero.

--¿Cuántos años tenía cuando la encontró el Sabbat? ¿Veinte? ¿Veinticinco? No podía ser mucho mayor, desde luego.

--Algo así, sí.

--Bueno, niña, yo tenía más de setenta y había dedicado toda mi vida a varios tipos de engaños diferentes. Aprendí a ocultar secretos que ni mis aliados más íntimos descubrían durante el doble de tu vida mortal, a mover gente y objetos por las fronteras más impermeables que podían construir los mortales... "el oficio del comercio" como lo llamábamos nosotros. Mis colegas y yo éramos las personas cuyas hazañas se suavizaban en esas novelas de espías que tú, o quizás tus padres, leáis.

--Bueno, vale. ¿Así que ser James Bond en la vida real le convierte en Súper Vampiro o algo así?

--Algo así, sí. --Por el rabillo del ojo Els vio que Stephen sonreía ante el comentario de Sir Harold. Els se encogió de hombros y se preguntó si aquello no sería cosa de tíos--. De todos modos, señorita Elspeth, siento una curiosidad innata por los modos sociales. ¿Qué es lo que esperaba y en qué difiere la realidad?

Els sintió un breve susurro en la mente, Stephen la tranquilizaba y le daba permiso, así que se concentró.

--Sir Harold, ¿ha estado alguna vez en un rito del Sabbat? Me refiero a alguno importante.

--Desde luego que sí. Estaba en Moscú... más o menos cuando la Abrazaron a usted, supongo. Le debo mi continuada existencia en gran medida a unos cuantos golpes bien dirigidos contra mis asaltantes; guardo este bastón conmemorativo tal y como está, retorcido y todo, como recordatorio. Los honores mortales como el que éste representa no significan nada si uno perece por miedo a dañarlos.

--¿Es eso un "sí"?

--Lo es.

–Vale. Entonces, ya sabe, es *intenso*. Todo el mundo está muy metido en el tema, o se supone que lo están y la Vaulderie hace que sea muy difícil no estarlo, ¿sabe? –Sir Harold asintió así que ella continuó–. Oímos historias diferentes sobre la Camarilla. Unos decían que todo era muy estirado y otros que era como una religión o algo así, y había otros que decían más cosas. Por lo que me contó Stephen, yo esperaba que fuera algo tranquilo, pero no lo era.

Tanto Sir Harold como Stephen parecían ligeramente sorprendidos. Els se explicó mejor.

–Quiero decir, sí, no hubo peleas ni nada de eso. Si hubo algún duelo, yo no lo vi. Pero *podría* haber habido peleas. La forma en la que Stephen habló con aquel otro tío, *podría* haber llegado a los colmillos allí mismo. Y va a haber problemas con eso más tarde, ¿tengo razón? ¿Eh, Stephen? –Lo miró fijamente hasta que él asintió.

Els lo pensó un poco más.

–En parte me parecía extraño porque no tenía ni idea qué era lo que estaban haciendo todos esos ahí. Parecía una reunión de negocios o algo así pero lo único que vi fue esta conversación. La Camarilla no se reúne sólo para tomar el té ni nada de eso, ¿verdad?

Stephen iba a decir algo pero Sir Harold lo interrumpió.

–No, señorita Elspeth. Si usted y su guía hubieran llegado antes, habrían visto la parte oficial de la velada. La reina Anne...

–Oiga, ¿y eso por qué?

–¿Cómo dice?

–¿Cómo es que tienen una reina en lugar de un príncipe o lo que sea?

–Así es cómo lo prefiere ella, y hasta ahora todos los rivales que han querido derrocarla a favor de algún otro régimen han fracasado. Tendemos reina durante el tiempo que así lo desee.

–Ya lo pillo.

–Como estaba diciendo antes de que me interrumpiera...

–Perdón.

–Muy bien. La Reina Anne se pasó casi dos horas exactas ocupándose de los asuntos del dominio. Hubo disputas por los derechos de acceso a los mejores terrenos de caza, una pregunta sobre si una de las progenies recién creadas de la ciudad estaba demostrando el dominio adecuado de sus responsabilidades y, en caso contrario, qué sanción podría imponerse a su sire, y varias cosas más. También hubo un pequeño debate sobre una posible infiltración del Sabbat –dijo, echándole una mirada especulativa.

–No fui yo.

–La creo. Los supuestos infiltrados, si es que existen, pertenecen a una raza diferente, en cualquier caso. Le ahorraré el relato de la disputa sobre los Docklands. Basta decir que sí, había asuntos oficiales que tratar y se trataron. Ustedes llegaron cuando los asuntos que quedan se resuelven en privado, en susurros y frases cifradas dichas en medio de una conversación aparentemente inocua y la lucha por las apariencias es la forma que tenemos de valorar el estatus.

–Vale. Y también estaba todo eso, lo de la peña del Orgullo Gay.

Sir Harold levantó una mano.

–Disculpe, señorita Elspeth. ¿Se refiere a los defensores de los derechos de los homosexuales o es algún americanismo con el que yo no estoy familiarizado?

–Sí, a eso me refería.

–Entonces no sé porqué lo dice. Hay miembros del dominio que gozan de una gran reputación y a los que les preocupan esos temas, pero no traen asuntos de política contemporánea al Elíseo.

–Pero si estábamos en... –Els hizo una pausa para mirar el cartel–. Ah, sí, en el Exhibition Centre de Earls Court. –Lo pronunció "sentrí".

Stephen se rió con ganas.

–Venga ya, Els. Recuerda lo que te he enseñado. El Elíseo es la institución, que se puede reunir en cualquier parte.

–Ah, sí. Vale, bueno, esos tipos y los tipos raros de los imperdibles, tuvo que haberlos visto.

Hubo un momento de silencio y luego la risa penetrante y dura de los dos hombres. Los dos intentaron contestar pero los dos sucumbieron a un nuevo ataque de risa. Stephen consiguió recuperar la compostura un poco antes que Sir Harold.

–Els, esos eran los *Tremere*. ¿Es que no tenéis *antitribu Tremere* en el Sabbat?

–Algo así. Quiero decir, sí, pero no en mi pueblo. Pero no creí que eso fuera su logotipo. Siempre oí que Inglaterra tenía un montón de maricas. ¿Es que la magia, bueno, ya sabe, necesita tántrica gay o algo así?

–No, niña. Eso es un símbolo de la unión de fuerzas fundamentales bajo la voluntad del mago.

–¿Me está diciendo que *no* es una cosa sexual?

–Sí.

–Vale. Bueno... todos estaban muy tensos alrededor de Sir Harold

y unos cuantos más, y tenían esa mirada que para mí significa: "*Perdí una pelea y voy a volver y ganar la siguiente*".

–Stephen, ¿les has contado a tu protegida la historia de la reina y los Tremere? –Quiso saber Sir Harold. Stephen sacudió la cabeza—. Entonces debo felicitar a la señorita Elspeth por su perspicacia.

–¿Mi qué?

–Ve las cosas con gran claridad.

–Guay. Bueno, están pasando un montón de cosas que *son* igual que las peleas que tendríamos nosotros alrededor de un ritual importante, sólo que tapado por un poco de educación. La gente de ahí dentro parece igual de chiflada que la peña de la que huí. Oí cosas sobre Mithras y algo sobre una lucha con hombres lobo y diablerie esto y justicar lo otro y a mí todo me parece la misma mierda. Yo estoy buscando un sitio que *no sea* la misma mierda. No me gusta mucho ser vampiro pero no voy a matarme por eso. Es que no quiero que lo utilicen todo en una mierda estúpida, ¿sabe?

–Creo que sí –Sir Harold respondió con un tono carente de expresión. Els se lo quedó mirando con suspicacia y buscó algún signo de engaño—. Cuando era mortal, entregué mi devoción a dos grandes causas. Una murió cuando aún no había cumplido los cincuenta y la otra sólo duró unos meses más después de que yo exhalara mi último aliento. Ahora sólo espero sobrevivir. Quiero levantarme algún día sobre la superficie de una Tierra oscura y fresca en la que ya no vuelva a brillar el sol. Y con ese fin, necesito sobre todo seguridad. Veo la misma confusión que usted y me preocupa igual que a usted.

Iba a continuar pero Els lo interrumpió.

–¿No huelen algo raro?

Ninguno lo olía.

Els miró a su alrededor pero no vio nada fuera de lugar. Los matones seguían de servicio; casi todos los demás vampiros se habían dispersado, aparte de un pequeño grupo que estaban una manzana más allá (le parecieron las mujeres de los vestidos de lana); no había ningún mortal recorriendo las calles a aquella hora. Luego levantó los ojos y vio una forma brumosa que se acercaba hacia ellos a una velocidad notable y se deslizaba resueltamente sobre las farolas.

–Allí --señaló--. ¿Lo ven?

–Sí --dijo Stephen--. Creo que haríamos bien en irnos a casa, allí estoy mejor preparado para recibir a este tipo de compañía.

Sir Harold se inclinó.

–Señora, señor, ha sido una velada muy interesante pero creo que debo despedirme. Si están a punto de entrar en conflicto con alguien, deseo estar lo más lejos posible. No son horas para ningún tipo de misterios. –Contempló a Els con calma–. No sé quién hay bajo la máscara pero espero que me recuerde con cierta consideración cuando actúe contra los no muertos de Londres.

Els se estremeció.

–¿Máscara?

–Por favor, señora ó señor, no insulte mi inteligencia. Es un disfraz maravilloso. No sé si ha cogido el alma de un refugiado del Sabbat auténtico o si es una imitación extraordinaria. Dudo que cualquiera que no haya vivido como traidor durante décadas enteras pudiera haberlo notado. Y tampoco deseo conocer los detalles en este momento. Buenas noches. –Sir Harold dobló la esquina con movimientos aparentemente despreocupados pero se perdió casi de inmediato entre las sombras.

Els miró preocupada a Stephen.

–¿He hecho algo mal?

–Creo que no. Es él. ¿Pero qué pasa con eso?

–¿Quizá podríamos salir de aquí? –Els se sintió más aliviada cuando Stephen la dirigió de vuelta al hotel. Caminaban imperturbables y la ausencia de otros peatones disimulaba lo rápido que se movían.

Stephen examinó las sombras que tenían disponibles.

–¿Deduzco que puedes esconderte en la oscuridad? ¿Conoces los elementos básicos de tu especial afinidad con las sombras?

–Claro.

–Bien. Entonces creo que quizá deberíamos hacer el resto del trayecto lejos de miradas entrometidas. –Entró con suavidad en los ángulos de un buzón bastante maltrecho y Els lo siguió.

Menos de un minuto después de que dejaran atrás la solidez, las farolas de toda la manzana brillaron con más intensidad y desterraron casi todas las sombras disponibles. Un leve aroma a sangre descendió sobre toda la escena hasta que un chaparrón momentáneo lavó todos los olores que quedaban. Stephen contempló la exhibición y envió el pensamiento a Els: *"Hay un fantasma que no está muy contento con nosotros. Hora de irse"*. Juntos se deslizaron por las sombras que quedaban y entraron en una de las maltratadas tiendas que había en aquella calle. Una vez lejos de la calle, se movieron con más rapidez

gracias a la oscuridad que reinaba casi por todas partes y a los pocos minutos habían vuelto a la habitación del hotel.

Al tiempo que recuperaba su forma material. Lucita dejó caer la máscara de Els. Sintió que la voz de Els se desvanecía en las profundidades de su ser, lista para volver si era necesario pero quedándose ya dormida. Escuchó una serie de estallidos secos y rápidos en el exterior. Lucita se asomó y vio que las tres farolas más cercanas estaban hechas pedazos.

—Alguien viene a por nosotros. Stephen. Hora de irse, creo. Dirígeme.

Sintió de inmediato una percepción que la llevaría a una casa pequeña del oeste de Londres.

De nuevo en forma de sombra, se deslizó hasta la habitación de al lado, donde Angélica yacía dormida. El estado de las protecciones de Stephen demostraba que alguien había intentado forzar la entrada y había fracasado, una vez desde la calle y dos veces desde el pasillo. Lucita extendió su ser de sombras alrededor de Angélica y una única maleta mientras abandonaba el resto para fomentar la imagen de una huida desesperada. (No sólo era una imagen pero estaba dispuesta a dejar que su perseguidor actuara creyendo que había sido el pánico aunque, como ahora, la verdad no estuviera muy lejos de la incómoda realidad). Luego entró en el Abismo.

Hora exterior
El Abismo

Se levantó un viento fuerte de ninguna parte, un viento que soplaba sin fin rumbo a la nada. Cambiaba de dirección sin ritmo, atraído por respiraderos que Lucita no podía sentir. Los bordes afilados de los vientos del vacío sugieren columnas parecidas a los dedos de una mano enorme. Su ser de alma se estremeció al recordar aquello tan grande que su sire había convocado y cuyo control había perdido luego. El Abismo era un reino peculiar y ella no podía confiar demasiado en que hubiera desaparecido del todo: podría sobrevivir como una única entidad o quizá hubiera trozos de su memoria e impulso incrustados en otras cosas que estarían encantadas de cazarla y destruirla. Era muy poca la voluntad que se perdía aquí para

siempre, aquí no había materia que la erosionara.

Los fragmentos de voluntad entraban y salían como un torbellino del viento. El faro mental y constante de Stephen parecía casi eclipsado bajo aquella revolución de trozos de la conciencia del Abismo, que a Lucita le recordaban a los mosquitos y jejenes que se había encontrado en los pantanos de Louisiana. Hasta ahora los trozos no parecían tener ninguna intención concreta con respecto a los viajeros, pero eso podía cambiar en cualquier momento y Lucita sintió que los conocimientos y la preocupación de Stephen reflejaban los suyos. Angélica seguía durmiendo.

Lucita se preguntó si había algún responsable de aquel tumulto, y en ese caso, qué era. En ocasiones, según había oído, el Abismo tiene actividad sin más razón que él mismo. Recordó que había intentado explicarle la experiencia a Anatole y que la respuesta del hombre había consistido en citas del libro de Job. Cuando ella quiso saber si él pensaba que el Abismo era de algún modo equivalente a los movimientos de Dios por las profundidades, él había dicho: "*Por supuesto*". No habían vuelto a hablar sobre aquel tema hasta mucho tiempo después.

Por otra parte, algunas de las grandes aplicaciones del poder que tenía el clan sobre las sombras de hecho llegaban a influir de algún modo sobre el Abismo. Se habían producido unas tormentas formidables el año que terminó con la destrucción del Antediluviano. (Si es que se había ido. Si es que se iban alguna vez. Volvió a sentir el miedo de retener para siempre la marca de su sire, y si él podía hacerlo, ¿qué no podría hacer el fundador?). También se incrementaron las tormentas el año que pereció Cappadocius, a pesar de la insistencia de los antiguos Lasombra de que no tenían nada que ver con el golpe de Giovanni. Si aquel clima del vacío estaba relacionado con algo en el mundo material, podría ser muy desagradable. Decidió investigarlo cuando tuviera algún momento libre.

Ahí estaba. Se acercaba al lugar que sentía con la memoria de Stephen. Mucho más "adelante" había algo poderoso, no estaba recargando fuerzas exactamente pero sí reuniéndolas para conseguir sin duda cierta atención no deseada. Lucita se sintió aliviada al salir del Abismo y volver al mundo.

Viernes, 7 de abril del 2000, 11:02 a.m.
Oeste de Londres

Al principio Angélica no se dio cuenta de que estaba prisionera.

Despertó bajo el sol de media mañana y ante una vista maravillosa, al noreste se desplegaba un parque orientado hacia el corazón de Londres. No recordaba muy bien donde estaba y se agitó para encontrarse vestida con la mayor parte de lo que se había puesto el día anterior, bien arropada en una cama de uno cincuenta con lo que parecían sábanas de seda. Unos paneles de secoya brillaban con el reflejo de la luz y destacaba el blanco puro de las sábanas y del edredón. No había ningún mueble más aparte de la cama, ni siquiera una silla; se dio cuenta cuando vio los zapatos y la cazadora bien doblada en una esquina.

Unos recuerdos confusos de la fiesta de la noche anterior chapotearon por su mente cuando se levantó. A juzgar por su atuendo, no se había ido a la cama con nadie y eso al menos era un alivio. Durante su época urbana había tenido ligues de una noche pero los resultados nunca habían sido alentadores. Resultaba vagamente tranquilizador darse cuenta de que su libido al parecer mantenía un poco de control hasta cuando sus funciones superiores se iban a donde quiera que se hubieran ido la noche anterior. La primera puerta que abrió la llevó a un baño totalmente amueblado, así que aprovechó aquella oportunidad para asearse. Tenía unos extraños parches helados en la piel, casi como precursores de una congelación pero el agua caliente y un jabón de lavanda muy caro les devolvieron la temperatura normal.

La primera señal clara de problemas llegó cuando intentó abrir la otra puerta. Estaba cerrada con llave y ella no vio ninguna forma de abrirla desde este lado. Intentó tirar de la puerta, empujarla, meter una tarjeta de crédito, hasta sacar los destornilladores de bolsillo y ponerse a trabajar con el cerrojo y las bisagras, pero fue todo en vano. Iba a tener que dejarla salir otra persona.

Así que llamó a la puerta.

Y contempló sorprendida cómo se abría la puerta a los pocos segundos. En el pasillo (que tenía los mismos paneles de secoya, según vio con un rápido vistazo) se encontraba un hombre de edad indeterminada cuyos rasgos tenían un gran parecido con Stephen, el

hombre que la había ido a buscar al aeropuerto. Llevaba un traje oscuro y gafas ligeramente tintadas.

–Hola –dijo con su mejor voz profesional–. Me gustaría darle las gracias a Stephen por su hospitalidad, si está levantado, pero ya es hora de que yo me vaya.

–Se supone que no debe estar levantada, –su voz era más suave que aquellas sábanas, pulcra y tranquila.

–No sabía que hubiera un horario. En cualquier caso, *estoy* levantada y debo hacer el vuelo de vuelta, muchas gracias. Así que si me permite pasar...

El intento de abrirse paso con un empujón no funcionó. El hombre le puso un brazo delante y chocar contra él era como chocar contra una barra de hierro. Angélica apenas tuvo tiempo de ver cuatro puertas más, dos a cada lado, y unas escaleras para bajar en un extremo del pasillo antes de que él volviera a empujarla al interior de la habitación. Una sola contracción del brazo la tiró al suelo.

–No debe irse. El amo no lo ha autorizado. –Angélica no oyó ninguna señal de esfuerzo en la voz, a pesar de aquella asombrosa muestra de fuerza.

Y entonces empezó a preocuparse.

–Gracias por su interés... –Hizo una pausa con la esperanza de que él le diera un nombre pero no lo hizo–. Como se llame. Estoy segura de que sus intenciones son buenas. Pero soy una invitada y no le corresponde a usted evitar que se vaya una invitada. Así que yo me voy.

–No.

–¿No?

–Usted no se irá. Me corresponde a mí evitar que se vaya. No es una invitada. Y mis intenciones no son buenas en ningún sentido que pudiera tener sentido para usted. Usted no me interesa en absoluto. Se equivoca en cada detalle.

El miedo se extendió por su pecho con unos tentáculos helados, mucho más fríos que las manchas que se había encontrado en la piel.

–Esto es un secuestro.

–En cierto sentido.

–¿En cierto *sentido*? ¿Qué *otra* cosa iba a ser?

–Caza. Destrucción de su voluntad. Experimentación. Un culto. Al amo le interesan muchas cosas, de las que no siempre me informa. No necesito saber el fin para saber que los medios exigen su presencia continuada hasta que él autorice otra cosa.

Algo muy extraño le estaba pasando a los rasgos de aquel hombre. Ni un solo rasgo cambió de modo que pudiera concretar pero el conjunto se hizo más amenazador. Pareció hacerse más grande, a pesar de seguir donde estaba. Angélica sintió que estaba a punto de darle un ataque de pánico total, como los que no la habían paralizado desde que era refugiada.

--Quédese aquí --dijo él--. Le traeré comida. No intente escapar o no le irán bien las cosas --De algún modo se deslizó fuera de la habitación sin mover las piernas y la puerta se cerró de golpe. Oyó que giraba una llave en la cerradura exterior.

Angélica se echó a llorar a pesar de intentar contener las lágrimas.

**Viernes, 7 de abril del 2000, 8:30 p.m.
58 millas al este de Barstow, California**

Andrew revisó la obra de su nueva manada. No está mal para un grupo de personas que todavía están aprendiendo a trabajar juntas con eficacia, pensó.

Niccolo podría ser, tacha eso, *era* un auténtico imbécil pero seguía las órdenes cuando se daban de forma clara y resultó tener un talento especial para la mecánica. Sólo necesitó unos cuantos minutos, unas herramientas muy sencillas y un camión robado en una tienda de suministros de granja para convertir dos rejas de cruce de ganado en una trampita muy mona rellena de muelles que colocó en una de las carreteras secundarias.

Barry hizo un gran trabajo al destrozando por completo la voluntad de un equipo que intentaba realizar unas reparaciones nocturnas en un cruce de cables telefónicos. Los dejó totalmente intimidados y dispuestos a aceptar cualquier orden, mientras les permitía conservar la voluntad suficiente para que no parecieran robots al hablar.

Roxana ocultó sin aspavientos la zona que rodeaba el proyecto de Andrew. No sólo conjuró una negrura directa, sino una sutil decoloración que ocultaba la carretera de los que pasaban por la autopista sin que fuera obvio que estaba pasando algo raro. También tenía la suficiente presencia mental para desviar con discreción los pensamientos que pudieran tener los conductores sobre la carretera, y

también sin subrayar la idea de que los estaban manipulando.

Con unas cuantas breves pasadas por la sangre que habían tomado de los turistas que habían arrancado de la autopista la noche antes, Simon Peter podía hablar por un cono de metal parecido a una máscara de gas y hacer que el sonido pareciera una señal de radio o de teléfono. Andrew se mostró escéptico, pero Simon Peter se lo tomó con buen humor y llevó a cabo varias rutinas diferentes, las suficientes para convencer al ductus. Lo cierto es que Andrew hubiera preferido que el mago se pareciera un poco menos a una versión del joven David Byrne hecha por la Looney Tunes, pero el talento va donde va.

Esta noche estaban listos.

El rastreo no era algo en lo que Andrew se sintiera especialmente competente pero desde luego no pensaba decírselo a sus compañeros de manada. Le parecía muy bien que se enteraban de sus preocupaciones a través del Vinculum pero en caso contrario aquello era su secreto. Cuando el cardenal Timofiev le dio a Andrew el encargo, ¿qué otra cosa iba a hacer un obispo recién nombrado sino asentir y obedecer?

El rastro de papeles que había empezado en los archivos de Lezinski los llevó a alternar los viajes por carretera con la búsqueda de documentos. Después del tercer análisis de antiguos archivos de hacienda y de la propiedad en busca de "K", Konstantin o cualquier cosa que lo evocara, Andrew empezó a desear con pasión tener algún ghoul al que pudiera asignarle el trabajo de oficina. Cuando la manada por fin consiguió una pista, ni siquiera fue gracias a los archivos humanos. Unas consultas con un par de manadas nómadas que utilizaban el desierto para esconderse entre incursión e incursión por las ciudades de California dieron como resultado varias historias sobre un Lasombra bastante arisco que tenía un reducto en el desierto. No era exactamente Sabbat pero al menos estaba dispuesto a respetar algunas de las formalidades habituales y se rumoreaba que vigilaba los acontecimientos acaecidos en California para informar a un antiguo que estaba en otra parte. Parecía la clase de tipo raro con los que Lucita prefería tratar.

La verdad es que Andrew no esperaba nada de este golpe pero era algo que hacer, algo que uniría un poco más a la manada y le proporcionaría una experiencia constructiva. Las pistas que resultaran de ahí serían beneficios añadidos muy bienvenidos.

Así que allí estaban. Barry había abierto la marcha, había conseguido información, gracias a sus víctimas de la compañía

telefónica, sobre las carreteras secundarias, no necesariamente marcadas, que llevaban al desierto. La manada exploró media docena de rutas para encontrar el lugar perfecto para la emboscada y por fin se decidieron por la que parecía llevar de forma más directa a la tierra rocosa y sin explotar. Barry trabajaba con Niccolo, o más bien, daba órdenes a las víctimas que trabajaran con Niccolo, en la preparación de la emboscada. Cualquier vehículo que pasara por aquella carretera quedaría atrapado y destrozado en cuestión de segundos, las llantas atravesadas y la mayor parte de la parte inferior abierta. Mientras ellos trabajaban en el aspecto mecánico de la emboscada, Roxana realizó una serie de rituales para bloquear el cruce principal de la carretera con la autopista con varias capas de sombras. Andrew probó los resultados y se quedó satisfecho; a pesar del vínculo de sangre que lo unía a Roxana, apenas podía ver la carretera secundaria.

Mientras Andrew conducía, Simon Peter realizaba su propia magia de sangre; dispuso los perfiles alrededor del teléfono del coche y dibujó trazos humeantes en el aire. Las primeras señales que hizo sonaron totalmente falsas pero con unos cuantos retoques convenció a Andrew de que sí, que no presumía demasiado cuando hablaba de su dominio de las transmisiones radiofónicas. Bueno, eso no era del todo verdad. Sí' que exageraba (Andrew notaba las señales de los falsos comienzos y de las repeticiones) pero seguía consiguiendo resultados.

Todo el mundo estuvo listo mucho antes de la medianoche. Andrew escribió los mensajes que había que enviar y Simon Peter entró en trance mientras los lanzaba a las colinas donde se suponía que vivía el posible aliado de Lucita.

–Señor K... Señor K... la dama llama... problemas en Los Ángeles, no puede venir... Señor K... Cruce con la antigua Scott Road... Señor K... –El resto era una cuestión de tiempo.

* * *

A Konstantin le gustaba mantener encendido un escáner de la policía casi todas las noches, sólo para estar al tanto de los problemas que pudieran producirse a su alrededor. No había sobrevivido tanto tiempo corriendo riesgos innecesarios. No fue una gran sorpresa que el receptor volviera a la vida con un crujido. Era la época del año en la que cada vez un número mayor de estúpidos aspirantes a ases de la vida en el campo se metían en líos, y en la que aspirantes a

reyezuelos del narcotráfico intentaban quemar rutas nuevas para rodear los puntos calientes de las redes de distribución existentes. Las fuerzas de policía de la zona eran bastante buenas y Konstantin esperaba que cualquier denuncia de problemas fuera seguida a muy corto plazo por un resumen conciso de su resolución.

Pero no era nada de eso.

La señal oscilaba. Konstantin sospechaba que el operador estaba dándole vueltas a los mandos sin tener mucha idea de lo que significaban las etiquetas. Un poco más de zangoloteo y aquello no habría funcionado. Y luego estaba el contenido. ¿Señor K.? ¿La dama? ¿Problemas en Los Ángeles? Konstantin sabía los nombres del resto de los residentes permanentes y habituales de la zona y él era el único señor K. presente en aquel momento. Podía ser para otro pero las probabilidades parecían un poco escasas.

Lucita había partido para dirigirse hacia el este y había subido hacia las Rocosas. Pero eso había sido más de una semana antes. Podría haber dado la vuelta y volado o incluso conducido hacia el oeste. ¿Es que lo que estaba buscando la había metido en el jaleo de Los Ángeles? Bueno, sí, podría ser. Konstantin recordó el miedo que había en el interior de Lucita y su ira cuando él lo percibió. Podría haberse ido a luchar contra los vampiros catayanos sólo para demostrarse su valor, o podría haber aceptado un trabajo arriesgado y peligroso o quizá hubiera actuado siguiendo un impulso que estaba más allá de la esfera de conocimientos de Konstantin.

¿Habría enviado a alguien técnicamente inepto para que emitiera una llamada de auxilio con una señal tan clara? Eso le exigió una reflexión mayor y suscitó más sospechas. En circunstancias lo bastante extremas, por supuesto, cualquiera tendría que servir, con un empujón mental rápido para meter una información rudimentaria en un cerebro caliente y una orden para que se moviera rápido. Konstantin miró el reloj e hizo cuentas. Sí, si Lucita había dado la orden más o menos al levantarse, un conductor rápido hubiera llegado al sitio en cuestión. O quizá el conductor había subido la noche antes y había necesitado algún tiempo para curarse; aquel tono aterrorizado podría reflejar una quema masiva de sangre después de un trauma igual de enorme. Incluso podría reflejar un condicionamiento interrumpido, pensó Konstantin mientras recordaba a algunas de las víctimas de las guerras del Sabbat de la década de los años 30.

Fue una combinación de factores lo que lo obligó a ir a comprobarlo. No le parecía bien hacer caso omiso. Podría muy bien

ser una trampa... pero también cualquiera que supiera o adivinara lo suficiente para hacer una llamada que sugería que Lucita necesitaba ayuda era alguien que sabría encontrarlo de una forma u otra. Nunca había dado ninguna señal, que él supiera, de tener alguna conexión o interés en Lucita y eso, sobre todo, era lo que más lo inclinaba a creer de momento en la llamada. Se puso unos gruesos pantalones de cuero, recogió un par de pistolas del .45 y un puñado de balas y se puso en camino con el Land Rover que tenía aparcado colina abajo.

Las estrellas brillaban con fuerza sobre su cabeza al tiempo que unas nubes gruesas y blancas rodeaban el horizonte. Desde el espacio, esto debía parecer un punto de claridad en medio de un cielo por lo demás cubierto. Konstantin pensó en eso y se preguntó si no indicaría que le estaban tendiendo una trampa mágica, pero no había ninguna perturbación que afectara sus sentidos psíquicos. Claro que cualquiera que pudiera manipular el clima de una forma tan concienzuda si dejar ni una huella podría encontrarlo antes o después. Él prefería avanzar hacia el enfrentamiento en lugar de intentar huir de un enemigo superior y sabía que esa acción, además, le proporciona una cierta fuerza. No le cosquilleaba en la parte posterior del cerebro la sensación de que le esperara una perdición inminente, pero tampoco sentía demasiada confianza. No le gustaba lo desconocido y esperaba convertirlo en algo conocido lo antes posible.

La petición de auxilio desapareció media hora después de que cogiera el coche. No le hacía falta mirar los mapas para saber qué cruce tenía en mente el que llamaba, era el lugar obvio en el que debía girar cualquiera que supiera "que está en estas colinas" pero no mucho más. Tan obvio, de hecho, que volvieron a surgirle sospechas. ¿No daría Lucita unas indicaciones más precisas para dejar claro que el mensajero sabía lo que estaba haciendo? Claro que ¿acaso no sabía lo nervioso que le ponían los extraños que le aparecían a la puerta de casa o sus alrededores? La lógica podía llevarlo a trazar círculos cada vez más viciosos sobre preguntas como aquella. La intuición le dijo que procediera, con cuidado, pero que procediera.

* * *

Simon Peter se quitó las gafas oscuras que llevaba para "simplificar las entradas de información" y buscó a Andrew.

-Tengo algo.

-¿Sí?

--Estoy recibiendo alguna respuesta a la llamada.

--¿Puedo ver los subtítulos? --Andrew intentó encontrar el equilibrio entre la agresión y el interés.

--Estoy seguro de que las llamadas que estoy enviando se están recibiendo y que el receptor viene hacia aquí.

--¿El solitario?

Simon Peter parecía exasperado.

--No lo sé. Para escudriñar a través del enlace necesitaría realizar un ritual completamente diferente, y estoy corto de sangre.

--Vale. Todo esto es nuevo para mí. ¿Qué me puedes contar del receptor?

--No mucho --Andrew se quedó mirando fijamente a Simon Peter hasta que el mago le explicó algo más--. Sólo hay una fuente pero no sé cuánta gente hay escuchando. Se mueve bastante rápido y muy bajo pero eso no significa con toda seguridad que sea un coche; podría ser un helicóptero. Pero podrás verlo por ti mismo en unos quince minutos más o menos.

--De acuerdo --Andrew se alejó con paso deliberadamente tranquilo y dio un paseo alrededor de la trampa. Todo parecía en orden. Los otros vigilaban a Simon Peter y le echaban alguna mirada ocasional a Andrew sólo para ver si estaba disgustado por algo.

Volvió el silencio. Andrew notó satisfecho que los miembros de la manada se movían a una velocidad casi normal pero a la vez prestando una atención al terreno que pisaban lo bastante detallada como para que tuviera que esforzarse para oírlos. Estaban aprendiendo rápido. Barry sujetó a uno de los tíos del teléfono mientras Roxana le cortaba la cabeza con tres golpes rápidos del cuchillo de monte que llevaba. Andrew empezó a poner objeciones al desastre que dejaría aquello pero luego se detuvo para observar. Roxana, Barry y Niccolo se turnaban para beberse la cabeza y el cuerpo. Cuando el cadáver entero quedó pálido, Roxana lo envolvió con una bola de sombras que lo engrosó y lo comprimió para convertirlo en un bulto pequeño y denso. Niccolo lo tiró al asiento de atrás de la camioneta de la telefónica. Fue una maniobra astuta y cuidadosa y Andrew se tomó un momento para alabar en voz baja a Roxana. No estaba del todo seguro pero creyó verla sonreír durante un instante.

Con la tez ahora salpicada por las brillantes cuchilladas de sangre fresca que se percibían justo por debajo de la piel, Roxana intensificó con cuidado unas cuantas sombras que arrojaban unos peñascos muy

convenientes que había al lado de la autopista, peñascos que proporcionaban suficiente cobertura para toda la manada y dos o tres más. Todo tenía un aspecto muy natural pero si el solitario (si es que se trataba de él) sospechaba algo, tendría que perder mucho tiempo comprobando sombras falsas. Andrew se acomodó para pasar los siguientes minutos. Se concentró en intensificar su propia fuerza y fundirla con lo que su antigua manada había llamado "zancos de sombra" y los recién llegados se limitaban a llamar "muletas oscuras". Con la oscuridad que rodeaba sus miembros retorcidos, podía correr como los mejores y derribar puertas a patadas sin problemas.

Allí estaba, era cierto que se acercaba un coche.

Sin faros, notó Andrew sorprendido. Era justo lo que esperaba: cualquiera que fuera capaz de sobrevivir en semejantes parajes no podía depender demasiado de la luz. Subía una colina, bajaba a la depresión, subía otra colina; al principio, todo lo que Andrew distinguía era la masa sólida del objeto. Los detalles se fueron percibiendo poco a poco, bajo destellos de la luz de las estrellas y con un sondeo suave por las sombras.

Aquel objeto era grande, el hermano mayor del típico utilitario deportivo, construido para que trabajaran de verdad los que no se preocupaban de la diversión. Andrew recordó que había leído sobre esa "camioneta de montaña" cuando todavía vivía. Eran vehículos contruidos en pequeñas parcelas por veteranos de compañías desaparecidas como Hudson y Tucker, hombres a los que no les importaba la competencia e intentaban ganarse la vida ofreciendo su talento a un público especializado y agradecido. Este vehículo concreto daba la sensación de haber empezado su vida como el sueño loco de un conductor de tanques cansado que ansiaba disponer de velocidad además de blindaje. Andrew se alegró mucho, cuando la camioneta de montaña apareció sobre la penúltima colina, de no tener que disparar contra él y de que las trampas físicas tuvieran un apoyo sobrenatural. La camioneta estaba pintada de un color gris claro que, a la luz de la luna, contrastaba intensamente con la capa incrustada de polvo. No tenía demasiadas abolladuras ni golpes y Andrew no estaba seguro de si eso significaba que el vehículo *no* los recibía o que su dueño los arreglaba de inmediato.

Sólo había una persona visible en el interior, por lo que veía la manada. Parecía un hombre, pero la manada sabía tan bien como cualquiera que las apariencias solían ser engañosas. Simon Peter murmuró algo que Andrew no oyó, pero que hizo que el conductor se

pusiera a aporrear el salpicadero donde presumiblemente estaba la radio; enredaba con los mandos y parecía frustrado. Ya estaba lo bastante cerca para que Andrew viera el pelo largo, la constitución delgada pero dura y esa madurez sin edad común en tantos vampiros.

El vehículo de la compañía telefónica yacía cuidadosamente accidentado y medio sacado de la carretera; el técnico, todavía vivo, se encontraba inconsciente en el interior. La camioneta fue frenando, el conductor frenaba con la obvia intención de salir del coche a cierta distancia, quizá a unos doscientos metros. Por desgracia para él, la trampa estaba como a unos cuatrocientos metros de distancia.

Primero saltaron los muelles, que lanzaron una lluvia de rayos y chispas a través de una delgada capa de tierra envuelta en sombras hacia lo que habrían sido las cuatro llantas de un coche un poco menos largo. En este caso abrieron media docena de agujeros en las ruedas de delante y lanzaron una lluvia de escombros a la parte inferior del vehículo, unos treinta centímetros antes de las ruedas de atrás. Los jirones de humo demostraban donde se había agujereado el tubo de escape. El coche empezó a virar de inmediato y cuando el conductor clavó los frenos, sólo consiguió que empezara a girar.

Empezó entonces la segunda oleada. Surgieron de la tierra dos enormes capacitores con tentáculos que se descargaron dentro del almacén de la camioneta. Todo lo que era ligeramente inflamable en la parte inferior del coche estalló en llamas. El salpicadero soltó una lluvia de chispas y el conductor levantó de golpe las manos, era evidente la sensación de dolor y sorpresa que sentía.

La tercera y última oleada sólo tenía un componente: una masa apresuradamente forjada de púas para ganado, obligadas a salir por unos pequeños explosivos robados en puntos de monitorización sísmica. Una reja irregular hecha de barras de acero se incrustó en la camioneta. La transmisión se desgarró en un pedrisco letal de engranajes, y unas ligeras diferencias de fuerza en los extremos de la reja le proporcionaron un poco de impulso extra al lado izquierdo de la camioneta, que rodó de lado y luego de cabeza y luego de lado otra vez. Andrew vio aliviado que aquel desastre rodante no se incendiaba pero el hedor acre a gasolina indicaba que podría ser sólo cuestión de tiempo el que una explosión iluminara el cielo nocturno.

Andrew y su manada ya se dirigían hacia el accidente antes de que la camioneta dejara de rodar. Para que todos tuvieran buena luz mientras cruzaban aquel terreno desigual, Roxana soltó la sombra que los cubría mientras seguía manteniendo el manto que aislaba toda la

escena de la autopista. Algunos de los arbustos que había al lado de la carretera, sembrados de chispas y gasolina, empezaron a quemarse por el camino. Andrew los rodeó, Niccolo dio el espectáculo saltando sobre los que se le ponían en medio. Niccolo y Simon Peter fueron hacia el lado del copiloto, Barry y Roxana hacia el lado del conductor y Andrew se situó bajo el capó del parabrisas, todos tiraron a la vez. Las puertas destrozadas cayeron detrás de los vampiros, mientras que los fragmentos de los cristales de muy poca seguridad tintineaban sobre la tierra y la gravilla. Andrew mismo agarró al conductor, apenas consciente, y tiró de él para sacarlo por el cristal.

Andrew habló por primera vez desde que empezó la acción.

--Comprobad la camioneta. Quiero levantar a este para interrogarlo --Utilizó cuatro brazos de sombra para inmovilizar al tipo (aunque no es que hubiera mucha resistencia todavía), mientras lo arrastraba por encima de los restos del vehículo de la compañía de teléfonos. Los miembros de la manada llevaron a cabo un trabajo concienzudo: hicieron pedazos el interior de la camioneta, no encontraron nada de interés y no dejaron espacio para que nadie escondiera algún objeto que no necesitara un microscopio para verlo. Justo cuando terminaban, dos ruidos sordos les advirtieron que los problemas eran inminentes. Se retiraron a tiempo para evitar hacer otra cosa que no fuera silbar cuando por fin explotó la camioneta. Por el tamaño de la bola de fuego y el nivel de blindaje alrededor del depósito. Andrew sospechó que allí debía haber algo más potente que simple gasolina.

El solitario yacía allí aturdido, apenas consciente. Andrew seguía manteniendo las ataduras tan fuertes como podía, por si acaso. (Y si el solitario era mucho más de lo que parecía, quizá tampoco sirviera para nada). Era la hora de los interrogatorios.

Sábado, 8 de abril del 2000, 1:00 a.m.
Bushy Park, Oeste de Londres

Lucita había entrado en la habitación de Angélica más de una hora antes y la había observado en silencio desde las sombras de las que formaba parte. Confiaba en poder usar a la piloto durante el resto de su investigación, y necesitaba saber cómo se enfrentaba aquella

mujer a la adversidad. El ghoul de Stephen le contó tanto a ella como al amo de la casa la resistencia que había presentado Angélica y su posterior derrumbamiento; fue una pequeña decepción para Lucita, pero también se podía utilizar a las personas maleables, igual que a las más obstinadas.

Angélica despertó de un sueño lleno de lágrimas poco después de medianoche. Su aura irradiaba miedo mezclado con alentadoras trazas de ira. Lucita vio que la piloto hacía un cuidadoso inventario de sus posesiones y extendía ante ella cualquier cosa puntiaguda, (llaves, lima, una navaja pequeña, un destornillador en miniatura) y lo metía en bolsillos separados para poderlo usar como arma en un momento determinado. Luego Angélica hizo una segunda pasada para comprobar que no tuviera ningún bolsillo suelto ni nada que pudiera servir para agarrarla, se metió el cuello de la camisa y también los pantalones por los zapatos. Lucita reconoció los movimientos de una experta y se preguntó dónde había aprendido la piloto a pelear sucio. Una vez segura de sus posibilidades, Angélica examinó la habitación con cuidado. No tocó la puerta ni las ventanas pero palpó a su alrededor y las examinó desde diversos ángulos, en busca de medidas de seguridad y cualquier debilidad que pudiera explotar. Y lo realizó todo en lo que era, para una mortal, un silencio más que notable.

Después de dar dos pasadas completas por la habitación y comprobar varias veces más los puntos clave, Angélica se sentó en la cama a esperar lo que pudiera ocurrir después. Lucita siguió contemplándola mientras Angélica se dedicaba a una variedad de tareas que la mantenían ligeramente ocupada pero sin distraerla demasiado: cortarse y limarse las uñas, recogerse el pelo en una apretada trenza, descoser el dobladillo del edredón y comprobar las capas ocultas. Lucita vio que la ira del aura de Angélica crecía y ahogaba el resto de las emociones y se dio cuenta de que la fatiga lo amortiguaba todo. Cuando pareció el momento adecuado, Lucita salió de las sombras.

Angélica no habló. Agarró las tijeras y el cuchillo y cargó. Lucita estiró las manos, cogió cada una de las de Angélica y obligó a la mujer a ponerse de rodillas con un par de tirones.

–Voy a hablar contigo.

La mujer siguió luchando, notó Lucita con cierta admiración.

–Voy a hablar contigo --dijo de nuevo.

–Vas a matarme. Hazlo de una vez.

–Cuando decida que deberías morir, morirás con prontitud.

Mientras tanto, ¿quieres escuchar?

–Quieres mi alma y no es tuya. Aunque camine por el valle de la sombra de la muerte, yo...

–Deja eso –Lucita habló con tono imperioso y el salmo se secó en los labios de Angélica. No podía dar forma a nada de lo que intentase repetir de las Sagradas Escrituras. Podía pronunciar otras palabras, sólo se le negaba la Biblia.

–Vienes del infierno. Llévame ahora, si puedes, o déjame ir.

–Llevo mucho tiempo evitando el infierno y me propongo seguir así. Y no tengo deseo alguno de enviarte allí ni a ningún otro lugar de las tierras de los muertos. Escucha.

–¿Cómo podría negarme? –La desesperación inundó el aura de Angélica y también su cuerpo. Su postura empezó a derrumbarse. Había llegado el momento.

–Redes Cardinales. Conoces ese nombre.

Eso cogió a la mujer desprevenida.

–Sí, claro. ¿Forman parte de tu plan?

–Fui yo la que creó esa compañía hace dos siglos, para que me ayudara a viajar. Entonces era cuestión de carruajes y barcos. Sigue siendo cuestión de barcos pero ahora también hay camiones y aviones.

–¿Por qué yo?

–Yo no te escogí, eso fue...

–¿Entonces quién? ¿Fue el otro diablo, el del aeropuerto? ¿El del pasillo?

–Te escogió mi ayudante de dirección. Busca a gente con talento y pocas ataduras que demuestren tener los rasgos de personalidad que sabe que busco.

Angélica pensó en eso. Todo aquello estaba empezando a sonar cada vez más diferente de los demonios que le había descrito el sacerdote de la iglesia tanto tiempo antes. Seguro que los demonios no tenían secretarías.

–Si te crees que a mí me puedes intimidar, tu "ayudante" no hizo bien su trabajo.

–Justo al contrario –explicó Lucita–. Busca personas que te parezcan capaces de mantener el valor y la cabeza clara bajo las circunstancias más adversas. Mi existencia tiene demasiados momentos... emocionantes y con frecuencia exigen una cierta medida de auto-determinación. Acabas de demostrar que eres de esa clase de personas al preparar tus defensas y examinar el terreno. Eso estuvo

muy bien. --Vio que Angélica intentaba ocultar una mueca de sorpresa--. Sí, lo vi todo desde las sombras --Lucita cambió ligeramente de postura, menos dispuesta para la lucha, más parecida a la posición "de descanso" de un soldado humano. Angélica respondió relajándose un poco, probablemente sin darse cuenta, pensó Lucita.

--Tú pilotas aviones. --Lucita esperó a que Angélica lo reconociera con un simple asentimiento--. Disfrutas pilotando. --Otro asentimiento--. Quieres pilotar en circunstancias difíciles, con la libertad de hacer caso omiso de las pequeñas preocupaciones. --El asentimiento fue más lento esta vez--. Quiero que pilotes aviones para mí.

Eso no era lo que esperaba Angélica. Ella no quería tener nada que ver con los diablos, o lo que fueran, y le preocupaba que al ofrecerle lo único que ella podría considerar hacer para ellos la estuvieran tentando o tendiéndole una trampa. Su alma, si es que estaba allí, no le ofreció ninguna señal de advertencia... pero se tentaba precisamente para eso. ¿no?, para superar la resistencia y conseguir que aceptase.

--¿Y si digo que no?

--Pueden pasar dos cosas. Quizá puedas dar tu opinión, o no. La primera es que te matamos. Uno de nosotros se bebería tu sangre y se desharía de tu cadáver en algún lugar donde nadie lo encontraría jamás. Pasarías a los archivos como otra vagabunda sin raíces más, alguien que probablemente no estaba tramando nada bueno y que se metió en un lío más grande del que podía manejar.

Angélica sacó fuerzas de los recuerdos que tenía, de cuando se ponía firme de niña ante los interrogadores oficiales y los escuadrones de la muerte e intentó hablar con calma.

--¿Y la otra?

Lucita se limitó a mirarla fijamente durante un momento y luego dijo.

--Anda en círculo.

Angélica se levantó sin pensarlo y empezó a caminar en círculo delante de la puerta del dormitorio. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, intentó parar y no pudo. Podía volver la cabeza, agitar los brazos, mover cualquier parte del cuerpo siempre que no interfiriera con los círculos que describía. Cuanto más luchaba, menos podía visualizar siquiera la secuencia de acciones necesaria para detenerse: ya se había convertido en algo que su universo daba por

sentado, tan fundamental como la necesidad de respirar.

Claro que el diablo aquel tampoco parecía respirar.

--¿Qué es esto? --pensó en preguntar después de varios minutos de fútil lucha.

--Fuerza de voluntad --respondió Lucita.

Angélica dejó de luchar y se rindió al movimiento en círculo. Su cuerpo se arrastraba ahora una y otra vez alrededor de la habitación, la orden se extendía hasta el punto de mantener la columna recta aunque los hombros y el cuello quedaran vencidos.

--Esto es peor que la muerte.

--A algunos se lo parece --asintió Lucita. Estaba a punto de continuar su demostración de las opciones que tenía la piloto si se negaba a cooperar cuando de repente chirrió la ventana. Lucita se volvió para ver contra el cristal la forma brumosa que había visto aquella noche, una boca abierta y unas manos llenas de garras que surgían definidas y claras de la niebla del cuerpo. Unos arañazos gemelos recorrieron toda la ventana y los cristales se combaron de forma visible cuando aquella cosa se apretó contra ellos.

No había tiempo para conversar. Lucita recogió a Angélica bajo un brazo, salió al pasillo y bloqueó la puerta lo mejor que pudo.

--¡Stephen! --exclamó--. ¡Tenemos un problema!

Stephen ya estaba al final de las escaleras cuando Lucita alcanzó la parte superior; sus guardaespaldas permanecían muy cerca de él.

--¿Sí? ¿Qué clase de problema?

--El fantasma del Centro ha vuelto. Está claro que quiere cazarme a mí. Necesito salir de aquí sin atraer su atención y necesito saber si tú y tus caballeros podéis ocuparos de él.

--Creo que sí. Al menos si podemos verlo: sospecho que puedo intimidarlo para que huya y quizá obligarlo a revelar algo útil sobre quién lo mandó. Un nigromante oculto en la corte de Londres... muy interesante... pero ahora no es el momento. Sí, hay una forma de salir por el sótano que te llevará lejos de aquí --Stephen estaba preocupado y no se molestó en ocultarlo--. ¿Crees que alguien te sigue?

--No tengo ni la más neblinosa idea --dijo Lucita. Oyó más rasguños en la ventana pero todavía no había cristales rotos. El fantasma podría ser muy resuelto pero parecía carecer de juicio táctico--. Sospecho que esto lo ha improvisado alguien que no estaba del todo seguro y no sabía si podría reconocerme. No han calculado bien las consecuencias de un asalto contra un antiguo famoso por su independencia. --Miró a Angélica, que se agitaba cada vez con más

vigor--. Tranquilízate. --El cuerpo de la piloto quedó lacio de inmediato.

Angélica no podía controlar el cuerpo pero su mente permanecía alerta. La conversación le pareció incluso más rara que lo que había ocurrido hasta ahora. Alguien estaba atacando a la mujer demonio con un fantasma y era como si ella y su compañero estuvieran revisando listas de la compra. Se movían, bajaban escaleras, atravesaban dos pasillos hasta la cocina y bajaban al sótano, pero todo con cierta imparcialidad. ¿Estaban locos además de ser malvados o qué? Aquello no tenía ningún sentido.

Stephen se detuvo en una esquina remota de la bodega, al lado de unos viejos anaqueles para el vino. Había una sencilla placa de metal cuadrada en el suelo.

--Échame una mano, --le dijo a uno de los ghouls. El hombre se adelantó y entre los dos lo levantaron y le dieron la vuelta para revelar una escalera de mano que descendía hacia la oscuridad--. Abajo, querida --le dijo a Lucita.

--¿Estás seguro de que estarás bien?

--Oh, creo que sí. Mi experiencia con los fantasmas es más teórica que práctica pero tengo la ventaja de la estrategia. Y estoy deseando averiguar qué súbdito de la buena reina Anne ha soltado esa cosa. Creo que alguien me acaba de proporcionar una influencia bastante considerable. --No se frotó las manos pero sólo porque todavía tenía una bajo la placa.

--Gracias --dijo Lucita con sencillez--. Siento haberte causado tantos inconvenientes. No esperaba que tu hospitalidad se enfrentara con una violación así y te daré cumplida satisfacción en cuanto pueda.

--Sin duda, pero podemos discutir las reparaciones en otro momento. Ahora vete. --Le entregó una pequeña linterna.

Lucita se fue. Cuando llegó al primer rellano, todavía con Angélica al hombro, Stephen y el ghoul pusieron la placa en su sitio.

--Ilumina el camino --le dijo a Angélica, y la lánguida piloto hizo todo lo que pudo, como con las otras órdenes que le habían dado. Juntas recorrieron un canal de ladrillo que se internaba cada vez más en las entrañas de la ciudad.

Lucita había oído hablar de las oportunidades que había de encontrar santuario bajo Londres, pero no se había dado cuenta nunca de lo inmensas que eran gracias a la revolución industrial, la guerra y una construcción que iba a paso de marcha. Recorrieron unos cuantos pasajes muy largos y Lucita recordó el comentario que había hecho Stephen de que los vampiros (y otros) que residían de forma

permanente en los túneles reclamaban los trozos contiguos como propios. La ruta que Stephen había descrito atravesaba túneles que era obvio que se habían excavado a mano, incluso algunos pasaban justo por debajo del nivel de la calle, así como a través de sótanos de edificios de oficinas y cámaras llenas de equipo desconocido. Lucita pensó que ojalá tuviera tiempo para detenerse y examinar el entorno... quizá en otro momento.

Lucita se detuvo al fin delante de una puerta de metal que estaba al final de un pasillo con paneles de madera. Al otro lado habría un aparcamiento y ella podría conseguir un coche que la llevara al aeropuerto y al avión de Angélica. Posó a la piloto en el suelo.

–Ya basta.

Con esas palabras Angélica recuperó el control de su cuerpo. Se acurrucó en el suelo, contra la puerta, el esfuerzo de moverse involuntariamente se combinaba con el miedo y la paralizaba.

Lucita se agachó al lado de la atemorizada mujer con un ágil movimiento. Atrajo la mirada de la piloto hacia sus ojos poniéndole un dedo bajo la barbilla, nada fuerte ni amenazador, sólo firme, sin permitir ningún tipo de resistencia.

El ánimo de Lucita se elevó por su mente, atravesó el espacio intermedio y entró en las profundidades de la mente de Angélica. Perdió la conciencia del mundo exterior mientras examinaba el palacio de los recuerdos de Angélica. Bueno, chalet de recuerdos, quizá; los mortales no tenían ni el tiempo ni el poder necesario para construir en su interior edificios elaborados de verdad. Sólo el paso de los siglos permitía construir estructuras interesantes. A Lucita le hicieron falta menos de cien latidos de Angélica para eliminar los recuerdos de los contactos que había tenido con la organización de Lucita antes del vuelo a Londres y unos cuantos recuerdos después. No había razón para suponer que habría alguien en posición de desgarrar la mente de la piloto en busca de pistas pero ¿para qué iba a arriesgarse? Angélica sola jamás notaría las pérdidas y simplificaría las cosas. En lo que a Angélica se refería, todo esto había acontecido después de la fiesta de Londres a la que creía haber asistido.

Cuando todo estuvo listo, Lucita se abrió una vena de la muñeca con un ligero golpe de uña y se lo ofreció a la piloto.

–Bebe esto, te tranquilizará.

Angélica ya no recordaba la demostración de lo a fondo que la podían dominar, aunque Lucita le permitió recordar el miedo a una muerte anónima y jamás aclarada. Tal y como Angélica lo veía ahora,

las alternativas eran la muerte o servir y Lucita había aceptado su exigencia de conservar su libre albedrío si se ponía a su disposición. Lucita no tenía ninguna intención de cumplirlo; había visto morir a demasiados compañeros a manos de sirvientes no vinculados, pero también se había dado cuenta de que los sirvientes que se creían libres eran mucho menos propensos a sublevarse que los que se creían esclavizados.

La mente consciente de Angélica le dijo que la vampiro le estaba dando un vaso de agua del grifo. Sabía fangosa y tibia pero lo atribuyó a su propio miedo. Su mente dominada sustituyó la opacidad de la sangre por una visión imaginada de lo que veía a través del cristal mientras bebía. Lucha había preparado por adelantado bloqueos de memoria para que Angélica no sintiera cómo se diseminaba la sangre por su sistema y le proporcionaba una fuerza y una resistencia anormales. Le permitió sentir una punzada de algo parecido a una cierta simpatía por la vampiro. No estaba tan mal. Sí, tenía que vigilarse o el final sería sin duda rápido pero doloroso; pero, después de todo, la vampiro le estaba dando la ocasión de hacer precisamente lo que quería hacer. Quizá incluso fuera una buena oportunidad...

Hacía ya mucho que Lucita había renunciado a sentir nada parecido al interés por los resultados cuando se trataba de vincular a los mortales que tenía a su servicio. Después de todo eran mortales y si no los tomaba de este modo, el final de toda libertad de elección les llegaría pronto de cualquier otra forma. En un mundo con tantos miles de millones de mortales, ninguno podía importar tanto en el gran esquema de las cosas. Para Lucita, aquello era tan emocionalmente importante como elegir la mejor maleta o reparar algún tipo de maquinaria y tenía que tener el mismo cuidado que cuando trabajaba con alguna sustancia volátil o de algún otro modo peligrosa, y también para sobrevivir. Todavía no sabía lo que querría hacer con aquella ghoull recién hecha una vez terminada esta serie de viajes, pero ya habría tiempo suficiente para decidirlo más tarde.

Una vez que la sangre estuvo bien diseminada, Lucita se levantó por última vez aquella noche.

–Entonces estamos de acuerdo. Vamos, tenemos trabajo que hacer. –Angélica también se incorporó, su miedo iba desapareciendo si que ella lo notara siquiera.

**Sábado, 8 de abril del 2000, 4:20 a.m.
A 80 millas al este de Sicilia, Italia**

El carguero *Momia Delta II* había visto tiempos mejores. Justo después de la Segunda Guerra Mundial, era un barco brillante y bien mantenido. Formaba parte de una flota dirigida por un consorcio egipcio que comerciaba con productos de lujo y componentes valiosos rescatados del material militar del Eje. Veinte años más tarde, cuando el consorcio se derrumbó por fin en medio de una confusión terminal de malversación de fondos, el *Momia Delta II* y otros dos barcos de la misma flota terminaron en una subasta y los compró un aspirante etíope a la élite del narcotráfico que se creía el fundador de una nueva dinastía africana. Dos años después de eso, el etíope no era más que otro cuerpo anónimo flotando en el Nilo y los barcos cambiaron de manos otra vez, y una más, y otra; nunca se quedaban con el mismo propietario más de cinco años. Uno de los otros dos barcos se hundió en una tormenta en el océano Índico en 1975, el otro se quemó para cobrar el dinero del seguro (y lo hicieron de una forma tan inepta que la subsiguiente investigación terminó de destruir el inestable negocio del propietario) en 1993. Ahora el *Momia Delta II* navegaba bajo la tutela de una sociedad limitada, la mitad propiedad de los oficiales y de algunos miembros de la tripulación que aspiraban a tener inversiones y la otra mitad propiedad de una pequeña red de traficantes de arte americanos que querían un canal fiable para meter arte de contrabando en el país.

Esa noche concreta, los depósitos principales del barco estaban llenos con 45.000 toneladas de gas natural, cargado a lo largo de una semana en media docena de pequeños puertos productores para pasar con más facilidad la aduana. Los compradores que tenían por toda la costa mediterránea de España y Francia estaban dispuestos a pagar grandes primas, ya que seguiría saliéndoles muy bien de precio al no tener que pasar por el laberinto de los impuestos nacionales y de la Unión Europea, las inspecciones y las regulaciones. Los compartimentos laterales llevaban tonelada y media de heroína mediocre y veintidós losetas de una tumba clásica recién descubierta arrancadas antes de informar del descubrimiento a las autoridades encargadas de las antigüedades. Los riesgos eran notables, empezando con la desafortunada y completa conformidad del barco

con el estereotipo contrabandista internacional, pero la compensación sería buena. Dos viajes más como este y las dos mitades de la sociedad habrían pagado las deudas y conseguido auténticos beneficios, libres de polvo y paja.

El capitán Biruni se asomó a la oscuridad con una ligera punzada de incomodidad. Durante quince años había trabajado en el *Momia Delta II* de manera intermitente y con varios propietarios. Durante ese tiempo había visto unos cuantos fenómenos extraños, de esos que la gente que se dedica a oficios ilícitos se encuentra en las esquinas del mundo donde pocas veces brillan las luces de la sociedad respetable. No era un hombre supersticioso, sólo era consciente de que el mundo albergaba unas cuantas cosas que no tenían sentido en ningún marco razonable que él conociera. Muchos marinos se tomaban los augurios en serio, él no y no lo había hecho desde aquel viaje rodeado de malos presagios que le había permitido embolsarse sus primeros cien mil dólares y su primera mujer. Los malos vaticinios, sabía muy bien, sólo prestaban servicio al plan no declarado del que los hacía. No estaba tan seguro como algunos de sus oficiales de que el Mossad estuviera comprando adivinos en el delta del Nilo y los estuviera usando para plantar dudas que hicieran daño a la economía egipcia... pero tampoco estaba tan seguro de que se equivocasen.

En circunstancias normales, a las cuatro de la mañana estaría dormido. Esta noche no podía descansar; no hacía más que tener pesadillas llenas de imágenes que parecían sacadas de las películas de miedo que había visto de niño durante los viajes familiares a varias ciudades de Turkistan y Azerbaijón. No iba a decírselo al tercer oficial, sólo le dijo "*No puedo dormir*" mientras se echaba una taza de aquel café sorprendentemente bueno que hacía la tripulación de noche al comienzo del turno. Con la taza en la mano se paseó por la mitad delantera del barco y terminó en la proa, donde podía apoyarse y ver pasar las olas. Cada media hora o así (en un horario ligeramente errático y deliberado) una patrulla de dos hombres pasaba a su lado en busca de piratas o cualquier otro tipo de problemas. Los saludaba y charlaba un momento con ellos, hacía un seguimiento de los antiguos informes, preguntaba por la familia, hacía su parte para recordarle a la tripulación que su capitán seguía en el tajo a pesar de estar haciéndose un poco viejo.

Y mientras tanto, el Mediterráneo seguía su paso a una docena de nudos. No estaba tan mal como cuando Biruni empezó su carrera y había balsas de contaminación y basura tan gruesas que casi se podía

caminar desde Libia a Italia. Pero incluso ahora, después de décadas de un esfuerzo sostenido de limpieza, había amplias franjas de agua que relucían con el brillo del aceite o de los productos químicos lanzados al mar, y gruesas esteras de redes en las que había enredado de todo, desde espuma sintética hasta latas de sopa vacías. Biruni empezó a contar y descubrió que veía una indicación significativa de contaminación cada diez o quince minutos. Eso lo impresionó. No le encantaba la naturaleza salvaje, recordaba aquellos inviernos que te helaban el alma y los veranos que te abrasaban la piel de las estepas donde creció. La humanidad nunca podría someter al mundo lo bastante para su gusto y si bien la basura no era el tipo de triunfo que esperaba, lo prefería al vacío interminable. Se sentía conectado con el resto de la humanidad durante aquellos momentos del paso de la basura, un poco menos solo en las profundidades del mar.

Cuando se había despertado, alrededor de la 1 de la mañana, la noche era clara con una luna penetrante y frágil. Ahora el cielo se iba oscureciendo poco a poco: no estaba nublado, sólo calinoso y oscuro. Sospechaba que si iba al cubículo de la radio y monitorizaba un poco, se encontraría con que el monte Etna estaba en pie de guerra otra vez, emitiendo esa ceniza fina y el humo que en ocasiones anunciaba una actividad volcánica importante. Biruni ya había navegado cerca de las erupciones y sabía que el *Momia Delta II* era capaz de manejar casi cualquier cosa que no fueran corrientes de lava en las inmediaciones. Por ahora no estaba lo bastante motivado: que la noche oscura hiciera lo que quisiera, no era más que una proyección de su humor melancólico. Sólo si los guardias informaban de algo verdaderamente fuera de lo normal o mostraban cualquier signo de no poder patrullar de la forma adecuada, sólo entonces espabilaría e iría a comprobarlo.

A las 4:20 decidió permitirse al menos un cierto temor. Tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para alejarse de la proa y de la visión de aquel océano más negro que la negrura y dirigirse al puente. Una vez que dejó de mirar el agua, el resto ya fue más fácil y para cuando subió al puente mismo, nadie podría haber supuesto que sentía otra cosa que no fuera el simple cansancio. El tercer oficial Farouk estaba el timón y tenía el puente para él solo: los otros cinco marinos que estaban de guardia estaban en el salón viendo la tele o dormitando. Lo cual convenía a Biruni, que no quería provocar una situación de pánico ni que la tripulación empezara a preguntarse si por fin se estaba

volviendo loco.

Biruni se adelantó para mirar los instrumentos por encima del hombro de Farouk.

--El agua parece un poco cenagosa esta noche --dijo con lo que esperaba que fuera un tono de voz relajado--. ¿Se ha informado de algún vertido?

Farouk encendió el piloto automático. (Biruni sospechaba que había estado encendido hasta que Farouk había oído que se acercaba el capitán, pero no era el momento de entrar en ese tema. Termina el viaje y luego deshazte de este vago hijo de puta). El tercer oficial era casi treinta centímetros más alto que Biruni, pero con una complexión delgaducha que no podía compararse con los músculos curtidos del capitán.

--No. No hay informes de filtraciones ni naufragios en ningún lugar de la zona. En Argelia sí, tienen un par de agujeros que no consiguen cerrar, pero eso no lo iba a notar aquí.

Muy cierto. Sin embargo, Biruni insistió.

--¿Estás escuchando también lo de fuera de la línea?

--Sí --dijo Farouk con una amplia sonrisa. Los dos hombres sabían que los informes oficiales sólo cubrían una pequeña fracción de lo que realmente ocurría en la navegación del Mediterráneo. La amplia colección de canales no oficiales, frecuencias de los puestos de aduanas, códigos internos y otros medios de informar a los compañeros sin implicar a las autoridades era "lo de fuera de la línea" en la jerga de los traficantes. Cuando Farouk se unió a la tripulación, no le gustaba mirar demasiado el tráfico de fuera de la línea pero una vez que se acostumbró a ello, todavía se mostraba renuente a dejar que el capitán lo supiera. Biruni se había pasado años convenciendo al tercer oficial que sí, de verdad, era correcto y bueno mirar fuera de la línea y admitir que lo hacías--. Algunos líos en la costa de Yugoslavia, o como se llame esta semana, y hubo dos hundimientos no reconocidos al otro lado de Sicilia por culpa de lo que parece un mal manejo de municiones. Pero nada que se fuera a notar aquí.

En cierto modo aquello no era lo que Biruni quería oír.

--Gracias. Toma nota en el diario de a bordo que creo que hemos rozado algo. ¿Alguna noticia de que el Etna esté haciendo de las suyas?

--No al comienzo del turno, por lo menos. Deliseaux está en el segundo turno y él es el especialista en volcanes. Si hubiera algo todavía estaría en la cubierta con la esperanza de verlo y dándome la

tabarra para ir a echar un vistazo más de cerca. Me imagino que teniéndolo a él, no me hace falta ir a mirar las noticias. --Esta vez Biruni esbozó una sonrisa tan ancha como la de Farouk--. De verdad, capitán, no hay nada que decirle.

--De acuerdo, mensaje recibido --Biruni se llenó otra vez la taza de café y volvió a salir.

Ahora estaba incluso más oscuro y Biruni notó algo extraño. Las olas eran cada vez más pegajosas y cenagosas, a pesar de que la brisa del oeste había adquirido un borde frío. No había las pequeñas cabrillas que esperaba ver en las olas. De hecho, coño, era casi imposible ver nada a parte de las luces del barco. Biruni levantó la vista justo a tiempo para ver algo que preferiría haberse perdido. El cielo entero estaba apagado, como si estuviera lleno de hollín. Pero un borde afilado y sólido de negrura barría el cielo de oeste a este y aislaba al barco y al capitán en una oscuridad absoluta. Ahora sí que no había nada que ver salvo lo que iluminaban las luces continuas. El viento se hizo más frío y más fuerte.

En ese mismo instante Biruni deseó poder apoyarse en la superstición. Ante la muerte de la luz, sería consolador tener alguna oración o invocación que decir, algo más allá del "Joder". Por desgracia eso era todo lo que se le ocurría y ni siquiera estaba muy seguro de quién le gustaría que jodiera aquella oscuridad.

Mientras pronunciaba aquel único taco, el barco se estremeció y se detuvo. Biruni nunca había oído el sonido que hacían las hélices al ser arrancadas mientras las aspas seguían girando, pero aquel chirrido horrible y sostenido que provenía de atrás y de abajo no podía ser otra cosa. Una serie de chillidos metálicos y aterradores recorrieron el *Momia Delta II* desde la popa a la proa cuando las piezas de la hélice de transmisión y de los mecanismos de dirección, a los que algún poder exterior había obligado a parar de repente, quedaban destrozados. Seguro que sólo era cuestión de tiempo que algo se incendiara, pensó Biruni.

Hubo gritos en el puente. Biruni se dio la vuelta y vio a toda la tripulación del turno reunida alrededor de Farouk, señalaban varios indicadores, giraban los mandos y los cuadrantes e intentaban arreglar las cosas o al menos conseguir algún resultado. Así que el capitán casi se pierde la llegada de su propia muerte. Sólo el crujido ahogado de las placas de proa comprimidas por alguna presión oscura lo avisó para que volviera a mirar hacia delante.

Contra un fondo de absoluta oscuridad, nada se veía del objeto

mismo. Biruni lo veía por adelantado, (fuera lo que fuera "aquello") por las marcas que dejaba en el barco. Empezó a inclinarse hacia delante para ver lo que estaba avanzando por la proa pero antes de llegar, la cosa ya había alcanzado la proa. El mirador de la proa estaba doblado bajo una cantidad incalculable de toneladas, o quizá bajo la fuerza de algo que podía presionarlo con gran fuerza, y luego desapareció en la negrura. Las cadenas del ancla lo siguieron de inmediato. Hubo una pausa durante la que Biruni oyó los sonidos que hacía la cosa al pasar por las bobinas del ancla y llenar todos esos espacios, luego su avance resumió el paso de un lento caminar.

Biruni sintió que empezaba a perder la cordura. No podía dudar de las pruebas que le daban sus sentidos, pero aquello no tenía ningún sentido. Aquello no era ni siquiera un momento religioso: no eran demonios, ni ángeles, ni espíritus totémicos ni nada por el estilo, sólo una oscuridad que había cobrado vida. Mientras intentaba encontrarle algún sentido, tropezó con una cuerda suelta. "*Joder*" pensó otra vez. Sintió un dolor intenso en el tobillo izquierdo y supo que se lo había debido torcer al caer.

No había tiempo para intentar levantarse, pensó, y se dio la vuelta para arrastrarse todo lo que pudo hacia atrás. Los cortes de energía de abajo hicieron que las luces de la cubierta parpadearan y luego se apagaran. Sólo se encendieron la mitad de las luces de emergencia y eran más tenues de lo que había esperado. Una bruma intangible pareció llenar el aire, como si todo estuviera envuelto por la calima. Siguió tropezando con piezas del barco en las que normalmente no pensaba: arcones de herramientas atornillados a los mamparos del puente, cubiertas de los tubos eléctricos, pequeños respiraderos. Los crujidos que oía a sus espaldas estaban cada vez más cerca, cada vez los oía más.

Al final casi no tuvo tiempo de volverse antes de que la oscuridad móvil lo alcanzase. La masa aterrizó sobre su espalda y el costado izquierdo y descendió con tal rapidez que no hubo tiempo para que la sangre o las vísceras salpicaran. Todo lo que quedó de Biruni fue una masa fina e irregular de tejidos rezumantes que se hundieron en el Abismo. Antes de diez minutos, el resto del barco y de la tripulación flotaban por el vacío con él y en menos de otros diez minutos ya no quedaba ninguna conciencia terrestre entre aquellas piezas.

La bola de oscuridad, de casi dos kilómetros de diámetro, se derrumba con rapidez en la nada. Nadie la había visto en su fase de actividad intensa excepto las víctimas a bordo del *Momia Delta II* y los

sirvientes ghouls de los magos de sombras que pilotan un discreto yate no muy lejos de allí.

A más de ciento cincuenta kilómetros de distancia y en el subsuelo de su baluarte, los magos contemplaron a través de los ojos de sus sirvientes las manipulaciones habituales de sombra que preparaban el entorno para la gran invocación. Los sacrificios ya estaban todos listos en el Castillo de San Rafael Arcángel, y esta vez todo fue bien. En el medio de la oscuridad que habían creado en el mar, un agujero se había abierto hacia el Abismo y dos grandes criaturas de aquel reino habían subido para aceptar el sacrificio de agua, metal, carne y mente. Los magos no estaban muy seguros de qué harían las criaturas con la carga del barco, puesto que no podían incluirla entre los sacrificios, y esperaban que no hubiera ningún problema con ella como había ocurrido con los primeros intentos. Daba la sensación de que las criaturas estaban dispuestas a llevarse alguna que otra cosa más junto con las cantidades y materias que se habían enumerado. Si los magos pudieran respirar, quizá hubieran emitido un suspiro de felicidad ante aquella visión. Allí, por primera vez en siglos, el yermo de la no creación había aparecido en la superficie del mundo. No podía durar mucho, todavía, pero ahora los magos confiaban en sus posibilidades.

No faltaba mucho para que pudieran abrir la gran puerta. Y por ella caminaría el Propio Lasombra, la Gran Oscuridad y Él los guiaría en la conquista definitiva del mundo. El final estaba cerca y nadie lo sabía excepto ellos.

Sábado, 8 de abril, 11:15 p.m.
Por encima del océano Atlántico.

Lucita revive la destrucción de su sire, una y otra vez, y cada vez ella perece con él: arrastrada por el Leviatán, aplastada bajo las rocas caídas y abandonada para enfrentarse al día, traicionada por los Assamitas. Monçada la había dejado seca en su frenético intento final por recuperar las fuerzas.

Luego se desliza por el aire como las nubes más altas. Se remonta hacia el Mediterráneo, con el delta de Sicilia centrado en su

visión. Desciende de lo que ahora llaman la estratosfera. Ahora sólo ve la mitad inferior de Europa y el África sahariana. Ahora sólo la línea de la costa alrededor del mar. Ahora sólo la propia Sicilia. Reconoce el castillo. Nunca fue con mucha frecuencia a aquel lugar durante sus primeras noches y tampoco era un lugar al que había deseado ir jamás.

Es el baluarte del Antediluviano Lasombra.

No es como ella lo recuerda: su sueño no lo está construyendo sólo del recuerdo sino también (y en cierto modo es consciente de ello) de extrapolaciones y deseos de otras almas vinculadas a la suya a través de la Maldición. Allí continúa buena parte de las ruinas. La nueva construcción se encuentra sobre todo alrededor de la periferia y hay un ala completamente nueva cuyas proporciones demuestran lo que le preocupa a la magia matemática. A Lucita le resulta imposible juzgar la altura de aquel ala sin que el sol u otra luz conveniente arroje alguna sombra. Es cierto, de repente se da cuenta de que todo aquel lugar se asienta en medio de una oscuridad pura y que lo está viendo con una conciencia intelectual que sólo interpreta como vista. Siente que hay almas no muertas moviéndose por su interior, se reúnen en grupos y luego se dispersan.

Baja flotando y se mete en aquella oscuridad superior a la noche, ya está lo bastante cerca, parece, para estirar el brazo y tocar el gran castillo...

... que se parte y revela un único ojo gigante debajo. Parpadea una vez y se concentra en ella. Siente que la empuja hacia arriba un viento del Abismo que se precipita a través del ojo. Los trozos del castillo destrozado se disparan hacia el cielo a más velocidad de lo que ella sube: antes de que se encoja demasiado para que lo distinga, ve que se ha lanzado al viento el castillo entero y sólo se ha dejado el suelo desnudo.

Ahora flota en las alturas, otra vez sobre el mundo y lo ve girar cada vez más rápido, como si se hubiera roto y separado del eje oculto de la tierra. El sol permanece a sus espaldas y unas nubes gigantes se elevan cada vez más, mucho más allá de la atmósfera, para ocultarlo. Ahora la noche lo cubre todo. Se producen incendios en las ciudades cuando los mortales empiezan a sufrir ataques de pánico. El ojo del Antediluviano sigue mirándola fijamente, parpadea una vez con cada rotación. Duerme en el Abismo. O más bien dormía, pues ahora está despierto.

* * *

Lucita despertó bañada en un sudor frío.

Orientarse le llevó lo que a ella le pareció mucho tiempo. Ah, sí, la cabina del avión que le habían proporcionado a Angélica. Sintió a la piloto delante de ella, la primera sangre de vampiro todavía seguía transformando su constitución mortal. Muy pronto Lucita tendría que instruirla en el uso adecuado de su nueva fuerza y buscar señales de más potencial, pero ya lo haría en el momento adecuado.

Asimismo debería hablar con Angélica sobre aquel viaje, pero eso también podía esperar. Así que se quedó sentada en una de aquellos sillones grandes y afelpados y marcó el número de Stephen. Respondió uno de los ghouls.

–Residencia Lenoir.

–Soy la invitada que ha tenido tu amo recientemente. ¿Se podría poner?

–Sí, señora. Un momento, por favor.

Luego hubo un chasquido y la voz de Stephen.

–¿Si?

–Soy Lucita, Stephen.

–Ah, me alegro de oírte. –Intercambiaron una serie de preguntas y respuestas, acudiendo a sus respectivos historiales, para establecer que los dos eran quienes decían ser. (No era infalible, pensó ella, pero cualquiera que pudiera averiguar lo suficiente para superar aquellos retos seguramente iba a ganar de todas maneras)–. ¿Entonces dónde estás ahora?

–En el aire...

–Eso es lo que llevan diciendo sobre ti desde que tengo memoria, creo –la interrumpió él.

Ella se echó a reír.

–Cierto, pero me refería a que estoy viajando por avión, voy de camino a Eleuthera.

–Eleuthera... por favor, dime que no vas a intentar encontrarte con esos asquerosos piratas de Kleist.

–Pues lo cierto es que eso es precisamente lo que tengo en mente. ¿Qué te preocupa?

–Son *salvajes*, querida mía. Sufren de ese tedioso fanatismo americano, hasta los que no vinieron de América, y carecen por completo de sentido del humor cuando cumplen con lo que según ellos es su obligación. Estoy convencido de que intentarán aprisionarte en

unos hierros o algo parecido y arrastrarte para que te examinen los poderes que sean.

–Lo recordaré.

–Hazlo por favor. Detestaría llorar tu fallecimiento por una razón tan estúpida. ¿Además, porqué demonios quieres enredarte con esos?

–En parte porque son, como muy bien has dicho, fanáticos. Pero hablarán conmigo, o al menos eso me han hecho creer. No puedo arriesgarme a volver a Londres en estos momentos y creo que lo apropiado es pasar algún tiempo en una corte de la Camarilla. Si tiene que ser la que se hace al mar con grandes armas, ese es el precio que debo pagar. Necesito perspectivas diferentes a las mías.

–Pero seguro que...

–Sí, Stephen, he considerado las alternativas y ninguna de ellas me parece particularmente satisfactoria.

–Muy bien...

–Pero ya basta de eso. ¿Conseguiste arreglártelas con el fantasma?

–Oh, sí. Lo hice huir muerto de miedo antes de que pudiera hacer mucho más que romper unos cuantos jarrones.

–¿Sabes ya quién lo envió?

–No con seguridad pero tengo algunas pistas sólidas. Creo que hay algún artista en la corte que tiene contactos nigrománticos, pero hará falta algo de trabajo de campo antes de que pueda decirlo con seguridad. Está... pero tú no quieres oírme contar la triste historia de Vittorio Giovanni y cómo encontró su final en 1785. Ya te lo contaré en otro momento.

–Estoy deseando que llegue esa oportunidad. Mientras tanto, cuídate mucho. Mi mundo no tiene tantos aliados como para que me pueda permitir prescindir aunque sólo sea de uno, Stephen.

Una vez que Stephen colgó, Lucita se dispuso a reponer fondos.

Tenía una cuenta con el Banco de Normandía que databa de la guerra franco-prusiana, un supuesto fondo de apoyo para los mercaderes de Renania que querían asegurarse de que un repentino cambio de fronteras no los iba a privar de todos sus bienes. Enviaba a un ghoul u otro humano a añadir fondos cada dos años y a retirar dinero cada cierto periodo de tiempo, entre diez y treinta años, para que hubiera una pauta de actividad financiera. En ocasiones había una docena o más de transacciones en un par de años y durante otras décadas la cuenta no se tocaba. Todo parecía muy plausible. Aquella había sido una década tranquila para la cuenta, de todos modos, y ya

era hora de que viera un poco de acción. Autorizó una serie de transacciones electrónicas, las dos últimas programadas para llevarse a cabo un par de semanas después.

Lucita se preguntó si debería ponerse en contacto con Willa. Lo más seguro es que Willa se diera cuenta de la actividad y quisiera investigar. Pero también tenía las instrucciones de su señora de que no debía intentar ponerse en contacto y hasta que Lucita estuviera segura de cuales eran sus planes, no quería implicar a Willa. A pesar de todas sus admirables cualidades, Willa era una inútil o algo peor cuando se trataba de una pelea o un conflicto personal. Ya habría tiempo para eso también, se prometió Lucita. Dejaría que Willa se enterara de la historia cuando ella supiera de qué se trataba.

Domingo, 9 de abril del 2000, 2:07 a.m.
En algún lugar del Death Valley, California

--Este. --Era lo primero que aquel viejo vampiro había dicho en casi cuatro horas y Andrew tuvo que contener el impulso de saltar.

--¿Este, has dicho?

--Este.

--Muy bien. Bueno, no ha sido tan difícil, ¿verdad? --El antiguo no dijo nada más pero Andrew tampoco lo presionó más. Deseó una vez más tener todo el equipo de tortura y suministros de los que disponía en Ciudad de Méjico o incluso en su Portland natal, y estaba orgulloso de cómo había improvisado su manada tras la incursión. El accidente todavía estaba allí para que se preocupara la policía o quién fuera; la interesante maquinaria, junto con la víctima, estaba ahora oculta en un barranco a unos dieciocho kilómetros de allí, muy lejos de la carretera y con Konstantin bien empaquetado.

Andrew tuvo que admitir que sentía cierta admiración por la determinación de aquel antiguo. Tenía que saber que sólo iba a abandonar aquella situación convertido en cenizas. Sin embargo, el antiguo reveló tan poca información como pudo y con tan poca frecuencia como le fue posible. Pero llegados a aquel punto ya era, por así decirlo, la mitad de vampiro de lo que había sido; golpeado y sangrado a conciencia, apenas le quedaba lo suficiente para una

diablerie satisfactoria pero su voluntad de resistir permanecía casi intacta.

–¿Barry?

–Sssssí, jefesss –Barry se acercó arrastrando los pies en lo que él imaginaba que era una buena imitación de Igor o algún otro ayudante jorobado. No lo era. Andrew tendría que corregirlo, pero más tarde.

–¿Tienes los mapas contigo? –El tono de Andrew al parecer transmitía la suficiente desaprobación porque Barry se enderezó de inmediato.

–Justo aquí.

–Perfecto. Entonces, si la puta se dirigió hacia el este desde aquí. ¿cuántas opciones hay?

–Un segundo. Déjeme contar... parece que una, jefe. Ruta 15, hacia Nevada.

–Gracias. Ahora, ¿si me permitís unos minutos con el caballero?

–Como no. –Barry se retiró y le hizo un gesto a los demás para que se fueran al otro lado de la camioneta.

–Se acabó, viejo –dijo Andrew cuando se quedó solo—. ¿Unas últimas palabras?

Konstantin se limitó a mirarlo furioso.

–De acuerdo, entonces –Andrew se aseguró de que lo que quedaba del antiguo estaba bien encadenado y se agachó para chuparle lo que le quedaba de sangre.

Le llevó más tiempo del que Andrew se hubiera imaginado. La sangre no hacía más que venir, y venir, y venir. ¿Dónde almacenaba todo aquello? Hasta ahora Andrew no se había creído los antiguos mitos sobre la sangre antigua súper concentrada. El subidón era indescriptible y sin precedentes. No podía compararse ni a todos los placeres juntos de sus existencias mortal e inmortal. Se estremeció y tuvo que contenerse para evitar desprenderse antes de terminar el trabajo.

Los fogonazos de la memoria de Konstantin resonaron en la mente de Andrew: un viejo amigo de Rusia, la nieve de Colorado vista desde un avión que vuela bajo sobre las laderas, la lluvia en el desierto y las flores nocturnas que salen después. Muertes, muchas, algunas provocadas, otras accidentales. Lucita diciéndole a Konstantin: "*Redes Cardinales*". La preocupación que sentía Konstantin por Lucita y su ira contra sí mismo por terminar así. Aquella angustia sólo reforzaba el placer de Andrew. Si aquello no terminaba

pronto, podría explotar.

Y por fin se ralentizó el flujo. Y luego ya no quedó nada. Tanto el cuerpo como el alma se habían secado. El sol se ocuparía del resto. Andrew se levantó tembloroso. Se golpeó la pantorrilla contra el atrapa-vacas convertido y explotó en un ataque completamente inesperado de actividad. Para quemar buena parte de la sangre recién adquirida con aquel repentino estallido hizo trizas el armazón de metal, tiró el cuerpo a un lado como si fuese un trapo mientras intentaba vengarse en aquel objeto inanimado y malvado que lo había distraído de aquel momento. Consiguió recuperar el control sólo después de destruir por completo la obra de Niccolo, que había quedado reducida a unas cuantas tuercas y tornillos rotos por la mitad.

Así que aquello era la diablerie. No le extrañaba que los practicantes de la Senda de Caín lo hubieran convertido en su dogma principal. Un chico como él podría acostumbrarse a eso, pensó para sí mismo y luego se echó a reír.

--¡De acuerdo, mis muy queridos compañeros de manada!
--gritó--. ¡Rumbo al este!

Martes, 11 de abril del 2000, 2:07 a.m.

Aeropuerto del condado de Gunnison, Gunnison, Colorado

Tendría que haber un incendio, decidió Andrew. Y tendrían que tener cuidado con él para que no hubiera una investigación detallada de los cadáveres. Sintió cierta ansiedad durante un momento, deseaba tanto presentar ante el ganado de aquella ciudad la realidad de los amos secretos que vivían entre ellos, inspirar el miedo y el temor que tendría que ser la carga de toda la humanidad hasta que la capacidad de sentir los abandonase por completo. Era tan satisfactorio permanecer, o mejor flotar, en el medio de una carnicería así, sentir que la sangre te lame los pies y escuchar los sonidos suaves de los cuerpos que se derrumban durante las primeras etapas de la pudrición. Pero aquel no era el momento ni el lugar para establecer su postura.

--¿Estamos seguros de su historia? --se dirigía a su manada. Con una curva rápida de la muñeca fue señalando a uno tras otro. Niccolo

sonrió. Roxana levantó un rintero de impresos con su calma habitual. Barry asintió con vigor. Simon Peter tenía la boca llena e intentó decir "Sí" sin dejar la presa, pero sin conseguirlo del todo.

* * *

La noche después de que Andrew devorara a Konstantin se levantaron y se encontraron con nubes de tormenta que se precipitaban sobre sus cabezas, cosa que a Andrew le convenía. La manada nunca había tenido mucho éxito con las limpiezas y esperaba que el clima se pusiera de su lado. Una pequeña inundación repentina complicaría bastante cualquier investigación humana de la escena del crimen.

Pero para su sorpresa, la limpieza fue muy bien. Cada miembro de la manada se hizo responsable de un cuadrante de la zona y se puso a trabajar, recogieron todo lo que podía meterse en la camioneta de servicio y rompieron el resto. Luego trabajaron todos juntos para volver a colocar la camioneta del solitario de pie y la cargaron con todo lo que pudiera llevar. Los trozos de metal que quedaron los esparcieron por la zona y los enterraron con rapidez pero a conciencia. Después de dos horas de trabajo, el lugar había quedado prácticamente prístino. Barry condujo la camioneta de servicio hasta una curva complicada de la carretera situada a unos dieciocho kilómetros y la lanzó contra la pared de un acantilado a toda velocidad. Simon Peter, Niccolo y Roxana se unieron a Andrew para empujar la camioneta del solitario por una escarpada torrentera que ya estaba empezando a llenarse de agua y luego más abajo, hasta el fondo del cañón. Rebotó cuatro veces mientras se despeñaba y se incendió en cuanto aterrizó sobre unas rocas bajas que sobresalían.

Simon Peter emitió unas cuantas señales falsas de los tíos de la telefónica mientras la manada se dirigía hacia el este. No habría motivos para investigar hasta el día siguiente, y para entonces las pruebas ya se habrían sazonado un poco. Todo iba bien.

Andrew tenía el nombre "Redes Cardinales" pero no sabía mucho más sobre lo que significaba, aparte de los leves recuerdos de Konstantin de que la red había trasladado a Lucita. La manada se paró en cada aeropuerto y pueblo del camino en busca de servicios de alquiler de cualquier tipo. Se turnaron más o menos al azar, confiando en que el destino y la diablerie les dieran las pistas que necesitaban. En el café lleno de grasa del aeropuerto de Mesa Verde, dos chavales

jóvenes hacían comentarios sobre aquel gran aparato de alquiler hecho a medida que habían visto en Gunnison y la manada se puso en marcha otra vez.

Pues claro, los archivos de vuelo de aquí (ahora húmedos de sangre) casi apestaban a la mano de Lucita. ¿Redes Cardinales? Era una referencia tan obvia al fallecido y lamentado Monçada que Andrew se figuró que *tenía* que ser una invitación deliberada. Lo que a su vez significaba que estaba esperando que la persiguieran y probablemente había organizado sus defensas. Quizá hasta ahora sólo habían tenido suerte... lo mejor sería salir del edificio y encargarse de las pruebas.

Andrew decidió encargarse del fuego en persona. Cada uno de ellos se llevó un par de cuerpos abajo pero luego mandó a la manada que registrara la zona en busca de pruebas.

–Y no más asesinatos de momento. Puedo ocuparme de los cuerpos si no me queda más remedio, pero preferiría no tener que hacerlo. –Miró atentamente a la manada y se dio cuenta de lo cerca que estaban todos del frenesí de la sangre—. Si matáis a alguien, tendréis que entendéroslos conmigo, y no creo que ninguno de vosotros esté preparado para quitarme el liderato, ¿verdad? –Eso surtió el efecto deseado y los demás lo dejaron en paz.

Primero apoyó los cuerpos contra las salidas de incendios, como si estuvieran intentando empujarlas desesperados por salir. Luego salió y derribó unos cuantos bidones de 50 galones de combustible y jabón, sólo lo suficiente para evitar que las salidas de incendios pudieran abrirse. Volvió luego arriba para limpiar toda la sangre que pudo, para comprobar si había alguna huella suelta de la manada, (sólo unas pocas, por fortuna, y todas fáciles de borrar, ya que los vampiros no generan aceites dérmicos y sólo dejan huellas en superficies ya engrasadas o preparadas de otro modo) y para reunir el papel esparcido y dejarlo en un estado tan parecido al anterior al ataque como fuera posible.

Se preguntó distraído si se arrepentía de haber asesinado a todo el personal de la torre de control, que se habían negado a contestar las preguntas que les gritaban cuatro dementes que habían entrado a la fuerza tras derribar unas puertas cerradas con llave. Mientras recogía formas que apenas se agitaban decidió que no. De todos modos habrían tenido que morir. Era sólo que ojalá no hubiera dejado que la manada se abandonara tanto a sus instintos: tras la emboscada y la caza del autobús, podría haber descuidos. No bastaba con ser un individuo superior cuando se reunían unas hordas lo bastante

poderosas de ganado para responder al ataque. Bueno, la manada tendría que aprender o perecer y en cualquiera de los dos casos, la calidad media del Sabbat mejoraría. Andrew sólo esperaba no tener que estar directamente implicado en ninguna desaparición.

La torre de control no estaba lo que se dice *limpia* cuando dio por terminado el trabajo, pero estaba lo bastante ordenada como para que las brigadas de bomberos no hallaran nada sospechoso. Ya era hora de encontrar una excusa para el incendio. En el sótano encontró algo que lo hizo echar una carcajada. ¡Algún idiota había dejado unos trapos llenos de grasa cerca de la caldera! Era un tópico tan clásico. Estaba claro que el destino exigía que se quemara todo aquello. Ni siquiera tuvo que tirar una cerilla, sólo tuvo que empujar los trapos un poco más cerca de la caldera.

Se encendieron en cuestión de segundos. Sintió que en su interior crecía el gran miedo, el miedo que todos los vampiros tienen de las llamas y de su capacidad para abrasarlos y enviarlos a la Muerte Definitiva, pero lo contuvo el tiempo suficiente para convencerse de que el incendio estaba bien encaminado. De vuelta arriba, empujó varios objetos inflamables cerca de los respiraderos de la caldera y le dio una patada a un tanque de propano. Para cuando salió al exterior con paso tranquilo, media docena de pequeños incendios ardían en el primer piso y empezaban a extenderse con rapidez. Mientras miraba, varias chispas flotaron hasta la torre de control, donde se prendieron los primeros papeles sueltos. El resto sería una cuestión de tiempo.

—¿Entonces a Londres? —Andrew se volvió y se encontró a Simon Peter a su lado; estaba claro que también disfrutaba de aquel incendio cada vez mayor y murmuraba con suavidad.

—¿Estás enviando falsas señales de control aéreo?

—Sí.

—Muy listo. Debería haberlo pensado yo. Te debo una consideración especial la próxima vez que dividamos un botín Buena idea. —Andrew vio que Simon Peter esbozaba una sonrisa calculadora—. En cualquier caso, sí, Londres. Al menos eso es lo que indican estos planos y no veo ninguna señal de falsificación. ¿Para qué coño iba ir ella a Londres?

—Ni idea. ¿Viejos amigos? ¿La necesidad de beber cerveza caliente? No es mi departamento. Quizá quiera que los gilipollas de la Camarilla se la carguen.

Andrew vio una leve sonrisa que recorría el rostro de Simon Peter y él también sonrió.

--Por alguna razón creo que si fuera a ponerse en el camino de la destrucción, no lo haría allí. No, creo que va detrás de algo. O de alguien. Después de lo que dijo nuestro amigo Konstantin, te apuesto lo que quieras a que tiene otro contacto allí y quiere ir a llorarle durante una temporada.

Roxana y Barry se acercaron mientras hablaba Andrew. Roxana no parecía muy convencida.

--¿Crees que nos contó la verdad?

--Oh, desde luego que sí --dijo Andrew sosteniendo la sonrisa--. El tipo ya estaba totalmente roto. Lucita está haciendo uno de esos viajes llenos de sentimientos de culpabilidad que parecen vencer a los peones de vez en cuando. Se pasará las próximas noches preguntándose, "*¿Pero merece la pena?*" y "*¿Es que no soy más que un peón en el juego de algún antiguo parásito?*". Y siendo la idiota que es, decidirá que "Sí" y "No" por ese orden, en lugar de al revés y luego volverá a matar a otros peones y volverá a sentirse superior por lo independiente que es. No, para mí, la verdadera pregunta es ¿queremos ir a por ella?

Niccolo parecía confundido.

--¿Por qué no íbamos a querer?

--Lo diré de forma más sencilla. --Andrew a veces se cansaba de llevar de la mano a Niccolo en cualquier cosa que necesitara lógica o sutileza--. Nunca se queda en el mismo sitio demasiado tiempo. Se va aquí, luego allí, luego más lejos. Podríamos volar a Londres justo a tiempo para averiguar que se ha ido a otro sitio. O podríamos esperar y ver...

--Ah, ya veo --lo interrumpió Niccolo. O bien prefería no responder a los pequeños insultos de Andrew, o (lo más probable) no se había enterado de ellos; no parecía entender muy bien los matices del inglés--. Quizá podamos ahorrarnos un tramo de la caza.

--Algo así.

Simon Peter reflexionó en voz alta.

--Si puedes conseguirme un buen punto de acceso, puedo ponerme a vigilar el tráfico oficial de Londres. Desastres, delitos, cualquier cosa fuera de lo normal y puedo descubrirlo dentro del flujo general de noticias.

--Suena bien. Vamos a limpiar la escena, acomodarnos y empezar con eso mañana --Andrew hizo una pausa--. Pero antes vamos a disfrutar del fuego unos minutos más.

Martes, 11 de abril del 2000, 9:45 p.m.
Posada Vista del Mar, Harbor Island, Eleuthera, Bahamas

El arconte-capitán Alejandro Kleist presentaba un aspecto imponente, sobre todo en medio de la típica multitud de turistas. Sus ancestros eran españoles y alemanes y él mostraba características de ambas familias; llevaba el cabello negro y largo sujeto con un aro de platino decorado con las insignias de media docena de santos patronos. Se asomaba al mundo a través de unos penetrantes ojos azules matizados con un tono plateado; Lucita habría pensado que eran lentillas si no se lo hubieran descrito así otras personas. Se movía con la grácil elegancia de un espadachín y marino y Lucita reconoció las señales que indicaban la presencia de armas ocultas en el abrigo, los pantalones y los zapatos.

Entró en el comedor como si lo poseyera, examinó la habitación, la reconoció y se acercó a ella con algo menos obvio que una zancada. Con un solo movimiento lleno de elegancia, se quitó el abrigo y se sentó en silla que había enfrente de ella.

–No apruebo su actitud –dijo sin más preámbulos.

Para organizar esta reunión había sido necesario hacer uso de la diplomacia más cuidada. Los dos habían oído hablar del otro, claro está: la independiente arquetípica y el ejemplo *antitribu* de lealtad a la Camarilla; la asesina y el oficial cubierto de honores. Pero nunca se habían encontrado en persona y Lucita había tenido que acercarse a través de intermediarios: primero un corredor de información de Miami de linaje incierto, luego un trato con uno de los Setitas de la ciudad, que le proporcionaría una forma de llegar a Kleist a cambio de recuperar ciertos papeles de un golpe realizado veinte años antes. Todo eso exigió un tiempo de radio sustancial y la ayuda criptográfica ocasional de un radiotelegrafista conocido de Angélica. No le hizo mucha gracia tener que cambiar al turno de noche, al menos hasta que se dio cuenta de lo grande que iba a ser la prima que iba a recibir a cambio de su ayuda. Luego las cosas fueron sobre ruedas.

Por fin Lucita pudo hablar directamente con el oficial ejecutivo de Kleist, un marino americano llamado Randall Thomas del que sabía muy poco.

–Que especifique él el lugar y lo inspeccione de antemano. Yo haré que mi ayudante haga lo mismo, y él puede supervisarla si lo desea. Quiero que se sienta seguro.

Al final decidieron reunirse en uno de los hoteles de lujo de la ciudad. Estaba cerca de los muelles y al parecer Kleist y su tripulación eran huéspedes regulares del establecimiento. Según decía el Setita, hasta se podía encontrar su supuesto navío de investigación, el *Tutela Negra*, en las postales que había en las tiendas de regalo de Eleuthera. El hotel estaba amueblado en un estilo que, según el gusto de Lucita, era una mezcla de horterada moderna de clase alta americana y elementos provenzales bastante bien elegidos. Para ella era un dolor de cabeza a punto de estallar, aunque los clientes parecían disfrutarlo. Lucita se movía por un mar de vibraciones de felicidad.

Lucita escuchó con tranquilidad aquella declaración.

–Ni tiene por qué, siempre que esté dispuesto a hablar un rato conmigo.

Kleist tenía más que decir.

–Es usted un ejemplo perfecto de por qué el Sabbat excluye por completo a nuestro clan. Se ha pasado toda su existencia haciendo sólo dos cosas: permitiéndose pequeños rencores contra su sire y asesinando a cualquier Vástago con enemigos dispuestos a pagarle sus honorarios. En ningún momento se ha preocupado por el estado de los nuestros como raza, ni por el bienestar de nuestro clan; en realidad, por nada que no fuera su propio interés. Ha consumido el fruto del trabajo de muchos grandes Vástagos, trabajo que realizaron para permitirnos continuar existiendo, y usted no ha devuelto nada salvo la muerte definitiva. Se niega a resistirse al Sabbat y elimina a los que cumplirían con la obligación que usted rehuye.

»Si fuera a reunirse conmigo bajo cualquier otra circunstancia, la destruiría sin más y sentiría que había hecho una buena obra. Dígame lo que quiere pero no espere ninguna simpatía por mi parte.

Lucita hizo una pausa y él pareció pensarlo durante un momento.

–¿Tiene algo más que decir antes de que empiece yo?

Kleist agitó una mano para indicar que no.

–Ahora que ya sabe dónde está, diga lo que quiera.

–Hábleme de su trabajo, capitán.

–Arconte-capitán, para usted.

–Hábleme de su trabajo, arconte-capitán.

–¿Por qué?

Lucita abrió los brazos para abarcar toda la escena.

–Arconte-capitán, este es un mundo del que sé muy poco y quiero aprender más. Le explicaré por qué a cambio de su respuesta. Por ahora, hábleme de lo que hace y cómo es ese trabajo.

El capitán se la quedó mirando, ella aguantó la mirada.

»No es ninguna trampa. Seguro que está lo suficientemente alerta para sentir mis intenciones.

–Con franqueza, no. Al menos no en su caso. He visto informes de algunos de sus ataques contra figuras de la Camarilla y no me engaño sobre su habilidad para disimular sus intenciones, cubrir las apariencias y luego volver a tapar el resultado. Por favor, no me haga perder el tiempo con ese tipo de cosas. Tengo un barco que atender y primos que destruir y esta reunión sólo merece la pena si se abstiene de decir sinsentidos.

Lucita había cultivado un suspiro muy humano para aquellas ocasiones. Cuando lo exhaló, él se sobresaltó.

–Muy bien. ¿Necesita primero la explicación?

–Así es.

–¿Sabe que Monçada ha desaparecido?

–Eso han dicho los informes, ¿es cierto?

–Lo es.

–¡Enhoramala! Si hay infierno, espero que se alegre de recibirlo. ¿Qué tiene eso que ver con que esté usted aquí insultando mis conocimientos sobre su situación?

–Lo dijo usted mismo. Me he pasado casi mil años haciendo lo posible para detener sus ardidés. Nunca funcionó todo lo bien que me hubiera gustado, pero en cualquier caso, está hecho. Supongo que me pasaré años descubriendo las conspiraciones que puso en marcha, si la Gehena no desciende antes, pero no va a iniciar nada nuevo.

Kleist colocó con aplomo las manos sobre la mesa. Habría sido un gran gesto de renuncia al acceso a las armas para cualquiera que no pudiera hacer que la oscuridad se convirtiera en dos brazos más. Con todo, Lucita agradeció la intención.

–Conmover. La gran doncella guerrera confiesa su fracaso.

–Está intentando provocarme, y es muy bueno. Reconozco el legado que le dejaron sus maestros sevillanos. No estoy segura de si se da cuenta que fui yo la que patrociné a los primeros autores de sus libros de retórica.

El capitán parpadeó.

–No me di cuenta. Mis disculpas por utilizar un truco tan obvio.

--Aceptadas, arconte-capitán. Basta decir en este punto que quiero saber lo que significa tener una misión. Sé bastante sobre la clase de adversarios y obstáculos a los que se enfrenta pero muy poco sobre lo que usted cree que hace o cómo se siente. Digamos, por el momento, que soy una de las almas independientes de nuestro clan que quiere saber lo que tiene que ofrecer la Camarilla. ¿Por qué los sirve y qué gana a cambio?

Kleist habló con lentitud y cierta indecisión al principio, pero recabando entusiasmo al hablar.

--Los justicares son en la práctica los dirigentes de la Camarilla. Disponen de un gran margen para averiguar las violaciones de las Tradiciones y de las prohibiciones de la secta. --Lucita asintió--. Cada justicar escoge a uno o más arcontes para que le ayuden, casi siempre un miembro de otro clan que aporta una perspectiva y unas habilidades que complementan las del justicar --Lucita asintió de nuevo.

»En 1942, poco después de que los americanos entraran en la guerra, se me acercó el justicar Xaviar. ¿Le llegó a conocer? Supongo que no.

--Nunca tuve el placer.

--Je. Dudo que usted lo hubiera disfrutado mucho. En mi caso fue diferente. Conocía el trabajo que yo había hecho como mediador entre los *antitribu* de mi clan y la Camarilla, pretendía resolver los conflictos de forma pacífica y promover empresas conjuntas en asuntos de interés mutuo. Lo encontró interesante y me dijo que quería que la Camarilla dejara de ser, y cito sus palabras, "*el Club de los Siete, quiero que se convierta en lo que nos gusta decirles a todos que es*". Yo sería (y vuelvo a citar sus palabras), "*un Apóstol para los Otros*". Eso me convenía porque sentía que ya había llegado todo lo lejos que podía sin más autoridad, y este tipo de ofertas presumiblemente no se producirían muy a menudo.

Kleist hizo una pausa para mirar al camarero que se acercaba.

--¿Quiere ocuparse de esto o me encargo yo? --Lucita hizo un gesto con la mano para reconocer su autoridad. Kleist levantó los ojos hacia el camarero con una expresión completamente seria y pidió uno de los vinos más caros, luego le dio un pequeño empujón mental para que se abstuviese de molestarlos más.

»Bueno, veamos, --volvió a concentrarse--. 1942, sí. Cuando se lo permitían sus obligaciones, el justicar me fue preparando y alrededor de 1950 ya me había ganado su aprobación. Llevo haciendo el mismo

trabajo desde entonces. Aunque ahora se ha retirado de la Camarilla, el consenso de los justicares que quedan es que debería continuar en mi puesto hasta el momento en que ellos o sus supervisores decidan si se requiere un sustituto para Xaviar y en ese caso, cuales deberían ser las referencias de ese individuo.

–Cuéntame cómo es un año para usted.

El camarero les trajo el vino. Los dos fingieron beberlo hasta que el camarero se alejó; Kleist envolvió entonces la botella en una penumbra que ocultaba lo llena que estaba.

–Todo sería diferente si estuviera en tierra, por supuesto. Algunos de los otros arcontes se especializan en tipos de entornos o en una región geográfica. A mí me interesa el mar. Yo cuido de los puertos y de los barcos que se mueven entre ellos.

»La Mascarada es una entidad muy frágil en el mejor de los casos. En la práctica, si castigásemos a cada vampiro cuyas acciones crean un riesgo grave de descubrimiento mortal, nuestra raza se quedaría pronto despoblada. Nosotros, es decir los justicares y los arcontes, disponemos de una gran autoridad personal precisamente porque debemos ejercerla con discreción. La Camarilla es tanto una actitud como una organización y desde luego se parece mucho más a una comunidad que a un gobierno. Tenemos que infundir respeto y confianza en nuestros sujetos además de miedo, o nos arriesgamos a empezar una Revuelta Anarquista otra vez. Me doy cuenta de que los solitarios como usted apenas se preocupan de estas cosas, pero al final notarían no sólo la pérdida de clientes sino el final de todo santuario.

Lucita no reaccionó de forma visible. Ya habría tiempo para discutir más tarde, quizá. Kleist hizo una pausa, vio que ella no iba a responder y continuó.

–Yo observo las anomalías. Cuando se informa sobre hechos extraños en la costa, voy a investigar y si encuentro vampiros descuidados, hago lo que sea necesario para que vuelvan a tener cuidado. Puede ser algo tan simple como unas palabras de advertencia y un pequeño consejo. Con frecuencia se produce una lucha, y hago lo necesario para vencer. Cuando el culpable es nuevo en la no vida, busco a su sire y hago que la tradición de la progenie funcione a mi favor. A veces acudo al príncipe o sheriff local para conseguir ayuda. Muy de cuando en cuando, entre dos y cinco veces al año, quizá, debo destruir al culpable directamente. Lo considero un éxito para la supervivencia de la comunidad en general pero un

fracaso de mi habilidad y de esa zona.

»Y entre puerto y puerto, navego. Mi barco se hace a la mar varias veces al año para atacar los navíos controlados por el Sabbat. Escoltamos a los navíos débiles de la Camarilla que lleven cargamentos importantes con ese barco de ahí fuera. --Señaló por la ventana al *Tutela Negra*--. O con otro dispuesto para la ocasión. A veces realizamos investigaciones para la Camarilla, hacemos mapas de posibles refugios acuáticos y cosas así. --Hizo otra pausa para estudiar la reacción de Lucita, pero no encontró mucho a lo que aferrarse--. Y por último, cuando era necesario ayudaba al justicar Xaviar con los problemas que requerían más poder del que tenía él solo o recursos a los que, según el caso, no tenía acceso directo. Lo más probable es que haga lo mismo para quien resulte ser el nuevo justicar.

Lucita comentó con dulzura.

--Su rutina es menos diferente de la mía de lo que usted desearía creer.

--¿Y cómo es eso? ¿Qué tiene en común una vagabunda sin raíces con una autoridad respetada de la secta más grande de los Vástagos?

--Ahórreme las etiquetas. Usted vaga por ahí metiéndose en problemas y luego haciendo lo que cree conveniente para arreglarlos. Se pasa la mayor parte del tiempo, según su propio relato, en la carretera o en el mar, haciendo lo que le parece. Sólo se da la casualidad de que tiene las etiquetas que le proporcionan la confianza o al menos el apoyo de los demás.

Kleist gruñó durante apenas un momento.

--Mi trabajo es garantizar la seguridad de todos los cainitas, la suya incluida. Usted se abandona. Se deja llevar sin más obligaciones. Yo me muevo según unas instrucciones y obligaciones concretas.

--Lucita sacudió la cabeza y adoptó una expresión fingida de dolor. Kleist luchó por recuperar la compostura--. Usted misma dijo que sólo nos conoce como antagonistas. No sabe lo que está diciendo, literalmente, cuando habla así. Venga si se atreve. Navegue conmigo en mi próxima misión y véalo por sí misma.

Aquel era el punto hacia el que Lucita había dirigido la conversación durante toda la velada. Era crucial que no se le notara cuánto deseaba aquella invitación, así que respondió con frialdad.

--¿Confía en mí a bordo de su barco?

--Prima, no confío en usted más de lo que podría lanzarla a la

plena luz del día. Carece de honor y de principios más allá del puro egoísmo. Pero sí creo que puedo apelar a su vanidad y a su curiosidad y confiar en que ellos la guiaran hacia la información que yo quiero que reciba.

–Su confianza me conmueve.

–Si quiere jugar, puedo irme ahora y no volver a hablar con usted jamás. La única forma que puedo tratar con usted es con honestidad. No tengo ningún interés en jugar a los juegos del Elíseo con alguien como usted.

–Ya veo.

–Más le vale. Ahora, ¿se atreve a subirse al *Tutela Negra* y averiguar qué es lo que hago o prefiere tejer metáforas ociosas?

–Si me lo pone así...

–Mucho cuidado con lo que dice.

–...acepto.

Miércoles, 12 de abril del 2000, 9:15 p.m.

Cúter *Tutela Negra*, A 50 millas al noreste de la Isla Eleuthera, Bahamas

Kleist se encontraba con Lucita en el punte del barco y se sentía muy orgulloso de su barco y su tripulación. Era una noche cálida, maravillosa. Habían desaparecido los chaparrones y las nubes cruzaban el cielo flotando. Los bancos de plancton luminiscente subían a la superficie y hacían que el mar reluciera con una vida como no había otra en la tierra. Los delfines se alimentaban sobre aquel fulgor junto con los extraños peces que desde las profundidades coronaban la superficie en busca de sus presas favoritas. Aquello formaba parte del mundo de Kleist, algo con lo que Lucita no estaba familiarizada excepto como un obstáculo que debía salvar lo antes posible para llegar a su objetivo.

El capitán no se hacía ilusiones (o eso pensaba él) sobre la posición que ocupaba con respecto a ella. No era inferior a aquella mujer en potencial innato, gracias a su antiguo sire. Pero mil años de energética existencia debían darle a Lucita una ventaja en la práctica. Él había sido un estudiante diligente de la manipulación de sombras

casi desde la noche en que murió, pero ella había dispuesto de cinco veces más de tiempo. Sinceramente esperaba no tener que luchar con ella.

El oficial ejecutivo veía las cosas de una forma un tanto diferente. Por supuesto que Randall Thomas parecía *siempre* listo para la lucha. Kleist nunca tenía muy claro cuántas de las historias que contaba el OE eran exactas, cuántas una exageración y cuántas una pura invención. Pero sí sabía que la actuación del OE en el cumplimiento de su obligación era impresionante y que su record constituía un argumento formidable sobre cuan absurdos eran los prejuicios que tenía la Camarilla en general contra los Caitiff. Kleist preferiría con mucho tener un solo vampiro "sin clan" que supiera hacer su trabajo que un montón de idiotas con pedigrí y ninguna habilidad demostrable.

Thomas se lo había dicho así a Kleist dos noches antes:

--No tenemos nada que perder. Si crea algún problema, tenemos a 88 guerreros experimentados a menos de 80 metros de distancia en cualquier momento. Si decide que esto no la convence, podemos hacer cambios más rápido de lo que ella puede vender nuestros secretos. Y quizá empiece a entender algo por el camino, ¿no?

Kleist tenía sus dudas pero estuvo de acuerdo en que merecía la pena hacer el experimento.

Así que aquí estaban. Kleist se dio cuenta de que Lucita se relajaba de forma visible cuando el barco salió a navegar en silencio por el Atlántico, a pesar de estar rodeada de individuos hostiles y una situación táctica que desconocía casi en su totalidad. Kleist mismo no sentía la inclinación del clan hacia el mar; la atracción que sentía no era más que la continuación de la fascinación por el mar que había sentido durante su vida mortal. Estar de pie en el puente de un barco que respondía a sus órdenes era para él la esencia de la independencia. Sus amos estaban muy lejos y así era como le gustaba. Hasta Xaviar, tan buen amo en muchos sentidos, no dejaba de figurar en el esquema de las cosas como el superior de Kleist y Kleist no doblaba la rodilla ni sometía su mente de buena gana al mandato de nadie.

--¿Qué ha hecho con su ghoull? --preguntó él, más por cortesía que por un interés real. La Tradición decía que las preguntas concretas demostraban que al anfitrión le preocupaban sus invitados.

--Se aloja en la posada --respondió Lucita sin mirar a Kleist. Éste vio que la mujer hacía un cuidadoso inventario de las escotillas y pasarelas que había en la cubierta superior. Bueno, déjala; no es

como si aquella información le fuera a servir de mucho y si así se sentía más segura, mucho mejor—. Tuvo mucho trabajo cuando veníamos hacia aquí y necesita descansar más que ver todo esto.

Kleist asintió.

—Muy bien. ¿Le parece que recorramos el barco?

* * *

El *Tutela Negra* era un barco hecho a medida de proa a popa. Había empezado con los planos del cúter de clase *Famous* de los guardacostas de los EE.UU. pero cuando los arquitectos navales *antitribu* terminaron con él, sólo quedaban las proporciones generales. Casi todos los rasgos superficiales distintivos se podían quitar y cambiar por piezas alternativas, lo que le proporcionaba al casco y a la estructura superior un perfil significativamente diferente con apenas unas horas de trabajo. Las modificaciones se extendían incluso hasta la cadena del ancla y los diseños del timón, si bien los arreglos del interior llevaban un poco más de tiempo. La mayor parte del tiempo, el barco navegaba bajo la pretensión de ser un barco de investigación de las Bahamas y lucía en posición prominente los instrumentos necesarios para sondear las tormentas tropicales. Un cañón automático de 76 milímetros situado en la proa y unas metralletas mas pequeñas colocadas a ambos lados se ocultaban en lo que parecían pilas de cajones de embalaje.

El capitán empezó a ganarse el respeto de Lucita cuando describió las fuentes de los fondos que pagaban todo aquello. Tenía un libro mayor que resumía los esbozos del proceso: tantos millones de dólares en certificados bancarios y otras monedas provenientes de este barco del Sabbath, tantos metros de fibra óptica arrancados a un yate Lasombra antes de barrenarlo, y así sucesivamente. El *Tutela Negra* no sólo era el modo de conseguir victorias contra el clan principal, era también el testimonio de antiguas victorias, y había muchas. Kleist, Thomas y su tripulación habían hecho quizá más que ella durante el último siglo y medio en lo que a interferir con los asuntos empresariales del clan se refería.

Thomas subió a toda prisa con un puñado de impresos de interceptaciones radiofónicas.

—Aquí tiene, señor. Esta vez tenemos agarrados por los cojones a esos babuinos culo cañón.

Lucita parpadeó. El tono de Thomas era muy claro pero aquel

lenguaje vernáculo la sobrepasaba por completo. Su expresión debió ser más obvia de lo que había pensado porque Thomas le sonrió:

–Anormales, señora, y un montón. Es una lata entera llena de gilipollas y todos necesitan unos cuantos enemas de dos cañones.

Lucita consiguió entender parte de la última frase.

–Han localizado a alguien que estaban persiguiendo.

–Joder que si los hemos encontrado. Odio tanto a esos malditos hijos de puta que llevo siglos esperando la oportunidad de meterlos por una trituradora y luego soltarles brea caliente a los restos.

Lucita se rindió y se dirigió a Kleist.

–Arconte-capitán, está claro que me estoy perdiendo algo.

La mujer pensó por un momento que el capitán se iba a reír de ella a la cara, pero conservó la compostura.

–Este es uno de los proyectos personales del OE. Lleva esperando identificar a una banda de Sabbat acuáticos desde que nos tropezamos con ellos hace tres años. Sólo salen a la superficie cuando tienen el botín suficiente para justificar un viaje a algún puerto conveniente para venderlo. La expresión del señor Thomas me hace suponer que ha interceptado una comunicación entre ellos, sus actuales rehenes y lo que transportan y uno de sus receptores habituales.

Thomas asintió con vigor.

–¿Le enseñamos a la dama el espectáculo, señor? Que vea lo que *podemos* hacer con un montón de polos de carne que están esperando el tratamiento del periquete.

Lucita hizo un aparte.

–¿Quieren enseñarme cómo luchan?

Kleist por fin perdió el control durante un momento y echó dos carcajadas.

–Sí.

Lucita estudió a la tripulación cuando se pusieron a trabajar. Las auras demostraban que aproximadamente la mitad de los... 88 creyó contar... hombres eran ghouls. Los que no eran ghouls parecían carecer de muchas de las habilidades náuticas necesarias: eran todo músculo, un estilo muy conocido de mercenario reunido al parecer a lo largo y ancho de toda América. Los ghouls eran una mezcla uniforme de caucásicos y caribeños de origen africano y estaba claro que eran ellos los que hacían correr al *Tutela Negra*.

Los preparativos transcurrieron impresionantemente bien. Lucita sospechó que debían hacer maniobras con regularidad. No podían

entrar en combate con tanta frecuencia, ¿verdad? Kleist había dicho "*unas cuantas veces al año*" y aquello demostraba mucha más práctica. Unas pequeñas aberturas en las cúpulas del equipamiento falso permitían que los equipos de tiro cargaran las armas e incluso apuntaran de forma rudimentaria sobre los instrumentos sin estropear la ilusión. Daba la sensación de que en menos de un minuto podrían quitar las cubiertas y dejar que las armas apuntasen abiertamente. Lucita comprendió entonces porqué el libro mayor de Kleist mostraba tantos botines lucrativos.

Kleist daba órdenes a los equipos que estaban preparando el arma principal, mientras Thomas circulaba sin parar por la cubierta y supervisaba todo lo demás. Parecían ser los únicos vampiros que había a bordo, a parte de la propia Lucita, y habían cultivado el respeto, el miedo y la devoción necesarios en todos los demás. Nadie se ponía en su camino jamás ni mostraban desgana a la hora de llevar a cabo una orden. Lucita sintió una breve punzada de nostalgia por las haciendas perdidas tanto tiempo atrás y el estilo de vida patricio.

Thomas y Kleist revisaron los mensajes interceptados. Al parecer había ciertas frases codificadas que reconocieron como pertenecientes al objetivo. No les llevó mucho tiempo hacer la triangulación basándose en la dirección de las señales y los datos sobre las horas aproximadas de ataque. El *Tutela Negra* giró la proa hacia el norte con el objeto de interceptar a los incursos veinte millas más adelante. Kleist y uno de los oficiales de radio empezaron a mandar lo que parecía una serie normal de informes técnicos sobre las condiciones actuales de la corriente con alguna mención ocasional a algo tentador, como pruebas de filtración de extracción de metales. La tripulación se distribuyó en escuadrones y, de hecho, realizaron varias pruebas científicas, con las armas siempre a mano. Al igual que al preparar el arsenal, las acciones de distracción le demostraron a Lucita que la tripulación había practicado todo aquello. El barco redujo la velocidad, de 12 nudos a poco más de siete, para encajar con la imagen de barco de investigación.

Angélica había intentado dormir pero se dio cuenta de que eso no iba a ocurrir. Desde luego estaba lo bastante cansada para dormir pero por alguna razón el sueño no quería acudir hasta las primeras horas de la mañana. Y tampoco se sentía cómoda dejando el hotel; había algo que le decía que era importante que permaneciera a mano, al alcance del hotel sino en su habitación todo el tiempo.

No conseguía encontrarle sentido a todo lo que le estaba pasando. La... vampiro. Y parte de eso estaba justo ahí. Angélica, después de todo lo que había visto desde que abandonara Gunnison, todavía no conseguía encajar en su visión de la realidad esa realidad de los chupadores de sangre no muertos. No encajaba. Es más, era una ofensa contra buena parte de lo que pensaba que sabía, de lo que había aprendido en la iglesia y en casa de niña y que había sobrevivido al infierno de la guerra y la huida, lo que había aprendido en todos los años transcurridos desde entonces. Le habían exigido que aceptara a hombres y mujeres sin moral y las miserias sin motivo del mundo natural, y una de las consecuencias necesarias de aquellas lecciones era que todo tenía sus límites. Todo tenía que parar en algún sitio.

Sólo que Lucita y los suyos seguían adelante y superaban el punto en el que todo el mundo se detenía.

Había momentos, claro está, en los que una mujer sensata tenía que cuestionarse lo que percibía. Angélica sabía lo que la fiebre y el hambre podían hacerle a los sentidos y a la capacidad de la mente para interpretar lo que éstos le enviaban. Pero no era eso. Angélica estaba cansada, desde luego, pero no hasta el borde del agotamiento y estaba recibiendo alimentos bastante mejores de lo habitual y no mostraba ningún síntoma de enfermedad. No había nada en aquel examen de conciencia que le ofreciera la esperanza de que todo aquello no fuera más que una alucinación demasiado prolongada.

Lo cierto era que, a menos que llegara un alivio inesperado, el mundo no sólo era diferente de lo que había imaginado Angélica, sino *radicalmente* diferente. Podría haber sido más fácil si Lucita y Stephen y los demás fueran más o menos todos los vampiros que existían en el mundo. Un puñado de ellos aún habrían sido una ofensa contra la naturaleza del mundo, pero más en el sentido de una anomalía, esa clase de acontecimientos raros que daban lugar a las historias de milagros y fenómenos extraños. Angélica sabía que el mundo a veces se rompía de una forma peculiar, quizá sólo debido a la casualidad. Si

ocurrían las cosas suficientes, entonces las cosas que sólo pasan una vez entre un millón pueden pasar con bastante regularidad y las cosas más extrañas al menos de vez en cuando. Eran molestas pero no especialmente significativas.

Era mucho peor que hubiera tantos. ¿Es que cada ciudad escondía uno? ¿O una docena? Angélica se imaginó miles, quizá millones, de esas cosas detrás de cada sombra. Durante el vuelo desde Londres, cuando Angélica había preguntado si había vampiros en África y Asia. Lucita sólo le había dado respuestas vagas. Ante la ausencia de información sólida, la piloto, muerta de miedo, se veía inclinada a imaginar lo peor.

Y Angélica tampoco llegaba a entender porqué había consentido pasar con Lucita por todo aquello. Dos vuelos transatlánticos no explicaban el peculiar entusiasmo que sentía. En un par de semanas tendría que ponerse a pagar las facturas o perdería el apartamento, el espacio en el hangar... y no podía conseguir que le importara nada de eso. Por mucho que odiara y temiera a lo que Lucita era, Lucita era la dueña de la lealtad de Angélica.

Necesitaba entender lo que estaba pasando y no parecía haber forma de llegar a saberlo sin continuar este viaje.

Y cuando se le ocurrió esa idea, intentó imaginarse decidiendo no seguir con Lucita. Ya basta. Me voy a casa. Se acabó. La idea cayó en el vacío. La olvidó casi antes de poder concebirla. Hasta que empezó a escribir una lista de posibilidades no se dio cuenta de que la había concebido y perdido al menos cinco veces, sin recordarla ni una sola vez.

Un escalofrío le recorrió los huesos. ¿En realidad podía hacer otra cosa que no fuera obedecer?

Jueves, 13 de abril del 2000, 2:22 a.m.

Cúter *Tutela Negra*, A 75 millas al noreste de la Isla Eleuthera, Bahamas

--Dos mil metros y acercándonos --dijo el operador del radar. Kleist respondió con un breve gruñido. Thomas esbozó una amplia sonrisa.

La "balsa" de los merodeadores resultó estar compuesta por tres pequeñas barcas atadas e impulsadas por media docena de motores que al parecer les habían arrebatado a diferentes barcos. Lucita estudió la construcción con unos prismáticos, un poco impresionada por la ingeniosidad pero notando a la vez la amplia variedad de puntos vulnerables. Estaba claro que los merodeadores no tenían planeado que nadie los atacara en su propio terreno.

La radio volvió a crujir.

–Barco de investigación –dijo alguien con marcado acento cubano–. Conserven el rumbo y prepárense para recibir visitas.

Kleist sonrió esta vez al mismo tiempo que Thomas al acusar recibo también de ese mensaje. A estas alturas los merodeadores ya estaban convencidos de que habían intimidado al *Tutela Negra* por completo. Había empezado media hora antes con las dos Zodiacs hinchables. Salieron como un rayo del norte para rodear al *Tutela Negra* y disparar unas cuantas salvas de munición de rifle semiautomático. Kleist le dijo a la tripulación que se abstuviera de devolver el fuego. El cubano de la radio salió al aire unos minutos después para explicar que "escortarán" al *Tutela Negra* hasta un punto de encuentro con una banda más grande, que lo despojaría de todos los objetos valiosos y dejaría a la tripulación libre en botes salvavidas, siempre que no intentaran resistirse. Cualquiera que se hiciera el héroe, moriría. Kleist fingió muy bien estar aterrorizado cuando aceptó las exigencias.

Y ahora llegaba el momento que Lucita notaba que estaba esperando todo el mundo a bordo del barco. El *Tutela Negra* fue frenando como le indicaron y giró para colocarse paralelo a la balsa mientras avanzaba muy despacio, a dos nudos constantes, con rumbo noroeste. Las Zodiacs recorrían a toda velocidad el costado de estribor del *Tutela Negra* y le tiraban unos cables que se extendían desde grandes cabestrantes atornillados a la balsa. La balsa y el cutter se reunieron con varias sacudidas de noventa centímetros. Muy pronto las Zodiacs tuvieron que apartarse para evitar que las aplastaran. Las lanchas hinchables salieron a toda velocidad de entre los dos barcos mas grandes y luego dieron una vuelta para colocarse por el lado de babor del *Tutela Negra*.

Los primeros merodeadores treparon en parejas. Era una banda muy variada, los linajes de unos cuantos eran obvios, (sobre todo los Nosferatu, que no se molestaban en ocultar sus deformidades) pero la mayoría podía pertenecer a cualquier clan. Lucita sabía por su larga

experiencia que los vampiros podían adaptarse a casi cualquier situación en la que pudieran encontrar una presa, pero aquel puñado de vampiros la sorprendió.

Más de la mitad parecían haberse transformado, o conseguido que otros los transformaran, para adaptarse a la existencia submarina. Recordó las historias que había oído en su niñez sobre las criaturas de las profundidades que se alimentaban de los marinos incautos y aquí tenía a esas bestias. Tenían unos ojos enormes, saltones, con pupilas irregulares y distorsionadas y cristalinos vidriosos y complejos. Los brazos y las piernas terminaban en aletas o masas de tentáculos. Lucita conocía bien el uso de los tentáculos, pero en su caso se limitaba a sacarlos de la sombra y a soltarlos después; aquellas cosas eran enormes y permanentes, latían con golpes de vitae y tenían un aspecto terriblemente orgánico. La piel de aquellos monstruos variaba de forma salvaje: algunos tenían escamas, en otros tenía un aspecto correoso, algunos estaban cubiertos de algas e incluso percebes. El temor la obligó a dar un paso atrás casi reflejo.

Los otros no eran mucho más humanos. Debía haber un Gangrel entre ellos, pensó, para que los rasgos animales fueran tan prominentes... pero quizá fuera que habían compartido sangre y con ella las maldiciones. Había ratas que medían más de dos metros y dragones de metro y medio que se ponían en pie, además de criaturas que Lucita reconocía vagamente como procedentes de las imágenes de miedo más recientes de los medios de comunicación. Una manada parecía enorgullecerse de su aspecto de víctimas de un asesinato, cargados de cuchillos de carnicero y otros útiles de matar que sacarían cuando empezara la lucha.

Cuando se volvieron para recibir una pasarela fija que permitiría que subieran a bordo muchos más merodeadores. Kleist abrió una ventana del puente y gritó.

—¡Ahora!

La tripulación que estaba a cargo del cañón de 76 milímetros arrancó las cubiertas con la mano mientras le daba la vuelta para apuntar hacia la balsa. El primer disparo fue demasiado largo y levantó una impresionante ola cincuenta metros más allá de la balsa más lejana. Los merodeadores se quedaron helados y luego se dispersaron aterrorizados. Las cubiertas de las armas más pequeñas también volaron cuando sus respectivos equipos se pusieron a trabajar. La primera descarga aplastó a dos tercios de los merodeadores que había a bordo del *Tutela Negra* y abrió un largo pasillo en la multitud

de merodeadores de la balsa que esperaban subir a bordo. Tras ellos, el equipo del cañón bajó el cilindro y lo recargó con una eficiencia asombrosa.

Después de eso aquello fue una matanza.

En algún momento de todo aquel proceso, Lucita se dio cuenta de que debía haber sucumbido al frenesí. Algún momento que desconocía después, recuperó la serenidad, con la boca llena con la sangre de otro vampiro y los pies húmedos por las entrañas. Miró a su alrededor y se encontró con que sus anfitriones se estaban recuperando de excesos similares, los dos al parecer muy satisfechos consigo mismos. Sólo parecían quedar intactos un puñado de merodeadores, y todo ellos estaban vigilados. Las armas de fuego no podían matar a un vampiro (salvo por disparos en la cabeza particularmente buenos) pero desde luego frenaría al objetivo el tiempo suficiente para que el atacante le aplicara algún método más permanente. La tripulación del *Tutela Negra* había arrancado trozos de las balsas para utilizarlos como estacas y había enrollado las amarras alrededor de los cuellos de los merodeadores y los habían apretado bien fuerte para decapitarlos.

Los tiburones llenaban el agua y se daban un festín con la sangre exótica y sabrosa de tantos vampiros. Lucita pensó mientras los contemplaba. *No tenéis ni idea de lo que es ser un depredador de verdad.*

Jueves, 13 de abril del 2000, 9:50 p.m.
Posada Vista del Mar, Harbor Island, Eleuthera, Bahamas

Lucita se había sentado en la misma mesa que tenía para encontrarse con Kleist. Esta vez le hacía compañía Angélica. Kleist y Thomas tenían que pedir suministros y cumplir con otras obligaciones; se reunirían con las mujeres alrededor de la medianoche para que Kleist y Lucita pudieran continuar el debate sobre los méritos e inconvenientes de la relación de Kleist con la Camarilla.

Angélica estaba muerta de hambre y se fue zampando metódicamente tres platos de marisco mientras Lucita la miraba y meditaba. *¿Puedo confiar en ti?* Lucita reflexionaba. *Supongo. El*

vinculo de sangre parece tan fuerte como siempre. Quizá incluso más. ¿Quiero confiar en ti? ¿Qué riesgos corro al fiarme de ti?

Si acaso, Lucita encontraba la existencia de Kleist incluso más decepcionante que la de Stephen. La rutina de este último incluía elegancia y cultura, un eco moderno de la vida aristocrática para la que ella había nacido. Lucita no tenía ningún deseo especial de adoptar los muchos artificios que parecía exigir la Camarilla de Londres, e incluso si decidía hacerlo, nadie podía garantizarle lo que harían los demás. Sin embargo, suponiendo que se diera el resultado más favorable, al menos tendría compensaciones. Kleist, por otro lado, caminaba por el barro y navegaba por una letrina sin darse cuenta, al menos por lo que veía Lucita. Nada en la descripción que había hecho de sí mismo daba peso al papel de salvajismo y crueldad amoral de su rutina.

En los tiempos en los que la Camarilla había pasado de especulaciones y murmuraciones a una organización real, quinientos años antes, Lucita había escuchado discursos sobre cómo los vampiros aliados podían superar los impulsos más básicos. No sólo podrían sobrevivir sino prosperar, inventar o reinventar una auténtica sociedad nocturna, donde habría cultura además de fuerza y el final de la Revolución Anarquista llevaría a un renacimiento de las mentes no vivas. Ella había dudado entonces de aquellas afirmaciones y la experiencia de los siglos siguientes no le había dado muchas razones para reconsiderar su postura. Aquel viaje con Kleist había sido el último clavo en el ataúd de todas aquellas esperanzas de que hubiera algo más que retórica. Allí no había ninguna respuesta para ella.

En el restaurante no verían nada extraño salvo que la mujer sin edad vestida de negro estaba muy, muy quieta. Ser voluble dentro de su desesperación no la habría conducido a la supervivencia y Lucita tenía mucho, mucho interés en sobrevivir. ¿Pero para qué? La Camarilla, la gran esperanza blanca, no sería siquiera un buen enemigo, por no hablar ya de aliado. ¿El Sabbat? Menos. Lucita era de esos antiguos que la ideología del Sabbat describía como enemigos. Ella todavía podría considerarse una joven víctima de las manipulaciones de los antiguos pero para alguien Abrazado una semana o diez años antes, no había muchas diferencias entre ella y un veterano del Imperio Romano.

Si las instituciones fallaban, quizá fuera el momento de consultar con algunos individuos. Su sire, su némesis, había desaparecido. Su querido consejero había desaparecido. Pero su compatriota, su aliada,

no. Era hora de dirigirse al este.

**Viernes, 21 de abril del 2000, 10:17 p.m.
Alquileres Deluxe de Jerry, Bahía de Los Ángeles, Baja
California, Méjico**

Andrew estaba furioso.

¿Dónde coño se había ido aquella puta esta vez? Una vez que tuvieron la pista sobre Redes Cardinales y Angélica Trinh, fue bastante fácil establecer que había estado en Londres y que lo había abandonado casi de inmediato. Era un hecho que la habían visto en el Caribe, estaba documentado que tanto el avión como Lucita habían estado en tierra. Tenía el presentimiento de que había una relación entre su presencia y el gran ataque que habían sufrido las manadas que a Conrad, la sire de Andrew, le gustaba llamar los "Gorilas del Mar", pero no podía demostrarlo.

Habló con la manada sobre ir a Londres y hacer temblar a algunos neonatos seleccionados al azar para conseguir información, pero lo cierto es que sólo era un farol. Sabía muy bien que no le convenía meter la cabeza en la trituradora de una próspera corte de la Camarilla. No funcionaría y con eso sólo se ganarían una destrucción dolorosa. No, tenían que dejar a Londres en paz e intentarlo en las Bahamas. Pero Lucita había dejado el avión en Eleuthera y se había trasladado con Angélica a otro sitio. ¿Dónde? Podían estar en cualquier parte prácticamente. Simon Peter había conseguido acceso a varias listas de pasajeros pero había tanto tráfico de turistas en aquella época del año que sin ningún otro tipo de pruebas era imposible saber qué pareja de apariencia mundana ocultaba a una vampiro fugitiva y a su ghoul.

Mientras seguían examinando las noticias y los rumores que extendían los vampiros en busca de pistas. Andrew volvió a seguir con su manada el rastro de la puta. Después de un par de falsos comienzos, habían encontrado a aquel tipo. Lo rodeaba el hedor a víctima y unos cuantos esfuerzos de persuasión por parte de Barry y Niccolo dejaron su alma lo bastante hecha pedazos para que ellos hurgaran a su antojo. Desde luego, la puta lo había utilizado años

antes y otra vez más recientemente. ¿Y qué era eso? Sí, un tanque de aire que hubo que recargar, un poco de arena que hubo que lavar del barco cuando lo devolvió: tenía un escondite allí fuera, y había buceado hasta él. Andrew sospechaba que contenía información sobre sus contactos y también sospechaba que podría haber más.

Encontrarlo era otra cosa. Era obvio que el cascarón inútil que había sido Jerry no iba a poner ninguna objeción a que se llevaran un par de botes, y cada noche la manada se dividía para pasar el sonar y los magnetómetros por el lecho del golfo en busca de algo interesante. No apareció nada relevante, tal y como esperaba Andrew, pero al menos era algo que hacer. Cuando terminaran, hundirían los botes y a Jerry con ellos.

**Sábado, 22 de abril del 2000, 10:55 p.m.
Bushy Park, Londres**

–Ah, Sir Sydney, qué amable de su parte al venir. Un poquitín temprano, incluso –Stephen le dedicó una amplia sonrisa a su invitado, un vampiro pequeño y austero con un traje de gala imaculado.

–Desde luego, señor Lenoir, de cuando en cuando hay un taxi que incluso cumple con sus obligaciones como es de esperar y hasta un poco más. ¿Confío en no ser inconveniente? –La voz de Sir Sydney Elling era desagradable y áspera. No era la primera vez que Stephen se preguntaba si aquel hombre era simplemente inmune a su propia voz o si (un pensamiento agradable, ese) se pasaba las noches sometido a un perpetuo tormento, con su sangre clamando belleza y recibiendo sólo aquella fealdad.

–En absoluto, por favor, entre.

Sir Sydney le entregó el abrigo y el sombrero a uno de los ghouls de Stephen y siguió a su anfitrión al piso de arriba, a la biblioteca pequeña.

–¿Soy el primero, entonces?

–Disculpe, ¿cómo ha dicho?

–¿Soy el primero al que ha consultado sobre este hallazgo? –La lujuria del coleccionista hacía que el cuerpo de aquel hombrecito casi

se estremeciera.

–Oh, sí, desde luego que lo es. En cuanto lo descubrí pensé en quién podría darme los mejores consejos y su nombre surgió de inmediato.

–Muy bien, muy bien. Vamos a verlo.

–Por supuesto. –Una vez que estuvieron los dos sentados ante la mesa de teca de la biblioteca, Stephen abrió una cartera y sacó media docena de hojas de vitela muy gastada. Las habían borrado varias veces y vuelto a usar, pero en lo que palimpsestos se refería, las habían limpiado bastante bien. El escrito definitivo estaba hecho por una única mano y transcribía apresuradamente algo en latín medieval.

Sir Sydney se agachó para examinarlo mientras le resplandecían los ojos y los orificios de la nariz. Luego cerró los ojos y pasó las yemas de los dedos por la superficie de los folios, todo antes de ponerse a leerlos.

–Hábleme otra vez del origen.

A Stephen le fascinaba el trabajo de un maestro adivino y escudriñador como aquel pero se recordó el propósito que subyacía a todo aquello.

–Sí, como recordará, tuve una invitada aquí hace unas semanas. Tuvo que abandonar mi casa de forma precipitada y en su ausencia, me encontré sin nada que hacer. El mes pasado fui a una subasta de Jarndyce y obtuve varios volúmenes de la colección Cunningham. Supongo que recordará la historia.

–Ah, sí. –Había salido en las revistas de literatura: una pequeña colección de libros que había sobrevivido al incendio de 1666 porque unas manos desconocidas los habían envuelto en toallas y pañales sucios. Habían salido a la luz durante la demolición de un edificio. El trabajo de restauración había sido especialmente delicado y uno de los restauradores había llegado a comentar:

–Sabes, en circunstancias normales cuando decimos que un volumen está hecho una mierda, suele ser en sentido metafórico.

Pero se había continuado con el trabajo y los primeros resultados estaban consiguiendo precios impresionantes. Muchos de ellos iban a coleccionistas que se sabía que donaban bastante dinero a las facultades técnicas, ya que había un gran interés por el lado forense del asunto puesto que se estaban investigando las consecuencias del fuego y de lo que prácticamente equivalía a una fosilización.

–Bueno, pues abrí este folio de 1650 de Mallory y estas hojas salieron volando. En seguida me di cuenta de que la letra era medieval

y eso lo coloca en un momento muy anterior a mi campo de experiencia. De ahí que decidiera consultar con usted.

–Muy sabio. ¿Y los ha manipulado?

–Sólo como usted ve, con guantes estériles, en esta mesa y con esta luz.

–Muy bien --Sir Sydney se inclinó para ponerse a la tarea.

* * *

No volvió a levantar la vista hasta bien pasada la medianoche.

–Señor Lenoir, esto es muy extraño. Aquí hay un buen número de anomalías.

–¿Ah, sí?

–La vitela y la tinta tuvieron su origen en la Europa del este, en algún lugar de los alrededores del Mar Negro, diría yo. La forma de escribir, sin embargo, es inconfundiblemente occidental. El texto mismo, cielos, es muy oscuro. Puedo distinguir unos cuantos términos teológicos (es una especie de texto apócrifo, creo) pero parece haber términos que sospecho que son transliteraciones de uno de esos dialectos balcánicos. No puedo encontrarle demasiado sentido aquí. ¿Podría llevármelo?

–Hmm. Quizá. --Stephen se levantó--. Pero vamos a tomarnos un momento para estirarnos. ¿Ha visto lo que he hecho con el arsenal?

–No, no lo he visto. Muéstremelo --Sir Sydney se levantó y lo siguió a la habitación donde Lucita se había enfrentado al fantasma--. ¡Oiga! ¡Esto no es su arsenal! ¿A qué juega?

–Pero bueno, juego a la inquisición, por supuesto --Stephen levantó la voz un poco--. Ahora.

Salieron dos de sus ghouls del espacioso armario y agarraron a Sir Sydney por los brazos.

–¿Qué significa esto? --Sir Sydney se revolvió pero no consiguió liberarse.

Stephen invocó una imagen del fantasma como él lo había visto, cargando por el pasillo, anhelando la sangre de su invitada. La condensó en un nudo duro y apretado de recuerdos terribles y la grabó en la psique anterior de su invitado. La reacción fue la que había esperado.

Sir Sydney era muy bueno, desde luego, en el arte del engaño. Uno no sobrevivía tanto tiempo en una corte como la de Londres sin serlo. Pero hasta los maestros se equivocan a veces. Cuando vio en la

memoria proyectada lo que había perseguido a Lucita, hubo un solo recuerdo claro y brillante que no consiguió suprimir a tiempo.

–Gracias, Sir Sydney –Stephen se obligó a mantenerse tranquilo, aunque estaba deseando hacer pedazos a aquel bastardo–. Sabe de qué hablo, y yo sé que lo sabe, así que podemos prescindir de los disimulos. Usted ha violado mi hospitalidad y todo lo que debe hacer ahora es explicar por qué.

–¡Señor Lenoir! ¿Tiene usted idea de a quién acogió bajo este techo?

–Creo que sí. Yo la presenté en su momento. ¿Tiene alguna pregunta sobre eso?

–¡Idiota! ¡Esa no era "ella"!

–¿Qué?

–¡Era el famoso pirata de su clan, Alfonso López!

–¿¡Qué!?

–Ah, señor Lenoir, le han engañado. Sentí que había algo extraño en su invitada y aproveché varias oportunidades para sondear a esa "mujer" desde el otro lado de la habitación.

Stephen sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

–Ya veo, y averiguó...

–Establecí para mi satisfacción que esa "mujer" era en realidad una impostora. Era un engaño excelente, pero no podía resistirse a los ojos de un experto como yo.

–¿Informó a alguien más de lo que había percibido?

–Estuve a punto, pero no. Verá, continué estudiando a esa "mujer". Fue muy difícil, como ya he dicho, la "chica" era muy buena. Sentí un momento de absoluta confusión, quizá incluso una resistencia activa, y luego todo me quedó muy claro.

–¿Que estaba mirando a ese tal López?

–Sí. Verá, secuestró uno de mis veleros hace más de dos siglos y me negó ciertas reliquias que yo había buscado por motivos personales. Juré que algún día me vengaría de él. No sé lo que le trajo a la corte esa noche, pero allí estaba lo que yo deseaba. ¡Así que actué!

–Tenga la bondad de decirme, Sir Sydney, ¿cómo *llegó* a tener a un fantasma bajo sus órdenes?

–Oh, bueno...

–O quizá debería decir, ¿qué le entregó a algún Giovanni de paso a cambio de su tutela en el arte de la nigromancia?

–¡Señor Lenoir!

–¿Lo niega?

–Cielos no, pero usted hace que parezca de lo más vulgar. Y también como si fuera una maldad. Lo cierto es que poco después de la guerra recibí una consulta sobre la sección de ocultismo de la biblioteca personal de nuestro querido Mithras, el difunto príncipe, e incluía una oferta de ayuda mutua. Hace mucho tiempo que me di cuenta de que la nigromancia podría proporcionarme una ayuda notable. ¿Para qué perder el tiempo en adivinanzas cuando podía consultar al propio creador?

–Desde luego --Stephen todavía conseguía contenerse y evitar destruir a aquel miserable infeliz.

–Así que le dio a su tutor los libros que él quería...

–Ella.

–Los libros que *ella* quería...

–No del todo.

–¿Qué?

Sir Sydney se las arregló para parecer muy satisfecho consigo mismo a pesar de sus actuales problemas.

–Verá, le entregué unas falsificaciones bastante astutas que yo mismo había ayudado al príncipe a identificar unos años antes. No carecen totalmente de valor pero no podrían enseñarle lo que daban a entender.

–Ya veo. ¿Y la dama no ha vuelto para buscar venganza?

–Todavía no, al menos.

–Notable. Entonces así es como fue usted capaz de invocar un fantasma.

–Sí. Fue víctima de algún horrible asesinato y estaba más que dispuesto a ir tras esa persona, que yo le había dicho que era responsable de varias muertes del mismo tipo.

–Así que violó mi hospitalidad porque creyó que la mujer que yo había traído era en realidad ese hombre con cuyo castigo está usted obsesionado.

–¡No tenía ninguna intención de violar su hospitalidad! Sencillamente olvidé dar instrucciones al espíritu sobre esa eventualidad.

Entonces Stephen perdió el control de verdad. Cayó sobre Sir Sydney con los colmillos y las garras extendidos, arrancó enormes trozos del cuerpo del hombre y los esparció por la habitación. Cuando por fin se recuperó, tanto él como los ghouls estaban cubiertos de entrañas y total y absolutamente solos.

**Domingo, 23 de abril del 2000, 3:30 a.m.
En algún lugar bajo Ciudad de Méjico**

Había momentos, según creía Trasaric, en los que casi podía sentir la santidad que se filtraba desde arriba. La sensación era peor los domingos por la mañana, cuando los fieles se reunían para rezarle a su único dios. Comentaba aquel tema con sus amos no vivos de vez en cuando, y se dio cuenta de que las opiniones diferían. Los guerreros o bien se negaban por completo a creer en el poder de cualquier dios de los mortales o lo temían con intensidad y creían en él con mucha más fuerza que Trasaric. Los creyentes devotos en general reconocían la realidad del favor divino entre los vivos, a menos que sostuvieran credos que reservaran la atención divina para los vampiros, pero nunca se ponían de acuerdo sobre la distancia a la que podía llegar aquella influencia. Los estudiosos y los sabios daban respuestas que Trasaric ni siquiera podía empezar a entender, llenas de notas sobre la naturaleza del pleroma y lo esencial contra la herencia contra los rasgos desarrollados del vampirismo.

En cualquier caso, aquí volvía a ser domingo por la mañana y Trasaric estaba inquieto. Llevaba toda la noche esperando para hacerle unas pruebas a la cardenal Mysancta sólo para que ella (o él, o eso, lo que fuera), las cancelara en el último momento. Ahora, el cardenal Timofiev quería consultar con Trasaric "un asunto de moda". Trasaric no esperaba que aquel pequeño monje hubiera desarrollado de repente el deseo de vestir con sensatez y era incapaz de imaginar qué podía estar tramando.

Timofiev llegó puntual, lo que sorprendió un poco a Trasaric, y se reunieron en una de las salas de espejos que salpicaban las guaridas del Sabbat. Trasaric se vio a si mismo moviéndose solo en los incontables reflejos de la sala mientras escuchaba los pasos de Timofiev a sus espaldas.

–Habló de un asunto de moda. Eminencia –empezó Trasaric–.
¿En qué puedo servirle?

El cardenal esbozó un plan para que las manadas del Sabbat se infiltraran en las fuerzas de la Camarilla que ocupaban las ciudades

conquistadas pero vueltas a perder en los asedios del año anterior. Era un plan elegante, demostraba lo mucho que le gustaba al cardenal repartir los engaños por varias capas y Trasaric se alegró de que lo hubiera llamado. Dos retos estéticos eran deliciosos. Trasaric en realidad terminaría haciendo cierto trabajo de campo, tendría que estudiar los estilos que prevalecían en la Camarilla americana y conseguir equipo duradero pero de la apariencia adecuada, junto con instrucciones para los infiltrados...

–¿Disculpe, Su Excelencia?

–Decía que por supuesto también nos beneficiaremos de la información que consigamos de la chiquilla rebelde de Monçada.

–Ah, claro, Eminencia. ¿Cómo va esa búsqueda?

–Todo lo bien que permite el destino.

–Claro, claro. ¿Y el destino, qué le permite lograr a su pequeña banda?

–Hasta ahora, sobre todo han descubierto y castigado el engaño. Encuentran rastros de los movimientos de la chiquilla pero la caza progresa con lentitud. Creo que la victoria llegará cuando la chiquilla intente hacerse fuerte.

–Muy bien. Eminencia.

–Desconfías de los presagios, Trasaric, pero eso es porque no formas parte de la verdadera sociedad. Tú piensas que una gran caza debería encomendarse a grandes guerreros. Te preguntas por qué no enviamos a Talley, al Negro Wallace o a otros veteranos demostrados de nuestra cruzada. Pero yo te digo que esta fuerza es como un ratón que lleva la plaga a una fortaleza. Los arietes no pueden reducir sus muros, pues los defensores están preparados contra los asaltos de los poderosos. Sólo los pequeños pueden atravesar las grietas de las defensas y minar la salud de todos con la enfermedad.

–Por supuesto. Eminencia.

–Lo verás a su debido tiempo. Trasaric.

–Lo estoy deseando, Eminencia.

Andrew se paseaba por los túneles húmedos con las piernas reforzadas por la sombra, lleno de una ira que no podía descargar. Aquella caza no iba a ninguna parte. Llevaba tiempo sin ir a ninguna parte. Si no empezaba a tomar rumbo, los grandes señores iban a decidir que tanto él como su misión eran un fracaso. Y a Andrew no le apetecía mucho enfrentarse a ese destino.

Después de pasar mucho tiempo solo. Andrew oyó que alguien venía corriendo. Mucho antes de que el corredor quedara visible. Andrew ya sabía que era Barry Morn con su inconfundible carrera de medio paso. Andrew se detuvo para recuperar la compostura.

–¡Andrew!

–En eso acertaste. ¿Qué pasa ahora?

Barry había aprendido por experiencia que aquella peculiar ironía era la forma que tenía Andrew de ocultar la ira o la frustración así que procedió con cautela.

–Tenemos una pista.

–¿Es que Santa Lucita ha vuelto a curar a enfermos o qué?

Andrew estaba molesto con Barry por emocionarse tanto con aquel tipo de cosas. Los imitadores de Lucita abundaban por todas partes, o al menos eran lo bastante comunes para mantener ocupados a los cazadores. Además, Lucita era el monstruo perfecto al que echarle la culpa de la mala suerte y de las consecuencias de la estupidez de cualquier vampiro. Andrew y su equipo se habían pasado un mes cruzando el hemisferio una y otra vez y siempre encontraban..., bueno, casi cualquier cosa salvo su presa.

–Mejor que eso. ¿Pero quizá quiera venir a examinar las pruebas en persona?

–¿Es una admisión de incompetencia o un esfuerzo por distraerme?

Barry de verdad, de verdad que odiaba aquella clase de preguntas. Para esta respuesta se decantó por la honestidad.

–Ni uno ni otro. Es sólo que creo que será más fácil convencerle si ve las pruebas de primera mano. Si se lo digo, seguirá encontrando razones para no creerlo.

Muy astuto. Andrew sonrió.

–Cierto, supongo. Muy bien, llévame allí.

* * *

No quedaba mucho del mensajero. Parecía que lo habían

empalado al menos dos veces en épocas recientes, además de varias palizas en otras ocasiones. Llevaba algún tiempo sin alimentarse de la forma adecuada y su cuerpo se estaba consumiendo por dentro. Si se le administraba en seguida una buena cantidad de sangre, quizá consiguieran salvarlo. O quizá no. Primero tenía que demostrar su utilidad.

–Bueno. No eres más que un tripulante --Andrew empezó el interrogatorio con un insulto y luego siguió con más, en la intención de calibrar la resistencia de aquel hombre. Además, Andrew quería saber cuales parecían ser los puntos fuertes de aquel hombre. Parecía bastante joven así que era probable que todavía no se hubiera comprometido formalmente con ninguna de las Sendas de la Iluminación... a menos, claro está, que, al igual que Barry allí presente, tuviera algún motivo secreto. Lo mejor era ir con cuidado hasta que el campo de batalla espiritual estuviera más claro.

El interrogatorio procedió con lentitud. Al final resultó que tenía tres informaciones útiles.

En primer lugar, el proyecto favorito del obispo Gutierrez, el "reino del mar", como le gustaba llamarlo, había pasado a la historia. El mensajero era uno de los no más de media docena de supervivientes y había sobrevivido sólo porque había pasado dos días enteros con sus noches sirviéndole de mordedor a los tiburones. (Eso explicaba las heridas que Andrew no había conseguido entender). El mensajero había visto los cuerpos y podía describirlos con bastante exactitud mientras su aura se estremecía por el miedo y el deseo de transmitir aquella horrible verdad. Fue una matanza de lo más eficiente. Si Gutierrez quería continuar con el plan de construir una base de poder totalmente acuática, tendría que empezar de nuevo.

En segundo lugar, los atacantes era un comando de la Camarilla llamado Kleist y su tripulación. Pero los acompañaba alguien más. El mensajero ya había luchado una vez contra Kleist y conocía a otros que también se habían enfrentado con él a lo largo de los años. Todo el mundo sabía en el "reino del mar" que Kleist navegaba con sólo otro vampiro y una tripulación de mortales. Esta vez, sin embargo, había otro vampiro. Una mujer, con los poderes de las sombras más impresionantes que había visto el mensajero jamás...

–Ya veo. Gracias. Barry.

–Espere, todavía no ha oído la mejor parte.

El mensajero había salido con gran esfuerzo del mar en Eleuthera para atacar a unos cuantos turistas y recobrar fuerzas antes de buscar

el gran santuario de Ciudad de Méjico. Mientras estaba allí había visto otra vez a la mujer. Paseaba por la playa mientras hablaba con una mujer mortal. ("*Una de esas chinas*", dijo el mensajero y luego se estremeció cuando recordó al sacerdote Tanakawa, que estaba de pie detrás de él. Tanakawa se lo tomó con tranquilidad y no dijo nada). Estaban haciendo planes de viaje y el mensajero las oyó hablar de un vuelo a Bermuda para luego "seguir adelante".

Andrew giró en redondo.

–Barry, ¿has comprobado todo esto?

Barry esbozó una gran sonrisa y levantó un impreso de las listas de pasajeros de Simon Peter.

–Dos billetes a nombre de Katherine Scott de Eleuthera a Bermuda y de allí a Lisboa. Dos billetes de Lisboa a Roma y luego a Doha. Qatar, a nombre de María Cadamon.

–¿*Qué?*

–Sí, de verdad. "*Monçada*" con las sílabas cambiadas.

–Joder. ¿Y luego qué? ¿Charadas? Si esa puta va a suicidarse, lo menos que podía hacer es venir a *nosotros*, ¿no?

–¿Quiere que reserve un billete para nosotros, ductus Emory?

–Barry hizo alarde de las formalidades en honor de los interrogadores.

–Desde luego. Tan pronto como sea posible.

Barry hizo un giro de muñeca y sacó un taco de papeles de la manga.

–Salimos dentro de dos horas.

Mientras se dirigían al aeropuerto, Andrew preguntó.

–¿Qué habrías hecho si yo hubiera dicho, *no, vamos a pensarlo un poco o no, vamos a tomar otra ruta?*

–Venderle los billetes a algún mamón desesperado, supongo. Pero no lo hizo.

–No, no lo hice.

TERCERA PARTE: EL JUICIO

Sábado, 22 de abril, 1:40 a.m.
Aeropuerto Leonardo da Vinci, Roma, Italia

Lucita no podía, claro está, expresarle su miedo a Angélica. Si se le hubiera ocurrido hacerlo, le habría parecido tan apropiado como querer agitar los brazos para volar a la luna. El sitio de un ghoul era aceptar órdenes y Lucita se alegró de ver que la chica ya se estaba acostumbrando. Lucita esperaba que muy pronto desaparecieran los últimos rastros de esa vena independiente tan irritante y que lo único que dejaran a su paso fuera una admirable combinación de sumisión y excelencia técnica.

Angélica había hecho un gran trabajo con los preparativos del viaje. Quizá, en el futuro, Lucita le daría rienda suelta, pero cada cosa a su tiempo. Por ahora bastaba con que aceptara las instrucciones y las llevara a cabo, y que negociara buenos compromisos cuando fuera necesario.

El siguiente paso iba a ser interesante. ¿Cómo *tomaría* Willa a Angélica? Después de todo, si las cosas iban bien, quizá fueran compañeras de trabajo durante bastante tiempo.

Mientras Angélica hablaba por un teléfono móvil adquirido para esta única llamada, Lucita volvió a abrir el telegrama que había recibido casi un año antes. Provenía de Dubai, en los Emiratos Árabes, y sólo decía lo siguiente:

**de retirada en al hejaz stop ven cuando Alá te emplace
stop**

No había firma ni necesidad de ella. Lucita no creía que Alá la hubiera llamado, ni que fuera a llamarla jamás. Pero su necesidad era tan grande como una visión divina y no se le ocurría ninguna otra persona en el mundo que pudiera ofrecerle más solaz y consuelo que su vieja compañera, Fátima al-Faqadi. Esperaba que Fátima la

recibiese aunque no estuviera convencida de su santidad.

Lucita había comprado un atlas en una de las librerías del aeropuerto y lo había hojeado y asimilado todos los detalles que pudo. Al Hejaz no era un pueblo ni una de esas agradables regiones compactas, eran cientos de montañas estériles, interrumpidas por algún arroyo ocasional, con la estrecha planicie cosiera y luego el Mar Rojo al oeste y los grandes desiertos al este. Había gente que vivía en el medio de aquel yermo, donde se lo permitían los oasis: en términos prácticos, la mayor parte de aquel espacio era tierra de nadie. Allí se podía encontrar, tras buscar un poco, a peregrinos y criminales fugitivos, leprosos y todo tipo de parias. Era el lugar perfecto para una vampiro devota que quisiera intentar conversar con su Dios sin presentar un blanco tentador para los compañeros de clan decididos a destruirla.

**Sábado, 22 de abril del 2000, 1:40 a.m.
Museum der Arbeit, Hamburgo, Alemania**

–Buenas noches, gracias por llamar a Metterlinch y Socios. ¿Me permite su número de identificación?... Ya veo... ¿Con quién hablo?... Ah, sí, señorita Trinh. Recuerdo haber hablado con usted... ¿Cómo dice?... Ya veo. Bueno, no importa, quizá lo recuerde en algún otro momento. ¿En qué puedo servir a Madame en este momento?... Ya veo. Un momento mientras verifico la disponibilidad de esa cuenta. Quizá no sea consciente de que los países del Golfo están pasando por un momento delicado. Sus gobiernos han impuesto unas restricciones bastante molestas en el movimiento de cierto tipo de riqueza en conjunción con las empresas diplomáticas cuya intención es... no, ya supuse que no estaría informada sobre estos asuntos... ¿sigue ahí? Muy bien.

»Puedo transferir los fondos que Madame solicita, pero sólo con una espera de 48 horas para realizar lo que aquí se describe como "verificación de independencia" de la transacción. Por favor, informe a Madame que por tanto le transferiré el paquete estándar de Bahrain a Doha al mediodía local del miércoles 26. Sí, estoy segura de que será una inconveniencia. Sea tan amable de explicarle a Madame que he

hecho todo lo que he podido... gracias y adiós, señorita Tranh.

Willa no suspiró; nunca había cultivado ese arte. Pero sí que contempló melancólica el teléfono. Deseaba con todas sus fuerzas que algún infortunio eliminase a aquella maldita ghoul yanqui para que Madame pudiera elegir algo mejor.

**Jueves, 27 de abril del 2000, 9:55 p.m.
Hotel Four Seasons, Doha, Qatar**

Ya era demasiado. Angélica tenía que preguntar.

--Señora...

Lucita levantó la vista; una delgada capa de humedad le cubría la línea del pelo. Estaba contando los billetes que le había entregado el último mensajero pero sus manos conservaron la posición para poder continuar más tarde.

--¿Sí?

--Señora, parece más incómoda de lo que la he visto jamás.

Desde que aterrizamos en Qatar. Es como si estuviera enferma todo el tiempo o algo así.

--Deseas saber lo que me aflige.

--Si algo la aflige, sí, para saber qué hacer.

--Muy bien --Lucita reflexionó. Se dio cuenta de que nunca había tenido la oportunidad de realizar aquel experimento en concreto ni había sabido de nadie que lo hubiera hecho--. Cierra los ojos. Vuélvete muy poco a poco --Angélica obedeció sin rechistar--. ¿Sientes algo inusual, alguna variación en tu estado?

--No, señora.

--Interesante. Ahora, gira hacia el sur. Eso, así. Esta vez con los ojos abiertos, vuélvete con lentitud, mirando hacia el oeste hasta que vuelvas a quedar de cara al norte --Obediencia perfecta otra vez--.

¿Notas algo?

--Creo que no, señora.

--Interesante --Lucita reflexionó durante un momento.

¿Necesitaba saberlo Angélica? Sí, muy bien podría hacerle falta--.

Aunque llevas mi sangre, no por eso dejas de ser mortal y no estás sujeta del todo a la maldición. --Sintió cómo se elevaba esa idea en su

ghoul—. Olvida lo de la maldición. Ya habrá tiempo para eso. A pesar de todo eres mortal. Los que hemos traspasado la mortalidad somos conscientes de ciertos rasgos del mundo de los vivos, sentimos su poder. Hay algo en el desierto árabe que ruge como el sol naciente, todo el tiempo, y me inquieta. Algunos de los míos dicen que es mucho más fuerte en la ciudad santa, pero yo no tengo conocimiento de esas cosas ni interés por investigarlas.

—¿Entonces hay algo que yo pueda hacer?

Lucita sonrió. La devoción de un ghoul era una cosa muy práctica.

—No. Límitate a observar y a cumplir bien con tus obligaciones.

Muy pronto estaremos de camino hacia una tierra en la que el sol descansa más callado por la noche.

Sábado, 6 de mayo del 2000, 11:55 p.m.

Aeropuerto Internacional Rey Abdul Aziz, Jiddah, Arabia

Saudita

Era muy amarillo. Era con mucho el avión más amarillo que Angélica había pilotado jamás. También estaba construido como un ladrillo, con apenas un mínimo de aerodinámica. Las alas, que salían del techo del avión, parecían tablas de planchar. No le importaba. Desde hacía diez minutos, era suyo y lo iba a hacer volar.

Lo cierto es que aquella no era la primera vez que pilotaba un CC-138 Twin Otter. Unos seis años antes, cuando estaba de vacaciones en el Inland Passage, un piloto independiente que estaba intentando meterse en sus bragas la había dejado que llevara su Twin Otter a dar una vuelta por parte de la ruta medio regular que hacía para reabastecer los puestos científicos de las islas. (Jamás consiguió dormir con ella. Por alguna razón no terminó de surtir efecto la declaración bastante explícita de "quizá si te bañaras"). Aquel avión tenía flotadores, claro, y utilizaba canales abiertos y amplios para despegar y pequeñas y estrechas calas para aterrizar. Pero parecía que este se iba a manejar de la misma forma en el aire. Angélica sabía que podía bajar a unas 60 millas por hora antes de calarse y que tenía un alcance de algo menos de mil millas, lo que lo hacía muy apropiado para la búsqueda de la que hablaba Lucita.

Y hablando de eso. Había cubierto de un modo exhaustivo y agotador todo tipo de detalles durante los vuelos que las habían traído aquí. Sólo las exigencias del descanso diurno la hacían callar. Angélica no se sentía especialmente cómoda con el entusiasmo de la vampiro. Apestaba a desesperación, en ocasiones apestaba de forma literal, de hecho, cuando le rezumaban de los ojos pequeños riachuelos de sangre casi negra. Por fortuna para su privacidad, unos cuantos términos de jerga médica bien repartida siempre evitaba las preguntas curiosas sobre aquellas terribles emisiones. Sólo Angélica tenía que enfrentarse a ellas. El estado de Lucita le recordaba a Angélica sobre todo a los casos de malaria que habían acabado con algunos de los balseros.

El vacío que Angélica había sentido durante las noches que pasó sola, mientras Lucita navegaba con el *Tutela Negra*, desapareció cuando Lucita volvió a aparecer en carne (fría) y hueso. Pero permanecían las reservas intelectuales. Angélica se sentía desgarrada entre querer saber hasta dónde se habían infiltrado los demonios (o vampiros, o lo que fueran) en el mundo visible y temer la respuesta. Decidió que de momento prefería no saber los detalles de las llamadas de teléfono y los e-mails que Lucita mandaba desde las habitaciones de los hoteles. Y tampoco quería saber quienes eran los mensajeros que llegaban la noche siguiente con maletines llenos de dinero en metálico, tarjetas de crédito (falsificaciones, al parecer, pero muy buenas) y documentos de identidad de media docena de países. Todo lo que Lucita decía era: *"Al quemar los puentes se arroja mucha luz, durante un tiempo"*.

Sola. Angélica podría haber llegado de las Bahamas a Arabia Saudita en un solo día, un día terriblemente largo. Lucita había preferido hacer el viaje en varias etapas. Conseguir cabinas de primera clase que se pudieran cerrar durante el día sólo era una cuestión de dinero, pero cuando Angélica sacó el tema, Lucita rechazó la sugerencia con brusquedad.

--Ahora mismo no me hace falta meter la cabeza en más trampas para osos. --Así que cada día se quedaban en los hoteles del aeropuerto y cada noche Lucita hacía más llamadas, de tal modo que en el siguiente aeropuerto había otro hombrecito (o mujercita) gris esperándolas con los fondos.

Mientras atravesaban los cielos, Lucita le explicó las partes del plan que Angélica necesitaba saber, y las revisaba de cuando en cuando para asegurarse de que la piloto las entendía.

Angélica sentía ciertas dudas sobre aquel vuelo, dudas que no podía explicar y que sabía que decepcionaban a su jefa. El peso de esa decepción yacía en su pecho como una piedra caída del cielo, pero allí estaba. A pesar de los cambios que se habían producido en su ser, Angélica seguía siendo una buena piloto con gran experiencia en vuelos independientes de muchas clases, mientras que la experiencia de Lucita era la caza personalizada en el suelo. Angélica quería realizar una búsqueda sistemática a partir de un mapa cuadrículado y a punto estuvo de poner objeciones cuando su jefa insistió en una ruta más intuitiva y serpenteante.

–No, no sé lo que buscamos con exactitud. Lo sabré cuando lo vea. –Y, claro está, al final con eso bastó. A Angélica no podía quedarle ningún rastro de duda sobre la exactitud de la afirmación de Lucita. La piloto sólo esperaba que pronto llegara el día en el que entendería lo suficiente para saber por qué tenía razón su jefa, al tiempo que disfrutaba de la certeza de que la tenía.

Jiddah no era lo que esperaban ninguna de las dos viajeras. A Angélica le recordaba a Singapur: casi todo era construcción moderna, trazada según un plan maestro que prestaba una gran atención al flujo del tráfico y a los espacios comerciales y ninguna a las sombras que se producían al nivel del suelo y al flujo del aire. Incluso casi a medianoche, el interior de la ciudad era como un horno, ya que la brisa del Mar Rojo chocaba contra la primera fila de rascacielos y se dispersaba. El aeropuerto era un sitio fresco pero las oficinas en las que Lucita tenía que hacer sus negocios, que estaban a solo unos metros, no. Angélica tenía una botella de agua en la mano casi constantemente y echaba unos tragos cada pocos minutos: Lucita agradeció una vez más no poder sudar.

El plan era sencillo: aterrizar en Jiddah, alojarse durante el día en el hotel del aeropuerto, comprar un avión la noche siguiente y salir hacia Al Hejaz. Lucita había hecho lo mismo en incontables ocasiones con anterioridad, desde Singapur a Montreal, y ya contaba con tener ciertas dificultades a la hora de encontrar el vendedor adecuado. No estaba preparada para pasar tres noches enteras sin conseguir nada, ni para la variedad de excusas que le ofrecieron: de todo, desde clientes anteriores convenientemente ausentes hasta fiestas religiosas locales que prohibían el comercio de ciertas clases, (las obligaciones diferían en cada caso y en algunos se alegaban penitencias de naturaleza personal), pasando por negarse simplemente a reconocer la presencia de las mujeres.

Lucita empezó dos veces a forzar la voluntad de un comerciante especialmente molesto y las dos veces sintió de inmediato un temor que la hizo actuar con más cautela. Y tenía la misma sensación siempre que intentaba ofuscar su apariencia y adquirir forma masculina. Allí estaba pasando algo (dentro de ella o en la ciudad, no lo sabía) que llevaba directamente del poder al sufrimiento. Así que confió en su talento negociador desarrollado a lo largo de varios siglos y continentes. Angélica intentó ayudar en ocasiones pero no pareció servir de mucho, y al final de la segunda noche estuvieron de acuerdo en que la única interlocutora debería ser Lucita.

Al final encontraron a su hombre en el fondo de una larga fila de almacenes. Aram Kanikhurian, "Maestro de Aviación", según el cartel, tenía fotos de los aviones que estaban a la venta, sólo metálico, sin preguntas. La mayor parte tenían el aspecto de haber pasado por una guerra, y seguramente lo habían hecho; Angélica hizo algunas preguntas directas sobre vuelos de abastecimiento a los rebeldes eritreos y las fuerzas gubernamentales de las que el traficante hizo caso omiso de una forma igual de deliberada. Un par de aviones parecían estar en mejores condiciones y Lucita quedó en verse con el traficante en el aeropuerto la noche siguiente. Angélica y ella fueron al aeropuerto de inmediato pero se encontraron con que el hangar del traficante estaba herméticamente cerrado y decidieron no allanar el lugar.

Las dos pasearon por la orilla del mar mientras contemplaban cómo rompían las olas oleaginosas en la arena blanca y dejaban nimbos de colores bajo las luces de sodio cuando volvían al mar. Había partes del Mar Rojo que se suponía que eran prístinas maravillas de belleza natural pero aquello no formaba parte de esas maravillas. Para los padres de la ciudad de Jiddah, los negocios triunfaban sobre el resto de las consideraciones, y si eran negocios rápidos, mejor. Algún día, las mareas de la fortuna se dirigirían a algún otro puerto y ellos aspiraban a conseguir todas las riquezas que pudieran mientras tanto. La policía examinó a las dos mujeres con atención, al igual que hacían con todos los demás visitantes, ya que no convenía que hubiera ni un susurro de queja sobre la seguridad o la armonía de los lugares públicos de Jiddah entre los viajeros internacionales. Media docena de polis les entregaban tarjetas con varios números de emergencia, sólo por si había algún problema.

–Hábleme del lugar al que vamos –dijo Angélica mientras el 6 de mayo se convertía en el 7.

Lucita dijo de inmediato.

–No es un lugar, es una persona.

–Ah, quiere encontrarse con alguien. Pero ese hombre...

–Mujer.

–Pero esa mujer está ahí fuera, en las montañas. Mi trabajo es volar hasta allí y debería entender todo lo posible sobre ella, para saber en qué clase de lugar se encuentra.

–Capacidades, no intenciones.

–No vamos a pelearnos con ella, ¿verdad?

Lucita pensó en eso. La respuesta fácil que estuvo a punto de apuntar en primer lugar murió en su garganta cuando consideró las posibilidades.

–No, en absoluto. Quizá no me de una bienvenida muy cálida pero esto no va a ser una gran reyerta.

–Bien. Entonces no tengo que preocuparme de conseguir armamento pesado para el avión.

–No, creo que no.

–Hábleme entonces del objetivo.

–Es otra de las viejas, de la época en que el Islam todavía era joven. Cuando nos conocimos éramos extrañas, luego fuimos enemigas y más tarde aliadas ocasionales. Al contrario que yo, ella siempre permaneció muy unida a su clan... --Lucita tejió la imagen de Fátima tal y como ella la conocía. Angélica imaginó una figura sacada de los cuentos de hadas, una mujer hermosa con aptitudes para la lucha, la piel oscurecida por los siglos en los que la maldición de la sangre fue haciendo lo que quiso con ella. Una mujer que fue subiendo en los consejos de maestros secretos de Oriente Medio, y hace muy poco la mujer que asestó el golpe decisivo contra el mismísimo sire de Lucita.

–Entonces es importante para usted.

–Una de las personas más importantes que quedan en mi mundo. Quizá *la* más importante.

–¿Y qué está haciendo *aquí*?

–No estoy muy segura. Se han contado extrañas historias sobre levantamientos entre los Assamitas. Estoy razonablemente segura de que hay algún miembro muy antiguo del clan que está activo otra vez y que está intentando reformar otra vez al resto por algún motivo, pero a parte de eso, no podría decirte más. Sé que últimamente han sido muchos los Assamitas musulmanes que han buscado santuario. Algunos hacen lo que hizo Fátima y se ocultan en algún lugar. Otros

vagan por ahí. Algunos, supongo, terminan en una de las otras sectas pero no pienso preguntarle a Stephen por ello y mis contactos habituales no tienen mucho que decir.

Angélica habría sentido un profundo miedo si no fuera por la confianza absoluta que tenía en la capacidad de Lucita para sortear los problemas y ponerlas a salvo. (¿De dónde venía aquella confianza? Pero no había tiempo para pensar en eso ahora).

Los aviones que había en uno de los lados del hangar respondían a la imagen que daban en las fotos, descubrió Angélica. De los doce que les enseñó Kanikhurian, la chica dudaba que más de la mitad fueran capaces de volar o permanecer en el aire más de diez minutos si por alguna casualidad se las arreglaban para despegar. De los que quedaban, tres daban la sensación de no poder mantener la presión de la cabina, o de tener un tren de aterrizaje defectuoso, o ambas cosas. El CC--138 era el único del lote que parecía capaz de ir a algún sitio. Por suerte, se ajustaba bien al tipo de vuelo que esperaba hacer.

No la acompañó tanto la suerte cuando insinuó sin darse cuenta que aquel avión la satisfacía. Hubiera querido mantener la expresión y el porte serenos, para hacer que la negociación fuese más fácil, pero Kanikhurian presintió su interés y prolongó el proceso durante más de una hora. Lucita creyó que habían llegado a un acuerdo sólo para que Kanikhurian se volviera atrás otras tres veces, con muchos puntos culminantes por el medio y unos cuantos fracasos. Sin embargo, al final Lucita consiguió el avión, la licencia y el acceso a las instalaciones de aprovisionamiento de combustible del aeropuerto. El traficante se ofreció a proporcionarles documentos de identidad falsos, dinero falsificado y otros bienes parecidos pero Lucita declinó todas las ofertas. (Le susurró a la mente de Angélica: *"No aceptes nada. Sospecho que nos denunciaría de inmediato a la policía"*). El trato se llevó a cabo de forma honesta y legal, con dinero limpio a cambio de los documentos que pasaron las pruebas de autenticidad que Angélica pudo aplicarles con tan poca antelación.

Y aquí estaba. Era muy inferior al reactor con el que la había atraído Redes Cardinales pero al menos era un avión y ella estaría al mando durante el tiempo que durase la búsqueda. Mientras Lucita se alejaba para encargarse del papeleo que suponía la compra de combustible y también para cumplimentar los planes de vuelo, Angélica le hizo a (¡su!) avión una inspección completa. Iba a ser una noche muy larga.

Sábado, 7 de mayo del 2000, 10:02 p.m.
Aeropuerto Internacional Rey Abdul Aziz, Jiddah, Arabia Saudita

Al final decidieron esperar un día más. Angélica no terminó de inspeccionar el avión hasta casi las 4 de la mañana y los esfuerzos de Lucita necesitaron media hora más. Si despegaran entonces, Angélica estaría agotada y Lucita tendría que encontrar un refugio de inmediato. Pero si esperaban un día más, partirían descansadas y listas para toda una noche de búsqueda.

A los pocos minutos habían salido de las rutas aéreas principales. En aquellos cielos oscuros y despejados era fácil trazar esas rutas. Los reactores dejaban unas estelas de un color blanco cristalino que casi brillaban cuando se dirigían al Cairo. Riyadh y Ammán. Los pozos de petróleo iluminaban el Mar Rojo con luces de aterrizaje y las llamas de los tiros. Unas cuantas autopistas parpadeaban gracias a los faros de los coches y los camiones que serpenteaban por ellas rumbo a ciudades lejanas. La noche dominaba todo lo demás. Lucita se sentía muy cómoda en medio de todo aquello pero Angélica seguía siendo una criatura del día y se sentía aislada del mundo.

—¿No sería mejor que yo buscara mientras usted duerme?

--preguntó por fin Angélica.

—No, Fátima no podría saber con seguridad si estoy sola o no y haría sus planes suponiendo que lo estaba. Así que sea cual sea su señal, será algo que yo pueda ver por la noche.

—De acuerdo.

La franja costera daba paso a las colinas y luego a auténticas montañas. Los instrumentos mostraban que muchos de los picos superaban los 2.500 metros y eran más escarpados y desiguales de lo que Angélica había visto jamás. Había muchos cañones estrechos con laderas casi verticales, en absoluto adecuadas para aterrizar, y unas cuantas franjas que parecían apenas lo bastante anchas para que se posara en ellas el Twin Otter. Un puñado de luces salpicaban las montañas como estrellas caídas: algunas hogueras (individuales o en grupos del tamaño de una tribu) y algunas luces eléctricas. Lo que Angélica había oído en el aeropuerto sugería la mezcla habitual de

personas introvertidas, desde nativos con mentalidad tradicional hasta traficantes. Había oído historias sobre los caníbales de las colinas, y si bien Angélica estaba *casi* segura de que no eran mas que historias, dada la experiencia que tenía en las circunstancias más extremas, se cuidó mucho de descartarlas por completo. Esperaba no tener problemas mecánicos en aquel viaje.

Tres veces vio Angélica cosas fuera de lo habitual, y cada una de esas veces Lucita le dijo que lo comprobara con un tono de rechazo que indicaba que la vampiro ya sabía que no era lo que estaba buscando. En un cañón que desaparecía en un corrimiento de tierras a los pies de una colina, una masa oscura e irregular resultó ser una fila de contenedores negros, destrozados y que estaba claro que se habían caído desde una gran altura. No salía nada de su interior ni tenían etiquetas, así que Angélica no supo lo que contenían. Hizo unas fotos y siguió volando. Una hora después, vio algo que relucía a medio camino de una ladera cubierta de musgo. Ladeó el aparato con cuidado para describir un ángulo que le permitió pasar justo sobre el objeto a sólo media docena de pies de altura, y vio que era un jeep atrapado por un peñasco que había caído desde más arriba. El viento y quizá el fuego lo habían pulido y lo habían dejado liso por varios lugares. Al final, menos de una hora antes de que tuvieran que encontrar un lugar para descansar durante el día, vieron una franja negra completamente recta de algo más de medio metro de anchura que subía por una colina, bajaba al valle siguiente y volvía a subir la siguiente ladera. Angélica sobrevoló la segunda colina sólo para encontrar un racimo de barriles de vertidos tóxicos. Una simple fuga debía haber esterilizado o mutado todo lo que crecía en aquella franja negra. Lucita no dijo: "Ya te lo había dicho".

Martes, 9 de mayo del 2000, 11:40 p.m.
Aeropuerto Internacional Rey Abdul Aziz, Jiddah, Arabia Saudita

--¡Maldito seas! --gritó Andrew mientras estrellaba a Kanikhurian contra una pared del hangar--. ¡Ni siquiera te queremos a ti, sólo queremos a esa puta! ¡Así que dinos dónde cojones está! --Detrás de

él oyó que la manada lanzaba unas risitas. Aquella era la clase de "investigación" que les gustaba, con muchos asesinatos de gente y cosas rompiéndose.

Kanikhurian apenas estaba consciente cuando se derrumbó en el suelo, por quinta vez desde la llegada de la manada; sangraba por las heridas que tenía en la cabeza, los brazos, el torso y los genitales. Todavía le quedaba el aliento necesario para decir "*Que te jodan*". Con eso bastó. Algo estalló dentro de Andrew y la Bestia que tenía en su interior surgió en una oleada de furia continua. Parte de su mente contemplaba el proceso con una objetividad tranquila: vio cómo sus manos recogían aquella criatura que ya casi era un cadáver, cómo sus dientes le desgarraban los ojos y se los arrancaban de las cuencas, cómo las manos se movían para arrancarle la lengua que gritaba, como las piernas envueltas en sombra le destrozaban los huesos más importantes de los pies e iban subiendo hasta las rodillas y los muslos. Aparte del desmembramiento, era la muerte más concienzuda e incapacitante que podía conseguir Andrew sin herramientas especializadas. Los movimientos no significaban nada para Andrew. Cuando Kanikhurian golpeó el suelo por última vez, fue con un sonido mucho más fluido, se derrumbó más que se cayó.

Andrew se dio cuenta demasiado tarde de que había cometido un terrible error. Era mejor que la manada no lo supiera, al menos.

--Pues ya está --dijo con lo que esperaba que sonara a alegre confianza--. Volverá. Podemos montar aquí una emboscada.

--¿Está seguro? --Hasta Barry tenía sus dudas.

--Claro. --Andrew buscó con desesperación alguna razón lógica--. Se metió en el desierto con un avión que puede transportar una gran carga. Tendrá que devolverlo y aquí ya tiene contactos --Señaló con un gesto el cuerpo de Kanikhurian--. *Tenía* contactos, por lo menos. Podemos hacernos pasar por él y unos cuantos agentes de aduanas, coger la mercancía y luego cogerla a ella.

Los otros meditaron sus palabras. Al parecer fueron suficientes para apaciguarlos de momento y Andrew supuso que después de luchar con Lucita la sensación de triunfo sería lo bastante grande para desterrar todas las dudas o bien quedarían tan destruidos que ya no importaría.

Se estaban acercando y todos lo sabían. Aquellas largas semanas de búsqueda infructuosa y las noches de inactividad habían dado paso a un apretado programa de viajes e interrogatorios. Andrew estaba satisfecho de lo contenidos, relativamente hablando, que se

habían mostrado todos. No hubo más lugares públicos inundados de sangre, sólo algún cuerpo muy escogido. Las cosas habían empeorado a partir de Qatar. Todos sentían una incomodidad constante y se habían quedado sin pistas durante un tiempo. Tardaron demasiado en recobrar el rastro y fue necesaria demasiada violencia e intimidación entre los pilotos privados para encontrar al viejo que recordaba haber llevado a las dos mujeres a Jiddah. No se había enterado de sus nombres ni de muchos detalles más a parte de que el dinero era bueno y que se quedaron sentadas hablando sobre todo en lo que el viejo pensó que era francés.

Y así habían aterrizado en Jiddah dos noches antes, más o menos cuando Lucita y su ghoul acababan de despegar, pero de eso Andrew se dio cuenta más tarde y no se molestó en mencionarle la ironía a la manada. Espabilados ya por la experiencia que tenían tras tanta caza en los alrededores de los aeropuertos, la manada se separó para observar la basura que proliferaba un poco más allá de lo sancionado por las autoridades. Profesara las ideas que profesara, en la práctica Lucita parecía pasar mucho tiempo entre los desheredados de la tierra y aquella gente estaba bastante dispuesta a escupir todo lo que sabían cuando se enfrentaban con monstruos no muertos. Andrew le ordenó a la manada que no mataran a nadie a menos que fuera en legítima defensa, pero a parte de eso podían utilizar la intimidación a placer. Sospechaba que en los callejones secretos de la ciudad resonarían durante un tiempo los ecos de las historias de las cosas que salieron de las sombras para lanzarse contra los aviadores y aquellos cuyos negocios les permitían volar.

Después de algún callejón sin salida y un par de falsos comienzos, habían dado con Aram Kanikhurian. Resultó ser exactamente lo que buscaban. Cuando Andrew describió a Lucita, el viejo tembló al reconocerla, una expresión visible incluso para los que no sabían leer auras. Un cierto interrogatorio amable (amable de verdad) reveló que la había visto alimentándose poco antes de partir y se imaginó que estaba condenado por asociarse con demonios.

Andrew sonrió:

–Tiene mucha razón, señor. La condenación eterna empieza justo aquí, mientras aún está vivo. Pero díganos lo que queremos saber y el infierno quizá sea más o menos suave con usted, –luego empezó la tortura.

Bueno, pues aquí estaban. Andrew esperaba de verdad que Lucita volviera. Al menos tenía cierto sentido: ahora conocía a

Kanikhurian y podía consolidar sus tratos y evitar tener que confiar en más mortales de lo estrictamente necesario. Ya era hora de pensar qué había en el hangar que pudiera transformarse en una buena trampa.

Domingo, 14 de mayo del 2000, 12:00 a.m.
Castillo de San Rafael Arcángel, Sicilia, Italia

Esta vez eran ocho, sobre el tejado de la torre más alta que quedaba. Les habría resultado insoportable permanecer incluso bajo la débil luz de las estrellas así que sus aliados invocaron una bruma que ocultó el cielo. El castillo flotaba en medio de su manta de oscuridad y los magos podían imaginarse que estaban en las primeras etapas de su triunfo final, cuando los lazos de la Tierra se disolvieran y el Abismo lo reclamara todo.

Empezaba a funcionar el golpe que querían asestarle al mundo. Con demasiada frecuencia les exigía más sacrificios de los que podían permitirse pero ahora ya sabían cómo desatar el Abismo en las profundidades de la superficie del océano. El mismo principio debería funcionar para las aberturas del interior de las cuevas pero algo se interponía. Un trío de la cabala seguía estudiando el problema. Mientras tanto, todos los miembros de la cabala se regocijaron por la fuerza creciente demostrada por las criaturas que respondían a sus invocaciones. Las repetidas brechas que habían abierto en el muro de la creación, concentradas en el centro del Mediterráneo, habían creado una corriente de atracción dentro del Abismo que al fluir cada vez con más profundidad, hacía que se levantaran unos poderes más fuertes (y más extraños) para golpear el dolorido universo de cosas creadas que había detrás.

Los magos estaban de acuerdo en que sólo era cuestión de tiempo que el Antediluviano oyera su llamada y hablara con ellos. Y entonces se terminaría el mundo.

A los magos no les interesaban mucho los detalles del mundo moderno. La sociedad humana ni era ni podía ser nada más que una colección de cambios irrelevantes que a su vez serían barridos por otra cosa, y la matriz física de la sociedad sólo era un montón de

detrito arrojado por la plaga que había sido la creación. El mundo sólo les importaba por ser sobre todo una fuente de interferencias en aquellos momentos, cuando se estaba realizando el gran trabajo pero todavía no se había conseguido nada. Era un obstáculo y las personas otro problema, un problema muy parecido al que representa una tormenta o un terremoto. Sus albañiles mantenían la fuerza del castillo, sus agentes observaban el mundo y solucionaban los problemas cuando surgían.

Los informes de esta noche eran alentadores. Los grandes rebaños de humanidad sabían que estaba pasando algo extraño en el Mediterráneo. Los rumores atribuían las desapariciones a los piratas pero también a explicaciones más exóticas: monstruos de las profundidades, experimentos secretos del gobierno, interferencias alienígenas. A los magos les gustaba y dieron orden a sus agentes para que alimentaran esos rumores.

Los últimos agentes bajaron en fila india pocos minutos antes de la medianoche y dejaron a los ocho solos en medio de la bruma. Sólo llevó unos segundos volver a dibujar los círculos de invocación allí donde la escotilla de cierre había dejado pequeños huecos. Empezando con el anillo más exterior, cinco círculos concéntricos se desvanecieron de la piedra negra autóctona del castillo y se convirtieron en una negrura más pura y uniforme. Los ocho entraron y descendieron poco a poco hasta desaparecer, la negrura se hizo cada vez más flexible hacia el centro. Las verjas protegidas evitaban que soplara el viento del Abismo y les permitían pasar con tranquilidad.

En la oscuridad que había fuera de la creación, los ocho sintieron el torbellino alborotado creado por sus rituales hasta entonces. Hicieron subir sus voluntades, las alejaron hacia la calma del vacío y dejaron que sus mentes se abrieran a los sutiles ecos de los habitantes del Abismo. Les costó trabajo atravesar los gritos cercanos de todos los mortales (y un puñado de vampiros y otros habitantes de la noche) a los que se había enviado al vacío contra su voluntad. Algunos habían muerto durante los asaltos de las criaturas de las sombras, pero muchos seguían vivos y sus cuerpos se iban derrumbando de forma muy gradual; todo aquello producía una tremenda barahúnda inútil.

niños

El concepto se insinuó en las ocho mentes desde algún lugar muy

lejano. Emocionados, los magos intentaron orientarse un poco, buscaron cualquier tipo de referencia en la que pudieran concentrarse contra el fondo abisal.

niños yo durmiendo despertar viene

Los pensamientos eran demasiado obvios y apropiados para pertenecer a otro ente que no fuera su desaparecido amo. Cada uno de los ocho se había preguntado en alguna ocasión, y en privado, si este proceso no era más que un terrible ejercicio de autoengaño y negación de la realidad que había supuesto el acto de diablerie de Gratiano. Ahora *sabían*, en lo más profundo de su ser, que no lo era.

niños yo venir no todavía vosotros regreso preparar

La voz se interrumpió de forma brusca. Por mucho que llamaron y buscaron no consiguieron que volviera.

**Domingo, 14 de mayo del 2000, 5:09 a.m.
A 225 Km. al noroeste de Medina, Arabia Saudita**

Lucita sonrió. Como había sospechado, la señal, cuando se produjo, fue bastante obvia.

El valle era pequeño y casi un círculo perfecto. Al volar en aquel ángulo concreto, Lucita se dio cuenta de que aquella combinación concreta de crestas se parecía a la estilizada corona que había elegido la heráldica de su clan. No era obvio y lo más probable es que se le hubiera escapado desde cualquier otro punto de vista pero allí estaba. Y era muy propio de Fátima hacer eso, confiar en que el destino o Alá se ocuparían de que su amiga viera la señal siempre y cuando lo necesitara.

–Allí –dijo mientras señalaba.

Angélica giró para seguir el dedo de Lucita e hizo una doble pasada.

–De acuerdo, desde luego eso es algo. ¿Quiere que aterrice?

–Por supuesto.

Lucita siguió mirando con una extraña impaciencia mientras Angélica describía un círculo sobre el valle, establecía que sí era lo bastante ancho para que aterrizara el avión, buscaba una aproximación relativamente buena y empezaba por fin a descender. Unas tenues líneas blancas (venas de cuarzo, pensó Lucita) recorrían la "corona" para marcar una senda de aterrizaje pero Angélica prefirió un ángulo alternativo; entró casi derecha por el este rumbo oeste para aprovechar una brecha en las montañas que había al este y conseguir descender un poco más antes de realizar el aterrizaje propiamente dicho. En el último momento casi se produjo el desastre cuando el avión rodó sobre unas grietas que no eran visibles por la noche y casi le quedaron las ruedas atrapadas. Angélica consiguió acelerar un poco y luego realizar una serie de giros rápidos y superficiales para deshacerse del exceso de velocidad. Fue rodando hasta parar unos metros antes de estrellarse contra la cara del acantilado que definía el borde occidental del valle.

Lucita salió del avión incluso antes de que se detuviera por completo. Para cuando Angélica hubo fijado los controles y se hubo bajado, Lucita ya estaba moviéndose muy rápido, a grandes zancadas; estaba claro que buscaba señales de una presencia actual o reciente.

Y allí estaba.

Una mujer las esperaba en el borde norte del valle. La luna casi llena brillaba y emitía casi tanta luz como una farola y sin el tono distorsionado y monocromático de una lámpara de sodio. Lucita sospechaba que hasta Angélica era capaz de distinguir al menos algunos de los rasgos, y para la vampiro todo estaba perfectamente claro. La mujer que las esperaba era más alta que Lucita o Angélica y sus manos y cuello mostraban el lustre oscuro de los Assamitas allí donde surgían del blanco prístino de la túnica. Lucita quiso correr hacia ella pero se obligó a tranquilizarse y caminar; en el último momento se obligó a realizar una reverencia formal.

–Hola.

Era su amiga. Lucita habría reconocido aquellos ojos en cualquier parte y las túnicas escondían pocos secretos para alguien entrenado en el aprovechamiento de una vista sobrenaturalmente aguda. Conocía bien las líneas y curvas de Fátima, el ángulo concreto del talón izquierdo cuando permanecía quieta pero lista para saltar si era necesario. Conocía aquellas manos que sobresalían de las largas mangas blancas, cómo se engarfiaban y encrespaban cuando su

dueña pensaba en otras cosas. Era ella.

Fátima levantó la mano para quitarse la capucha. El cabello negro y largo era ahora corto. Tenía la mirada alerta, preocupada, pero no cálida.

–La paz de este lugar sea contigo y con los que contigo viajan. Bienvenida, Lucita, a mi santuario.

Lucita se giró durante un momento para mirar a Angélica, que caminaba con cautela por los afilados afloramientos del valle.

–Es mi piloto, que me sirve mientras hago estos viajes. –Recordó entonces los términos formales–. Hablo por mi compañera y juro que trae paz y no conflictos, beneficio y no pérdida, bien y no mal, a tu hogar. Lo que haga aquí, será como si lo hiciera yo, y no quedará ninguna cuenta pendiente cuando partamos.

–Está bien. Sé bienvenida, tú y los tuyos. –Fátima siguió sin sonreír pero cambió el peso ligeramente, dejó de parecer que estaba lista para arremeter y adoptó una posición menos preparada para el ataque inmediato–. Entrad. La noche no durará mucho más.

* * *

La cueva se abría hacia el lado noreste del valle, donde no llegaba el fulgor del amanecer. Tres capas de unas telas teñidas con los colores de la piedra del valle colgaban en la entrada. Nadie que pasara por encima podría haber visto que había algo más aparte de la supuesta pared trasera de un hueco poco profundo, e incluso alguien que fuera a pie habría tenido que acercarse mucho para descubrir la verdad. La noche era tranquila pero Fátima no quiso correr ningún riesgo. Se quedó inmóvil durante un momento y Lucita sintió que se desvanecían todos los sonidos. No recordaba si le había explicado a Angélica porqué podían hacerlo los Assamitas pero decidió que si no era así, la ghouls ya lo aprendería muy pronto. El sonido volvió cuando entraron en la cueva.

Así. Ya estaban dentro. Fátima encendió la lámpara de aceite más cercana e hizo una pausa para dejar que sus invitadas examinaran la escena.

La cámara principal no medía más de metro y medio de ancha pero tenía más de nueve metros de longitud. Los que allí habían vivido mucho tiempo atrás habían labrado varios huecos en las paredes de roca. Angélica se dio cuenta después de un momento que lo más probable era que aquellos huecos se destinaran a enterrar a los

ermitaños devotos y se preguntó si Fátima o alguna otra persona habían quitado los cuerpos. Recordó los montones de cadáveres extraídos de los cementerios vietnamitas que los ejércitos victoriosos querían para sus propios fines. En cualquier caso, la cueva estaba ahora completamente libre de polvo, animales e insectos: aparte de la propia Fátima ahora sólo la ocupaban unos cuantos líquenes.

Las hornacinas de la pared de la izquierda estaban todas vacías. Las de la derecha se habían destinado a biblioteca: los libros y los pergaminos llenaban algunas mientras que otras albergaban artículos de escritura. Entre los nichos, largos pergaminos acogían una cuidadosa caligrafía de textos árabes (del Corán, supuso Angélica). En la parte posterior de la cámara, una losa de piedra cerraba un pasillo que bajaba por la colina hacia otras cámaras interiores desconocidas.

–No es uno de los palacios de antaño –dijo Lucita y de inmediato se arrepintió de su falta de sinceridad. ¿Qué había en Fátima que siempre sacaba su lado ramplón y superficial? Después de todo, ella había nacido en una posición superior a la de Fátima y era más hábil en las artes aristocráticas pero por alguna razón siempre terminaba pareciendo, al menos a sus oídos, la más vulgar de las dos.

Fátima se limitó a asentir. Se quitó la túnica superior y la colgó de dos ganchos de tal forma que quedó extendida y cubrió el primer nicho de la izquierda. Debajo llevaba una túnica y unos pantalones negros, junto con unas sandalias negras y blandas. Mientras se movía por la cámara para encender más lámparas, era muy consciente de que la persona de Lucita estudiaba la piel negra que formaba parte de su legado Assamita.

–Este es un lugar de contemplación y yo estoy aquí para estudiar el mundo y mi alma. Me sirve muy bien. –Su voz era suave, utilizaba apenas el aire suficiente para que la escucharan sus invitadas y escogió de forma deliberada un acento neutral. Sólo el dulce tono de soprano que tenía evitaba que sus palabras sonaran inhumanas e intimidantes.

–¿Cuánto del mundo puedes ver en realidad desde aquí?

–Todo él. O al menos lo suficiente para recordar el resto –Fátima frunció el ceño–. Pero aún no ha llegado el momento para eso. El amanecer estará sobre nosotras en poco más de una hora y tanto tú como yo debemos estar descansando para entonces. Deberíamos disponer el alojamiento de tu séquito.

Lucita sintió una cierta confusión en Angélica. Al parecer, el uso de términos como "séquito" la hacía sentirse como si formara parte de

un grupo invisible. En otro momento tendría que explicarle algo más de las Tradiciones a la ghou. Recordó que al ajustar los recuerdos de Angélica en Londres se había dado cuenta de que la mortal tenía una amplia experiencia en saludos ceremoniales ya que de niña había realizado visitas formales a sus abuelos antes de que la guerra la arrancara de su hogar. Así que habría un punto de encuentro con lo que ya conocía. A Lucita también le hizo gracia, y la conmovió un poco, darse cuenta de que Angélica tenía la sensación de que su ama estaba actuando de forma precipitada. Estaba preocupada por el estado mental de la vampiro y sospechaba de las intenciones de su anfitriona. Si acaso, la calma resuelta de Fátima sólo empeoraba las cosas ya que le recordaba a Angélica a los torturadores sicóticos de su tierra natal. También sería necesario ocuparse de eso en el futuro.

–Angélica puede utilizar el avión –dijo Lucita–. Dispone de espacio suficiente para que descansemos las dos. ¿La acompaño o tienes algún lugar aquí para mí?

–He preparado uno para ti de la misma forma que preparé uno para mí –respondió Fátima mientras señalaba con un gesto los nichos vacíos.

–¿Eso es todo?

–Eso es todo. Después de todo, es suficiente para lo que tú y yo necesitamos en realidad.

–¿Tan segura estás de que no es necesaria la tranquilidad de ánimo?

–Ya hablaremos sobre eso más tarde –el tono de Fátima no invitaba a responder.

Lucita miró los nichos y luego a Angélica. Sin oír nada más, a la piloto, sin embargo, le había entrado el inconfundible deseo de salir al exterior y no volver hasta media hora después del anochecer. Se dio cuenta que durante el día debería descansar, estudiar el avión y conservar su energía. Debería estar preparada para partir en cualquier momento pero bajo ninguna circunstancia debería salir del valle. Si se sentía inquieta, podía eliminar los rastros del tren de aterrizaje. Sí, eso sería lo mejor. Con una última mirada por encima del hombro, salió a la noche.

–¿De verdad que has dormido así desde que llegaste? –preguntó Lucita cuando se quedaron solas.

–Sí, de verdad que sí. ¿Tanto te molesta?

–Si quieres saberlo, parece una invitación a sufrir pesadillas y caer en la desesperación. Sí, me molesta. Los símbolos de los lugares

donde dormimos son importantes.

–Y sin embargo has sido tú la que ha recorrido medio mundo para venir a buscarme, no al revés. ¿Te parezco una mujer atrapada en las garras de las pesadillas y la desesperación?

–Bueno... no.

Tampoco es que Fátima sonriera exactamente, pero los músculos de la cara se le relajaron más que nunca.

–Hija de Aragón, chiquilla de Monçada, confía en la tradición de la hospitalidad. No en los relatos sobre las tradiciones de los vampiros que les contamos a los niños, sino en la tradición viva de la hospitalidad. Eres mi invitada y no te voy a condenar a un mal descanso más de lo que me condenaría a mí misma.

La confianza no era algo que Lucita diera de buena gana, pero bueno, quizá aquello fuera parte del problema.

–Muy bien.

Así que se acostó en el nicho cerrado, situado a medio camino de la parte posterior de la cámara y escuchó los sonidos del cercano amanecer. El rocío se acumulaba y recogía en las plantas y en los afloramientos de rocas para luego deslizarse por la cueva. Nada que se moviera entró en la cueva propiamente dicha pero los insectos y los mamíferos cavadores se movían a su alrededor, orillando los canales de agua. Las aves de presa se lanzaban por el cielo previo al alba para atrapar a los roedores que buscaban refugio antes de que calentara el día. Cada pocos minutos un aeroplano pasaba a los lejos, mucho más allá de la capacidad de detección de cualquier mortal. Mientras su cuerpo maldito la empujaba hacia el sueño que huía del sol, Lucita era cada vez más consciente de que la cueva era un lugar seguro y que el mundo exterior era una intrusión peligrosa que convenía mantener a raya. Se maravilló durante un instante ante aquel cambio antes de que cesara todo pensamiento consciente.

**Domingo, 14 de mayo del 2000, 9:59 p.m.
A 225 Km. al noroeste de Medina, Arabia Saudita**

El cielo volvía a estar oscuro, Lucita y Fátima estaban sentadas en el valle en frente de la entrada de la cueva, bajo un profundo alero,

y contemplaban cómo salían las estrellas por la boca del valle. Mientras dormían. Angélica había subido el avión al acantilado más escarpado que encontró y le había colgado varias redes para enmascarar su perfil. Aquel disfraz no engañaría a una búsqueda minuciosa, pero al menos reduciría las intrusiones casuales y había razones para saber que un visitante había hecho un esfuerzo concreto para llegar allí. La piloto dormitaba ahora a intervalos en el compartimiento principal del avión, su sueño ligeramente aumentado por la suave sugestión de Lucita. Los vampiros tenían aquel pequeño mundo para ellas solas.

–¿Qué haces para comer? –Lucita había comido antes de abandonar Jiddah y podía pasar varias noches más sin sangre si no le quedaba más remedio, pero sentía curiosidad.

–Salgo del valle, por supuesto.

–¿Y?

–Y Alá provee.

–¿Pero qué te proporciona Dios?

–Debes haber visto que estas montañas no están en absoluto vacías.

–Sí. Angélica no hacía más que encontrar señales que pensaba que podían ser tuyas pero pertenecían todas a seres humanos.

–En ocasiones, cuando la ironía abunda en el mundo, Alá me proporciona rebaños de pastores. Hay unos pastos muy ricos más al norte, donde los manantiales mantienen verdes los cañones y durante la temporada cojo a algunos de los hombres que vigilan las ovejas. Otras veces me alimento de traficantes, bandidos y convictos huidos. Me he alimentado dos veces de científicos y otras dos de turistas. No me muero de hambre.

–Ya veo –Lucita contempló el valle—. Así que si tuviera que alimentarme de algo a toda prisa y Angélica no estuviera disponible... ¿qué?

–Esa no es la verdadera pregunta, ¿verdad?

–¿Qué? –Lucita se volvió de nuevo hacia Fátima, que mostraba la misma calma reservada de siempre—. ¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que estás dejando que un detalle concreto eclipse el resto de la imagen. Quieres saber cómo sobrevivo y lo que hago.

–Bueno, sí –Lucita podía sonrojarse a voluntad pero decidió no hacerlo. Sus palabras bastarían para indicarle su turbación a alguien que la conocía tan bien.

–Vine aquí porque a algún sitio tenía que ir. Alamut era

peligroso... --Hizo una pausa para hacer un gesto de advertencia--. Te lo explicaré, pero más tarde. Alamut era peligroso y yo necesitaba tiempo para pensar, recordar y rezar. Al principio me instalé tan cerca de la Meca como me permitió mi sangre maldita pero no funcionó. Hay demasiada gente, demasiadas complicaciones de todo tipo. Me dirigí hacia el norte hasta que encontré este lugar, lo marqué para ti con las piedras que coloqué en la sierra y me instalé. Eso fue hace diez meses y como ves, no me estoy consumiendo.

--No, ya lo veo. Pareces tan en forma como siempre.

--Debería estarlo. ¿Ves aquellas marcas? --Fátima señaló. Lucita miró, pensó y volvió a mirar. Se dio cuenta de que lo que parecían pequeñas grietas naturales eran, en realidad, marcas de golpes dados con las manos y los pies, grietas que subían desde el fondo del valle hacia los peñascos casi más de nueve metros--. Quizá no tenga salas de entrenamiento ni instrumentos de precisión, pero utilizo lo que tengo.

--¿Y qué haces cuando no entrenas?

--Rezar. Preguntar. Leer. Escribir.

--Una vez me dijiste que dominaba el arte de dar respuestas perfectamente honestas sin decir nada. A mí esa me parece una de esas respuestas.

Fátima pareció sobresaltarse.

--¿Ah, sí?

--Eso creo. ¿Qué me dirías si yo te hubiera dado una respuesta así?

--"¿Rezar qué? ¿Preguntar qué?" Sí, ya veo. Muy bien. --Pero se quedó sentada en silencio durante muchos minutos. Cuando volvió a empezar, Lucita volvió a sorprenderse--. Cuando rezo, claro está, rezo como manda el Corán. Cinco veces al día, o más bien, cada noche, y siempre que se supone que debo hacerlo. No, no me interrumpas todavía. --No había mirado a Lucita pero Lucita sospechaba que debía haber hecho algún pequeño movimiento que había alertado a su anfitriona de que estaba a punto de hablar--. Leo el Corán y a Hadith, obras de leyes y memorias. Escribo mis propias experiencias. Lo pregunto... todo, supongo.

--¿Por qué lo haces?

--Permíteme que te responda con otra pregunta. ¿Qué sabes sobre el estado de los hijos de Haqim? --Lucita recordó que los Assamitas tendían a no referirse a ellos mismos con el término "Assamitas" sino que preferían presentarse como la familia de Haqim,

el fundador de su clan. Era una forma de pensar muy extraña para Lucita, para quien el fundador Antediluviano era casi cualquier cosa excepto una figura amable y paternal—. Veis muchas cosas desde el exterior, creo, y no sé lo que muestran.

—Sé que muchos de tus compañeros musulmanes de clan parecen tener miedo. Se rumorea que algunos incluso se han unido a la Camarilla. Sé que me encuentro con más vagabundos independientes de tu clan que nunca y también sé que son muchos los nuevos reclutas del Sabbat que salen de vuestras líneas.

—¿Y qué conclusión sacas de todo eso?

—Creo que se está produciendo una limpieza. El consejo debe haber decidido que el Islam ya no es aceptable, lo que provoca la huida de los musulmanes; y está actuando de una forma lo bastante brutal para que hacer que suene atractiva toda esa tontería del Sabbat de "*mata a tu sire*".

—No está mal.

—Pero me equivoco, supongo.

—Al menos en parte. No es el consejo, es un individuo.

—¿Un individuo ha provocado todo este alboroto en el clan entero? ¿Es que, después de todo, ha despertado Haqim y ha decidido meteros a todos en vereda?

—Casi. Ur-Shulgi afirma ser uno de los chiquillos de Haqim.

Lucita sintió un escalofrío ártico alrededor del corazón. El Sabbat daba por hecho que aparte de los Antediluvianos que habían destruido ellos, los antiguos monstruos seguían ahí fuera, manipulando a cainitas y humanos por igual y guiándolos hacia la gran consumación destructora que sería la Gehena. La Camarilla afirmaba por principios que se había destruido a todos los Antediluvianos o bien se habían sumido en un letargo del que nunca despertarían. Al igual que la mayoría de los vampiros que se lo planteaban. Lucita siempre había supuesto que la verdad se encontraba entre medias. Pero siempre había supuesto que los Antediluvianos que estuvieran activos, lo estaban de formas y en lugares muy lejanos a su experiencia, de modo que nunca se encontraría con ellos.

Un vampiro de cuarta generación, si eso es lo que era el tal Ur-Shulgi, joder, es que estaba demasiado cerca de los Antediluvianos. Lucita había conocido a otros pertenecientes a esa generación, por supuesto, pero aquella criatura parecía (tanto por la descripción de Fátima como por su miedo evidente) mucho más formidable que los chiquillos de Lasombra, Montano, Gratiano y todos

los demás.

–Y... –Las palabras morían en la garganta de Lucita—. ¿Lo es?

–No lo sé. No creo que ninguno de nosotros pueda saberlo con seguridad. Sí sé que es lo bastante fuerte para destruir a todo el que se enfrente a él. El califa fue destruido. El visir y el amr han huido. Alamut está entregado por completo a los que creen que se están preparando para el regreso inminente de Haqim, que juzgará entonces a todos los de la misma sangre.

Los recuerdos inundaron a Lucita: neonatos rebelándose contra sus sires, príncipes luchando entre sí, la marea de sangre que atraía la atención de los mortales, la inquisición y las cazas seculares, la gran diablerie dentro del baluarte del Antediluviano de los Lasombra... había sido una época atroz. No le hacía gracia pensar que aquellos tiempos podrían volver otra vez, para ningún clan.

–¿Tú lo has visto?

–No. Y no creo que sobreviviese si lo viera. Ya han perecido en el intento muchos vampiros más fuertes que yo.

–¿Exactamente qué es lo que exige ese tal Ur-Shulgi?

Fátima bajó el tono de voz; estaba claro que pretendía imitar a un vampiro varón:

–"Sabed, chiquillos, que ha llegado el tiempo de que todos los Hijos de Haqim renuncien a la fe mortal. El final se cierne sobre nosotros y debemos prepararnos para el papel que nos han asignado. Renunciad a los dioses de los hombres y honrad en vuestro corazón sólo a vuestro Padre, que vino y ha de volver. Hacedlo o pereced".

–Y tú...

–No pude. Por mucho que temiera por mi vida, no podía abandonar a Alá para adorar a una de Sus creaciones.

–Así que huiste.

–Sí.

–¿Y qué has hecho desde entonces?

–Le he pedido a Alá que me de el valor que necesito para hacer lo que sé que se debe hacer.

–¿Quieres el valor necesario para enfrentarte al Matusalén?

No había humor en la risa de Fátima.

–No le pido a Alá que me haga estúpida, no.

–¿Entonces qué?

–Mis hermanos y hermanas de sangre necesitan ver que las fuerzas se dirigen a otras causas que no sean este engaño de tener que purgar a todos los vampiros a más gloria de Haqim. Me necesitan

al lado de los demás. Pero todavía no sé qué debería hacer. Así que busco una respuesta y cuando la encuentre, entonces volveré a salir al mundo.

--Qué conveniente.

La roca sobre la que Fátima estaba sentada se hizo pedazos cuando estrelló el puño contra ella. No pareció notarlo; tanto la fuerza como la subsiguiente curación de los huesos rotos de la mano acudieron sin llamarlas.

--¡Cómo te *atreves* a hablarme así! ¿Qué sabes tú del deber salvo que es algo que puedes explotar en los demás? ¿Cuándo sacrificaste tú tu ambición personal por algo? ¿Es que te has sometido, aunque fuera por una vez, a alguien? ¿Has escogido alguna vez un bien mayor por encima de tus propios deseos?

Los reflejos defensivos tomaron el control durante unos segundos cruciales. Lucita se alejó a cierta distancia a toda velocidad, se agachó, adoptó una postura defensiva y se envolvió en una oscuridad que la ocultó. Para cuando se dio cuenta de que, en realidad, Fátima no iba a atacarla, ya estaba equipada por completo para la batalla, un desperdicio de sangre además de la vergüenza que pasó. Intentó mantener el aplomo mientras bajaba las defensas y volvía a sentarse al lado de su amiga, pero no fue fácil.

--No pretendía ofenderte.

--Al menos esperabas que pasara por alto la ofensa, --la voz de Fátima era fría, desprovista de casi toda pretensión de humanidad. En ese momento a Lucita le resultó muy fácil recordar lo eficaz que era su amiga como asesina--. ¿De verdad has venido hasta aquí para burlarte de mí?

Lucita tragó saliva, una respuesta involuntaria que hacía más de un siglo que no daba, y aquella vez había sido ante lo que parecía una trampa mortal ineludible.

--No.

--¿Entonces qué? ¿Es que me quieres reclutar para una nueva misión? ¿Acaso nuestro querido y fallecido cardenal tiene un heredero que desearías eliminar?

--No, nada de eso. --Lucita levantó la vista y vio que Angélica salía del avión con una expresión de preocupación en el rostro. Los ruidos de aquella casi pelea habían interrumpido su descanso. No estaban las cosas para sutilezas--. Vuelve a dormir, --le dijo Lucita con toda la fuerza que tiene una orden del ama. Angélica, obediente, volvió a subirse al avión--. Nada de eso --repitió Lucita, casi para sí misma.

–¿Entonces qué? ¿Qué te trae aquí esta noche?

–He perdido el rumbo. –Ya estaba. Ya lo había dicho en voz alta.

Fátima hizo un ruido con la nariz que podría haber sido un gruñido si hubiese puesto más aire en el intento.

–El *rumbo*. ¿Pero qué rumbo has seguido tú jamás?

Ahora le tocó enfadarse a Lucita. Mientras hablaba la ira fue surgiendo en forma de órdenes subconscientes que se convirtieron en oscuridad. Las sombras se soltaron del suelo del valle y envolvieron a las dos vampiros. Los manchones irregulares que eran se transformaron en las figuras demoníacas sacadas del folclore de tres continentes y el aire silbó en claves menores cuando lo atravesaban. Un momento después, las dos estaban sentadas en el centro de una alta columna de sombras enfadadas.

–No me había dado cuenta de que la burla formaba parte de tu meditación sagrada. Hablas como si sólo fuera yo y mis caprichos, pero no es así, maldita sea. Dedicé toda mi existencia a detener a mi sire, en cada frente que pude, de cada modo que pude. No pude obligarle a que deshiciera lo que había hecho conmigo pero pude intentar e intenté evitar que volviera a disfrutar del éxito. Me pasé siglos expiando en la práctica sus pecados mientras tú tallabas tu camino alegremente entre los espectadores.

–Pero tu deber no fue nada más que resentimiento.

–¿Qué?

–Actuabas contra un solo individuo y mientras lo hacías, sus cohortes seguían tranquilos con sus asuntos y jamás hiciste nada contra ellos a menos que alguien te contratara. Eso no es moralidad, es rencor. Mi pueblo educa a los niños para que se desprendan de eso precisamente.

–Tú... –Por un instante Lucita se vio aplastando los puños contra el rostro de Fátima mientras las sombras destrozaban su despreciable cadáver. La intensidad de la visión la asustó. Las sombras que las rodeaban se derrumbaron al instante y adquirieron su forma natural y todo el poder de lucha de Lucita desapareció en un momento—. No importa. Eso ya es historia.

–Sí, y no estás aquí para decirme que ha vuelto, supongo.

–No, ha desaparecido por completo, por lo que yo sé. Y no he visto ninguna señal que me indique lo contrario.

–Entonces háblame de tu rumbo, y de cómo lo has perdido.

–El cardenal ha desaparecido. Puedo continuar eliminando todos sus proyectos, pero ¿y luego qué?

--Podrías...

--Espera. Me has preguntado tú. Llevo algún tiempo viajando, intentando ver a los nuestros con sus propios ojos, buscando alternativas. Pienses lo que pienses de mi vocación, acepta al menos que yo sabía que no era igual que la lealtad a cualquier otra causa. Así que he estado investigando lo que significa creer en otro dogma.

--¿Y?

--Son todo mentiras.

--¿Lo son?

--Todo lo que me han dicho sobre el deber para con una secta o una causa no era más que una fachada para cubrir sus propias ambiciones. Los manipuladores lo utilizan como excusa para manipular; los guerreros lo usan como excusa para luchar. No importa lo que quieran hacer, siempre encuentran una justificación en sus muchos códigos. Ninguno parecía mucho más consciente de ello que yo y la mayoría aún lo era menos.

--¿Piensas lo mismo de mí?

--No estoy segura.

--Eso no es lo más reconfortante que me hayas dicho jamás.

--Lo cierto es que no *entiendo* lo que haces. Sigues las palabras de un hombre mortal...

--No. Sigo las palabras de Dios, dadas por el Arcángel Gabriel, a un hombre mortal.

--Eso dices tú. Yo no creo en eso pero al menos veo que te estás sometiendo a una disciplina real. Pero ahora, que es cuando tu clan más te necesita, como tú misma has dicho, estás aquí, en el desierto, sin hablar con nadie excepto conmigo. --Dio la sensación de que a Fátima le dolían aquellas palabras y Lucita intentó adoptar un tono de disculpa--. No creas que dudo de tu honestidad pero ¿de verdad puedes decirme que tu fe te convierte en alguien más eficaz en momentos de necesidad que mis decisiones?

--Puedo decírtelo, pero no en unos términos que puedas aceptar.

--Entonces, no, no puedes. A menos que consigas que tu Dios me hable en persona, debo actuar según lo que veo y veo quietud cuando tú sabes que es necesario moverse. Lo cual no me ayuda mucho. Podría elegir una ambición al azar y sacarle la misma utilidad.

Fátima se estremeció.

--No puedes hablarme así.

--En otro tiempo decidimos que siempre seríamos honestas con la otra. ¿También te estás retractando de esa promesa?

--Admites que no entiendes de lo que estás hablando.

--Es cierto. Pero sé cómo son los ardides. Veo que tu fe te aparta de las luchas que son más importantes para ti en el momento preciso en el que tu enemigo está consolidando sus fuerzas. En tus tiempos tramaste bastantes engaños, y siempre útiles. ¿No puedes al menos considerar la idea de que esta historia, como muchas otras, es una trampa para personas como tú?

Fátima se echó hacia atrás y cerró los ojos.

--Así habla la chiquilla de Monçada, que ha aprendido muy bien sus lecciones.

--¿Qué quiere decir eso?

--Tu sire fue uno de los mejores manipuladores que ha producido jamás tu linaje. Para él todos eran víctimas y peones de su juego y tú has absorbido más de esa actitud de lo que crees. Una vez que rechazaste sus convicciones, te limitaste a asumir que nunca encontrarías a alguien que actuara en realidad por convicción, en lugar de cómo respuesta a una manipulación.

--Pero he buscado...

--Y has encontrado justo lo que esperabas, ¿no es así? --Fátima abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo asentía Lucita, luego los volvió a cerrar--. Te has dado cuenta de que la Camarilla es, en realidad, exactamente lo que tú y yo decidimos que era hace mucho tiempo. Los detalles quizá varíen pero en esencia conseguiste lo que habías ido a buscar. Entonces has acudido a mí y has vuelto a encontrar lo que esperabas encontrar.

Lucita volvió a cerrar los puños.

--No esperaba encontrar a alguien que atacara mis motivos y se empapara de dogmas...

--Pero tampoco has venido preparada para aceptar nada de lo que yo pudiera decir.

--¿Qué?

--Sabías que yo me había apartado por alguna razón. Sabías que siempre he mimado la fe de mi padre y de mi madre, lo mismo que tú rechazaste hace ya mucho tiempo. Sabías que había problemas entre mi familia de sangre. Tenías que saber que estaría reconsiderando mis decisiones y que o bien me volvería a sumergir en la voluntad de Alá o le volvería la espalda por completo, dado que en momentos de crisis yo me comprometo enteramente con un proceder hasta que consigo ver la salida de nuevo.

--Bueno, sí.

–Pero mírate. No has traído provisiones. No has dispuesto nada para quedarte un cierto período de tiempo. Todo tu plan da por sentado que entras volando, hablas conmigo y vuelves a salir volando. Pero si pensaras que quizá querrías escuchar las respuestas que yo puedo darte, habrías reconocido que averiguarlo todo quizá podría llevar algo más de tiempo. Te preparaste para el fracaso. Te niegas a tomar en cuenta la posibilidad de una respuesta que te impondría las restricciones externas que sabes que impone la voluntad de Alá.

Más que nada en el mundo, lo que Lucita quería hacer era huir de allí. Esa no era una acusación que ella deseara oír o considerar, pero se obligó a quedarse.

Fátima estaba deseando ver el dolor de su amiga, tan visible en cada músculo tenso y en cada temblor casi oculto. También sabía que si nada sacudía a Lucita y la obligaba a reconsiderar su legado, el camino que seguía su amiga sólo podía llevarla hacia la destrucción o la aceptación de algún otro credo más oscuro.

–Tu sire emponzoñó el pozo de fe que hay en tu interior.

–¡Era el hombre más malvado que conocí jamás! Y era también el más devoto. ¿Cómo puedo confiar en la fe, cuando vive tan feliz en alguien como él?

Dicho estaba. Aquella era la esencia de todo.

–La convicción que guiaba al cardenal era falsa. Pero no falseamos lo que no carece de valor, sólo lo valioso.

–Esa es la clase de retórica pagada de sí misma que esperaría de un neonato de última categoría.

–Si tan equivocada estoy, pregúntate a ti misma porqué tienes tanto miedo de considerar la posibilidad de que tenga razón.

Se produjo entonces un largo silencio. La tensión fue desapareciendo poco a poco del cuerpo de Lucita y a su paso sólo dejó desesperación.

–Quise seguir creyendo durante tanto tiempo, sabes.

–Sí.

–Pero busqué y busqué y sólo encontré a los que manipulan y a los que son manipulados. Todo lo que he visto me dice que creamos la fe para atraparnos unos a otros, y eso es todo.

–Has visto milagros. Recuerda aquella vez en la costa...

Lucita rechazó el recuerdo con un gesto de la mano.

–Tú y yo podríamos ser unas diosas muy plausibles si quisiéramos. Somos las herederas de vampiros más fuertes que nosotras y ellos a su vez de vampiros más fuertes que ellos. Recuerdo

los salones por los que caminaba el Antediluviano, cómo respondían a su voluntad el aire y la piedra, con la misma facilidad con la que mis ropas siguen mis movimientos. No tengo razones para creer que haya algún poder por encima de nosotros, y si lo hay, que signifique algo bueno para nada que no sea él mismo.

–Razones, ¿pero qué te dice el corazón?

–¡Mi corazón no dice nada! Yace ahí como el tejido muerto que es, conservado por un poder que convierte a la muerte misma en una herramienta para infligir sufrimiento al mundo.

–Guárdate las defensas retóricas por el momento. Ya sabes a qué me refiero.

–Sí. –Lucita hizo una pausa—. Quería creer. No sé si aún quiero. Tengo miedo de entregarme a algo cuya respuesta está en lo invisible porque miro ahí dentro y sólo veo titiriteros.

–Crees que soy una víctima.

–No puedo creer otra cosa.

–¿Y estás bien segura que tu falta de fe no es también un truco?

–¿Eh?

–Tu negativa a comprometerte con algo más allá de ti misma significa que nunca recibirás los beneficios de la cooperación. Tienes individuos con los que trabajar, sí, pero nunca tendrás el poder de una organización. Cuando desaparezcas, como debemos desaparecer todos, tus recuerdos se irán contigo y nadie se beneficiará de ellos después. No dejas ningún estudiante tras de ti, ningún legado aparte de tus clientes y sus víctimas. Qué existencia más conveniente para alguien que podría mandar ejércitos si pudiera superar la necesidad de ser reina.

Ésta vez el pánico sí que invadió a Lucita. Se aplastó contra el suelo y se hundió en la esquina más profunda del nicho en el que estaba sentada. Una vez convertida en sombra, se movió a sacudidas por todo el valle, coronando las cumbres y hundiéndose en las pendientes, quemando la frustración en aquel esfuerzo nervioso. Pasó casi media hora antes de que algo parecido a un pensamiento claro volviera a su mente. Entre tanto apenas fue consciente del mundo tangible; las corrientes de la oscuridad atrapaban constantemente su atención y había unos rumores bajos y remotos que la hacían sentirse incómoda al recordarle una voz no deseada de alguien que no conseguía identificar. Volvió a recobrar la razón, como si fuera una lluvia caliente, al principio unas cuantas gotas dolorosas y luego un torrente cada vez más intenso en el que tenía que nadar o perecer.

Estuvo muy cerca, parte de ella sólo quería huir para siempre de la luz y de de su propio ser.

Fátima seguía sentada en el mismo lugar y sólo volvió la cabeza para contemplar a Lucita volviendo a su forma humana.

–Creo que deberías irte. Esto no puede hacernos ningún bien a ninguna de nosotras.

–Estoy de acuerdo.

No dijeron nada más mientras Lucita andaba hasta el avión y se subía a él. Fátima oyó a su amiga (su antigua amiga, quizá) murmurarle "*Despierta, ahora*" a la piloto y los sonidos que hacía la piloto al moverse para empezar los preparativos del vuelo. Contempló desde la absoluta inmovilidad de su postura cómo giraban los motores del avión, el rodaje y el despegue hacia la noche. Permaneció inmóvil hasta que desapareció todo rastro del aparato. Luego volvió a la cueva y durante varios minutos no notó que estaba derramando lágrimas de sangre sobre el comentario que había elegido como lectura de esa noche.

Lucita permaneció también muy quieta después de despertar a Angélica. Se balanceó un poco cuando el avión dio unos cuantos botes durante el despegue pero aparte de eso podría haber sido una estatua enviada a un coleccionista de arte aficionado a las damas medievales. Poco a poco Angélica se fue dando cuenta de que dos líneas rojas y delgadas le recorrían el rostro a su ama pero carecía del valor para decir nada sobre ello. En algún momento de aquellas horas previas al alba se detuvo el llanto y Lucita eliminó las marcas antes de ponerse a dormir. No dijo nada.

_____ 57 _____

Lunes, 15 de mayo del 2000, 11:03 p.m.

Aeropuerto Internacional Rey Abdul Aziz, Jiddah, Arabia

Saudita

Al final fue fácil.

Andrew pasó más de una hora paseándose por el hangar, estudiando los lugares que había para esconderse y las líneas de asalto mientras pensaba cosas como "... *ten cuidado de no tropezar con las latas de combustible...*". Por fin se dio cuenta. Había cientos de

galones de combustible de alta graduación en los tanques del hangar, todos a la espera de que los adulteraran con cantidades aún mayores de gasolina barata de varias clases. Había mangueras fuertes para meter el combustible en los aviones y bombas para moverlo todo rápido. Sonrió. Los otros se estremecieron.

Cuando les explicó lo que se le había ocurrido, se relajaron todos. Barry dijo que quería una camiseta que dijera: "Hay combustible de avión. Lo demás es fácil". Andrew prometió conseguir unas cuantas para la manada.

Andrew comprobó cómo reaccionaba la manada ante una rápida explosión de combustible que encendió con un soplete. Él mismo tuvo dificultades para conservar el control ante aquel anatema y decidió permitir que la manada viera que se estremecía un poco, necesitaba que sintieran que podían ser honestos, dado que sólo tendrían una oportunidad a menos que su objetivo se hubiera convertido de repente en alguien mucho más incompetente. Roxana, la que más cerca estaba de ser una consumada mística del Abismo, fue la que peor lo pasó; estuvo casi una hora convertida en una masa encogida de oscuridad en la esquina más lejana. Niccolo conservó la forma humana, y eso fue más o menos lo único que distinguió su respuesta de la respuesta de la vampiro. Simon Peter consiguió retirarse de una forma más digna.

Barry se contuvo. Tembló sí, pero consiguió recoger el soplete y la manguera de combustible y apuntar la llama hacia varios objetivos repartidos por la sala. Andrew lo cronometró y descubrió que podía empuñar el fuego durante al menos tres minutos. Andrew supuso que si eso no era suficiente, todos estaban metidos en un buen lío.

Aquello no era como la emboscada del desierto, en la que la manada tenía el control absoluto de todo el medio. Andrew era más que consciente de toda la gente que había a unos cuantos cientos de metros, distancia que se podía salvar con una carrera y sabía que la cantidad podía compensar buena parte de la inferioridad innata de la humanidad. Tenían que actuar con rapidez y luego salir de allí, no podían permitirse el lujo de ser artísticos ni darse caprichos por el camino.

Así que la trampa era bastante sencilla. Roxana debía sentarse ante el escritorio del fallecido dueño, con el cadáver de este último colocado sobre la mutilada superficie de teca, totalmente desprovisto de sangre y lavado para que no emitiera olores que la alarmaran. Había dos mangueras que se hundían en un barril de 55 galones de

combustible número 3 para reactor, las boquillas estaban colocadas directamente sobre la puerta, como si fueran duchas. Unos cables recubiertos de asbestos le permitían a Barry sentarse sobre una paleta situada a unos metros de distancia y esperar la oportunidad de abrir las boquillas de un tirón. Un par de sopletes goteaban en silencio, cada pocas horas uno de los miembros de la manada les cambiaba los depósitos de combustible. La mayor parte del sistema de extinción de incendios del hangar estaba apiñado sobre unos ganchos justo encima de las boquillas de combustible para que con sólo apretar un interruptor Barry pudiera descargar por los alrededores *un montón* de productos químicos retardantes del fuego.

Y llegó el momento de esperar.

Pasó el domingo sin que hubiera noticias de Lucita ni de su avión. Simon Peter examinó las frecuencias de las torres de control de la zona, tanto con su magia como con la ayuda de algunos de los muchos equipos de radio que había guardado Kanikhurian al lado de su escritorio. Hubo dos falsas alarmas: un informe de un CC--138 que salía de Medina y un cliente en la puerta. No les llevó mucho tiempo establecer que el avión pertenecía a un comerciante de carne de allí que además tenía muy bien documentados sus últimos movimientos. El cliente era un gran caucásico grasiento que al ver el cadáver de Kanikhurian se quedó inmóvil. Andrew lo mandó marchar con un empujón mental mientras le decía que volviera el miércoles. Para entonces ya habría terminado todo aquello.

Charlaron de cosas intrascendentes para llenar las horas más tranquilas.

--Oye, esto es combustible chino --dijo Barry en algún momento. Señaló el logotipo de la Marca Hoja Roja de la refinería de Nanjing de JPC--. ¿Cómo ha terminado a la venta aquí? --Barajaron varias posibilidades sin llegar a ninguna conclusión fiable. Seguramente lo habían revendido más de una vez tras sacarlo de un cargamento dirigido a Irak o Irán, pero todos los miembros de la manada se dieron cuenta de hasta qué punto aquella parte del mundo era un misterio para ellos. Durante otros de los periodos lentos hablaron sobre hazañas pasadas. Niccolo describió una caza muy complicada de uno de los enemigos de su sire en la España de la Guerra Civil española; Andrew recordó aquellos rivales tan graciosos e incompetentes que le había disputado el obispado y retazos del estado del Sabbath en el noroeste del país; Barry y Roxana compararon los acercamientos de sus instructores a las Sendas de la Noche; Simon Peter habló del

tiempo que había pasado trabajando con una banda errante de Lasombras que operaba como servicio de asesoría informática en el golpe a tres bandas que le habían asestado a una firma publicitaria californiana apoyada por la Camarilla. No era nada especialmente profundo pero Andrew se alegraba de ver que los miembros de la manada empezaban a pensar en los otros como quizá algo más que simples compañeros de viaje.

Andrew cerró bien el almacén antes de retirarse a dormir al terminar la noche del domingo. Le ordenó a un mozo de equipajes que pasaba que escribiera un cartel tanto en árabe como en inglés que dijera que Kanikhurian estaba fuera de la ciudad en un viaje de negocios y que volvería el lunes por la noche.

La noche del lunes empezó como el domingo, pero ahora estaban todos más nerviosos. Andrew quitó el cartel y se aseguró de que la puerta no tenía el cerrojo pasado. Simon Peter revisó los registros y encontró un informe vespertino del avión de Lucita que volvía a Jiddah después de unas escalas no especificadas en Al Hejaz. Andrew comprendió que todavía debía tener a la piloto. Por un momento consideró la posibilidad de destruirla al mismo tiempo que se llevaban a Lucita, pero luego se lo pensó mejor. Había muchas probabilidades de que hubiera visto cosas muy interesantes y deberían interrogarla vampiros más cualificados en el arte de la interrogación sutil que Andrew y su manada. Le ordenó a la manada que, si era posible, cogieran a la piloto viva. No había que esforzarse demasiado para evitar herirla pero no deberían hacer nada que exigiera luego una reparación importante, lo mejor sería atraparla lo más intacta posible.

Barry frunció el ceño.

–Entonces alguien va a tener que apartarla del fuego.

–Muy cierto, si hay que hacerlo --dijo Andrew--. Lo que significa que si es necesario, tendrás que hacerlo tú y dejar que Simon Peter o yo manejemos las llamas y los extintores. Sólo espero que no sea necesario.

Esperaron en silencio.

De repente Simon Peter abrió los ojos, puso fin a un trance mágico y encendió de un capirotazo la radio que tenía más cerca. La manada escuchó a la torre de control que se ponía en contacto con el CC-138 y lo dirigía hacia la ruta habitual que tomaban los aparatos que se aproximaban desde el norte. La piloto, una mujer que parecía americana, solicitó mientras volaba una dársena para pasar la noche lo más cerca posible del almacén donde esperaba la manada. Dijo que

esperaba vender el avión pronto e intentaría conseguir algo más a largo plazo si no se producía la venta de forma inmediata. La manada compartió varias sonrisas al oír aquello. Pues claro que sí. Y entonces bajó a la pista de aterrizaje. Simon Peter desconectó la radio y volvió el silencio. Roxana apagó la mitad de las luces, dejó la entrada y los alrededores bien iluminado mientras creaba unas sombras de aspecto muy natural para que los demás esperaran dentro.

* * *

Más tarde, Lucita recordaría que no había tenido ningún mal presentimiento. Tenía un sexto sentido casi infalible para el peligro inminente, pero esta vez la había abandonado. ¿Acaso lo había apagado el dolor persistente que sentía por Fátima? ¿Era cosa de la magia del Sabbat? ¿Había decretado el destino lo que iba a pasar a continuación? Nunca lo supo con seguridad.

El hangar estaba tranquilo cuando Angélica y ella se acercaron. Angélica estaba cansada, había descansado muy mal en medio de la sombra psíquica del torbellino que era Lucita. Para cuando Lucita despertó, se encontró con que la piloto ya había abandonado el refugio diurno de la ladera este de las montañas y se había puesto en camino hacia Jiddah. Al principio le había parecido un acto de rebeldía pero luego Lucita se dio cuenta de que había sido el resultado de una combinación de preocupación y legítima defensa. Cuanto más se perdía Fátima en la distancia, más suaves eran los bordes de la desesperación de Lucita, lo que a su vez significaba que menos era el dolor del que se hacía eco la piloto. Deberían descargar el avión lo antes posible y salir de allí para ir...

A algún sitio. Lucita no tenía ni la más vaga idea de dónde quería estar ahora, aparte de "en otro sitio". Quizá se le ocurriera algo mientras vendían el avión. Apenas era capaz de pensar con claridad y no le había ayudado mucho la sangre que había perdido por culpa del poco juicioso uso que había hecho de sus poderes en el valle y de la tristeza que sentía desde entonces. Comer algo tendría que ser también una de las primeras prioridades. Estuvo a punto de alimentarse de la piloto antes de darse cuenta de que en el debilitado estado de Angélica, alimentarse de ella sería buscarse un problema grave.

Una vez que aterrizaron y cerraron bien el avión, Lucita encabezó la marcha hacia Kanikhurian. Estaba demasiado distraída para

preocuparse mucho por las muestras de cortesía, así que dejaba que Angélica la siguiera corriendo como podía. El hangar no estaba tan bien iluminado esta noche. Un cuadrado ligeramente más iluminado marcaba el lugar de la puerta que un cartel que ya habían quitado había protegido del rocío y del polvo arrastrado por el viento vespertino. La puerta no estaba cerrada con llave. La empujó para abrirla.

Lo primero que vio fue a la extraña mujer que estaba sentada detrás del escritorio. Lo segundo fue el cadáver que había encima del escritorio. Habían asesinado y preparado a Kanikhurian con gran eficiencia: no se filtraba ningún olor que hubiera podido alertarla hasta que ya estuvo dentro. Lucita se giró de golpe y vio a tres, quizá cuatro figuras de pie en unas sombras creadas con todo cuidado. Antes de que pudiera hacer nada más, escuchó un par de sonidos metálicos encima de su cabeza. Sintió el olor del combustible líquido y media docena de gotas le salpicaron la cara.

Y luego el dolor.

Las primeras explosiones le abrasaron la cara, que había vuelto hacia arriba. Se le apergaminaron los ojos: la boca, ligeramente abierta para que la lengua pudiera percibir cualquier sabor perdido, se llenó de llamas que le carbonizaron los tejidos garganta abajo. Se le incendió el pelo. Era incapaz de gritar y se derrumbó en silencio.

Las llamas siguieron golpeándola. De la cabeza a los pies era una masa sólida de piel quemada y vitae hirviendo. Su ropa desapareció en cuestión de segundos y con las sensaciones que le quedaron sintió todos los tejidos de la piel hacia abajo que se habían quemado o fundido, de tal modo que sus huesos golpeaban el suelo con un sonido seco. Aquella fue sin duda la peor agonía de sus mil años de existencia, mucho peor que la luz del sol con la que había decidido enfrentarse el año anterior, peor que cualquiera de los edificios en llamas en los que había estado a lo largo de los siglos. El dolor llenó todo el universo y la hundió con todo el peso de la creación. En unos segundos dejaría de existir para siempre. Su último pensamiento consciente fue *qué pérdida más absurda*.

* * *

La experiencia que tuvo Angélica de la emboscada fue incluso más corta que la de Lucita. Estaba sujetando la puerta para abrirla cuando se produjo una luz brillante en el interior seguida de un

torrente de calor. El dolor de Lucita le inundó la cabeza a través del vínculo de sangre. Apenas fue consciente de que la llamarada abría la puerta de golpe y la tiraba al suelo. Se desmayó a causa del dolor mucho antes de que se derrumbara la mente más antigua de Lucita.

* * *

En cuanto Lucita cayó al suelo y dejó de moverse, con énfasis en la parte de "dejó de moverse", Barry apagó los sopletes y encendió los extintores. Una espuma blanca y pegajosa inundó la cuarta parte del hangar alrededor del cuerpo desvanecido. Cogió un soplete portátil por si el objetivo necesitaba algún tipo de tratamiento terapéutico y saltó del lugar al que se había encaramado.

–Creo que ya la tenemos.

–Yo también lo creo –dijo Andrew con una gran satisfacción--. Niccolo, vete a ver cómo está la piloto.

El miembro de la manada más antiguo vadeó obediente la espuma que ya empezaba a fundirse y salió al exterior.

–Está fuera de combate –dijo mientras la arrastraba al interior.

–Bien. Átala y asegúrate de que está amordazada. No te molestes en dejarla sin sentido si se despierta, no queremos arriesgarnos a que tenga una conmoción. Siempre que no se ponga pesada, déjala mirar –Andrew vigiló a Niccolo el tiempo suficiente para comprobar que se cumplían bien sus órdenes y luego dirigió su atención al acontecimiento principal.

El cuerpo no era muy interesante. O al menos no le habría parecido demasiado interesante a alguien que no supiera quién era. Andrew vio que ya empezaban a producirse unos levísimos indicios de curación: se desprendían trozos de piel carbonizada y los ligamentos rotos volvían a soldarse sobre los huesos expuestos. A aquel ritmo harían falta semanas para que el cuerpo recuperara la funcionalidad pero el hecho de que ya estaba ocurriendo lo impresionaba.

–¿Estamos seguros de que está sin sentido? –le preguntó al hangar en general.

Barry posó el soplete. Con un golpe rápido hizo pedazos un cajón cercano y arrancó una tabla mientras utilizaba el pie para darle la vuelta a Lucita y dejarla boca arriba. Con el segundo golpe le atravesó el corazón con tal fuerza que hizo que se desprendieran varios trozos de cemento del suelo que tenía debajo.

–Ahora sí.

–Impresionante.

–He estado practicando --sonrió Barry--. Tenía la sensación de que el truco me resultaría útil en algún momento.

–Siempre está bien tener un margen extra de seguridad.

Andrew se relajó un poco, sabía que aunque Lucita se despertara en ese momento, no iba a ir a ninguna parte. Le pinchó y le hurgó en las heridas y no vio señales de respuesta consciente. Era lo que esperaba. No era probable que recuperara el sentido hasta que alguien le diera sangre y él no tenía ninguna intención de hacerlo hasta que llegaran a su destino final.

–Simon Peter, dale un toque a la paladín y avísala de que tenemos al objetivo. Pregúntale dónde quieren que se la entreguemos al cardenal y ella.

**Lunes, 14 de mayo del 2000, 2:25 a.m.
En algún lugar bajo la Ciudad de Méjico**

No era tan fácil como coger el teléfono y marcar un número, claro está.

Simon Peter habló con un contacto en Sicilia, que a su vez lo puso en comunicación a través de una red radiofónica utilizada sobre todo por narcotraficantes cuya base de operaciones estaba en Venezuela, estos... Andrew perdió la pista de los giros y vueltas más o menos ahí. Hizo falta más de una hora de esperar y hablar en código y volver a esperar antes de que Simon Peter llegara a la persona con la que en realidad quería hablar. Entonces recitó de una tirada un mensaje que resumía la emboscada y les proporcionaba puntos de contacto a los que podían mandar las siguientes instrucciones.

El buzón de voz con el que habló utilizaba la capacidad de almacenaje de una línea principal de Vera Cruz. Cada media hora, ésta soltaba todo lo que contenía en el archivo de otro buzón de voz de Ciudad de Méjico. La empresa, que vendía piezas de motor al por mayor y era la dueña de esos ordenadores no tenía ni idea de que en el sótano acechaba el doble de la capacidad establecida, como tampoco sospechaba nadie de la existencia de unos cables privados y bien protegidos que entraban en las cloacas. Una complicada red de

sistemas muy dispares transmitían las señales a las profundidades de las guaridas del Sabbat para que las estudiaran los vampiros con inclinaciones técnicas.

Sin los códigos de identificación adecuados, el primer vampiro que los examinase habría tirado a la basura el mensaje de Simon Peter sin más ceremonias. No había nada en la doctrina del Sabbat que le diera gran importancia a la prudencia o a la templanza y las manadas que pensaban que habían realizado la hazaña más grande desde Gratiano y Lugoj llamaban de forma constante para presumir de ella. Antes de que las guaridas elaboraran una jerarquía de señales de autorización en la década de los años 30, habían vivido una mala época en la que superiores coléricos habían asesinado a una gran cantidad de subordinados arrogantes. (Algunos observadores dijeron que fue un factor que contribuyó a la breve pero sangrienta guerra civil del Sabbat de 1937). Ahora los escrutadores preferían equivocarse por el lado de la cautela y descartaban todo el tráfico que no pudieran identificar con claridad como digno de atención. Era mejor, según se decía en las guaridas, pedir la repetición de los mensajes válidos que molestar a las autoridades que tenían cosas mejores que hacer con su tiempo.

Simon Peter y los demás llevaban horas dormidos cuando la paladín recibió el mensaje. Ésta pasó unos cuantos minutos más considerando si se trataba de una información falseada para tapar un fracaso espectacular o una simple falta continuada de resultados, pero al final decidió que no. El obispo Andrew había sido honrado hasta ahora y debía conocer las consecuencias que comportaba echarse un farol. Lo mejor era proceder como si fuese genuino. No eran demasiadas las emociones que podría reconocer un ser humano en el alma de la paladín, que estaba casi dedicada por completo a una de las Sendas más oscuras de la Iluminación, pero podía sentir y sentía satisfacción.

La paladín encontró al cardenal Timofiev en el balcón de una galería con vistas a las ruinas pre-aztecas. Nadie sabía muy bien quién había construido aquel pequeño altar pero el cardenal parecía encontrar allí mucha satisfacción y pasaba muchas horas contemplando aquel monumento y los huesos y hongos que lo rodeaban. La paladín habló con suavidad, para no interrumpir la disposición de su amo con demasiada brusquedad.

–Eminencia. Traigo noticias de un éxito.

–Pues claro que sí, mi leal paladín. El éxito forma parte de

nosotros, pues el mundo gira a nuestro favor. ¿De qué éxito en concreto deseas hablarme?

–El obispo Andrew Emory se ha puesto en contacto con nosotros.

Timofiev se giró con brusquedad y le brillaron los ojos, literalmente, se dio cuenta la paladín después de un momento, iluminados por el ejercicio de alguna arcana disciplina diseñada por el propio cardenal.

–Lucita.

–Sí, cardenal.

–Enséñamelo, --pero el cardenal no pudo esperar, le arrebató la transcripción a la paladín y la leyó él mismo–. Qué maravilla.

–Es un tributo a la agudeza de sus planes.

–Claro, claro, pero eso no importa. Debemos verificar la información...

–Ya he enviado instrucciones sobre eso. --Era mentira pero una mentira pequeña. La paladín podía actuar en cuanto dejara al cardenal, un pequeño toque de independencia inteligente dentro del armazón de la sumisión no podía hacerle daño a nadie.

–Bien, bien. Suponiendo que sea verdad, y de momento lo supondré, tenemos que pensar dónde vamos a convocar el juicio.

Aquello era nuevo para la paladín.

–¿El juicio, Eminencia?

–Claro que el juicio, mi paladín. ¿No te parece que Lucita debe rendir cuentas de sus acciones?

–Desde luego. Eminencia. Es sólo que pensé que usted se ocuparía de ella directamente. En persona.

Timofiev empezó a pasearse por la terraza.

–Ese era el plan original pero durante el curso de mis meditaciones he llegado a la conclusión de que no es tarea mía como individuo. El pecado fundamental de Lucita es su negativa a aceptar a su familia de sangre. No vamos a dignificar su rebelión con una respuesta que trata su independencia como un estado digno de respeto, sino que la trataremos como lo que es: una Lasombra que no puede huir de los lazos que nos unen a todos. No es la gran rebelde que ella cree que es.

–Desde luego que no. Eminencia. ¿Qué clase de medidas debemos tomar, entonces?

El cardenal señaló una columna rocosa que se levantaba cerca del altar, llena del agua que se filtraba desde arriba.

–Ahí.

–¿Justo aquí. Eminencia?

–No, aquí no. No creo que sea muy aconsejable traerla aquí hasta y a menos que estemos seguros de que ha cambiado de opinión. –La paladín se preguntó qué quería decir con eso. ¿Es que Timofiev esperaba de verdad que Lucita se uniera al Sabbat? Pero el cardenal continuó—. A lo que me refiero es a un lugar lejos del mundo mortal. Le tiene demasiado cariño. El entorno entero debe recordarle su verdadera naturaleza y la nuestra. Debemos ir a un lugar al que no vayan los vivos, donde en todo momento sea consciente de que ya no pertenece a su rebaño.

–Muy acertado, Eminencia. ¿Y tenía algún lugar concreto en mente?

–Thera.

–Disculpe, Eminencia, pero desconozco ese nombre.

–¿Nunca has estudiado a los clásicos?

–No, Eminencia. No se fomentaba en el plan de estudios del lugar donde vivía y no he vuelto a sentir la necesidad desde entonces.

–Ya, una pena. Thera es una isla del mar Egeo. ¿Sabes dónde está? Bien. Su volcán entró en erupción hace 2.500 años y provocó una calamidad que afectó a las civilizaciones de todo el Mediterráneo. Parte de nuestra historia está vinculada a esa erupción, así como los asuntos mortales. Allí hay un cráter profundo lleno de agua de mar. De vez en cuando hundimos barcos allí y en ocasiones se hunden por otras razones. Hay una gran guarida allí que casi nunca utilizamos. Nos reuniremos allí.

–Muy bien, Eminencia.

–Y ahora estudiemos quién debería ocupar los sillones de esta Corte de Sangre.

Jueves, 1 de junio del 2000, 12:40 a.m.

**Yate «*Banquete del Último Día*», En la costa de Santorini,
Grecia**

Los señores del Sabbat no acuden corriendo desde cualquier esquina del mundo en cuanto los llaman. Fueron necesarias dilatadas gestiones diplomáticas, con intercambios frecuentes de mensajeros,

conversaciones directas, amenazas implícitas y un toque de coacción, para reunir a los cinco miembros de una Corte de Sangre. La mayor parte de las negociaciones se produjeron en secreto, si bien empezaron a filtrarse a la secta en general algunos rumores... "Se ha atrapado a Lucita". "La destructora de Monçada será destruida". "Lucita se unirá a nosotros". "Lucita se negó a unirse a nosotros y nos traicionará a todos a la Camarilla". "Han elegido a Lucita como heredera de Monçada". Todo se desvaneció en medio del ruido de fondo de los rumores de la secta, que era lo que convenía a Timofiev. No tenía intención de decir nada hasta que no hubiera algo mucho más concreto que decir.

Timofiev en persona formaría parte del panel, claro está. La visión que se estaba haciendo realidad era la suya. Sus compañeros de Ciudad de Méjico, los cardenales Mysancta y Menuven, compartirían la Corte con él. Lo que dejaba dos puestos que llenar, que quería asignar a dos Lasombra con perspectivas muy diferentes a la suyas.

Una de las invitaciones de Timofiev iba dirigida a Eliezer de Polanco, un noble español Abrazado no mucho antes que Lucita.

Eliezer compartía muchos de los antecedentes de Lucita. En vida había sido hidalgo, un valiente guerrero de la Reconquista pero capaz de apreciar la fuerza y belleza de la cultura árabe, un caballero en el mejor sentido de la palabra. Había conocido al cardenal Monçada y, aunque no compartía la fe del fallecido cardenal, al menos respetaba las instituciones de la Cristiandad y sentía una cierta devoción personal por él. A Timofiev le daba la sensación de que Eliezer no era del todo fiable en algunas cosas, sobre todo por el continuo interés y atención que le prestaba a la sociedad mortal, pero nadie podía poner en duda la devoción que sentía aquel gentilhomme por la supremacía Lasombra ni por la gran causa del Sabbat, si bien al ser uno de los Reyes fundadores de la Sombra, trataba más con mortales que con los enemigos más serios de la secta.

La otra invitación se había enviado casi por capricho y Timofiev se sorprendió tanto como cualquiera cuando el destinatario aceptó.

(Timofiev sabía muy bien que no debía *mostrarse* sorprendido, aunque su paladín supiese la verdad, pero nadie más se enteró y a Timofiev le gustaba que fuese así). En un clan lleno de monstruos inhumanos y posthumanos, Zaratustra seguía siendo "uno de los raros". Cuando se enteraban de su existencia, los jóvenes reclutas que sabían algo de religión preguntaban si afirmaba ser el Zaratustra del que había surgido el zoroastrismo. No, no lo era: cuando se dignaba a contestar,

explicaba que había adoptado el nombre cuando era soldado en el ejército de Alejandro Magno para mostrar su devoción por aquel hombre sabio y santo que lo había precedido. Nadie sabía con seguridad si el Zaratustra Lasombra tenía en realidad 2.300 años, pero no cabía duda de que ya estaba por ahí cuando cayó el Imperio Romano occidental las últimas veces y no había nada que sugiriese que estaba adornando mucho su edad.

A Zaratustra lo empujaba un interés, un solo interés: afirmaba que la ciudad de Antioquia, Turquía, era suya y la dirigía como creía conveniente. Sus chiquillos, los chiquillos de sus chiquillos y así sucesivamente hasta los más recientes cachorros de sangre diluida eran los únicos vampiros a los que se permitía residir durante más de un mes en la ciudad, y los forasteros que intentaban entrar y quedarse sin permiso tenían tendencia a encontrarse con finales especialmente violentos. De vez en cuando, aceptaba casi por capricho sentarse en Cortes de Sangre. Timofiev jamás había discernido las razones. No tenía demasiada paciencia con la Camarilla ni el Sabbat como instituciones, pero cuando juzgaba, aplicaba los principios de los otros jueces con una consistencia y lógica inmisericordes. Nadie sabía de verdad qué opiniones podía tener Zaratustra sobre los casos que presidía; nunca hablaba sobre sus reacciones, sólo sobre la interacción existente entre las pruebas y los principios judiciales establecidos al principio de cada juicio concreto. Timofiev había pensado que quizá fuese interesante contar con un punto de vista puro y único del Sabbat, sin que lo atenuaran principios personales. Zaratustra, al parecer, estaba de acuerdo.

Y aquí estaban, tras llegar a Santorini por diversos medios. El yate *Banquete del Último Día* pertenecía a una mujer de negocios griega que pretendía comprarse un lugar en el Sabbat con favores y donaciones. No iba a funcionar, (cualquier mañana la encontrarían flotando y desangrada en algún arroyo) pero los arzobispos de la zona estaban dispuestos a explotarla mientras tanto. La tripulación eran ghouls que tenían cientos de años, todos ellos individuos a los que se les había ofrecido el Abrazo y habían decidido no aceptarlo. Habían demostrado ser dignos de confianza, inteligentes y muy perspicaces, y seguramente era más seguro contar con ellos cuando se trataba de transportar a tantos antiguos a la vez de lo que sería contar con una tripulación de vampiros. Los ghouls se mostrarían menos inclinados a realizar actos de diablerie con los vampiros que tenían a su cargo.

Timofiev y Polanco eran los miembros de la corte que tenían una

apariencia más o menos humana. Timofiev llevaba las sencillas túnicas habituales en él, mientras que Polanco brillaba con un traje negro con hilos de plata. El cabello del español era de un tono sutilmente más negro que la negrura, intensificado por un delicado y leve juego de sombras mientras que sus ojos negros eran estanques de sombras sin pupilas. A pesar de todo, se podría haber movido por una calle llena de humanos distraídos y haberse fundido con ellos, más o menos. Mysancta y Zaratustra compartían la afición a las formas de sombras puras. Eran pilares de sombras animadas en la proa del barco, aparentemente sin masa y de vez en cuando dados a flotar un poco sobre la cubierta. Menuven era, como siempre, una red de vampiros muy modificados. Esta noche constaba de sólo tres individuos; había decidido viajar relativamente ligero, el resto de sus anfitriones esperaba en un hotel de Fira, en el margen oriental de la caldera.

Otros cuatro pasajeros esperaban en la parte posterior del yate. Eran la propia Lucita, todavía empalada e inconsciente y el obispo Andrew, que la atendía. La ghoule de Lucita, Angélica Tranh, estaría en un estado constante de conmoción durante el tiempo que durase el sopor de Lucita, y el sastre Trasaric se encargaba de ella. De vez en cuando, una o dos veces cada noche, normalmente. Angélica recobraba el sentido por completo durante el tiempo suficiente para sentir el dolor constante del empalamiento y las quemaduras de Lucita, chillaba y volvía a desmayarse. Se pasaba buena parte del tiempo sumida en un trance muy parecido al sonambulismo. Trasaric le murmuraba con suavidad; Timofiev había prestado atención una vez y se había sentido muy satisfecho por el modo en el que el sastre le contaba historias de las glorias del Sabbat y de las glorias que podrían sucederle a los mortales dispuestos a servirlos. Los mortales permanecerían a bordo durante el tiempo que durase el juicio y Andrew se llevaría a Lucita abajo.

Había llegado el momento de empezar las ceremonias.

Timofiev se situó en la parte delantera de la proa y se dirigió a los demás.

–Cardenales, señores, hermanos y hermanas mías de sangre, prestadme atención –los otros lo miraron–. Al comienzo de la historia, tal y como nosotros la calculamos, nuestro Padre de la Oscuridad estableció las reglas por las que deberíamos existir. Nos instruyó sobre cómo debíamos solucionar los agravios. Nos reunimos esta noche según sus reglas para poder juzgar a nuestra hermana de

sangre. Vayamos al lugar designado. –Sin más, dio un paso y se hundió en las cálidas aguas del Egeo. Los chapoteos le indicaron que los demás le seguían.

El *Banquete del Ultimo Día* estaba anclado de popa a proa y luego la tripulación había soltado otros dos cables. Timofiev y los demás se hundieron, tirando de los cables cuando lo necesitaban. Los que tenían cuerpos sólidos disfrutaban la falta habitual de capacidad para flotar de los vampiros y se hundían con rapidez, los que estaban en forma de sombra contaban únicamente con la voluntad para dirigirse a las profundidades. Durante la primera parte del descenso, la luz de la luna y de las estrellas brillaba en el agua que los rodeaba pero la oscuridad los reclamó a todos muy pronto. Todos los vampiros confiaron en que los guiaran todos los sentidos salvo la vista después de los primeros cien metros.

Luego empezaron a percibir su destino de forma muy gradual. Era tan oscuro como el mar que lo rodeaba pero apestaba a sangre fresca y al sabor picante de los cuerpos sobrenaturalmente mejorados. A 400 metros de profundidad, este saliente permanecería oscuro incluso durante el más brillante de los días. Se habían unido cuatro yates y dos pequeños cargueros y por encima se había construido una superestructura, todo junto formaba un único edificio que a los antiguos nobles les recordaba a los castillos clásicos. De Polanco hablaba en voz baja con Zaratustra sobre las grandes ciudadelas que habían conocido, mientras Timofiev buscaba las marcas que indicaban las cámaras que les habían preparado para esta corte.

En cuanto las encontró volvió a hablar con tono formal (tanto al enunciar las palabras como luego al emitir los estados mentales, junto con los ecos que resonaban por las sombras que los unían).

–Entremos en el lugar que nos han dispuesto y preparémonos como ya hemos hecho antes. –Los guió a través de unas puertas de carga hasta el depósito de combustible líquido que les habían preparado para llevar a cabo el juicio. Los paneles levantados que cubrían los respiraderos de emergencia sostenían ahora un tribunal y una fila de sillas para los jueces. Una grúa de carga se había retorcido y fundido para convertirla en una jaula para la prisionera, con una columna cruciforme central a la que se podía encadenar a la vampiro (o bien empernar, con pernos y destornilladores dejados previsora­mente a mano) y barrotes muy poco separados que estaban a una distancia de tres metros en todas direcciones. Unas luces impermeables proyectaban una iluminación uniforme y libre de

sombras por toda la celda.

Los cortesanos se sentaron en los sillones: Timofiev en el centro, con los dos jueces como sombras a su izquierda y los otros dos a la derecha. Andrew sujetó a Lucita a la estructura, luego se retiró al fondo y se apoyó en la pared. Si fuera necesario podía saltar para someter a la acusada.

–¿Estamos listos? –preguntó Timofiev. Todos los demás asintieron—. Entonces preparemos a la acusada. –Levantó un globo de cristal doble con dos juntas de goma que cubrían dos aberturas. Metió las manos sin dificultad. Las uñas de cada mano abrieron la muñeca contraria y dejó caer una cierta cantidad de sangre en el espacio abierto. Cuando retiró las manos, la sangre se quedó en el interior. Los otros jueces que tenían forma corpórea también contribuyeron con algo de sangre así como Andrew. Una vez que el globo estuvo listo, Timofiev sustituyó una de las juntas por un tapón de cristal liso y la otra con un tapón al que estaba unida una pipeta de acero. Andrew puso la copa dentro de la celda donde Lucita pudiera verla y cogerla. Le desencadenó una mano y se volvió a retirar.

–Eres el más antiguo y te corresponde a ti decidir cómo nos ocultaremos de la acusada, –le dijo Timofiev a Zaratustra—. Ten la amabilidad de imponer el tono de esta corte.

La sombra que era Zaratustra asintió de forma exagerada para que los otros se dieran cuenta de que lo había entendido y aceptado. Sin ningún otro gesto visible, se puso a trabajar. Una oscuridad más profunda que la penumbra bental no fluyó de su cuerpo tanto como se intensificó por toda la zona que rodeaba el tribunal. Una vez bien cubiertos, Timofiev extendió un brazo de sombra y lo metió en la celda. La luz brillante era demasiado cálida para ser cómoda pero en realidad no le producía ningún daño. Sacó la estaca del corazón de Lucita y le llevó el recipiente de sangre a los labios. Un reflejo vampírico la hizo beber antes de que llegara a pensar de verdad. A los pocos segundos había chupado toda la sangre y había dejado vacío el recipiente. Las peores heridas se curaron entonces y la vampiro miró a su alrededor por primera vez en dos semanas.

Yate «*Banquete del Último Día*», En la costa de Santorini, Grecia

Angélica recuperó el sentido de repente. Tuvo la sensación de que estaba sufriendo un ataque al corazón y que le habían dado una paliza los soldados de sus pesadillas infantiles pero podía pensar, sentir, percibir y recordar.

Lo último que recordaba con claridad era el hangar de Jiddah. Algo había pasado en su interior, algo terrible le había pasado a Lucita y luego... Angélica no lo sabía. Tenía los mismos recuerdos efímeros que cuando tenía fiebre alta. Ninguno tenía demasiado sentido y bajo todos ellos había un susurro uniforme sobre las alegrías de abandonar la humanidad.

–¡Vaya, ya ha vuelto en sí!

Angélica se dio la vuelta y se encontró delante de un pulcro hombrecito vestido con el traje más peculiar que hubiera visto jamás. Era algo parecido a un traje de fiesta Victoriano pero hecho con una tela parecida al terciopelo que cambiaba del púrpura al azul y luego al negro con cada movimiento del hombre, el cual, por cierto, por lo menos respiraba; este no era otro vampiro. La corbata de seda amarilla contrastaba tanto con el traje como con las joyas de plata que llevaba alrededor del cuello y en los dedos. Su expresión era una mezcla igual de extraña de preocupación tranquila y una hostilidad asombrosamente malévola. Angélica lo temió como había temido a Lucita y a los otros vampiros al principio, pero de una forma más intensa, sabía que aquel era un hombre vivo que tenía metida la oscuridad en el alma.

–¿Se encuentra bien? –Hablabla inglés con un acento que no le resultaba familiar, algo europeo, pensó, pero nada que hubiera oído antes–. ¿Necesita ayuda? –Aquella mueca lúbrica y retorcida contrastaba de forma desagradable con las palabras directas y casi amables que pronunciaba.

Angélica cogió aire y se encontró con que le resultaba muy doloroso.

–Algo... en pecho. Cuesta respirar.

–Ah, no es por usted –dijo con tono práctico.

–¿Eh?

–Digo que no es por usted. Siente el dolor de la persona a la que está vinculada. Tuvo una estaca clavada en el corazón durante días enteros y curar eso lleva un poco de tiempo. Ya pasará.

–¿De qué está hablando? –Era cierto, *sintió* que se desvanecía lo peor del dolor. Todavía era atroz pero al menos podía concentrarse y hablar sin jadear—. ¿Dónde estamos? ¿Y además, quién es usted?

El hombre hizo una reverencia muy pasada de moda.

–Soy Trasaric, sastre de los Guardianes, como si dijéramos. Estamos a 422 metros por encima del lugar donde su domitor se enfrenta a un juicio por sus presuntos delitos contra la integridad de su familia de sangre. Usted es su ghoul y como tal tendrá que compartir la condena que se le imponga.

La mayor parte de todo aquello no tenía ningún sentido para Angélica pero fue capaz de comprender el punto principal. Lucita estaba en peligro. Angélica se fue dando cuenta de forma gradual que estaba en un barco que flotaba en el medio de una bahía con escarpados acantilados al este y al oeste. ¿Entonces Lucita estaba bajo el agua? ¿Qué era todo esto?

Trasaric la estudió con calma.

–No sabe demasiado de lo que está pasando. Su domitor no le ha proporcionado demasiada información.

–¿Domitor?

–Lucita, su ama. La persona cuya sangre ha estado bebiendo.

–¿Qué?

–Ah, ya veo. No cabe duda de que la ha mantenido a oscuras, --soltó una risa aguda--. A oscuras. Ja ja ja.

Angélica empezó a sospechar que aquello nunca tendría sentido.

Jueves, 1 de junio del 2000, 3:13 a.m.

Nafragio del petrolero liberiano Esmeralda, A 400 metros de profundidad, caldera del Thera, Santorini, Grecia

Lucita volvió en sí con gran rapidez, aunque no al instante precisamente. Su cuerpo había conseguido sangre para curarse antes de tener la oportunidad de estar consciente para decidirlo y además odiaba tener que entregar el poder de decisión.

Estaba bajo el agua. Eso fue lo primero que notó. El agua era oscura incluso en aquellos lugares en los que no estaba deliberadamente cubierta por las sombras creadas por los vampiros, lo

que significaba que lo más probable es que estuviera a trescientos metros o más de la superficie.

Estaba encadenada. Y no era un trabajo hecho aprisa y corriendo. Alguien había utilizado un gran equipo para convertir el material del que disponían en una jaula muy eficaz. Los barrotes estaban a la distancia suficiente para que no pudiera sacar de su cuerpo sustancia de sombra que le permitiera abrirlos y aquella dura iluminación la privaba de cualquier ventaja medioambiental. Unos cuantos tirones exploratorios confirmaron sus expectativas, habían diseñado las cadenas teniendo presente su nivel de fuerza.

No eran muy buenas noticias.

En realidad eran pésimas noticias. No disponía de ninguna ventaja en absoluto, aparte de lo que albergaba en su mente y en su alma, y dado que apenas se estaba recuperando, su estado no era precisamente chispeante.

Salió una voz de la oscuridad invocada.

–Lucita, chiquilla de Ambrosio Luis Monçada, chiquillo de Silvestre de Ruiz, chiquillo de Cleobolus, chiquillo de Karotos, chiquillo de Lasombra, escucha nuestras palabras.

Era peor de lo que había imaginado. La voz continuó.

–Serás procesada según las antiguas prácticas. Hay un pecado de sangre y la Corte de Sangre debe decidir sobre qué cabeza reposa ese pecado. ¿Entiendes lo que te digo?

Intentó hablar pero se dio cuenta de que tenía la garganta mutilada y abrasada. Fue necesario otro esfuerzo y algo de aquella sangre mucho más irremplazable para curar el daño y permitirle contestar.

–Lo entiendo.

–En muchas ocasiones te has declarado enemiga de tu sire y de tu clan. Tu sire habría estado en su derecho de exigirnos que sancionáramos tu destrucción, pero siempre se contuvo. Ahora que ha desaparecido, su voluntad ya no te protege y le corresponde decidir a tus superiores si se te debe pedir cuentas. Ha llegado el momento señalado para tu juicio. ¿Entiendes mis palabras?

Aquello estaba empeorando por momentos. Que algún antiguo Lasombra presentara una queja por razones personales habría resultado un problema; un antiguo que actuaba por lo que él, ella o lo que fuera, consideraba una inquietud imparcial por el bienestar de todo el clan lo era mucho más, ya que los niveles de amparo personal no funcionaban. En una Corte de Sangre siempre era más difícil

manejar a los que tenían principios.

–Se te acusa de destruir a tu sire a propósito, de manera deliberada y calculada. A esta corte le resulta indiferente si actuaste sola o con algún cómplice. No nos interesan las acciones de los clanes inferiores. Tu responsabilidad es guiarlos y nosotros no distinguimos entre consentimiento e iniciación. ¿Entiendes mis palabras?

–Sí.

–Describenos la noche en que pereció tu sire.

Lucita contó la historia, al principio entre titubeos, luego cada vez con más fuerza. Describió la forma en que Monçada había ejercido un control insospechado sobre ella. Expuso lo que sabía de la misión Assamita para destruir al cardenal. Después de una pausa para curarse de nuevo la garganta, proporcionó un retrato técnico del Leviatán, expresado con terminología ocultista, aquella criatura del *Abismo* que Monçada había atado en los niveles más profundos de su refugio, y el fracaso de las fuerzas que lo contenían.

El juez le sacó los detalles, pequeños clavos de verdad sobre los que más tarde la obligarían a tenderse. ¿Había colaborado de buena gana y por voluntad propia, según su leal entender y saber, con Fátima, de los Assamitas? Así era. ¿Había intercambiado sangre con esa Fátima antes del ataque contra el refugio del cardenal? Así era. ¿Había liberado el cardenal a su Leviatán sin disponer de los medios adecuados para contenerlo o sin asegurarse de que sólo atacaría a todos los objetivos deseados? Eso creía. ¿Había confundido a la criatura la mezcla de sangre Lasombra y Assamita de Fátima? Eso parecía. ¿Se había vuelto entonces contra el cardenal? Así era.

Los jueces la interrumpieron cuando estaba a punto de embarcarse en una descripción clínica del daño terminal que había sufrido Monçada.

–Eso será suficiente.

–Chiquilla de Monçada, ¿niegas que deseabas la destrucción de tu sire?

–No.

–¿Niegas que tal acción llevada a cabo sin la sanción de estas cortes es en sí misma un delito punible con la destrucción?

–No niego que esa es la costumbre de nuestro clan.

–¿Qué explicación ofreces para que concedamos la suspensión de la ejecución en este mismo instante?

–Una muy sencilla. Por mucho que deseara destruirle, el hecho es que yo no lo atacué. Pueden repasar mis recuerdos así como los

relatos que le sobrevivieron y encontrarán que me enfrenté a sus secuaces, recursos y planes, pero yo no intenté asesinarle.

Un silencio. Y por fin:

–Eso constituye una defensa aceptable. Pasaremos ahora a la siguiente acusación, la de tu culpabilidad la noche en la que al final pereció.

–Una vez más, la defensa es sencilla. Legítima defensa, que siempre ha sido un caso válido. Me liberó hace mucho tiempo pero siempre reclamó el derecho a seguir tratándome como una simple neonata. Él inició el ataque, me atacó tanto física como mentalmente y subvirtió mi voluntad de forma deliberada. No fui capaz de tomar una decisión cuando los Assamitas lanzaron el asalto y me comporté como la criatura discapacitada en la que él me había convertido. Si me hubiera dejado en posesión de mis facultades, habría sido capaz de huir, o mediar, o hacer algo en lugar de golpear en lo que parecía un acto de supervivencia.

Otro silencio.

–Consideraremos ahora tus palabras. Permanece donde estás.

Una risita seca resonó en algún lugar de la oscuridad.

Siendo chiquilla, Lucita le había preguntado a su sire porqué las Cortes de Sangre parecían proceder de una forma mucho más directa que las cortes mortales de Aragón. Monçada le había dicho.

–La prueba en sí no es el juicio. El verdadero trabajo (toda la investigación y consideraciones) tiene lugar de antemano. En realidad, la única razón por la que escuchamos el testimonio del acusado es para asegurarnos de que no hemos pasado nada por alto y si es así la conclusión ya está tomada. –Lucita comprendió que podía aventurarse a hacer una suposición bastante fiable de la conclusión a la que habían llegado y esperó el inevitable anuncio de su destrucción.

**Jueves, 1 de junio del 2000, 2:40 a.m. (3:40 hora de Thera)
Castillo de San Rafael Arcángel, Sicilia, Italia**

Una vez más se completó la invocación. La cabala se regocijó por el poder creciente que empuñaban. Un menor esfuerzo sacaba ahora

del Abismo un poder cada vez más grande. No se habían producido más repeticiones de aquel único encuentro con la voz del Antediluviano (como todos pensaban en él) pero aquellos éxitos eran una señal clara del favor conferido a la cabala.

Esta noche habían decidido dirigirse más al este que antes. El resultado de las adivinaciones continuaban sugiriendo las islas del Egeo. El perfeccionamiento del lanzamiento de las runas y la lectura de entrañas señalaban a Thera, o Santorini como la llamaban ahora. Muy bien, que la oscuridad se dirija al lugar en el que una vez triunfó el fuego.

Jueves, 1 de junio del 2000, 3:41 a.m.

Nafragio del petrolero liberiano «Esmeralda», A 400 metros de profundidad, caldera del Thera, Santorini, Grecia

Lucita supuso, cuando la luz empezó a atenuarse, que era cosa de los jueces. Era algún tipo de truco, claro. Mientras se iba desvaneciendo el fulgor, cada vez había más sombras a su alcance. La agotaría hasta extremos peligrosos, pero *podría* liberarse en no demasiados minutos si aquello seguía así. Pero debían saberlo. Sabían lo suficiente sobre su historial para calibrar sus habilidades con bastante precisión. Debían estar intentando comprobar su comportamiento en una situación crítica; su respuesta sería una especie de testimonio, o al menos una prueba de su carácter.

Así que fue una sorpresa escuchar que una voz que no había hablado antes le decía desde el tribunal ensombrecido:

–La acusada se abstendrá de ejercitar sus poderes durante el curso de este juicio.

–Me estoy absteniendo.

–La acusada se abstendrá de pronunciar falsedades semejantes y restablecerá las condiciones de iluminación que imperaban hasta que comenzó este acto de insubordinación.

–*No soy yo* –Lucita habló con un tono de urgencia–. Una vez más, sondéenme si necesitan confirmarlo. Han hecho imposible que sea capaz de realizar ese tipo de manipulación. Necesito mucha más sangre de la que tengo y mucha menos distracción de mi confinamiento.

Silencio. Y luego:

–La acusada se someterá a un examen.

La cámara se quedó a oscuras por completo en cuanto la sonda psíquica de uno de los jueces la golpeó. La sonda producía un dolor atroz, era como tener un pincho clavado en la frente que no prestaba ninguna atención a los traumas accidentales que se pudieran producir.

–Esta corte acepta la palabra de la acusada y exige que si hay aquí alguna tercera persona ajena a este proceso, ¡se revele ahora mismo!

Ahora era Lucita la que estaba confundida. Aquello era mucho trabajo para una prueba de carácter. Los jueces parecían sinceramente confundidos por la situación. Después de pensarlo un momento, decidió que los ideólogos confusos eran mucho peores que los que se creían dueños de la situación. No estaba muy segura de cómo podía empeorar aquel juicio pero tenía la molesta certeza de que lo iba a averiguar.

El viento del Abismo irrumpió en toda la estancia a la vez. Todos los presentes lo reconocieron. Uno de los jueces gritó:

–¡Ocúpense de que no se escape!

El vampiro que estaba detrás de ella, del que era consciente pero al que todavía no había visto, bajó desde el punto elevado en el que estaba para abrazarse a las cadenas que la sujetaban por si empezaba a ceder algo. El tumulto que se escuchaba alrededor del tribunal sugería que los jueces podrían estar intentando establecer varias capas de defensa.

El primer miembro gigantesco entró a través de una abertura de la parte superior de la cámara. No era el mismo tipo de criatura que el Leviatán, en realidad no se parecía a ninguna criatura del Abismo que hubiera visto Lucita, pero era inconfundible aquella esencia de oscuridad animada por una voluntad alienígena. Era algo salido del Abismo... y lo habían liberado en el mundo material. Sí, el juicio había conseguido empeorar todavía más. Los jueces guardaban silencio, luego empezaron a gritarse una variedad de protecciones junto con varias órdenes. "*¡Golpea!*". "*¡Barrera!*". "*¡Huid!*".

El viento derrumbó la oscuridad que ocultaba al tribunal, lo que permitió que Lucita viera a sus jueces. Tuvo tiempo de reconocer a los que tenían forma corpórea antes de que se levantaran nuevas barreras. Y vio la conmoción y la sorpresa en sus rostros.

Uno de los jueces con forma de sombra se deslizó hacia el centro de la cámara sacando brazos de sombra de cada rincón y cada grieta

para envolver a la criatura del Abismo. No funcionó. Ahora había cuatro miembros que se sujetaban a la abertura para sacar un cuerpo que todavía no habían visto y sus absurdas contracciones y expansiones hicieron pedazos las sombras que estaban a las órdenes del juez. El juez siguió deslizándose, hacía gestos con aquellos brazos tenebrosos como si quisiera separar los miembros intrusos a base de pura determinación. Lucita sospechaba que el juez estaba utilizando una de aquellas oscuras sendas taumatúrgicas de las que había oído hablar y que al parecer eran capaces de intensificar la aptitud innata que tenía el clan para la oscuridad. Tampoco funcionó. Uno de los miembros se levantó, se ensortijó en una compleja serie de triples pliegues y se volvió a desenvolverse con demasiada rapidez para que Lucita lo siguiese. El juez no tuvo tiempo de gritar ni de comunicarse de ningún otro modo. De repente ya no tenía integridad de forma. Los trozos de su cuerpo flotaban al viento, la carne volvía a aparecer ahora que había desaparecido la voluntad de ser intangible.

Los otros jueces, expuestos otra vez ya que el viento del Abismo seguía derribando sus defensas, bajaron del tribunal. El cardenal Timofiev mandó un grito mental hacia Lucita.

–¡Suéltala! ¡No debemos permitir que una fuerza exterior destruya a la acusada!

El vampiro que estaba detrás de ella se levantó, se encogió de hombros por un instante y soltó con rapidez los cierres y abrazaderas que la tenían sujeta. Lucita se dio la vuelta para mirarlo y lo reconoció, era uno de los miembros de la manada que la esperaba en el hangar hacía... el tiempo que fuese que la habían atrapado. Le hubiera gustado golpearlo pero se dio cuenta de que no era el momento.

El vampiro volvió a encogerse de hombros y la miró con una expresión de neutralidad desesperadamente aplicada.

–¿Puedes hacer algo para ayudar?

–No lo sé. Vamos a intentarlo, por lo menos.

La voz del juez en forma de sombra que quedaba resonó en sus mentes.

–Extenderos uniformemente por la abertura y extraer la oscuridad mundana de vuestro cuadrante.

–Hmm, ¿por qué? –Lucita reconoció la voz de Andrew.

–La luz sigue ardiendo aunque nosotros no la veamos. Si trabajamos juntos, podemos liberarla y dejar que esa luz brille directamente sobre lo que todavía se dirige hacia aquí.

–De acuerdo.

Cuando el cuerpo de la criatura del Abismo se acercó, sus miembros (ahora había nueve) se fueron agitando cada vez más. Lanzaban golpes oblicuos contra Lucita. Andrew y dos de los jueces y en cada caso dejaban un escalofrío amargo y una sensación de letargo. Lucita ya se había quedado sin sangre extra que quemar y tenía que confiar únicamente en su competencia física. Se dio cuenta de que los otros estaban quemando con rapidez sus reservas y sus movimientos se hacían cada vez más lentos. Si este contraataque no funcionaba, muy pronto carecerían de la capacidad de hacer nada salvo perecer de formas quizá muy interesantes.

Maniobrar para ponerse en posición no fue fácil. Los vientos del Abismo seguían adquiriendo fuerza y creando contracorrientes tumultuosas. De Polanco fue absorbido por completo y sacado al exterior de la cámara, hacia el mar abierto que lo esperaba más allá. Tuvo que utilizar cada fracción de la fuerza sobrehumana que tenía para sujetarse a un cable que colgaba y volver a entrar reptando. Los trozos de Menuven se aferraban unos a otros lo mejor que podían, utilizaban los principios básicos de creación de carne Tzimisce que habían aprendido en algún momento para convertirse en una sola unidad, pero tenían dificultades para mantener la coherencia. Timofiev y ellos se estrellaron varias veces contra la pared frontal de la cámara. Timofiev parecía estar perdiendo la conciencia, sangraba por las heridas que tenía en la espalda y las piernas y no podía cerrarlas con demasiada eficacia. Lucita vio que intentaba invocar su forma metamórfica sin demasiado éxito: sencillamente no podía lograr la agudeza mental necesaria que exigía la transformación.

El juez en forma de sombra que quedaba (o la juez, o lo que fuera, aunque por la voz parecía un hombre), al que Lucita no conocía pero que parecía ser el que daba las órdenes, mantenía la calma. Las corrientes también erosionaban su fuerza pero demostraba astucia y cuidado al maniobrar para esquivar las bolsas de aire más turbulentas, se sujetaba cuando era necesario e incluso se movía un paso o dos cuando se presentaba la oportunidad. Poco a poco, los jueces, su ayudante y la presunta víctima, rodearon la abertura que llevaba al Abismo. No fue una acción demasiado precisa ni pulcra pero podría funcionar.

Cuando el juez de sombra dio la orden con un "*¡Ahora!*". Lucita bloqueó sus sentidos físicos y se concentró en la sensación de atraer la oscuridad hacia sí. Se imaginó el mar en su estado natural, sólo lleno de agua, libre de la luz del sol. La oscuridad sobrenatural era

como humo y cenizas repartido por él. No se dio cuenta de que había abierto los brazos mientras empleaba su voluntad y le ordenaba a la oscuridad que buscara la unión con un alma hecha de oscuridad. Dentro de ella había un hogar que nunca podría ofrecerle el mundo material, un lugar donde progresaba lo que el mundo llamaba pecado y vacío. Sintió que los demás hacían lo mismo a su alrededor y que lo hacían con más eficacia. Hasta el joven acechador lo hacía casi tan bien como ella, aunque apenas podía tener la décima parte de su edad. Se dio cuenta, y no se sintió demasiado cómoda con esa sensación, que tenía mucho que aprender de sus primos del Sabbat sobre esta inmersión en la oscuridad, sobre *ser la noche además de dominarla*. (Ya habrá tiempo para eso más tarde, se dijo a sí misma, y volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo).

De repente sintió las luces que le daban en la cara. Abrió los ojos y vio que habían vuelto a resplandecer y a ser visibles. El tumulto las había sacudido y ahora apuntaban en todas direcciones y todas salvo una parpadeaban y latían cuando los cables flotaban, se desconectaban y se volvían a conectar. La única luz firme era la que todavía conservaba más o menos su posición original, aunque el soporte sobre el que estaba montada había girado un cuarto de vuelta.

Apuntaba directamente hacia el portal del Abismo.

Los nueve miembros de la criatura se disolvieron de inmediato. O más bien explotaron. Se apresuraron a salir tan rápido que crearon explosiones sónicas dentro del agua. Necesitaban extenderse por la oscuridad suficiente para conservar su integridad. Pero los vampiros habían hecho bien su trabajo y sencillamente no había nada salvo la ausencia natural de luz para mantener a la criatura. Tres miembros se deshicieron y disolvieron al salir carenándose por la abertura de la cámara que llevaba al mar que la rodeaba y el resto se fragmentó en una viscosidad cargada de miedo que se extendió por toda la cámara.

Entonces se produjo un sonido o sensación totalmente diferente a todo lo que había experimentado Lucita. Hasta la destrucción del Leviatán (si es que se había destruido) en el refugio de Monçada había sido menos traumática que esto. La luz inundó el reino sin luz e iluminó durante un instante un bulto enorme e irregular que medía al menos treinta metros y se alejaba del portal a lo largo de una distancia desconocida. Las curvas más altas estaban casi en el portal y chillaban sometidas a una agonía inhumana cuando la luz caía sobre ellas. Las emociones alienígenas inundaron a Lucita y a los demás, estados mentales que no tenían historia en la vida ni no vida en el

mundo material. Lucita sintió durante un intervalo interminable que podría volverse loca bajo el peso de todo aquello. Su mente buscó unos órganos sensoriales que no tenía nada material y filtró el espacio y el tiempo a través de unas escalas que no tenían ningún significado para ella.

Al final fue el dolor lo que la salvó. El trauma de las percepciones impuestas se rompió cuando aquella cosa del abismo fue perdiendo cada vez más de su coherencia interna. Pronto sólo emitía un dolor agónico y eso era algo que Lucita entendía. No era muy divertido pero al menos era comprensible. Sintió la necesidad de golpear la fuente de aquel dolor sin mirar más, de destrozar las luces y hundirse en el Abismo e hizo falta una gran fuerza de voluntad para mantenerse en su sitio.

Le llamó la atención algo que chocaba cerca de ella: abrió los ojos y vio que uno de los cuerpos de Menuven atravesaba los vínculos de carne con los dientes y saltaba al Abismo. Su grito de extinción se unió al aullido sostenido del morador del Abismo, sólo un instante. Incluso logró un momento de conciencia individual justo antes de fallecer, un momento en el que recordó una vida vivida en un barrio de clase alta del sur de Ciudad de Méjico, el Abrazo después de un chantaje, el ascenso en las filas del Sabbat, la revisión global de los éxitos y fracasos del Sabbat contra los antiguos: aquel trabajo había atraído la atención de Menuven con unas conclusiones inquietantes y éste lo había metido en su colmena mental para silenciar ciertas percepciones incómodas, a partir de entonces estuvo perdido... desapareció.

No había forma de saber cuánto tiempo llevó la disolución de la criatura del Abismo. La luz fue quemando capa tras capa tras capa de sustancia no creada, fue rebanando construcciones eternas de la mente, la voluntad y la pasión, fragmentando aquella entidad hasta dejarla reducida a partículas integrantes de potencial de existencia. Hubo momentos en los que el dolor era casi tan fuerte como cuando Lucita había ardido en Jiddah, y duraba mucho más tiempo. La vampiro no quería recompensar el asalto con la rendición y la muerte pero era muy duro. Cuando se desvanecieron las últimas sensaciones y el portal se cerró con un golpe suave, vio que estaba pálida como un hueso a causa de la tensión, igual que los demás. Si hubieran tenido que aguantar mucho más, todos habrían perdido la capacidad de resistir.

**Jueves, 1 de junio del 2000, 3:40 (4:40 hora de Thera)
Castillo de San Rafael Arcángel, Sicilia, Italia**

–¿Sientes eso?

–Sí.

–Sí.

–Lo siento.

–¿Qué es eso?

–Algo ha llevado la luz al Abismo. –Unos gritos sofocados respondieron a la declaración.

–¿Qué lo ha provocado?

–No lo sé. Debemos averiguarlo y pronto. A nuestro Padre de la Oscuridad no le va a gustar mucho perder a uno de Sus sirvientes.

–¿Qué pudo haber sido? ¿Qué pudo haber hecho esto?

–¡No lo sé! Tú mismo viste los presagios. La clave del éxito de la empresa, decían, tú lo viste.

–Es cierto.

–Debemos saberlo.

–Debemos.

–Debemos.

–Envía a nuestros criados. Que exploren y nos digan lo que ven. Abstengámonos de realizar nuevas invocaciones hasta que lo entendamos.

–De acuerdo.

–Sí.

–De acuerdo.

–Estoy de acuerdo.

**Jueves, 1 de junio del 2000, 5:00 a.m.
Naufragio del petrolero liberiano «Esmeralda», A 400 metros
de profundidad, caldera del Thera, Santorini, Grecia**

Timofiev no recordaba la última vez que había estado tan cansado. Flotó por el reflujó de las corrientes mientras intentaba recuperar la compostura sin demasiado éxito.

Aquello era una calamidad, pura y simple. Uno de los jueces y una tercera parte de otro habían desaparecido para siempre; no sentía ningún rastro de ellos por ningún sitio y estaba bastante seguro de que habían dejado de existir de cualquier modo que a él pudiera importarle. Y luego estaba el incómodo hecho de que la acusada había desempeñado un papel esencial para garantizar la supervivencia de todos. Cuando revisó el ataque y la defensa se dio cuenta de que sin su fuerza añadida no habría sido posible obligar a aquella cosa a que se retirase y cerrar el portal. El Padre de la Oscuridad les había enseñado a Sus hijos que el éxito era la medida última de la valía. Los que podían gobernar se merecían hacerlo, y los logros justificaban el esfuerzo. Según la tradición, las acciones de Lucita esa noche eran motivo suficiente para clausurar la corte.

Pero Timofiev le tenía miedo a esa cosa que había subido y quería saber más sobre ella. Mientras flotaba, envió sus pensamientos ondeando a través de olas de oscuridad hacia los otros jueces.

–Eminencias y respetables jueces, creo que sé cual es el proceder adecuado para este momento. –Presentó su plan y palpó la oscuridad a la espera de las respuestas. Zaratustra escuchó sin moverse pero no puso ninguna objeción. Las unidades que le quedaban a Menuven estaban clamando venganza y accedieron de inmediato. De Polanco fue el que más lo meditó pero al final también estuvo de acuerdo.

Andrew, todavía aturdido, se movió para volver a meter a Lucita en la jaula. Timofiev levantó una mano para advertirle.

–Creo que eso no es necesario, obispo Emory. Que la acusada permanezca libre, se ha ganado ese derecho. –Timofiev era consciente de que la vampiro podía ver a los jueces, lo que violaba otra tradición, pero no le importó. Ninguno de ellos tenía la fuerza necesaria para volver a conjurar un muro de sombras y de momento todos parecían preferir mantener las distancias con cualquier cosa que les recordara al Abismo. Si fuera necesario, podían purgar los recuerdos de Lucita más tarde. En cualquier caso, que el mañana se ocupe de sí mismo–. Lucita, chiquilla de Monçada, ¿estás preparada para escuchar tu condena?

Lucita estaba pasmada. El juicio continuaba, después de todo lo que había pasado.

–Supongo que sí.

–Lucita, chiquilla de Monçada –repitió Timofiev–. Esta corte ha considerado tus acciones y tus decisiones y está preparada para

dictaminar. ¿Estás preparada para escuchar tu condena?

Lo que tú digas. Lucita volvió a sumergirse agotada en las formalidades de la corte.

–Lo estoy.

–Esta corte dictamina que actuaste de forma injustificada durante la destrucción de tu sire. Desatendiste voluntariamente tus obligaciones de chiquilla y creaste las circunstancias en las que él creyó apropiado actuar contra ti. El último simulacro fue obra tuya, sea como fuere que desees describir las decisiones que tomaste.

»La condena a la destrucción es la más apropiada en un caso así pero esta corte juzga que se pueden aplicar ciertas circunstancias atenuantes y por tanto la condena más adecuada en estos momentos es otra. Te impondremos un deber y el éxito de su conclusión constituirá un castigo adecuado. Tu fracaso, si fracasas, se anunciará y será la prueba que confirme tu debilidad; si tienes éxito, así mismo se anunciará y será tu vindicación.

¿*Qué?* Lucita no tenía ni idea de en qué podía estar pensando el cardenal. No había esperado sobrevivir hasta el amanecer. Aquello era algo muy poco usual, sobre todo cuando salía de la boca de alguien que huía de lo inusual.

–Esta corte te condena a investigar. Eres una viajera que colecciona secretos. Muy bien. Viajarás y recogerás secretos para nosotros y para toda tu familia de sangre. Averiguarás cómo pudo aparecer entre nosotros esta noche esa cosa del Abismo, quién la liberó, cómo y por qué. Volverás a vernos a Ciudad de Méjico con la respuesta y tomarás con nosotros las medidas que le parezcan necesarias a nuestro consejo una vez que lo entendamos todo.

–¿Y si me niego?

–Si rechazas esta carga, por muy cansados que estemos podemos destruirte ahora mismo. Si aceptas de palabra pero no de obra e intentas seguir otra línea de conducta una vez que estés lejos de nuestro escrutinio, te convertirás no en una simple paria sino en una enemiga. No ahorraremos esfuerzos para encontrarte y castigarte en ese momento con la destrucción de la que ahora escapas. No hay futuro para ti salvo el futuro de la conformidad.

–Yo...

El vampiro con forma de sombra se dirigió a ella por primera vez.

–No te comprometas a la ligera. Recuerda que en ocasiones el final es preferible a un nuevo comienzo, o eso dicen los sabios. Si no puedes llevar esta carga, no la cojas.

Lucita flotó en silencio.

El vampiro con forma de sombra asintió al verla meditar.

–Me alegro de que lo pienses. En este momento te encuentras en una encrucijada. Para nosotros no hay una senda de la luz pero existen oscuridades diferentes y debes considerar con atención cuál de ellas va a ser tu hogar.

–¿Voy a convertirme en una con el Sabbat, entonces?

Timofiev volvió a hacerse cargo.

–No, en absoluto. Si decidieras someterte a los grandes ritos, por supuesto que se te daría la bienvenida como a cualquiera de los nuestros que ve y acepta la verdad. Pero no esperamos que llegues a ese punto. Tu viaje podría muy bien aliarte con la Espada de Caín en sus varias partes pero no se espera de ti que permitas que entre en tu interior a menos que así lo decidas libremente. En este momento no te castigamos con el Vinculum.

Al menos eso era algo. Aunque estaba claro que no había nada que pudiera impedirles cambiar de opinión más tarde y someterla a los ritos y rituales de la creación, al menos podía retrasar aquel temor durante un tiempo.

–¿Debo buscar yo sola?

–No esperamos que completes el castigo sola. Escogerás los compañeros adecuados para cada etapa de tu búsqueda. Discutiremos esos asuntos en otro momento. No tienen nada que ver con la esencia de tu condena. Lucita, chiquilla de Monçada, ¿has escuchado y entendido tu condena?

–Sí.

–¿Y qué dices? ¿Aceptas esta condena o escoges la liberación de la destrucción?

–La acepto.

Jueves, 1 de junio del 2000, 5:30 a.m.

**Yate «*Banquete del Último Día*», En la costa de Santorini,
Grecia**

–Ya vienen –dijo Trasaric sin más preámbulos.

Angélica dio un salto. Era la primera vez que hablaba alguien en

más de una hora, desde la erupción de lo que hubiera producido tantas burbujas en las profundidades.

–¿Quién?

–Todos los que bajaron, claro está. Han debido terminar sus asuntos.

Unos minutos después Lucita y los otros salieron flotando a la superficie. Estaban todos pálidos y obviamente agotados, los tripulantes del barco tuvieron que ayudarlos a subir a bordo. Uno de los camareros trajo varios viales de sangre de una alacena. Cada uno de los supervivientes bebió casi la sangre suficiente para llenar un recipiente humano y todavía tenían un aspecto más pálido del habitual.

Angélica estudió a Lucita con miedo. Su ama irradiaba dolor y preocupación. Trasaric le había explicado que dado que llevaba parte de la esencia de su ama en su interior, ella seguiría sintiendo algo de lo que sentía su ama, de la misma forma (al parecer) que Lucita podía saber el estado del alma de Angélica. Habría sido aterrador enterarse antes de eso pero ahora que ya había experimentado la devoción, le parecía más tolerable. Y se daba cuenta de que su ama estaba afligida.

–¿Qué ha pasado?

–Han decidido cómo castigarme por mis pecados.

–¿Qué pecados?

–Luego, más tarde.

–Al menos dígame lo que vamos a hacer a partir de ahora.

–Creo que tú vas a volar bastante.

{Final vol.1}